



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BX4820

P4

00A260



1080016722

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

CATECISMO

SOBRE

# EL PROTESTANTISMO

PARA USO DEL PUEBLO,

POR EL

**P. JUAN PERRONNE,**

DE LA

COMPANÍA DE JESUS.

Traducido del italiano de la segunda edición romana  
y vigésima primera de la obra por T. B.

Primera edición mexicana.

*Haec scripsi vobis de his qui seducunt vos.*

1. Joan. II, 23.

Con licencia del ordinario.

MEXICO

Imp. de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1874.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez



41457  
Cabildo Alfonsín

Biblioteca Univer



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

BXA 820

PA



Biblioteca  
de la Universidad

### AL LECTOR.

Es bien sabido que de algun tiempo á esta parte ha aparecido una faccion astuta y activísima que trata de introducir el protestantismo en nuestra hermosa y católica península (1) No omite gastos, ni libros, ni fraudes de ningun género para establecerlo y arraigarlo; y esto, no por la fé que dicha faccion tenga en la nueva forma religiosa, porque no tiene ninguna, sino solo por el odio que profesa al catolicismo, que es la única religion verdadera.

Muchos se dejan seducir por la bella perspectiva que se les pone delante; y muchos tambien caen en las redes de los argumentos, ó mas bien dicho, de los sofismas, de que acostumbran valerse los impíos para hacer prosélitos. No todos

1 Se habla de la Península Italiana. Nota del traductor.

004260

conocen la mala planta que es el protestantismo, ni el mal que arrearía á la Italia, si esta se dejara despojar del mayor de los bienes de que goza que es la religion católica.

Pocos conocen el abismo en que nuestra patria se hundirá si llegara á realizarse el perverso designio de estos malvados. Yo no dudo afirmar que los que procuran con tanto empeño difundir la llamada *Reforma*, ó sea el *protestantismo*, que no es mas que la invención de un hombre libertino, no saben qué cosa es *protestantismo*; saben solamente, y muy bien, que es la negacion del *catolicismo*.

Por tanto, para instruccion de todos y para desengaño de muchos, me he determinado á exponer en forma de catecismo popular, la naturaleza, el origen y los efectos del protestantismo, á fin de que cada uno sepa qué es lo que ahora se propone á la Italia en cambio de la religion católica. En este catecismo descubriré las perversas astucias de que se valen los apóstoles del protestantismo para introducirlo en Italia; expontré el fin que llevan estos propagadores del *Nuevo Evangelio*; y por último, manifestaré el tristísimo término á que los conduce su protestantismo, tanto en la vida presente como en la vida futura.

Mi obra será pequeña, concisa y clara, como conviene á un catecismo elemental. No afirmaré

cosa alguna, que no esté apoyada en la verdad, y de que no puedan darse al intento pruebas concluyentes.

El anhelo por la Religion divina, que yo desiendo, y por la felicidad de Italia, á quien amo como el que mas, es lo que únicamente me anima á escribir estas pocas páginas. Espero que servirán de mucha ayuda á todos los que no quieran cerrar por malicia sus ojos á la luz de la verdad. En cuanto á aquellos miserables, que son impíos de profesion, ni estas instrucciones serán bastantes, ni ningun otro medio humano los podrá ayudar; porque están determinados á arrojarse furiosamente en el abismo del mal y á arrastrar consigo á la perdicion á cuantos puedan seducir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

LECCION I.

*Del nombre y origen del protestantismo.*

P. ¿Qué significa esta palabra: *protestantismo*?

R. En su primer significado, la palabra *protestantismo* se adoptó para expresar el acto de *protesta*, que hicieron doce ciudades de Alemania contra un edicto del emperador Carlos V, en que se mandaba á los novadores del siglo XVI, que hicieran una protesta de fé, segun la fórmula particular que se les proponia en el mismo edicto; pero despues se tomó en otro sentido enteramente diverso.

P. ¿Cuál es el sentido en que ahora se toman las palabras *protestante* y *protestantismo*?

R. Las palabras *protestante* y *protestantismo* se usan para significar la rebelion de todas las sectas modernas contra la Iglesia católica fundada por Jesucristo; ó lo que es lo mismo, la rebelion de ciertos hombres orgullosos contra Jesucristo fundador de la Iglesia.

P. ¿Quién fué el primero que dió origen á esta rebelion?

R. Fué un apóstata llamado Lutero; el cual se rebeló porque el Papa Leon X encomendó á los padres dominicos y no al Orden á que Lutero pertenecia, la publicacion de las indulgencias concedidas á los que contribuyeran para los gastos de la fábrica de la iglesia de San Pedro en Roma.

P. ¿Cuándo sucedió todo esto?

R. En el año de 1517, á principios del siglo XVI.

P. ¿Cómo se verificó tal rebelion?

R. Se verificó de esta manera. El Papa Leon X, como Jefe visible de la Iglesia, condenó las doctrinas con que Lutero combatia las indulgencias y diseminaba otros errores contra la Santa Fé. Furioso entonces por tal condenacion, acompañado de algunos malvados y apoyado en la proteccion de Federico elector de Sajonia, desplegó la bandera de la revolucion, y con furibundas declamaciones atrajo á su partido muchos satélites. De este modo tuvo principio el protestantismo, el cual con las mentidas palabras de Evangelio puro y de Reforma, en poco tiempo puso en revolucion á toda la Europa.

P. ¿Pero qué no fueron los abusos que entonces habia en la Iglesia los que dieron origen al protestantismo?

R. No por cierto. Habia á la verdad abusos,

que se habian introducido de algun tiempo atras en varios lugares, tanto en el clero secular como en el clero regular; pero la Iglesia siempre los combatió y nunca dejó de condenarlos y reprobarlos en todos sus actos solemnes: ya muchos de ellos se habian arrancado en el tiempo de Lutero y otros se habian disminuido; y la reforma de costumbres y la disciplina se perfeccionaban cada dia, cuando se levantaron aquellos hombres rebeldes contra la Iglesia. Los abusos no fueron mas que el pretexto de que se valieron los malvados para proclamar la liceucia de las pasiones y formar su secta.

P. ¿Ademas de Lutero, no hubo otros que tambien se levantaran contra la Iglesia?

R. Si los hubo. Los tres principales que siguieron su ejemplo fueron Zwinglio en la Suiza, sacerdote y cura apóstata; Calvino en Francia, hombre difamado por sus deshonestidades, y Enrique VIII rey de Inglaterra, que se rebeló porque el Papa no quiso concederle el divorcio de su legitima mujer para casarse con otra. Tales son los corifeos del protestantismo, hombres que segun el dicho de un protestante, merecian mil veces la horca por sus delitos.

## LECCION II.

*De la naturaleza del protestantismo.*

P. ¿En qué consiste el protestantismo?

R. Consiste en la plena y absoluta independencia de la razan privada de cada uno, de toda autoridad en materias religiosas ó de fé; ó en otros términos: consiste en la libertad de exámen.

P. ¿Sobre qué se versa esta libertad de exámen?

R. Sobre la Biblia, esto es, sobre aquella coleccion de libros sagrados que llamamos Sagrada Escritura.

P. ¿Luego la Biblia ó Sagrada Escritura será la regla de fé de los protestantes?

R. Así lo dicen ellos; pero la interpretan en el sentido que cada uno quiere.

P. ¿Por ventura pueden saber los protestantes de cuántos libros se compone la Biblia; si estos son inspirados por Dios, y si han llegado hasta nosotros íntegros ó adulterados?

R. No; ni lo saben ni pueden saberlo segun el sistema que ellos siguen. Rechazando como rechazan la autoridad de la Iglesia, la cual conoce todo esto por la tradicion divina, ya no les queda medio alguno para saber cuáles son aque-

llos libros; ni si son inspirados ó no lo son; si contienen la palabra de Dios ó solamente la palabra del hombre; y por último, si han llegado hasta nosotros íntegros ó adulterados.

P. ¿Y no podrán saberlo por la misma Iglesia católica, de la que se han separado y de quien recibieron las divinas Escrituras?

R. Ni aun así lo pueden saber; porque sosteniendo ellos que la Iglesia católica puede errar en cosas de fé, y acusándola de que en efecto ha errado en muchos puntos, no pueden saber si tambien ha errado en este, sustituyendo la palabra de Dios con la palabra del hombre. Esto lo manifiestan claramente los protestantes con la conducta que observan. Lutero, por ejemplo, no admitia como inspirados siete libros del Antiguo Testamento y siete del Nuevo. Zwinglio y Calvino con sus secuaces, reconocieron como divinos todos los libros del Nuevo Testamento y rechazaron como apócrifos siete libros del Antiguo, que la Iglesia admite como divinos.

P. ¿Pero qué con el auxilio de la crítica no podrán discernir los protestantes los libros divinos de los que no lo son, así como por medio de ella se conoce cuáles son las obras de Ciceron y las de Virgilio?

R. Los protestantes no pueden por medio de la crítica adquirir una certeza sobre los libros di-

vinos; antes bien la misma crítica ha dado ocasión á muchos de ellos para no admitir la inspiración divina de algunos, y por esto han quitado del canon ó elenco de los libros sagrados á casi todos los del Antiguo y los del Nuevo Testamento; porque unos no admiten el Pentateuco de Moisés, ó bien el libro de Job, ó el de Josué, ó la profecía de Daniel ó algunos otros; otros rechazan el Evangelio de S. Juan, el de S. Mateo, el de S. Marcos, el de S. Lucas, así como las epístolas de S. Pablo y de los demas Apóstoles, imitando en esto la conducta de los racionalistas, que son los mismos protestantes consecuentes consigo propios.

P. Si esto fuera así, los protestantes no podrían tener fé.

R. Por cierto que no; y no la pueden tener por dos motivos: el primero, porque les falta la certeza sobre la divinidad é integridad de la Biblia; y segundo, porque les falta también la certeza sobre el verdadero sentido de la misma Biblia intentado por Dios, cuyo sentido (que no puede ser mas que uno solo porque la verdad es única,) los protestantes lo interpretan cada uno á su modo; y de aquí resulta que un protestante da á la Biblia un sentido diverso y enteramente contrario al que le da otro.

P. ¿Y por qué razón difunden principalmente sus Biblias entre los católicos?

R. Esta es una de tantas arterias de que se valen los sectarios para engañar á la gente ignorante; lo hacen así, prevaliéndose de que los católicos tienen fé en la divina Escritura, y les dan Biblias truncadas y adulteradas á su modo, á la manera que se dan muñecos á los niños para que se diviertan con ellos.

P. Por lo visto, abrazar el protestantismo es lo mismo que perder la fé.

R. Sin duda alguna. Abrazar el protestantismo es una apostasía manifiesta de la Religión cristiana; y es tanto como rechazar la fé de la verdadera doctrina de Jesucristo, de los Apóstoles y de la Iglesia.

### LECCION III.

#### *De las doctrinas del protestantismo.*

P. ¿Cual es la doctrina del protestantismo?

R. Determinar la doctrina ó enseñanza del protestantismo es cosa muy difícil y casi imposible, porque los protestantes, puede decirse, que cambian de doctrina á cada cambio de luna. Su doctrina varia tanto como es vário el cerebro de cada protestante; cada uno tiene su doctrina propia y muy diferente de la de los otros.

P. ¿De qué proviene tanta variedad é inconstancia en la doctrina de los protestantes?

R. Proviene de la naturaleza misma del protestantismo. Como la naturaleza ó esencia del protestantismo consiste, como ya se ha dicho, en la libertad de exámen ó en la independenciam absoluta de toda autoridad, cada uno saca de la lectura de la Biblia una doctrina á su modo, una fé á su modo y una religion á su modo, sin que nadie se lo pueda impedir.

P. ¿Pero cómo puede ser esto cuando todos aseguran que la Biblia es su regla comun de fé?

R. Nada mas fácil de explicarse; porque si bien todos los protestantes dicen que tienen la Biblia como regla comun de fé, cada uno sin embargo está en plena libertad para interpretarla á su modo y hacer decir á la Biblia lo que cada uno quiere que diga. La Escritura en manos de los protestantes es como el eco, á quien cada uno puede hacer que responda ó que repita lo que mas le agrade.

P. ¿Pero qué no tienen los protestantes sus confesiones ó símbolos de fé comun?

R. Sí, y los tienen en gran cantidad, como la confesion de Ausburgo, la confesion Helvética, la confesion Galicana, la confesion Anglicana compuesta de 39 artículos, la confesion Ginebrina etc., etc.; pero esto mismo confirma lo que se ha dicho.

P. Explicaos con mas claridad.

R. Con mucho gusto: Cada una de estas confesiones es tan distinta de las otras, que el que profesa una constituye secta diferente del que profesa otra; y no solo las sectas son diversas entre sí, sino que á veces son contrarias, de modo que se condenan y se anatematizan recíprocamente, esto es, se excomulgan las unas á las otras; pero siempre, dicen los protestantes, tienen por base común la misma Biblia, y cada uno pretende hacer creer que su doctrina es la expresion de las verdades contenidas en la Biblia. Todos los fabricantes de confesiones ó de símbolos, han hecho hablar á la Biblia á su antojo y todos dicen que tienen razon.

P. ¿Y los protestantes están obligados por lo menos á seguir en conciencia la profesion de fé que cada uno tiene en su secta?

R. No, porque cada protestante, en virtud de la libertad de exámen, puede formarse otros artículos de fé distintos de aquellos que se contienen en la profesion comun, y á nadie se puede obligar á que siga un determinado símbolo de fé.

P. Siendo esto así, cómo han podido haerse símbolos ó profesiones?

R. Por una absurda y práctica contradicción con el principio fundamental del protestantismo. En efecto, si cada protestante, por el mismo he-

cho de serlo, puede y debe formarse con la Biblia su profesion de fe y todos los artículos de ella; si en esto es independiente de toda clase de autoridad, es evidente que sin una abierta contradicción, no es posible formar una confesion de fe que sea obligatoria; y precisamente por esto, en muchas sectas están abolidas las profesiones de fe, como contrarias á los principios del protestantismo.

P. ¿Pero qué por esto no podrá haber en el protestantismo aquella unidad de fe tan recomendada por Cristo y sus Apóstoles en la Biblia?

R. Ciertamente que no; tal unidad es imposible cuando cada uno está en libertad para creer lo que le parezca. Por este motivo, un autor moderno hablando de las sectas y de los protestantes en particular dice, que se parecen á los pájaros, desde el buho, que es amigo de las tinieblas, hasta el águila que es amiga del sol. Todos ellos reposan en el grande árbol de la Biblia y todos chillan á la vez, unos de un modo y otros de otro, haciendo una música que rompe las orejas: uno grita que la cosa es blanca, otro que es negra; uno jura que es roja, otro que es verde; y todos con la Biblia en la mano.

P. ¿Pero cómo puede ser posible?

R. Es un hecho notorio, público y universal. Se le pregunta á un protestante si Jesucristo es

Dios, responde que si; se le pregunta á otro, responde que Jesucristo es un personaje puramente histórico, como lo describen los Evangelios, pero que jamás ha existido, y que toda su historia es un myto, esto es, una fábula; y lo que pasa con este artículo fundamental del cristianismo, se verifica tambien en todos los demas artículos del símbolo de los Apóstoles, desde el *Creo en Dios Padre* hasta la *vida perdurable*. Amen.

P. El tal protestantismo me parece una verdadera torre de Babel.

R. Esto es poco; lo peor es que su doctrina es absurda en teoria é inmoral en la práctica; es una doctrina que ofende altamente el honor divino, que degrada al hombre, que es peligrosísima para la sociedad, y contraria al buen sentido y al pudor.

P. ¿Podria Vd. demostrar la verdad de tan enormes acusaciones?

R. Sí, con la mayor facilidad. Basta abrir las obras de Lutero, de Zwinglio y de Calvino, que fueron los jefes de la reforma y fundadores del protestantismo, para ver que á cada paso asientan: que Dios es el autor del pecado: que Dios impele al hombre á pecar para castigarlo despues: que Dios tiene predestinada una gran parte de los hombres para la eterna condenacion, sin atender á los méritos ó deméritos de cada uno, etc., etc.

En dichas obras se sostiene que con tal que el hombre tenga fé, siempre será grato á Dios, sea cual fuere la enormidad de sus pecados: que los escogidos, aunque pequen, no pueden condenarse: que no es necesario vivir bien para salvarse: que el hombre, por el pecado original, ha venido á ser como una máquina, privado del libre albedrío y que obra el bien y el mal por una verdadera necesidad. En las mismas obras se encuentra que es lícito rebelarse contra los soberanos que se opongan á sus doctrinas, las que ellos llaman el *puro Evangelio*; y á este modo se registran otros mil y mil desatinos.

P. Horror causa cuanto acaba Vd. de decir. Tales gentes me parecen peores que los paganos.

R. Tiene Vd. razon; ni los paganos, ni los turcos han aglomerado jamas tanta impiedad de doctrina.

#### LECCION IV.

*De los autores y primeros propagadores del protestantismo.*

P. Con tales doctrinas, ¿cómo han podido los jefes de la reforma encontrar secuaces?

R. Con la mayor facilidad del mundo; porque como ellas halagan las pasiones del hombre, es-

pecialmente el orgullo, la concupiscencia de la carne y la codicia del dinero, inmediatamente tuvieron por discípulos á cuantos querian satisfacer sus propias pasiones; y aun en estos tiempos, los que se hacen protestantes y abandonan el catolicismo están muy lejos de ser cosa buena.

P. ¿Quiénes fueron los primeros discípulos y propagadores de la llamada reforma ó protestantismo?

R. Los que mas se parecian á sus propios maestros. Lutero, que, como dijimos en la segunda leccion, era un apóstata; despues de haberse casado con una monja, tuvo por primeros discípulos á Carlostadio, Melancton y Lange y otros del mismo jaez, todos la flor y nata de los malvados. Carlostadio era apóstata y tambien se casó; Melancton era un hipócrita, falso, cruel, blasfemo y entregado á la astrología judiciaria; Lange era un ex-fraille, y, lo mismo que Lutero, tambien se casó, por este estilo eran todos los demas.

P. ¿Quiénes fueron los primeros discípulos de Zwinglio?

R. Su discípulo mas célebre fué Ecolampadio, tambien fraile, y se casó con monja; y despues de haber diseminado la herejia en una gran parte de la Suiza, murió repentinamente al lado de la que llamaba su mujer.

P. ¿Quiénes fueron los discípulos de Calvino?

R. Bucero y Beza. Bucero fué un ex-fraille, que tambien se casó, como era corriente entre ellos. Fue discípulo unas veces de Lutero, otras de Calvino y otras de Zwinglio, segun le tenia mas cuenta, y se constituyó propagador de las doctrinas mas infames. Beza fué un público disoluto, que puso en verso sus torpezas para corromper á la juventud; fué ademas un solemne embustero y un descarado falsificador de la Biblia.

P. ¿Y los que vinieron despues de estos, eran por ventura mejores?

R. No por cierto: en su mayor parte eran gente amiga de mujeres, de la rapiña y ansiosos de los empleos de la nueva secta. Casi todos acabaron mal como sus maestros: unos de remordimientos, otros de desesperacion, y otros se suicidaron despues de una vida mas ó menos miserable.

P. Usted ha dicho que los discípulos acabaron como los maestros. ¿Pues cómo acabaron los maestros?

R. De la manera mas infeliz, como convenia que acabaran los enemigos de Dios y de la Iglesia. Lutero, despues de haber pasado el último dia de su vida en Eisleben su patria, en medio de un espléndido banquete, entre bufonías y risotadas, por la noche fué atacado de apoplejía y murió impenitente. Zwinglio, despues de haber profetizado á los suyos la victoria en un ataque

que sostenian contra los católicos, fué herido mortalmente en la derrota que sufrieron aquellos herejes y murió tambien impenitente, tendido en el campo de batalla. Calvino, por último, murió desesperado, de una enfermedad vergonzosa, roido de gusanos, blasfemando de Dios y llamando al diablo.

P. A la verdad, que no ha sido muy noble la cuna del protestantismo.

R. ¡Figúrese usted! Como que no era mas que una manada de epieureos bajo todos aspectos. Los protestantes, de cualquiera color y generacion que sean, deben avergonzarse siempre que vuelvan la vista ó el pensamiento á sus primeros apóstoles.

P. ¿Pero qué es cierto todo lo que usted acaba de referirme?

R. Tan cierto, que le aseguro á usted que me he quedado todavia muy atras, y que para no exagerar, me he atenido al *minimum* de cuanto pudiera decirse. ¡Oh! es infinitamente peor el cuadro del protestantismo que nos pinta la historia. Todas estas cosas están escritas, no solo en las obras de los católicos, sino tambien en las de los mismos protestantes; y no es posible dudar de ellas, ni mucho menos, que pueda negarlas cualquiera que haya leído las historias de la llamada reforma.

## LECCION V.

*Del modo con que se estableció el protestantismo.*

P. ¿Cómo pudo difundirse y establecerse una doctrina y una práctica tan infame en tan gran parte de la Europa?

R. La cosa es muy fácil de explicar. También la religión turca se estableció rápidamente en muchos países. Una religión como la de los protestantes, que favorece tan claramente las pasiones, encontró desde luego, en todas las ciudades, villas y pueblos, hombres dispuestos á abrazarla con avidez, es decir, contó inmediatamente con los malvados, los cuales siempre se encuentran en número prodigioso. Fuera de esto, todos los eruditos á la violeta y gramáticos superficiales, ansiosos de gloria, desenfrenados de costumbres y de cerebro vacío, quisieron echarla de teólogos, y vinieron á engrosar las filas de los rebeldes, en un siglo en que todos se dejaban llevar de la novedad.

P. ¿Pero cómo pudieron estos miserables establecer el protestantismo en tantos pueblos, sin la ayuda de los príncipes y de los grandes señores?

R. Precisamente porque contaron con su auxilio fué como realizaron su infame proyecto.

P. ¿Y cómo pudieron atraer á su partido á aquellos personajes?

R. De diversas maneras. A unos los sedujeron con la codicia de los bienes eclesiásticos, de que querían apoderarse. El oro, la plata, las piedras preciosas de las iglesias y de los utensilios del culto, fueron para muchos príncipes el único motivo de su conversión al protestantismo. Otros fueron seducidos por la vida licenciosa que les prometía el nuevo Evangelio, el cual daba de mano á la abstinencia, al ayuno y á las mortificaciones de la carne. En efecto, los primeros príncipes y señores que favorecieron la pretendida reforma, fueron los que mas se entregaban á la glotonería, á la embriaguez y al libertinaje, especialmente en Alemania. A algunos de ellos les permitían los protestantes de aquel tiempo, que tomasen una segunda mujer viviendo la primera todavía. Pero la mayor parte de estos soberanos fué atraída á la nueva profesión por el mando, con que se les brindaba sobre las cosas espirituales y por el deseo de dominar no solamente los cuerpos, sino también las almas y la conciencia de sus súbditos.

P. ¿De qué medios se valieron los príncipes y señores para obligar á sus súbditos á abrazar el Evangelio puro?

R. Se valieron del medio de declarar la li-

bertad de conciencia y la libertad de pensar, y de proteger en todos sentidos á los ministros del nuevo Evangelio dejándolos predicar, levantar iglesias y blasfemar de la Religión y del Papa; despues comenzaron á oprimir y á desterrar á los obispos y á los eclesiásticos celosos, que se oponian á las novedades que trataban de introducirse; favorecian bajo de cuerda las demostraciones con que los novadores procuraban intimidar á los buenos, impedir la predicacion de la fé católica é interrumpir las prácticas del culto público; finalmente, tachaban de oscurantistas y enemigos de la luz y del progreso, á los que se mantenian firmes en la religion de sus mayores; y cuando por todos estos medios se halló bastante reforzado su partido y ya no habia nada que temer, arrojando la máscara, con que se habian presentado como defensores del catolicismo, recurrieron á las armas, de que tambien se valió Mahoma, esto es, á la mas deshecha persecucion.

P. ¿Y cómo pudieron obligar á los príncipes que se resistian, á que abrazasen el Evangelio puro, esto es, el protestantismo?

R. Los obligaron á fuerza de amenazas continuas y de revoluciones. Los malvados son y han sido siempre en todas partes de mas valor, de mas actividad y de mas intrepidez que los hombres buenos. Todo medio es lícito para ellos con

tal que los conduzca al fin que se proponen. Son impetuosos y audaces, y uniéndose estrechamente entre sí, comienzan á excitar tumultos y lanzar amenazas; dan muerte á cualquiera que temen que pueda traicionarlos, y exageran su número y sus fuerzas para infundir espanto y causar inquietudes. Hombres de tal ralea son los que en todas partes han abierto siempre el camino al protestantismo, formando motines contra los príncipes que ponen resistencia, hasta venir despues á levantarse declaradamente contra ellos. Cuando estas facciones han llegado á prevalecer, los buenos príncipes han tenido que recurrir á la fuga; y cuando han sido reprimidas, los protestantes han puesto el grito en el cielo clamando: *¡intolerancia, violacion de los derechos de la conciencia y de las propias convicciones!* hasta llegar á conseguir algunas ventajas del gobierno y que se les tolere en varios Estados, mientras se les presenta otra oportunidad para hacer nuevas tentativas.

P. De aquí se infiere que el nuevo Evangelio, es decir, la Reforma, se ha establecido en todas partes por medio del fraude y de la fuerza bruta.

R. Sin duda alguna; y no podia ser de otra manera. En ningun país ha llegado á establecerse si no es de ese modo. Podemos desafiar á los protestantes de cualquier nombre y calidad

que sean, á que demuestren que esto no haya acontecido en cada uno de los países en que antes florecia el catolicismo.

P. ¿Y qué hacían entonces los hombres buenos?

R. Lo mismo que hacen ahora. Los buenos se pueden dividir en varias clases: unos se llaman buenos porque son buenos para nada, es decir, ineptos; otros se llaman buenos porque son indiferentes para el bien ó para el mal, con tal que nadie se meta con ellos, estos son los egoístas; otros se llaman buenos porque gozan la reputación de prudentes segun el mundo, por aquello de: *ya veremos, esperad, no hay que precipitar los acontecimientos*; y nunca hacen nada bueno; otros, por último, son verdaderamente buenos, es decir, celosos por la causa de la religion y de la patria; pero la acción de estos vienen á destruirla los gritos de los prudentes, que los tachan de indiscretos, de perturbadores y de falso celo. Entre tanto, los malvados hacen su negocio, y cuando ya lo han revuelto todo, entonces los buenos comienzan á quejarse; pero ya no es tiempo.

P. Segun veo, el protestantismo ó puro Evangelio, no se propagó como el catolicismo, esto es, como el verdadero Evangelio de Jesucristo.

R. No ciertamente: el cristianismo, es decir, el verdadero Evangelio de Jesucristo es una reli-

gion divina venida del cielo, y por lo mismo debia ser propagada de una manera digna de Dios; por el contrario, el protestantismo llamado puro Evangelio es una religion toda carnal, terrena y humana, y por lo mismo no podia propagarse sino con medios carnales, terrenos y humanos, y no puede subsistir sino con apoyos terrenos, y cuando estos llegan á faltar, el protestantismo desaparece.

P. ¿Y qué todos los protestantes serán perturbadores y malvados?

R. No. Esto seria una falsedad y una calumnia; pero la razon no es porque una mala planta pueda dar buenos frutos, sino porque muchos protestantes, como son los que forman el pueblo, que es la clase mas numerosa, se encontraron envueltos en el torbellino sin saber cómo. Gran parte de las masas populares, especialmente los artesanos, los ciudadanos pacíficos y la gente de las aldeas, que no sabian lo que era el nuevo Evangelio, esta Iglesia que se les presentaba como reformada, siguieron de buena fé y como tradicionalmente, conservando en el fondo de su corazón la doctrina católica, y de este modo se mantuvieron en su antigua probidad en medio del protestantismo, porque ignoraban sus doctrinas corruptoras.

## LECCION VI.

*De la tolerancia del protestantismo.*

P. ¿Los protestantes, que desde el principio invocaron la libertad de conciencia y la tolerancia, han practicado despues ambas cosas con los católicos?

R. ¡Ojalá! La conducta de los sectarios ha sido siempre la misma. Cuando se reconocen débiles invocan la libertad de conciencia y piden que se respeten sus propias convicciones; y cuando se les reprime, claman y se lamentan por la violencia que se hace á sus opiniones *inocentes*, y llaman opresor y tirano á todo el que los contradice; pero apenas pueden alzar cabeza, inmediatamente echan mano de las confiscaciones, de los destierros y de todo género de suplicios contra los católicos?

P. ¿Y qué responden los protestantes cuando los católicos invocan también en su favor la tolerancia?

R. Responden con burlas, con escarnios, con insultos; siguen con pié firme su sistema de bárbara persecucion; hacen sentir todo el peso de la opresion; y dejan que cada uno grite y se lamente sin darse por entendidos.

P. ¿Por lo menos se habrán abstenido del derramamiento de sangre, cuando persiguen á los católicos que han permanecido fieles á la religion de sus padres?

R. ¿Qué dice usted! Todo lo contrario: han empleado contra los católicos, suplicios y tormentos de tal naturaleza, que han dejado muy atras por su refinada crueldad á los mismos emperadores paganos. El hierro, el fuego, el tormento, las ruedas de navajas, los lagos de hielo, todo, todo les ha servido contra los católicos fieles á su Dios y á su religion; no han perdonado ni á las mujeres ni á los niños; por medio de compañías de esbirros bien organizadas, han descubierto á los sacerdotes y á los religiosos, y con la mayor infamia han aplicado la pena de muerte en algunos países aun á todos aquellos que les han dado abrigo, aunque sea por una sola noche.

P. Todo esto me parece imposible. Creo que hay mucha exageracion.

R. Para que usted se convenza de que no exagero, le recomiendo que lea lo que hicieron los luteranos en Alemania, Suecia, Dinamarca, Islanda y Noruega; los hugonotes ó calvinistas en Francia y en Holanda; los zwinglianos en Berna, Zurich, Ginebra y en el resto de la Suiza; los presbiterianos en Escocia; y los anglicanos en Inglaterra y en Irlanda, y encontrará que cuanto he dicho es

mucho menos de lo que realmente ha pasado. Se trata de hechos históricos, y referidos aun por los mismos autores protestantes.

P. Está bien. Mas todo esto habrá sucedido en los primeros momentos de furor; pero despues habrán cambiado de conducta.

R. Tales persecuciones jamas ha dejado de haberlas en los países protestantes. En algunos ha permanecido en vigor la pena de muerte por mas de doscientos años, como por ejemplo, en Inglaterra; en otros están vigentes aún las leyes de confiscacion y de destierro contra el que se convierta al catolicismo, como sucede en Berna, Saecia y Dinamarca; en varios principados de Alemania, se han dado leyes durisimas para obligar á los que contraen matrimonio mixto, (esto es, de un protestante con una católica, ó al contrario), á que eduquen á sus hijos en la religion protestante y á que los instruyan maestros protestantes; por último, aun ahora se emplean toda clase de medios para apartar á los católicos de su santa religion y para impedir que ningun protestante se haga católico.

P. Pero qué los gobiernos protestantes no han disminuido notablemente las persecuciones?

R. Han disminuido en el sentido de que ya no ahorean ni descuartizan á los católicos como

lo hacian hace poco tiempo, porque la índole de nuestro siglo ya no sufre tales barbaridades; pero fuera de esto, siguen como antes, con la sola diferencia de haber sustituido las antiguas crueldades con refinadas astucias. Si acaso han hecho algunas concesiones á los católicos, ha sido obligados por la necesidad, porque así lo exigia el estado de las cosas políticas; pero nunca espontáneamente.

P. ¿Cómo puede ser esto cuando muchos gobiernos protestantes han concedido á los católicos la emancipacion y con ella todos los derechos civiles?

R. Es cierto que la han concedido; pero solo por la razones que ya hemos dicho; y esto no obstante, con todo y la emancipacion, con todo y la igualdad de derechos civiles, los católicos no gozan ninguna libertad. Los protestantes siempre ponen trabas en el ejercicio de su ministerio á los obispos, á los párrocos y á los demas eclesiásticos. Cuando se trata de empleos públicos promueven casi exclusivamente á los protestantes; á ellos les encomiendan también la instruccion pública; y cuando se trata de la eleccion de diputados para las cámaras, siempre procuran que no recaiga el voto en personas católicas; y por último, de cuantos modos les sugiere su odio refinado hacen á los católicos mil vejaciones.

P. ¿Pero á lo menos las personas particulares no tratarán de otro modo á los católicos?

R. Los hombres honrados, que permanecen en el protestantismo tal vez contra su voluntad y solo porque tuvieron la desgracia de nacer protestantes, ciertamente desaprueban una conducta tan desleal y se compadecen de los católicos; pero los que son protestantes por principios y conocen que por lo mismo que lo son, tienen que ser enemigos de la Iglesia católica, aborrecen á los católicos del modo mas indigno. Fomentan contra ellos los antiguos odios, forman planes entre sí en reuniones tenebrosas para privarlos de los empleos, del trabajo, del comercio y hasta del pan si les fuera posible. Así lo han hecho siempre, y así lo hacen ahora en varios puntos de Alemania, de Holanda, de Inglaterra, de Ginebra y en otras partes.

P. ¿De qué proviene una conducta tan desleal é inhumana?

R. Proviene de que como el protestante no tiene la verdadera fe, tampoco tiene la verdadera caridad. El protestantismo no vive mas que de odio; el odio es el que lo anima y le da vida: y así como el error no puede tolerar la verdad, de la misma manera tampoco puede sufrir á los que profesan la verdad y por esto los persigue como por instinto.

#### LECCION VII.

##### *De los fautores del protestantismo.*

P. ¿Quiénes son los fautores del protestantismo?

R. Dejando por ahora los demagogos, y los revoltosos de todo género, y los adictos á las sociedades secretas, los cuales se unen al protestantismo solo para deshacerse del Papa y de los reyes; los mas ardientes defensores de la reforma y del Evangelio *puro* son los malos católicos, la hez de la sociedad y los ciudadanos mas viciosos que no practican ninguna religion.

P. ¿Y hay muchos de estos en Italia?

R. Si se considera su número en conjunto, podemos decir que son muchos, porque están esparcidos en todas las grandes y pequeñas ciudades, en todos los pueblos, castillos y aldeas; en todas partes tienen sus correspondientes y sus agentes. Pero si se consideran separadamente y con relacion á la masa de los pueblos, no son mas que fracciones insignificantes compuestas de gente de mal vivir y que desprecia toda religion. Gracias á Dios, no son la mayor parte.

P. ¿Pero qué estos hombres no son por lo comun instruidos y honrados?

R. Si hubiéramos de atenernos á su dicho, ellos son sapientísimos, la flor de la doctrina y otros tantos Salomones. En su conversacion se valen de palabras peregrinas y rebuscadas para llamarse la atencion, y se expresan en estilo sentencioso con increíble gravedad; pero no son mas que cerebros huecos, ignorantes, y en materia de religion ignorantísimos; no conocen ni la religion católica que combaten, y muchos de ellos ni el protestantismo que predicán. En cuanto á probidad y honradez no tienen mas que la apariencia, y por lo comun ni aun esta, no siendo en realidad mas que un saeo de vicios y de maldades.

P. ¿Y á quiénes procuran ganar para el protestantismo?

R. En todas las ciudades y pueblos buscan con mayor solicitud á los mas viciosos, irreligiosos y desmoralizados: estos son siempre su presa mas escogida. Van y vienen como los perros hambrientos, olláteando por todas partes en busca de algun esqueleto que roer y cuando lo encuentran se arrojan sobre el con hambre verdaderamente camina para devorarlo.

P. ¿Y estos apóstoles de nuevo cuño tienen particular empeño en seducir á la juventud?

R. La juventud es el objeto especial de su apostolado. Saben muy bien que los jóvenes no

tienen experiencia, que son de imaginacion ardiente, ligeros, y que fácilmente se dejan llevar por el impetu de sus pasiones. Por esto persiguen con mas empeño á los jóvenes y á las jóvenes, para cogerlos en sus redes: poco á poco van infiltrando en sus corazones multitud de máximas perversas y les facilitan el modo de satisfacer sus vicios, hasta que estas infelices criaturas vienen á quedar aprisionadas en sus lazos, sin haberse apercebido de ello.

P. ¿Cuál es el efecto inmediato de esta seducccion en los jóvenes de uno y otro sexo?

R. En su casa se vuelven desobedientes y perversos hasta la insolencia y vienen á ser una pesada cruz para sus padres. En el público se presentan con altivez y osadía, se pasean con aire de proteccion y desprecian á todo aquel que no está iniciado en sus maldades. En las escuelas son el azote de sus maestros y el escándalo de sus compañeros. En las iglesias, si por acaso van á ellas, tienen posturas indevotas é indecentes. Finalmente, dan á conocer en su exterior todo lo que abrigan en su corazon, y siempre aparecen por de fuera los frutos del germen pestilencial que llevan en sus almas.

P. ¿Qué puede esperar la sociedad de estos jóvenes evangélicos?

R. Todo género de desgracias; porque siendo

revoltosos por naturaleza, están siempre dispuestos á la novedad, y en cada alboroto que se presenta toman parte muy activa, sin calcular su propio daño y el mal que resulta á los demas.

P. Segun esto, el llamado Evangelio puro viene á ser el vehiculo de la inmoralidad y la sentina de todos los males para la familia, para la religion y para la sociedad.

R. Precisamente: ni mas ni menos. Este Evangelio puro, ó sea, el protestantismo, no es otra cosa mas que la irreligion y la inmoralidad encubiertas con bellas palabras y el mas terrible azote de la humanidad, conduce sordamente á la anarquía y al desenfreno de las pasiones y viene á parar en el mas duro despotismo, como lo demuestra una constante y dolorosa experiencia.

#### LECCION VIII.

##### *Del fin que se proponen los propagadores del protestantismo.*

P. ¿Qué fin llevan los fautores del protestantismo al propagarlo y difundirlo con tanta prisa? ¿Por ventura es porque buscan la mayor pureza de la religion?

R. ¡Oh! ¿Usted cree que esta maldita raza

de incrédulos puede tener algun interes por la religion? Poco caso hacen de ella; y si se valen de las palabras: *Religion reformada, Evangelio puro, cristianismo primitivo, etc., etc.*, es solo para servirse de ellas como de un velo con que cubrir sus maldades y la novedad que en todo tratan de introducir. El protestantismo viene á ser en sus manos, como un medio el mas á propósito para hundir á la patria en el abismo de la irreligion, de la licencia, del libertinaje y de la incredulidad, y finalmente, en el comunismo y en el socialismo?

P. ¿Qué cosa es comunismo y socialismo?

R. Aunque estas dos palabras se toman indiferentemente la una por la otra, sin embargo, no deben confundirse, porque cada una tiene su significado especial; y ademas, los partidarios del comunismo son distintos de los partidarios del socialismo. Aquella confusion proviene de que unos y otros siempre tienen por mira el trastorno de la sociedad, de la religion y de las costumbres.

P. Explicad lo que significa el comunismo.

R. El comunismo, tomado en la significacion mas lata de esta palabra, es una teoria ó doctrina, que obliga á poner en comun los bienes que cada uno tiene en particular, cualesquiera que ellos sean y cualquiera que sea el titulo por el que le pertenecan. Segun esto, entran en el comunismo, la soberania, las mujeres, los terrenos, las casas,

revoltosos por naturaleza, están siempre dispuestos á la novedad, y en cada alboroto que se presenta toman parte muy activa, sin calcular su propio daño y el mal que resulta á los demas.

P. Segun esto, el llamado Evangelio puro viene á ser el vehiculo de la inmoralidad y la sentina de todos los males para la familia, para la religion y para la sociedad.

R. Precisamente: ni mas ni menos. Este Evangelio puro, ó sea, el protestantismo, no es otra cosa mas que la irreligion y la inmoralidad encubiertas con bellas palabras y el mas terrible azote de la humanidad, conduce sordamente á la anarquía y al desenfreno de las pasiones y viene á parar en el mas duro despotismo, como lo demuestra una constante y dolorosa experiencia.

#### LECCION VIII.

##### *Del fin que se proponen los propagadores del protestantismo.*

P. ¿Qué fin llevan los fautores del protestantismo al propagarlo y difundirlo con tanta prisa? ¿Por ventura es porque buscan la mayor pureza de la religion?

R. ¡Oh! ¿Usted cree que esta maldita raza

de incrédulos puede tener algun interes por la religion? Poco caso hacen de ella; y si se valen de las palabras: *Religion reformada, Evangelio puro, cristianismo primitivo, etc., etc.*, es solo para servirse de ellas como de un velo con que cubrir sus maldades y la novedad que en todo tratan de introducir. El protestantismo viene á ser en sus manos, como un medio el mas á propósito para hundir á la patria en el abismo de la irreligion, de la licencia, del libertinaje y de la incredulidad, y finalmente, en el comunismo y en el socialismo?

P. ¿Qué cosa es comunismo y socialismo?

R. Aunque estas dos palabras se toman indiferentemente la una por la otra, sin embargo, no deben confundirse, porque cada una tiene su significado especial; y ademas, los partidarios del comunismo son distintos de los partidarios del socialismo. Aquella confusion proviene de que unos y otros siempre tienen por mira el trastorno de la sociedad, de la religion y de las costumbres.

P. Explicad lo que significa el comunismo.

R. El comunismo, tomado en la significacion mas lata de esta palabra, es una teoria ó doctrina, que obliga á poner en comun los bienes que cada uno tiene en particular, cualesquiera que ellos sean y cualquiera que sea el titulo por el que le pertenecan. Segun esto, entran en el comunismo, la soberania, las mujeres, los terrenos, las casas,

el comercio, la industria, el talento, el derecho de guerra, finalmente todo.

P. ¿Si el comunismo llegara á prevalecer, en qué vendría á parar todo cuanto tenemos y poseemos?

R. Es evidente que el comunismo es la disolución universal de la familia y de la sociedad; la ruina de la moral y de las costumbres; la destrucción radical de todo lo que se llama *derecho*; la negación absoluta de toda religión positiva; el estado salvaje elevado á un grado de barbarie inaudito hasta ahora en los anales de la humanidad; es la igualdad y la fraternidad de las bestias, y peor todavía, porque las bestias se gobiernan á lo menos por el instinto; pero estos hombres bestiales no tienen mas regla que sus pasiones, ni mas interés que el contentamiento de ellas.

P. Confieso que me horroriza cuanto habeis dicho. ¿Pero cómo es posible que semejantes cosas sea el fin que se propone el comunismo?

R. No solo es posible, sino una realidad fuera de toda duda. No hay mas que leer sus libros, sus proclamas, sus periódicos, y examinar algunos de sus hechos, para persuadirse de esta verdad.

P. ¿Cómo! ¿Pues qué tambien con hechos han dado á conocer los comunistas sus perversas doctrinas?

R. Sin duda alguna: tanto en los tiempos

pasados como en los presentes. En cuanto á los tiempos pasados, refiere la historia que en la primera mitad del siglo diez y seis, los Anabaptistas, que fueron los hijos primogénitos del *puro Evangelio*, ó sea, el protestantismo, predicaban y quisieron poner en práctica estas horribles doctrinas en la Alemania, la Suiza, la Moravia y los Países Bajos; levantaron á los labradores contra sus amos, y á los pueblos contra sus legítimos Príncipes y Señores; y persiguieron á todos los que tenían un modo diverso de pensar. Sus cabeillas eran tan déspotas y tiranos que dejaban muy atras al mismo Neron. Estos levantamientos ocasionaron la pérdida de mas de cien mil personas que murieron en los campos de batalla.

P. Pero á lo menos en los tiempos actuales no han hecho tanto mal. Las cosas afortunadamente han cambiado.

R. Las cosas no han llegado á ese extremo porque los comunistas no han podido triunfar; mas por las señales inequívocas, que dieron desde el principio en la revolueion del 48 en Italia, en Francia, en Suiza y en Hungría, fácilmente se puede conocer hasta dónde habrían ido á parar. (1)

(1) El autor escribia antes de los horrores de la comuna en Francia, que se apoderó del gobierno despues de la guerra entre aquella nacion y la Prusia. (N. del T.)

El despojo de las iglesias y de las casas religiosas, las matanzas, las compañías organizadas de la muerte, (2) los sicarios armados de puñales para asesinar á los hombres pacíficos y á los gobernantes, los incendios ejecutados, y tantas otras infamias y crueldades, son indicios mas que suficientes de lo que se proponían hacer si hubieran llegado á apoderarse de las riendas del gobierno.

P. Está bien. Pero nunca hubieran llegado á cometer las atrocidades de los Anabaptistas.

R. ¿Qué dice Vd? Los habrían excedido y con mucho; porque aunque los Anabaptistas cometieron tantos horrores; respetaban sin embargo la idea de Dios y la inmortalidad del alma; creían en las penas y premios de la otra vida; admitían la revelación cristiana; en algunas cosas se sujetaban al Evangelio y practicaban algunos principios de moral. ¿Pero quién puede calcular cuánto eran capaces de hacer los comunistas de ahora, que no creen en Dios, ni en la inmortalidad del alma, ni en los premios y penas de la otra vida, ni tienen mas regla de sus acciones que el propio interés y los apetitos de la carne? Nadie puede formarse una idea exacta de lo que llega-

(2) Se llamaban así por los estragos que causaban y porque tenían por insignia una calavera en el chacó y en sus banderas. (N. del T.)

ría á suceder, si estas bestias feroces pudieran triunfar alguna vez y poner en ejecución sus perversos designios.

P. Ya comprendo lo que significa esta palabra: *comunismo*; explicad ahora lo que quiere decir *socialismo*.

R. Socialismo es una doctrina por la cual se pretende hacer un cambio el mas completo en la sociedad; de modo que pueda gobernarse independientemente de la religion, de toda autoridad y de todo principio de moralidad: es, en una palabra, un panteísmo social, que profesa odio á Dios, á la Iglesia y á toda autoridad política.

P. ¿Y quiénes son peores, los comunistas ó los socialistas?

R. No se puede decir quienes son peores, porque todos son pésimos. Forman entre sí una perfecta alianza, y, con excepción de algunas diferencias meramente especulativas, en cuanto á su fin y en cuanto á sus medios, caminan en el mejor acuerdo. Esta es la razón por qué en el lenguaje comun, se usa indiferentemente de las palabras socialismo ó comunismo, socialistas ó comunistas.

P. ¿El comunismo y socialismo tal como acababan de explicarse, es lo que intentan propagar los fautores y diseminadores del protestantismo?

R. Precisamente. Este es el único objeto de

sus afanes y de su empeño. El protestantismo no es mas que una palabra vacia de sentido; es una negacion de la verdadera religion; y por esto sus propagadores toman tanto empeño en cubrir sus criminales intentos, los cuales no son otra cosa que la destruccion de la propiedad, el robo, y el apoderarse de todo, para venir á parar en destruirse despues los unos á los otros.

P. Pero yo no creo que todos los propagadores del protestantismo lleven un fin tan inicuo y tan perverso. ¿Vd., qué dice?

R. Es cierto que no; porque muchos solamente son instrumentos ciegos, que no tienen mas mira que su interes de actualidad; y, como ignorantes y viciosos, solo van en busca de compañeros para sus vicios. Pero los cabecillas, aquellos que dan el impulso y el movimiento, no tienen mas fin que el que ya se ha explicado, y lejos de formar misterio de ello, antes bien lo proclaman altamente en sus escritos y en sus libros.

P. ¡Oh! Todo esto es horrible, y tiembla uno de solo pensar en ello.

R. Tiene Vd. razon; y cuídese mucho de esta peste del protestantismo; porque trae consigo la perdicion del alma con otros muchos males temporales que de ordinario le acompañan.

## LECCION IX.

*De los indicios por los cuales se pueden conocer los fautores y propagadores del protestantismo.*

P. ¿Cómo podré librarme de los propagadores del protestantismo?

R. Con huir de ellos, como se huye de una gente apestada.

P. Todo está en conocerlos. ¿Hay algun modo seguro para ello?

R. Si lo hay; no obstante que procuran encubrirse y disfrazarse para ocultar lo que son; porque bien comprenden que si lo manifestaran, no conseguirian su intento. Por esto muchas ocasiones aparentan piedad y devocion, siempre tienen palabras melosas en sus labios y protestan que son católicos celosos. A la manera que el Demonio, siendo ángel de tinieblas se transforma en ángel de luz, segun la expresion del Apóstol; así lo hacen estos desgraciados para engañar fácilmente á las almas sencillas. Pero esto no obstante siempre hay señales seguras para conocerlos y no dejarse coger en sus redes.

P. ¿Cuáles son esas señales?

R. Las señales son diversas segun que lo son los fautores ó propagadores del protestantismo;

porque unos son nacionales y otros extranjeros; y estos por lo comun son ingleses, ó ginebrinos, ó los piomonteses llamados *Barbetos*. Los nacionales regularmente son: ó sectarios, ó sacerdotes y religiosos apóstatas y renegados, ó algunos mozaletes libertinos que ya no han menester de que otro los seduzca. (1)

P. ¿Qué señales hay para conocer á los propagadores extranjeros del protestantismo?

R. En quanto á los ingleses, los cuales son como las aves de rapiña que se arrojan por todas partes para hacer su presa, las señales son las siguientes: Al principio la echan de devotos y de religiosos; practican exteriormente y con la mayor exactitud todo lo relativo á su culto; llevan siempre en la mano ó debajo del brazo, su Biblia ó su libro de oraciones, como ellos le llaman; observan el Domingo con una supersticion farisaica; donde tienen capillas ó templos de su culto se dirigen á ellos con grande aparato para llamarse

(1) Entre los propagadores extranjeros del protestantismo, nosotros debemos mencionar con particularidad á los norte-americanos. De allí nos han venido las Biblias truncadas, falsificadas y sin notas, y tantos cuadernos y libros impíos é inmorales contra la religion, y de allí tambien han venido los primeros diseminadores de lo que llaman protestantismo, que tanto mal está causando á las familias, á la sociedad y á la religion. (N. del T.)

la atencion; y por último hacen tambien el papel de hombres buenos y honrados. Despues que por estos medios se han venido preparando el camino, y despues que ya se han fijado en las personas que se proponen cazar, comienzan á insinuar sus planes entre las familias, en las conversaciones, en las tertulias, y estrechan su amistad con todos aquellos que juzgan á propósito para sus miras. En seguida comienzan á manifestar compasion por los *pobres* católicos esclavos del Papa y de los Padres, y sometidos á tantas supersticiones. Ponen por las nubes lo que ellos llaman su religion; ensalzan la libertad de ella, por la cual están exentos de los ayunos, de las abstinencias, de la confesion y de otras muchas prácticas gravosas. Ponderan los adelantos de su comercio y la felicidad y prosperidad á que ha llegado la Inglaterra despues de haber sacudido el yugo del Papa y de los Padres. Los tontos que nunca han oido semejantes cosas, escuchan aturdidos *tanta belleza*, se quedan admirados, y poco á poco van cayendo en los lazos de estos cazadores tan experimentados.

P. ¿Y por qué llama Vd. *tontos* á los que admiran en boca de los ingleses, todas estas bellezas?

R. Porque con suma facilidad se dejan engañar de aquellos ridiculos charlatanes por sus

palabras sonoras y retumbantes; y porque fijándose solo en las apariencias, no penetran en la sustancia.

P. Explicaos mejor. ¿Qué se entiende por apariencia?

R. La apariencia es aquella corteza que se ve por de fuera, semejante á la de los fariseos, los cuales se mostraban muy rigidos en la observancia del Sábado, muy dedicados á los ritos exteriores del culto judaico, y muy exactos en el pago de los diezmos; pero en su interior eran orgullosos como Lucifer, avaros como Judas, rapaces, impuros, obscenos y envidiosos, y por esto el divino Salvador los llamó raza de vihoras y sepulcros blanqueados. Asi son todos los herejes y asi son estos propagandistas anglicanos, que, como emisarios políticos, que regularmente son, solo andan buscando influencia y preponderancia en todas partes.

P. ¿Y qué se entiende por sustancia?

R. Por sustancia se entiende lo que realmente es el protestantismo en Inglaterra, haciendo á un lado las bellas palabras, ya sea en lo tocante á la religion, ya en cuanto á la moral y ya en cuanto á la prosperidad material. En religion no es mas que un caos ó confusion de ideas verdaderamente imposible de explicarse; germinan en su seno muchos centenares de sectas que viven en

perpetua lucha; la misma Iglesia oficial, es decir, la que paga el Gobierno, y cuyo jefe es el Rey ó la Reina, no sabe ni lo que cree ni lo que deja de creer; los que se titulan obispos son otros tantos viles esclavos que están engordando con las enormes rentas que sacan del erario nacional; los beneficios eclesiásticos se dan en pública subasta al mejor postor, y hasta se anuncia por medio de los periódicos que en tal beneficio hay poco que hacer, que en tal otro hay mucho que gozar, etc., etc. Los treinta y nueve artículos de que se compone su Credo son tan elásticos que cada protestante los entiende á su modo, y todos ellos siempre en sentido contradictorio. En cuanto á la moral, los protestantes, generalmente hablando, son entregados á la disolucion, al hurto, al homicidio y al suicidio, como puede verse en sus estadísticas. Finalmente, por lo que toca á la prosperidad de la Inglaterra, con excepcion de algunos ricos y de fortunas colosales, toda la gente del pueblo gime en un pauperismo tan lamentable, que para no morir de hambre, habitan la mayor parte de su vida en las excavaciones profundísimas, de donde se saca el carbon fósil, ó entre las máquinas de las oficinas, donde mueren en poco tiempo. Cada año, tanto en Inglaterra como en Irlanda mueren algunos millares de personas de pura hambre; ó para librarse de morir

así, tienen que emigrar por centenares de miles, arrastrando su miseria, á los remotos países de la América y á otras muchas partes. ¿Qué le parece á Vd. de tantas delicias?

P. Verdaderamente no lo habria creído. ¿Pero qué es cierto cuanto usted ha dicho?

R. Le aseguro á usted que no exagero en lo más mínimo; se trata además de un hecho notorio, público; y todo el que haya visitado Inglaterra, en cualquiera tiempo que sea, tiene de ello un conocimiento adquirido por la experiencia. Hablando ahora de algunos casos en particular, debe usted saber que solo en Lóndres habia hace algunos años *doce mil* niños educados en el crimen y para el crimen; *treinta mil* ladrones; *seis mil* receptadores de objetos robados; *veintitres mil* aficionados á la embriaguez; *cincuenta mil* ébrios consuetudinarios y *doscientos veinte mil* de gente prostituida. A todo esto hay que agregar el infanticidio, que es muy comun en Inglaterra entre la gente pobre, que por este modo se proporciona alguna paga de parte de las compañías organizadas al efecto; en la ciudad de Leeds solamente en un año fueron sacrificadas *trescientas* de estas víctimas inocentes. Es tanta la miseria, que en Irlanda, el año de 1856, según el cálculo mas bajo, murieron de hambre *veintiun mil setecientas setenta* personas. En un solo barrio de Lóndres, según

refieren los encargados por el Gobierno de una visita que se practicó en Abril de 1857, se averiguó que en un pequeño radio habia habido en solo el espacio de tres meses, *treinta y cinco* casos de muerte, unos por violencia y otros por el hambre. Para concluir este triste cuadro me valdré de las palabras de un escritor muy reciente, que despues de continuas observaciones por espacio de diez y seis años que vivió en Inglaterra, se expresaba de esta manera: «Si fuera posible contar los desórdenes que se cometen en todos los países católicos, los cuales contienen mas de ciento cincuenta (debía decir doscientos) millones de almas, su número, cualquiera que fuese, estaria muy distante de lo que acontece en solo la Inglaterra.» Para formarse una idea de la felicidad tan decantada de los ingleses, conviene no olvidar lo que á propósito de Inglaterra dice un autor protestante, y es, que aunque la poblacion, de un siglo á esta parte se ha triplicado, el número de los pobres es ocho veces mayor que antes. He aquí la felicidad que quieren regalar á nuestra patria los fautores del protestantismo.

P. ¡Dios nos libre de ellos! Dígame usted ahora alguna cosa sobre los ginebrinos.

R. Estos propagadores del Evangelio puro, del Evangelio primitivo, de la santa reforma, en una palabra, del protestantismo, son por lo comun

hombres fanáticos é ignorantes, y se les conoce con el nombre de *pietistas* ó *metodistas*. Son extremadamente furiosos y siempre están ardiendo en rabia contra los católicos; ellos mismos no saben ni lo que creen; lo único que saben es odiar de muerte al catolicismo. Con solo observar su fisonomía se les reconoce fácilmente; porque llevan en ella bien marcadas las señales de la malignidad, que les infundió su maestro el apóstata Calvino. Hacen grandes elogios del libre exámen de la Biblia; dicen que la única religion verdadera es la que cada cual llegue á formarse por propia *conviccion*; desprecian la fé, porque tiene su origen en la autoridad; llaman á los católicos esclavos de los padres; y por este orden hablan mil sandeces y disparates, con que engañan á los necios y á los tontos.

P. ¿Y por qué dice usted que no saben lo que creen?

R. Porque así es en realidad; y si no, hágase la prueba con preguntarles si Jesucristo es Dios; no saben contestar: si el pecado original se propaga ó no; no se atreven á afirmarlo: si hay penas eternas despues de esta vida; no se atreven á decir que sí; y lo mismo sucede en todo lo demás. Si se encuentra alguno que diga que sí; hay otro que dice que no. Lo único que saben es, que no son católicos y que deben odiar á los ca-

tólicos; porque el que no tiene fé, no puede tener caridad.

P. ¿Y qué me dice usted de los barbetos?

R. Los barbetos llamados tambien valdenses, descenden de una secta de herejes cuyo origen se pierde en los tiempos de la edad media; habitaban por lo comun en algunas llanuras del Piamonte; en tiempos pasados eran inquietos y revoltosos; pero habiéndoles reprimido en sus desórdenes, se vieron obligados á vivir en sosiego en las montañas. Cuando apareció la reforma protestante, á principios del siglo XVI, se unieron con los calvinistas formando causa comun con ellos, porque por sí solos no podian mantenerse en pié, pues solo formaban un despreciable puñado de sectarios. Sostenidos despues y favorecidos por los ingleses y por otros herejes, han comenzado á extenderse por el Piamonte y á levantar templos de su secta, ayudados con el oro de la Inglaterra, de la Escocia y de la Prusia.

P. ¿Pues qué tambien los barbetos se ocupan en ganar prosélitos para el protestantismo?

R. Y bien que se ocupan. Todos los anarquistas y todos los incrédulos, son siempre los mas fieles aliados de los protestantes. Por esto los barbetos se derraman por el Piamonte como langostas, y se esfuerzan por extender y reforzar su partido, procurando en sus delirios que todo el Pia-

monte, y si fuera posible, toda la Italia se hicieran barbetos.

P. ¿Y qué señales hay para conocerlos?

R. Se les conoce por su afectado continente; por su presunción y jactancia de ser mas antiguos que todas las sectas protestantes; por los muchos cuentos que siempre traen entre manos de martirios y de persecuciones, que dicen que han sufrido, siendo tan inocentes, como ellos aseguran, y que no tienen mas culpa, si así puede llamarse, que leer la Biblia en lengua vulgar, para poner de manifiesto y sacar á luz pública todas las abominaciones de Roma; se les conoce, finalmente, por su continuo blasfemar de la Santísima Virgen y de su culto; pues, lo mismo que los albigenses, son enemigos declarados de la Madre de Dios, y de la invocacion que hacemos de ella y del culto que le tributamos. Estas, y otras señales semejantes, dan á conocer perfectamente quiénes son estos propagadores del protestantismo.

P. Hay tambien otros sectarios que se dan el título de propagadores de la buena nueva. ¿Sabéis decirme quiénes son estos y si es difícil reconocerlos?

R. Nada tiene de difícil; porque aunque parecen ser los mas astutos, son sin embargo los que se dan á conocer con mayor facilidad. Aunque tratan de ocultar sus máximas perversas, con

todo, se les escapa de los labios lo bastante para conocerlos; siempre andan blasfemando de Dios, de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos; profieren invectivas é insultos los mas groseros contra el Papa, los cardenales, los sacerdotes, los religiosos, llamando á todo esto *el partido clerical*, como si la Iglesia y su gerarquía pudieran ser algun partido; siempre andan suscitando dudas y promoviendo disputas sobre los puntos mas principales de la doctrina cristiana; finalmente, por todo esto, y por su conducta inmoral, baja y licenciosa, no hay dificultad ninguna en conocerlos.

P. Ya no necesito mas. Con lo que habeis dicho, basta.

R. Supuesto que ya los conocéis, no falta otra cosa mas que huir de ellos.

LECCION X.

*De las astucias de que se valen los propagadores del protestantismo.*

P. ¿Y por qué habeis dicho que tan luego como se conoce á estos propagadores, hay obligacion de huir de ellos?

R. Porque si así no se hace, lo primero que

se pierde es el tiempo y después también el alma. Esta clase de gente comienza por infundir afecto á una religion, que va en armonía con las malas inclinaciones del alma y que fomenta el desorden de las pasiones; y ya por esto se deja entender que quien se expone á tal peligro, no está muy lejos de la seducción. Todos somos inclinados al mal; y cuando alguno llega á persuadirse de que puede cometerlo impunemente, al punto se precipita en él. Este viene á ser el resultado del protestantismo; y son tales los medios y tantas las astucias de que se valen sus sectarios para hacer prosélitos, que si uno no se aparta muy lejos de ellos, aunque logre escapar de un lazo, á poco andar viene á caer en otro.

P. ¿Cuáles son esos medios y esas astucias?

R. No es posible numerarlos todos; pero me limitaré á lo mas principal. El medio mas común consiste en desacreditar á la Iglesia católica, llamándola partido clerical, corte de Roma, jesuitismo, supersticion; desacreditan especialmente al Papa y á todos los sacerdotes seculares y regulares, llamándolos impostores y mentirosos; desacreditan también el sagrado ministerio, llamándolo un comercio; desacreditan las prácticas religiosas, llamándolas supersticiones, y califican de idolatría el culto de la Santísima Virgen y de los Santos, etc., etc.

P. Así lo he oido muchas veces. ¿Cuáles son los otros medios de que se valen?

R. De calumnias y de mentiras de toda clase contra la religion católica; porque como no tienen conciencia ni pudor, se sirven de todo esto é inventan cuanto les ocurre contra la Iglesia, contra los Papas, contra los Obispos y contra los sacerdotes. Exageran los abusos y las debilidades, que alguno suele tener, y predicán á voz en cuello, que todo esto lo aprueba la Iglesia, cuando por el contrario condena siempre á los extraviados y llora amargamente sus delitos; dicen por todas partes que el Papa comercia con las indulgencias; que los sacerdotes venden la absolucion de los pecados y revelan las confesiones; que la Iglesia prohíbe la lectura de la palabra de Dios; y otras mil y mil mentiras y calumnias las mas groseras y descaradas.

P. También esto lo he oido muchas veces. Vamos adelante.

R. Se valen igualmente de los terrores imaginarios de la Inquisicion, aunque jamas haya existido tal como ellos la describen, ni exista ahora en ningun lugar. Siempre les parece que están mirando Inquisiciones é inquisidores por todas partes, y describen en cuadros los mas horribles, los tormentos, las hogueras, las cuerdas, y los sacerdotes siempre en actitud de torturar á

sus víctimas; pero tienen buen cuidado de decir que todo esto sucede en puntos muy lejanos de aquellos en que viven, ó á lo menos así procuran darlo á entender. De otra manera, ¿cómo podrían hacer creer á los romanos que se quema á los herejes en Roma, ni á los napolitanos y florentinos que se queman en Napoles ó en Florencia? En cuanto á la Inquisición que se practica en varios países protestantes, de esta sí no dicen nada; guardan completo silencio sobre el encarcelamiento de los Obispos y de los sacerdotes, sobre su destierro, sobre las injurias y atroces calumnias, con que siempre se les está regalando, y sobre las multas exorbitantes y confiscación de sus bienes, que á menudo se les impone. En Inglaterra, hace poco tiempo que llegó á manifestarse el deseo de repetir con los católicos, las carnicerías que tuvieron lugar hace tres siglos.

P. ¡Oh! Esto es inaudito. ¡Qué descaro! ¡Qué desvergüenza! ¿Pero á lo menos se detienen en esto?

R. De ninguna manera. Estamos todavía muy al principio. Tienen otro medio de seducción, que también es muy comun, y consiste en esparcir Biblias por todas partes; pero Biblias falsificadas y mutiladas, como por ejemplo en Italia la Biblia de Diodati prohibida por la Iglesia, porque aquel autor le hizo decir lo que no dice, co-

mo son algunos errores que contienen la herejía de Calvino. A esta reparación de Biblias agregan la de una multitud incontable de libritos, en que se ataca con la falsedad mas descarada, la doctrina de la Iglesia y al clero católico, todos ellos impresos en su mayor parte á expensas de la sociedad biblica de Lóndres que consume en ello sumas fabulosas.

P. ¿Y qué contestan estos hombres á los testimonios tan concluyentes, que existen contra ellos en la historia?

R. Uno de sus principales cuidados es falsificar la historia, haciéndola que diga lo que á ellos se les antoja. Tienen para esto sus historiadores, que con el mayor cinismo alteran los hechos, dando siempre la razon á los sectarios y condenando á los católicos. Estos aparecen siempre como culpables y los herejes como víctimas del fanatismo religioso; y para poder seducir mas fácilmente á los incautos, tienen cuidado de decir algunas verdades para ocultar por este medio el veneno de su protestantismo. Estos escritos tambien los difunden los propagadores del Evangelio puro, con el fin de preparar el camino entre la juventud inexperta y conducirlos fácilmente á sus perversas miras.

P. ¡Qué conciencias tan criminales! ¿Y de qué otros medios se valen?

R. Se valen tambien de las escuelas. En muchas partes, estos favorecedores del protestantismo, hacen que se apoderen mañosamente de la enseñanza, algunos maestros hipócritas y propagandistas enmascarados, que al principio aparentan ser los mejores maestros; pero despues van poco á poco inculcando en el ánimo de aquellos inocentes niños, sus máximas heréticas y depravadas. Los premian con libros que contienen el veneno de sus perversas doctrinas, y de esta manera corrompen el corazon de la juventud desde sus primeros años; y lo que digo de maestros lo digo tambien de las maestras: ya se han encontrado señoras inglesas y francesas ocupadas en este diabólico ejercicio en diversas partes, aun en las poblaciones del campo. En las Universidades hacen entrar tambien con astucia algunos profesores, para que enseñen á los jóvenes las doctrinas perversas del protestantismo.

P. ¿De qué industrias se valen para con la gente pobre?

R. De los medios mas indignos y mas crueles; porque abusando inicuaente de la miseria en que yacen tantos infelices agobiados por el trabajo y por el hambre, les ofrecen algunas monedas en cambio de su apostasia. Por este medio tan reprobado, los protestantes, tanto en Inglaterra como en Irlanda, tanto en Holanda como en

Ginebra y en el Piamonte, han comprado el alma y la conciencia de muchos miserables y la siguen comprando todavía. Saben tambien que no faltan hombres viles y despreciables, que están dispuestos á vender á Jesucristo por treinta monedas, y de ellos se sirven igualmente para hacer prosélitos y para perder á muchas almas.

P. ¿Pero cómo son capaces de tanta osadía estos hombres que se dicen honrados?

R. Entre los ministros y propagadores del protestantismo no hay que buscar honradez. Los hombres honrados no hacen el papel de ministros, ni compran almas, ni falsifican la Biblia. Basta.

#### LECCION XI.

##### *De los que abrazan el protestantismo.*

P. ¿Qué clase de personas son las que se hacen protestantes?

R. La escoria de los bribones y de la gente mas desmoralizada de todos los países, presentándose siempre en primera fila, unos cuantos sacerdotes y religiosos apóstatas, sacos de podredumbre y de vicios.

P. ¿Pero qué esto es cierto?

R. Es tan cierto, que los pocos que hasta

ahora han dado el ejemplo de apostasía en nuestra patria, ya de ante mano venian siendo calificados por el público como la gente mas corrompida. Eran el escándalo de las ciudades y de las diócesis á que pertenecian, y una pesada cruz para sus obispos y para sus superiores; y despues de haberse cubierto de infamia, se retiraron á países lejanos con alguna mujercuela, y si no la tenían consigo desde antes, la han buscado presurosos y se han enlazado con ella, con menosprecio y deshonor de sus votos de perpetua castidad; y por única razon de su infame apostasía, andan pregonando que se vieron obligados á dar ese paso, por la corrupcion de la Iglesia Romana, y porque adquirieron fundamentos bastantes para ello en la lectura de la Biblia.

P. ¿Por qué llama usted apóstatas á los que se pasan al protestantismo?

R. Porque voltean las espaldas á la religion cristiana, por mas que tengan el descaro de decir, que al abandonar la Iglesia católica, van á vivir una vida de cristianos perfectos, y mas perfectos que los católicos. La realidad es, que abandonan á Jesucristo y á su Iglesia, para profesar un evangelio de nuevo cuño, un evangelio incierto y vago, que ellos mismos no saben decir si es de Lutero, de Calvino, de Zwinglio, de Estorquio, ó de cualquier otro de tantos impostores, que se han for-

jado su evangelio aparte, distinto del de los otros. Lo cierto es que no creen en nada.

P. ¿Pero no le parece á usted que han obrado así por conviccion?

R. Tienen la conviccion de la carne, la conviccion de la mujercilla, y fuera de esta no tienen ninguna otra. Creer en su evangelio lo mismo que usted pudiera creer en el Alcorán de Mahoma. En virtud de aquella conviccion es por lo que se hacen protestantes, como se hizo turco hace pocos años el general Bem de feliz memoria, con otros compañeros.

P. ¿Y los protestantes saben quiénes son estas florecitas de virtud, que de la Iglesia católica se pasan á militar bajo sus banderas?

R. Lo saben perfectamente. Ellos mismos confiesan que al paso que nosotros tomamos de su gremio la nata, esto es, las personas mas sabias, virtuosas y religiosas, las cuales cada dia se convierten al catolicismo, les dejamos las heces, esto es, las personas mas cínicas, viciosas y libertinas. Confiesan que cuando el Papa limpia su jardín, echa por sobre las tapias al suelo de ellos, todas las inmundicias y las malas yerbas. Confiesan, por último, que toda su recluta la hacen entre los malvados y libertinos.

P. ¿Y á pesar de esto los reciben?

R. No solo los reciben, sino que los llevan en

triumfo, como una de sus mejores conquistas y hacen fiestas por ello; ya sea porque no pueden conseguir cosa mejor; ya porque estos apóstatas se asemejan mucho á sus padres primitivos como Lutero, Calvino y los demas; ya, finalmente, porque abrigan la esperanza de que otros muchos vengán á imitar semejantes escándalos.

P. Si estos son los cabecillas ¿qué tal será la chusma de los católicos que se vuelven protestantes?

R. Ya lo he dicho. Los deshechos de la sociedad y las inmundicias mas asquerosas; esto es lo que se pasa á las filas del protestantismo. Toda la gente de mal vivir; los que no tienen ninguna práctica religiosa; los sectarios que han vendido al demonio su alma y su cuerpo; los ateos y los incrédulos que viven como las bestias: estas son las conquistas mas preciosas del protestantismo en todas partes.

P. Me parece que está usted en un error. ¿No son por ventura los progresistas los que se hacen protestantes?

R. Si, progresistas como los cangrejos: progresistas, que retroceden mas de un siglo. Nada dicen de nuevo, sino que siempre están repitiendo las mismas sandeces, contestadas ya por mil ocasiones, como por ejemplo: que la misa fué inventada por San Gregorio Magno: que la invocacion

de los santos fué inventada en el siglo IX, etc., etc. Retroceden tanto, que sin saberlo repiten las doctrinas absurdas de Simon Mago, y las torpes herejias de los Gnósticos y Carpócraticos, que vienen á ser en sustancia las mismas de Lutero y de Calvino y de todos los protestantes. ¿Qué le parece á usted del tal progreso? Cuando algunos jóvenes libertinos han leído ciertos trozos de Sarpi, de Bianchi-Giovini y de otros por el estilo, se dan cierto aire de triunfo por su saber, andan con la cabeza erguida como los caballos cuando les ponen guarniciones nuevas; en su alta sabiduría ven con ojos compasivos y á veces con ojos de basilisco á los buenos eclesiásticos que encuentran por la calle, como si fueran otros tantos ignorantes oscurantistas; mas no comprenden que ellos son los ignorantes y ridiculos con abrazar las estúpidas doctrinas del protestantismo, las cuales las rechazan los protestantes doctos é instruidos, dando así el primer paso para su conversion al catolicismo, como lo estamos mirando diariamente.

P. ¿Y qué vendria á ser de nuestra patria si estos hombres llegaran á triunfar?

R. Un campo de guerra civil la mas encarnizada; la sangre de los ciudadanos correria por las ciudades y por los campos; desaparecerian todas las instituciones de caridad y de beneficencia cristiana; se pondria en tortura á los hombres buenos,

se echarian por tierra tantos hermosos edificios que son ahora el orgullo de nuestra Península y se perpetuarían entrañables odios. Todo esto aconteció por muchos siglos en Alemania, en Holanda, en los países del Norte y en Inglaterra; y basta haber leído un poco de historia para conocer cuantas desgracias ha ocasionado el protestantismo en los países católicos en que ha querido establecerse. Esto es lo que llegaría á suceder en nuestra patria si alguna vez triunfaran estos hombres anárquicos, incrédulos y ateos prácticos que se llaman protestantes. La experiencia de estos dos últimos años ha venido á confirmar cuanto he dicho acerca de la paz de la Italia, del buen estado de cosas, de la union de los ánimos, y de tanto, tanto como dicen que nos han traído. De un extremo á otro de la Península, pueden verse ya las señales de las profundas discordias, de los odios civiles y religiosos, y de las ruinas esparcidas por todas partes; y que á la verdad, apenas estamos á los principios. Si este partido llega á prevalecer, entonces se verá todo aquello de que es capaz.

## LECCION XVII.

*Del delito de que se hacen reos los que abrazan el protestantismo.*

P. ¿Qué culpa comete el católico que se hace protestante?

R. Comete tres principales delitos: uno contra Dios, otro contra la Iglesia y otro contra la sociedad, y los tres son gravísimos.

P. ¿Cuál es el delito que comete contra Dios?

R. El mismo que cometió Lucifer, quien por su soberbia se rebeló contra Dios y quiso ser independiente de El. En efecto, el católico cuando se hace protestante, se rebela contra Dios, que le ha mandado bajo penas gravísimas, que viva sujeto á El, mediante la autoridad de la Iglesia, que fundó para que hiciera sus veces, lo gobernara y le enseñara la verdadera doctrina; mas él por orgullo prefiere seguir su propio capricho y su juicio privado, con preferencia al de la Iglesia, que le ha sido dada por Dios como maestra y como guía.

P. A mí me parece todo lo contrario; porque quien se hace protestante, toma la Biblia como regla de su fé, y deja la palabra del hombre para atenerse solo á la palabra de Dios.

se echarian por tierra tantos hermosos edificios que son ahora el orgullo de nuestra Península y se perpetuarían entrañables odios. Todo esto aconteció por muchos siglos en Alemania, en Holanda, en los países del Norte y en Inglaterra; y basta haber leído un poco de historia para conocer cuantas desgracias ha ocasionado el protestantismo en los países católicos en que ha querido establecerse. Esto es lo que llegaría á suceder en nuestra patria si alguna vez triunfaran estos hombres anárquicos, incrédulos y ateos prácticos que se llaman protestantes. La experiencia de estos dos últimos años ha venido á confirmar cuanto he dicho acerca de la paz de la Italia, del buen estado de cosas, de la union de los ánimos, y de tanto, tanto como dicen que nos han traído. De un extremo á otro de la Península, pueden verse ya las señales de las profundas discordias, de los odios civiles y religiosos, y de las ruinas esparcidas por todas partes; y que á la verdad, apenas estamos á los principios. Si este partido llega á prevalecer, entonces se verá todo aquello de que es capaz.

## LECCION XVII.

*Del delito de que se hacen reos los que abrazan el protestantismo.*

P. ¿Qué culpa comete el católico que se hace protestante?

R. Comete tres principales delitos: uno contra Dios, otro contra la Iglesia y otro contra la sociedad, y los tres son gravísimos.

P. ¿Cuál es el delito que comete contra Dios?

R. El mismo que cometió Lucifer, quien por su soberbia se rebeló contra Dios y quiso ser independiente de El. En efecto, el católico cuando se hace protestante, se rebela contra Dios, que le ha mandado bajo penas gravísimas, que viva sujeto á El, mediante la autoridad de la Iglesia, que fundó para que hiciera sus veces, lo gobernara y le enseñara la verdadera doctrina; mas él por orgullo prefiere seguir su propio capricho y su juicio privado, con preferencia al de la Iglesia, que le ha sido dada por Dios como maestra y como guía.

P. A mí me parece todo lo contrario; porque quien se hace protestante, toma la Biblia como regla de su fé, y deja la palabra del hombre para atenerse solo á la palabra de Dios.

R. Dejaría Vd. de ser hombre de bien si realmente pensara de ese modo. Esto es dejarse engañar á ojos vistos. Es verdad que los protestantes así lo dicen; pero en ello mienten con todo descaro. ¿Cómo quiere Vd. que tengan por regla de fé la Biblia, si propiamente no saben ni lo que es Biblia, ni la entienden, y cada uno la hace hablar segun le parece, de modo que no hay extravagancia que les ocurra que no quieran encontrarla en la Biblia? Jesucristo no dijo: *leed la Biblia*; lo que dijo fué: *el que no oyere á la Iglesia, considerálo como gentil y publicano.*

P. Yo sé que Nuestro Señor dijo terminantemente: *investigad las Escrituras*; y por esta razon los protestantes las toman como regla única de fé y constantemente citan el testimonio de ellas.

R. Esto prueba precisamente lo que llevo dicho, á saber, que los protestantes no entienden las Escrituras y que cada uno quiere sacar de ellas lo que se le antoja.

P. ¿Cómo lo demostraría Vd?

R. De esta manera: primeramente, Nuestro Señor dirigía aquellas palabras á los doctores de la ley para convencerlos con las profecías del Antiguo Testamento de que él era el Mesías; y no las dijo, como pretenden los protestantes, para enseñar que la Sagrada Escritura debe ser la regla única de fé. De esto se seguiría que, como Je-

sucristo hablaba del Antiguo Testamento, no debía darse la misma autoridad al Nuevo, lo cual sería una necesidad. Por otra parte: consta que no dijo en tono imperativo, esto es, como quien manda: *investigad las Escrituras*, sino que dijo: *vosotros investigais las Escrituras*, esto es, *vosotros estais acostumbrados á investigar las Escrituras*. Así lo entienden los protestantes instruidos y de buena fé; y en efecto, basta fijarse en el sentido de aquellas palabras, para comprender claramente que Jesucristo no intentaba con ellas recomendar la lectura de la Biblia. Mas insistir en esto con los protestantes es perder el tiempo; ya se han fijado en su error y nadie se los quita de la cabeza, aunque se les pruebe mil ocasiones lo contrario; porque no buscan mas que aturdir con mentiras á todo el que quiere poner cuidado en sus doctrinas. Además, aun cuando la palabra *investigad* se tomara como un precepto; una vez probada la obediencia que debemos tener á la Iglesia, y reconocida su infalibilidad, el precepto vendría á ser como el de un soberano, que recomendara el estudio del código civil para cumplir con lo que ordena, mas no para interpretarlo segun el capricho de cada uno.

P. Mas los protestantes pretenden probar su doctrina con la Sagrada Escritura.

R. Lo pretenden, es verdad, pero no llegan

á conseguirlo. Pretenden probar sus extravagancias por medio de la Escritura, de la misma manera que los Escribas y Fariseos pretendian probar á Nicodemus, tambien con la Escritura (S. Juan c. 7, v. 52) que Jesucristo no era el Mesias, diciendo: *examina las Escrituras, y entiende, que de la Galilea no se levantó jamas profeta*; lo cual no era cierto porque muchos profetas habian venido de Galilea. Pero la mentira costaba muy poco á aquellos hipócritas, así como les cuesta muy poco á nuestros protestantes; ó mas bien, debo decir, que los protestantes se valen de la Escritura, de la misma manera que se valió de ella el diablo para tentar á Cristo, cuando queria persuadirlo con un texto de la Escritura, trunco é interpretado á su antojo, á que se precipitara desde la cumbre del templo diciéndole: *así está escrito en la Biblia*. De esta manera se han conducido los herejes de todos los tiempos, y los del nuestro no lo hacen mejor que sus predecesores.

P. Si los protestantes no se fundan en la palabra de Dios, entonces, ¿en virtud de qué autoridad creen en las doctrinas que profesan?

R. Las creen, única y precisamente, en virtud de la palabra del hombre. Los luteranos creen, bajo la palabra de Lutero; los calvinistas, bajo la de Calvino; los zwinglianos, bajo la de Zwinglio; los barbetos, bajo la de Pedro Valdo; los anglica-

nos, bajo la de Enrique VIII ó de la papista Isabel; y por este orden todos los demas. Así castigó Dios á estos orgullosos, que resistiéndose á creer en la autoridad infalible de la Iglesia, han venido á someterse ciegamente á la autoridad de un fraile amanecado, ó de un sacerdote apóstata, ó de un hombre difamado por sus vicios, ó de un rey disoluto, ó de una mujer deshonesta.

P. Ya comprendo como estos renegados se hacen reos de tan grave delito delante de Dios. Quisiera ver ahora como se hacen reos del mismo grave delito ante la Iglesia.

R. Pecan contra la Iglesia, porque se rebelan contra esta madre amorosa, que los ha engendrado en Jesucristo, que los ha nutrido con la sana doctrina y con los sacramentos, y que siempre los ha mirado con entrañas de caridad y de amor. Pero estos pèrdidos desconocen sus beneficios, le hacen una guerra cruel y despedazan su seno; y lo que es mas, le arrebatan de las manos las almas que Dios ha puesto bajo su cuidado, para precipitarlas en el camino de la perdicion. ¿Qué os parece de tamaña culpa?

P. Pero tal vez estarán en la creencia de que llevan á las almas por el camino mas seguro de la salvacion.

R. Es imposible que los protestantes lo crean así. Ellos aseguran que en todas las religiones

puede uno salvarse, con tal que crea en Jesucristo. Dicen, y confiesan, que los católicos se salvan y van al cielo. Esto bastaría para calificar de imbeciles y estúpidos á los católicos que se hacen protestantes. Pero aun cuando no dijeran que los católicos se salvan, Jesucristo ha dicho claramente que el que no entra al rebaño por la puerta, sino que entra por otra parte, es un ladrón y asesino, que no lleva otro objeto que matar y destruir las ovejas, esto es, las almas; dice tambien que todos estos son otros tantos carniceros lobos, cuyo anhelo único son los estragos y las matanzas. ¿Puede por ventura citarse un solo ejemplo en el mundo, de persona que siendo católica, se haya hecho protestante para seguir una vida mas perfecta? Hasta ahora no se ha dado un solo caso en tres siglos que hace que se inventó el protestantismo. Todos los que se pasan á esta secta, lo hacen para vivir en el libertinaje y segun el impulso de sus perversas inclinaciones. Pero haciendo á un lado todas estas pruebas tan concluyentes, basta observar cómo viven aquellos apóstatas, y no hay necesidad de otra cosa. No es, pues, el amor de las almas lo que anima á los protestantes al buscar prosélitos.

P. Estoy convencido de ello. Desearia ahora conocer qué delito comete contra la sociedad el católico que se hace protestante.

R. El delito es mayor de lo que uno puede

imaginarse; porque estos incrédulos y ateos prácticos, con su capa de protestantismo, no son mas que instrumentos para promover la anarquía, el comunismo y el socialismo. Resulta, en consecuencia, que son enemigos natos de la sociedad y traidores á la patria, y por lo mismo, los que se pasan á las filas de los protestantes son culpables de un gran delito contra la misma sociedad.

P. Yo he observado que estos hombres son inquietos de por sí, y que cuando llegan á emprenderla contra alguno, es contra los católicos imprudentes, indiscretos y fanáticos que no saben estar en paz.

R. Así sucede al principio: cuando son pocos todavía, parecen unos corderitos; pero apenas aumentan su número y se reconocen con bastante fuerza, entonces se vuelven unos tigres y lobos. Comienzan por emprenderla contra los católicos, á quienes llaman fanáticos, porque se oponen á sus perversas miras; por este medio llevan el desorden á todas partes y acaban por revolver á toda la sociedad. Esta es en compendio la historia de todas las herejías que han llegado á prevalecer; y jamás ha habido una revolución religiosa que no traiga consigo una revolución política.

P. ¿Pero cómo puede ser esto, cuando consta que algunos gobiernos les han dispensado protección?

R. Yo no sé si esto será exacto; pero si así fuere, tales gobiernos serían suicidas de sí mismos. Así sucedió efectivamente con el Senado de Munster, que no habiendo querido declararse contra los anabaptistas, sino que antes bien tuvo la debilidad de favorecerlos, vino á parar en que perdió toda su autoridad, usurpándose la aquellos herejes comunistas.

LECCION XIII.

*De la agitación de conciencia en que necesariamente viven los católicos que se hacen protestantes.*

P. ¿Pueden tener paz en su corazón los católicos que se pasan al protestantismo?

R. Es imposible que los apóstatas y renegados que se separan de la Iglesia católica, tengan paz en su corazón; porque son enemigos de Dios; porque se rebelan contra Dios y contra la Divina gracia; y porque han perdido por completo la fé. *No hay paz para los ímpios*, dice Dios; y si alguno puede llamarse propiamente ímpio en el mundo, es el hereje, el apóstata, el renegado.

P. Según esto, tales personas vivirán siempre en una continua agitación de conciencia y en medio de los remordimientos mas amargos.

R. Sin duda alguna. *¿Quién resistió á Dios y tuvo paz?* dice la Escritura. Estos llevan un inferno en el corazón, viven siempre atormentados por el remordimiento y tienen momentos de una tristeza tal, y de una melancolía, que no es posible describirlas; por esto andan inquietos, tristes y sobresaltados, y buscan todo género de distracciones y compañías para sobrellevar sus penas; pero todo es en vano.

P. Esto no me parece exacto: yo los veo siempre alegres y que pasan su vida en distracciones y entretenimientos.

R. Todo ello no es mas que apariencia. Si uno se atiene á lo que dicen y á lo que hacen, parece que son los mas felices; pero en realidad mienten con sus dichos y con sus hechos. Son semejantes al hombre cargado de deudas que se embriaga para no sentir la pena que le agobia; pero cuando la embriaguez ha desaparecido, vuelve á experimentar la pena con la misma fuerza que al principio. De la misma manera estos infelices apóstatas, fingen alegría, huyen de la soledad, salen de sí mismos y van en busca de diversiones para calmar el atroz remordimiento que los consume; pero, por mas que hacen, el gusano roedor de la conciencia siempre está allí para devorarlos. No, repito, no hay que fiarse en las apariencias. *No hay paz para el ímpio.*

P. ¿Pero no aseguran ellos que se han hecho protestantes por un *profundo convencimiento* y en fuerza de la continua lectura de la Biblia?

R. El *profundo convencimiento*, por el cual se han hecho protestantes, es aquel mismo por el que otros muchos se han hecho turcos. ¿Es posible que los desgraciados, que profesan el Alcoran, tengan alguna fé en Mahoma? Pues bien, tal es precisamente la fé y la conviccion que tienen aquellos católicos que se pasan al protestantismo?

P. Temo que este modo de juzgar, proceda de solo conjeturas, y que por lo mismo, haya una equivocacion.

R. Yo me fundo en sus propias obras y en la confesion pública que algunos de estos renegados han hecho á la faz del mundo, cuando cediendo á los impulsos de la divina gracia, han vuelto al seno de la Santa Iglesia de que tan vergonzosamente se habian separado. No pocos de ellos, despues de haber hecho gala de su apostasia; despues de haber insultado con sus escritos á la Iglesia Romana, y de haberla acusado y calumniado de mil modos; no pudiendo resistir por mas tiempo á los remordimientos de su conciencia excitados por la divina gracia, despues de haber luchado largamente consigo mismos, se decidieron á echarse en los brazos de su Madre la Iglesia, abjurando sus antiguos er-

rores, y por medio de retractaciones públicas, han confesado con toda sencillez y verdad, las angustias en que se hallaban cuando vivian en el protestantismo, y se han retractado de las calumnias con que pretendieron deturpar la religion católica, declarando públicamente, ser falsas sus acusaciones contra la Iglesia y contra los Romanos Pontífices. Estas confesiones públicas han corrido en los periódicos y han estado á la vista de todos.

P. En efecto, yo he visto y he leído algunas; pero, ¿por qué son tan pocos los que vuelven al seno de la Iglesia y al sendero de la verdad?

R. Porque el heroísmo es de pocos, al paso que la debilidad es de muchos. Son tales y tantos los obstáculos que encuentran aquellos que quisieran volver al seno de la Iglesia, que la mayor parte no pueden vencerlos, y por esto arrastran gimiendo las duras cadenas que los tienen aprisionados.

P. ¿Cuáles son esos obstáculos?

R. Son muchos: el principal obstáculo que tienen los sacerdotes y religiosos apóstatas es la mujer y los hijos: y digo, mujer, porque jamás podrá llamarse verdadera esposa. Este obstáculo procede de que, como ya hemos dicho, todo el motivo de su apostasia se reduce á los apetitos desenfrenados de la carne; y así lo primero en que piensan cuando se hacen protestantes, es en bus-

car mujer, y si no lo verifican desde luego, los otros protestantes los inducen á ello para que no se los escape la presa. Cuando ya tienen mujer y tienen hijos, experimentan suma dificultad en abandonarlos. Les parece que es una crueldad el tener que dejar á una familia con la que se hallan unidos tan estrechamente, y esto, á pesar de que Jesucristo ha dicho en su Evangelio: *El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí.* Pero estos desgraciados no hacen caso de semejantes palabras, por mas que digan que estudian la Biblia continuamente y la practican.

P. Bien conozco la terrible tentacion que hay en esto y la suma dificultad para vencerla. Véamos ahora cuál es el segundo obstáculo.

R. El segundo obstáculo es el interes; porque si al tiempo de su apostasia encontraron proteccion, empleos y pensiones; despues, para volver á la Iglesia, tienen que perderlo todo y quedar reducidos á la pobreza y á la miseria. Es bien sabido que pocos son los que tienen valor para este sacrificio; porque tambien son pocos los que se acuerdan de aquella sentencia del Salvador, que dice: *¿De qué le sirve al hombre haber ganado todo el mundo si su alma se pierde?*

P. Tambien esta es una terrible tentacion,

que á la verdad no es inferior á la primera. ¿Y cuál es el tercer obstáculo?

R. El tercer obstáculo es el del honor; porque tienen que hacer una retractacion pública de sus errores, lo cual cuesta muchísimo al amor propio. A todo esto hay que agregar el temor de una persecucion tenaz por parte de los protestantes; si continúan viviendo entre ellos, y la vergüenza, mal entendida á la verdad, para con los católicos, si vienen á vivir en su compañía. Estos obstáculos son de tal naturaleza, que moralmente hablando, hacen como imposible la conversion de muchos, que despues de haber dado aquel fatal paso, gimen y suspiran, y quisieran volver sobre sí mismos; pero no se sienten con las fuerzas bastantes para romper las cadenas con que el diablo los tiene aprisionados.

P. Por lo que veo, el mejor partido será no dejarse engañar, para no tener despues que arrepentirse inútilmente.

R. Sin duda alguna; y esto no solamente es lo mejor, sino que es el único partido que hay que tomar. En la apariencia, nada es mas fácil que hacerse protestante; el protestantismo es lo mas cómodo que se conoce en el mundo; porque se cree lo que se quiere creer, y se obra conforme á esa creencia; pero despues, esto mismo se convierte en un gusano roedor que continuamen-

te está devorando el alma; ó mas bien, en una víbora que envenena y da la muerte, produciendo el mismo efecto que cualquier otro pecado.

## LECCION XIV.

*De la muerte de un católico apóstata.*

P. Si la vida de un apóstata es tan infeliz y desgraciada ¿cuál será su muerte?

R. La muerte de un católico apóstata es la mas funesta de cuantas pueden imaginarse. En aquel último momento, en que el tiempo vuela; en aquel momento terrible y espantoso, en que todas las ilusiones se acaban; en aquel momento, del cual depende una eternidad feliz ó desgraciada, la conciencia recobra sus derechos, hace un espantoso estrago en el que muere rebelde á Dios y á su Iglesia, y lo atormenta del modo mas horrible.

P. De qué proviene toda esa angustia y agitación en la muerte del apóstata?

R. Proviene de varias causas. La primera es, porque Dios, que es verdad infalible, así lo ha predicho muchas veces con palabras terminantes en las divinas escrituras. He aquí algunas de

ellas: *El desseo de los pecadores perecerá.—El corazón endurecido saldrá mal en el último día de la vida.—La muerte de los impíos es pésima.—Es la cosa mas horrible caer en las manos del Dios viviente.* A este modo hay otros muchos textos que abundan en las sagradas escrituras.

P. ¿Pero qué puede decirse de los protestantes lo mismo que se dice de estos pecadores de que habla la Biblia? ¿Tienen por ventura la misma dureza de corazón y la misma impiedad en su alma?

R. Sin duda alguna. Porque á la verdad ¿puede darse mayor pecado que traicionar la conciencia en materia tan grave, como es abandonar la única religion verdadera por entregarse á los placeres carnales, vendiendo su propia alma por un vil interés y dejándose llevar del ciego impulso de un orgullo el mas desenfrenado? ¿Puede darse corazón mas duro que el de un desgraciado que despues de haberse cargado de pecados, pasa á la apostasia por desesperacion, y en ella resiste á los llamamientos de Dios y á los gritos de su conciencia, y le sorprende la muerte en semejante estado? ¿Puede darse un estado de impiedad mas grande que el de aquel que odia á la Iglesia y le hace una guerra á muerte, y que se empeña en arrebatarle sus hijos, pervirtiéndolos con sus escándalos, con sus discursos y con una astucia la

mas infame? ¿Quién puede haber mas impio que el que se enfurece contra la Iglesia, que es la esposa muy amada de Jesucristo, que la fundó á costa de su sangre y de una muerte ignominiosa? ¡Ah! no es posible describir con palabras toda la maldad que se encierra en un delito semejante.

P. A la verdad que nada queda que responder. Decidme ahora ¿cuáles son las otras causas por las que viene á ser tan espantosa la muerte de los apóstatas?

R. Además de los oráculos divinos que, como se ha visto, les anuncian con toda claridad una horrible muerte, ellos mismos tienen un presentimiento del pésimo fin que se les espera y al cual van gradualmente acercándose. Conocen en el fondo de su alma que por sus crímenes han convertido á Dios en enemigo suyo, y Dios mismo como por un castigo anticipado les hace sentir vivamente el terror del juicio que les está preparado. Yo no sé si os habreis hallado presente á la muerte de uno de estos desgraciados; pero creedme lo á mí que lo he visto. Estos infelices, ó se vienen á quedar como estúpidos sin dar muestras de conocer el estado en que se hallan, y entonces mueren como los perros; ó se ponen furiosos y desesperados, manifestando con esto la rabia interior que despedaza su infeliz alma. Su mirada torca y espantosa, su semblante horrible y las

contorsiones de todo su cuerpo, son otros tantos indicios de su final reprobacion.

P. ¿Pero que así es en realidad la muerte de todos los apóstatas?

R. Así es por lo comun, y puede llamarse con toda propiedad un infierno anticipado. Si suele haber alguna excepcion, es todavía mas funesta.

P. No comprendo lo que quereis decir.

R. Quiero decir que aunque algunos mueren tranquilos, esto solo es en la apariencia; pero su muerte en realidad es todavía mas deplorable que la que acabo de referir. Aquellos, por lo menos, experimentan remordimientos atroces, y por lo mismo, si ellos quieren, pueden, absolutamente hablando, con la gracia de Dios que á nadie falta mientras vive, sacar provecho de los mismos remordimientos y salvar su alma; al paso que estos otros con su estúpida tranquilidad, dan á conocer que han perdido por completo la fé y que son incrédulos y ateos prácticos, que no hacen ningun caso de la vida futura, ni piensan en Dios, ni en la inmortalidad del alma, y mueren como las bestias, como han vivido. Para estos todo remedio es desesperado.

P. ¿Y por qué les llamais incrédulos y ateos prácticos?

R. Porque así lo son en realidad; y si no, decid-

me: ¿es posible que un cristiano que sabe que después de la vida presente tiene que comparecer en juicio delante de Dios para recibir una sentencia final é irrevocable por toda la eternidad y que conoce que ha ofendido á Dios, es posible que tenga una muerte verdaderamente tranquila? Esto no puede verificarse mas que en un ateo y en un hombre verdaderamente incrédulo.

P. ¿Y qué no hay entre los impios algunos que por lo menos á la hora de la muerte reconozcan el pecado que han cometido con hacerse protestantes?

R. Si los hay, y son todos aquellos, cuyo corazón no está completamente endurecido á los remordimientos de la conciencia y no han caído por su culpa en la impenitencia final. Cuando estos ven que el mundo se acaba para ellos y que está para faltarles la vida, entonces cae de sus ojos la venda de lo que llamaban *profunda convicción*, reconocen la necesidad de las ilusiones que se habian formado, sienten que se aplica el fuego de las pasiones, y dando lugar á la reflexion, se acuerdan de la Iglesia que abandonaron y tratan de reconciliarse con ella y con Dios. Estas conversiones se llaman triunfos de la misericordia divina.

P. ¿Por qué razon?

R. Porque una conversion sincera en aquel estado, viene á ser un verdadero milagro por el

grande abuso que tales personas hicieron de la divina gracia durante su vida, cuya gracia los llamaba siempre á penitencia y á reparar sus escándalos, y porque ademas hay muchos que, por inescrutables juicios de Dios, que siempre debemos venerar, piden en aquella última hora un sacerdote católico sin que lleguen á conseguirlo; ya sea porque viene fuera de tiempo, ó ya porque con inaudita crueldad le impiden la entrada los protestantes que rodean al enfermo. ¡Cuántos ejemplos de esta clase se ven entre los impios! Finalmente, estas conversiones á la hora de la muerte se llaman triunfos de la misericordia divina, porque su Majestad por lo comun castiga á los apóstatas con muerte repentina y permite que vivan en el mundo sin apercibirse de este peligro. La razon de esto es porque, como dice la divina escritura: *de Dios nadie se burla*, ó como se dice vulgarmente, *con Dios no se juega*.

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LECCION XV.

De la condenacion cierta de los católicos apóstatas.

P. ¿Es cierto que todos los protestantes se condenan?

R. Se condenan todos aquellos que llamamos

formalmente protestantes; esto es, los que conociendo que están fuera de la única y verdadera Iglesia, que es la católica, sin embargo la combaten, la calumnian y tratan de arrebatarle sus hijos. Todos estos se condenan ciertamente, porque hay un dogma ó artículo de fé que dice: *fuera de la Iglesia católica no hay salvacion*; y solo la ignorancia invencible de esta verdad, podria excusarlos delante de Dios.

P. ¿Qué se entiende por ignorancia invencible?

R. Ignorancia invencible es aquel estado del alma, en virtud del cual una persona vive tranquila creyendo de buena fé que la religion que profesa y tiene por cristiana, es la verdadera; por esta razon llamamos protestantes de buena fé á los que jamas han tenido ninguna duda, por lo menos fundada, acerca de su religion, ó que si la han tenido, despues de haberla examinado, creen con sinceridad que el protestantismo es bueno. Estos tienen excusa delante de Dios, siempre que guarden su religion del mejor modo que puedan, cumplan los mandamientos divinos, y esperen la salvacion eterna por los méritos de Nuestro Señor Jesu Christo.

P. ¿Pero que hay muchos protestantes que vivan en esta ignorancia invencible y estén de buena fé.

R. Esto solo lo puede saber Dios que escudriña los corazones. Pero, en cuanto es posible conjeturar en materia tan difícil, yo creo que hay muchos protestantes de buena fé entre los labradores, los artesanos y otros á este modo. Mas para que puedan salvarse no les basta la ignorancia invencible y la buena fé, sino que es necesario que sepan por lo menos los principales misterios de nuestra santa religion, crean firmemente en ellos y tengan ademas esperanza y caridad, y un verdadero dolor de sus pecados. Pero una gran parte de estos pobres infelices carecen por lo comun de tales virtudes; de que resulta que aun los protestantes que están de buena fé, tienen mucha dificultad para salvarse.

P. ¿Los que se pasan de la Iglesia católica al protestantismo, pueden tener esta ignorancia invencible?

R. Seria un absurdo solo pensarlo. ¿Cómo puede tener ignorancia invencible sobre la verdadera Iglesia, aquel que ha sido instruido y educado en ella, y que por sola malicia la abandona y vende su alma por un pedazo de pan, haciendo comercio con ella para vivir como los impios y malvados?

P. ¿Y que no podrá haber alguno, que se deida á abrazar la religion protestante por profunda conviccion, adquirida por la lectura de la Biblia ó

de los escritos de algun docto protestante, ó tal vez por algun fin honesto?

R. No, esto no es posible para un verdadero católico. El sabe por la fé que Dios ha constituido á la Iglesia como maestra infalible de la verdad, y que cualquiera que le vuelve las espaldas, es apóstata de la verdadera fé. Por tanto, así como no puede darse convicción propiamente dicha contra una verdad, de la misma manera la convicción que alegara un católico apóstata, no puede ser ni profunda ni ligera. Por lo tocante á la Biblia, como ella contiene precisamente la palabra de Dios, esto es, la verdad misma, á nadie puede conducir á errores contrarios á lo que enseña la Iglesia, y por tanto si el que la lee incurre en algun error, esto únicamente es culpa suya, porque la lee sin entenderla. Por la misma razon no puede haber un protestante verdaderamente docto supuesto que se opona á la doctrina de la Iglesia; este mas bien deberia llamarse ignorante ó presuntuoso, ó las dos cosas. Por último, no es posible que un católico se haga protestante por algun fin honesto; porque seria lo mismo que decir, que uno puede cometer un grave pecado por algun fin honesto.

P. ¿Pero que no podrá salvarse ningun católico que se haya hecho protestante?

R. Es cierto con certidumbre de fé que todos

los católicos que se hacen protestantes se condenan; á no ser que lleguen á tener un sincero arrepentimiento antes de morir y abjuren sus errores. Fuera de este caso, es de fé que todos los católicos que se pasan al protestantismo, irremisiblemente se condenan por toda la eternidad.

P. ¿Por qué decís que esta condenacion es cierta con certidumbre de fé?

R. Porque así lo ha revelado Dios. ¿Por ventura no es de fé que el que muere culpablemente fuera de la Iglesia, no se salvará? En esto no puede haber duda. Luego si estos miserables apóstatas mueren culpablemente fuera de la Iglesia, es de fé que se condenan. Ademas es de fé que todo el que muere en pecado mortal se condena; es así que los que mueren voluntariamente en el cisma ó en la herejía, mueren en pecado mortal gravísimo, luego es de fé que irremisiblemente se condenan.

P. Me parece que esta es una intolerancia demasiado cruel y ajena de la bondad de Dios.

R. No por cierto. Lejos de ser intolerancia es una verdad de fé enteramente conforme con la recta razon. Solamente el ateo no podrá persuadirse de ello. Dios no puede mostrarse indiferente sobre la sumision que le es debida, supuesto que ha enseñado á los hombres que la verdadera religion no puede transigir con una religion falsa,

inventada al capricho y preferida por la soberbia humana á la que se dignó enseñar por sí mismo. Si Dios obrara de otro modo sería protector de la mentira y daría el premio á los rebeldes, lo cual es una blasfemia; y por tanto sería tambien una blasfemia decir que esto es una crueldad ajena de Dios, supuesto que Dios mismo ha revelado lo contrario. — La Biblia dice terminantemente: *El que no creyere se condenará. — Al que no escuchare á la Iglesia, trátalo como gentil y publicano. — El que á vosotros oye, á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia*, y por este orden hay otros muchos textos.

P. Teneis razon; mas todavía no puedo persuadirme de que hayan de condenarse todos los católicos que se declaran protestantes, pues parece que no puede atribuírseles otra falta mas que *la diversidad de opiniones*.

R. Así discurren los hombres descreídos, tratando de encubrir su impiedad con bellas palabras; mas Dios dice todo lo contrario, como acabais de confesarlo. ¿Quién tendrá razon? La neicia ilusion que se forman estos infelices para vivir á su modo y sin remordimientos ¿podrá de alguna manera cambiar los decretos de Dios? Los murciélagos y las lechuzas no pueden ver el sol, pero que por esto el sol deja de brillar con todos sus resplandores? Aquello que llaman *opinio-*

*nes* son verdaderas herejías, negaciones de la fé y errores manifiestos contra las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia. Ea, pues, no queda otro camino: ó permanecer buenos católicos, ó condenarse. ¿Acaso necesita Dios de estos renegados? ¿No condena á tantos idólatras y á tantos infieles? ¿Por qué no ha de condenar á estos malvados?

P. A mí me parece que hay una notable diferencia; porque aquellos eran paganos ó infieles, mas estos son cristianos que creen en Jesucristo como nosotros, adoran como padre al mismo Dios y lo invocan diariamente como los católicos, sirviéndose como ellos de la oracion del *Padre Nuestro*. En vista de esto ¿cómo puede ser que los protestantes corran la misma suerte que los paganos?

R. Los católicos apóstatas son peores que los infieles ó paganos; porque pecan por ignorancia culpable, y por lo mismo no puede servirles de excusa su ignorancia. Los paganos, en comparación con los cristianos, puede decirse que viven en tinieblas y en la ignorancia. Los católicos apóstatas pecan por verdadera malicia, y malicia diabólica, porque se sirven de su apostasia para fines humanos y verdaderamente impíos. Dicen que son cristianos, pero lo son á manera de los Gnósticos y Carpocracianos, que en medio de sus impiedades,

tambien aparentaban que eran cristianos y se vanagloriaban de ello. Dicen que creen en Jesucristo, pero creen á su modo, sin cuidarse de saber quien es Jesucristo. Dicen que Dios es su padre, pero no tienen de él mas que una idea vaga y jamas se ocupan de pensar en él. Ademas, no puede tener á Dios por padre el que no reconoce á la Iglesia como madre. Por último, si Jesucristo nos manda que consideremos á estos como *gentiles*, ¿podrá él considerarlos como *cristianos*?

P. ¿Y qué el amor á la patria, no se puede considerar como un fin honesto al cual debe sacrificarse todo?

R. Decidme primeramente ¿os parece que es buen negocio vender su alma al diablo y condenarse eternamente por un bien mundano cualquiera que sea? En segundo lugar ¿ereis que semejantes hombres están movidos por el amor á la patria? Sería la mayor torpeza pensar de ese modo; sea cual fuere lo que ellos digan para enganar á los simples, lo único que los mueve es el amor de sí mismos, no hay otra cosa. Por último, por el protestantismo no se alcanza otra cosa mas que desgarrar el corazón de la patria y dividirla en partidos y odios implacables y eternos.

P. Me queda todavía una duda. El pecado de apostasía ¿no es como cualquier otro pecado?

R. No, no es lo mismo. Hay una enorme di-

ferencia entre los otros pecados, cualesquiera que sean, y el pecado de apostasía. Los católicos que pecan, sea por fragilidad ó por malicia, hacen mal, muy mal y están en peligro de condenacion eterna; pero como todavía conservan la fé, está, aunque muerta, permanece siempre, como permanece la raíz bajo la tierra, y cuando pasa el impetu de las pasiones, la fé comienza á producir sus efectos, excita en el alma vivos remordimientos y con la ayuda de la divina gracia, reverdece como la semilla que estando oculta bajo de tierra durante el invierno, nace y crece cuando viene la primavera. En esta raíz de la fé, se contienen tambien multitud de auxilios para la conversion y entre ellos principalmente los sacramentos, con los cuales el alma vuelve á Dios por medio de la reconciliacion. Por el contrario: todo está perdido para el que renuncia la fé: no tiene modo de salir de su infeliz estado: le falta el auxilio de los sacramentos y toda clase de consuelo.

En tan desgraciada situación, solo por un milagro de la divina gracia, puede volver el apóstata al buen sendero y al camino de la salvacion; pero los milagros son siempre raros, y por lo mismo son tambien raros los apóstatas que llegan á convertirse. La mayor parte de ellos mueren en la impenitencia final y se van al infierno.

## LECCION XVI.

*Del horror con que debe mirarse el protestantismo y sus fautores.*

P. De todo lo dicho resulta que nos debemos guardar mucho de caer en los lazos del protestantismo.

R. No solo nos debemos guardar de caer en los lazos del protestantismo y de aquellos que lo propagan, sino que debemos mirarlo con horror y abominacion.

P. ¿Qué quiere decir esto?

R. Que al solo escuchar el nombre de protestantismo, nos debemos llenar de espanto, mucho mas que si se tratara de una tentativa de asesinato contra nosotros.

P. ¿Y porqué se le ha de tener un horror tan grande?

R. Porque de lo contrario somos perdidos.

P. ¿Por qué razon?

R. Porque el protestantismo y sus fautores, vienen á ser, en el órden religioso y moral, lo mismo que la peste y los apestados en el órden físico. Sabemos muy bien que cuando no se toman las precauciones necesarias contra la peste, se propaga con la mayor facilidad. De la misma

manera se propaga el protestantismo; porque es la religion mas cómoda del mundo: porque los protestantes no tienen creencia fija, no tienen mandamientos, ni sacramentos, ni abstinencias, ni ayunos, ni hay dependencias de ninguna autoridad superior, ni son necesarias las buenas obras para salvarse; finalmente, porque el protestantismo ha sido inventado al gusto de las pasiones y de la corrupcion del corazon. ¿Qué cosa puede haber mas fácil de adoptarse? Es un veneno que se infiltra casi sin percibirse de ello. Por lo mismo es de todo punto necesario huir de él á muy larga distancia.

P. Yo veo que los protestantes se dan á la lectura de ciertos libritos espirituales que hablan al corazon, ¿cómo puede ser que sus doctrinas produzcan el efecto de un veneno sutil?

R. Huid de los protestantes y de sus libros devotos. Todas esas cosas no son mas que solemnes imposturas. Sus libros tienen un cierto barniz de piedad; acumulan por todas partes multitud de textos de la divina Escritura; ensalzan la Biblia hasta las estrellas, como único libro que contiene, segun ellos dicen, la verdadera palabra de Dios, y despues comienzan á suscitar dudas sobre puntos de fé y sobre las prácticas cristianas, con pretexto de que no constan en la Biblia; y ensalzan, por último, la misma fé, como la única omnipotente y obradora de milagros, para apartar

por este medio á los hombres de la práctica de las buenas obras; y por este orden van asentando mas y mas desatinos en todo lo concerniente á puntos religiosos. ¿Queremos la prueba de ello? Es bien clara: cuando los protestantes entregan, á escondidas algun libro, tienen la precaucion de advertir que no se les enseñe á los sacerdotes. ¿Y esto que quiere decir? Que ellos mismos conocen que dan libros perniciosos, fingiendo que son libros de piedad.

P. ¿Qué debemos hacer en este caso?

R. No recibirlos; y si se reciben, que sea para arrojarlos inmediatamente al fuego ó para entregarlos al párroco ó al confesor.

P. ¿Debemos acaso odiar al protestantismo y á los protestantes y tambien á los que lo favorecen y propagan?

R. El protestantismo, debemos odiarlo de todo corazon, aborrecerlo y abominarlo como el mayor de todos los males; debemos tenerle tanto odio cuanto debe ser el amor que hemos de profesar á nuestra santa fe católica. En cuanto á las personas, ni podemos, ni debemos odiarlas porque lo prohibe nuestra santa religion. Aborrecer á las personas solo es propio de los protestantes, como lo acreditan con sus palabras y con sus hechos. El católico solo debe odiar el error y el pecado; mas esto no debe ser un obstáculo para

que estemos siempre alerta contra todos aquellos que intenten seducirnos. Debemos huir de ellos con todas nuestras fuerzas, no entrar en conversacion con ellos, y por último, debemos tratarlos con la precaucion que se trata á los ladrones y asesinos. De aquí podemos inferir la diferencia que hay entre los católicos y los protestantes; porque los protestantes, ya sean indiferentes en cuanto á los errores que profesan, ya sea que estén apegados á ellos, siempre aborrecen á los católicos; y estos por el contrario, aborrecen los errores, pero aman á las personas. Aquellos no tratan mas que de pervertir; y estos procuran siempre convertir.

P. ¿Pero qué debemos hacer si algunos protestantes son nuestros amigos, nuestros compañeros, ó tal vez de nuestra misma familia y de nuestra casa?

R. No se debe tener reparo en la amistad, ni en ningun otro vínculo, cuando se trata de la causa de Dios y de la salvacion del alma. Debemos en este caso hacer lo que hacian los primitivos cristianos, cuando por necesidad tenian que vivir con los infieles y paganos. Huían de toda comunicacion con ellos, en cuanto les era posible; se limitaban á lo muy preciso; cerraban sus oídos á todo género de seduccion, y mas bien se dejaban burlar y escarnecer y preferian la muerte, antes que creer en sus doctrinas y rendirse á sus amenazas.

P. ¿Pero decidme, que no se falta en esto á la caridad?

R. Antes por el contrario: este es el acto mayor de caridad; porque el primer acto de esta virtud debe ser consigo mismo; esto es, con nuestra propia alma, para librarla de la condenacion eterna. Por otra parte: portándonos, de la manera ya explicada, con los enemigos de Dios y de nuestra alma, les damos una leccion muy importante para que vuelvan sobre sus pasos. En quanto á aquellos que dicen que en esto se falta á la caridad, podemos contestarles que como no entienden de fé, tampoco entienden de caridad.

P. ¿Podrá vd. dar alguna prueba de todo esto?

R. Si puedo. Decidme ¿quién tiene mayor caridad: Jesucristo ó estos seductores?... Pues he aquí que nuestro divino Salvador dice en la Biblia: *Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtatelo y arrojalo lejos de ti; si tu ojo tu escandaliza, sácatelo y arrojalo lejos de ti*, como si dijera: si tus amigos mas allegados ó tus parientes mas cercanos, son ocasion de escándalo ó de ruina para tu alma, aléjalos de tí y apartate de ellos como de tus mas crueles enemigos.

P. Ya comprendo; pero la caridad no puede permitir que tratemos tan duramente á nuestros hermanos.

R. Nadie puede ni debe perder su alma por

amor de otro, sea quien fuere. San Juan, justamente llamado el apóstol de la caridad, hablando de los herejes dice: *si alguno que venga á vuestra casa, no profesa esta doctrina, no lo recibais, ni lo saludéis; porque el que le dice: yo te saludo, comunica con él en sus obras malas.* ¿Qué os parece? De la misma manera se explican los demas Apóstoles en sus cartas; y á su ejemplo, así lo practicaron siempre los verdaderos cristianos, como puede verse en las historias antiguas de la Iglesia. En ellas se refiere, entre otros muchos casos, que habiéndose presentado una vez en Roma el hereje Marcion á S. Policarpo, discípulo de S. Juan, y preguntádole *¿me conoces?* el santo anciano respondió: *sí, te conozco como primogénito del diablo.*

P. Basta; en lo adelante ya sé como me debo conducir.

R. Sí, guardad estas advertencias en vuestro corazon y no os olvidéis de ellas jamas. Tened siempre un profundo horror á las máximas con que estos libertinos quieren seduciros. Huid de ellos como del demonio. Rogad constantemente á Dios que os tenga lejos de estos desgraciados apóstatas, corruptores de la fé y de la sana moral. Tomad siempre consejo de vuestro confesor; procurad vivir bien; obedeced á la Iglesia, y Dios os ayudará. Obrad de esta manera, no por odio á

ninguna persona, sino únicamente para preservar vuestra alma del peligro y de la muerte eterna.

P. Para concluir deseara que vd. escuchase lo que voy á decir, para ver si he comprendido todo lo que hasta aquí se ha servido explicarme.

R. De muy buena voluntad, decid.

P. Me parece, según lo que habeis explicado, que el protestantismo, en su origen, fué un acto de rebelion contra la Iglesia de Dios, ejecutado por tres apóstatas principales, entregados á todo género de vicios y de maldades: que el protestantismo, por su naturaleza, no es mas que un conjunto de absurdos y contradicciones, tanto en la teoría como en la práctica: que en sus doctrinas, no es otra cosa mas que una verdadera negacion de las doctrinas de Jesucristo: que hay en él tanta variedad de pensar y de creer, cuantas son las cabezas de los protestantes; y que enseña doctrinas contrarias al honor de Dios, á la dignidad del hombre, y á la moralidad. Me habeis dicho tambien que solo los malvados abrazan estas doctrinas, y solo ellos las propagan y las diseminan: que el protestantismo fué impuesto por la fuerza y la violencia á los pueblos, que se rehusaban á recibirlo, de la misma manera que los turcos impusieron las doctrinas del Alcorán á los pueblos que estaban subyugados á ellos; y que, por último, tambien fué propagado en otros lugares por medio de

la mentira, del fraude y de toda clase de calumnias contra la Iglesia católica. Me habeis dicho igualmente que el protestantismo proclama á boca llena la tolerancia; pero que en realidad profesa un odio profundo contra los católicos, y siempre que puede, los encarcela, los destierra y los despoja de sus bienes, en los países en que sus adeptos ejercen la suprema autoridad pública; y que si pretende una verdadera tolerancia en los países católicos solo es para si mismo. Además habeis descrito á los fautores y propagadores del protestantismo, como unos hombres malvados é hipócritas, que solo procuran tender lazos á la gente ignorante y falta de experiencia, y á los hombres de costumbres libertinas, y muy particularmente á los jóvenes, para filiar á todos bajo su bandera de inmoralidad y desvergüenza. Habeis dicho tambien que todos estos no son mas que medios para llegar al fin, y que este consiste en descatolizar á la patria, para rebelarla contra toda clase de autoridad y venir despues á ocupar los protestantes el poder: que aunque ellos proclaman el Evangelio, no hacen caso de él ni de la religion que dicen que profesan; sino que solo aspiran á la irreligion, á la apostasia, al libertinaje y á la introduccion del comunismo y socialismo.— Me habeis dado á conocer las señales ciertas para descubrir á los propagadores y diseminadores

de toda clase, para que me libre de ellos. Me habeis descubierto las astucias de que estos se valen, para insinuar su diabólico evangelio, que ellos llaman la *buena nueva*, y que en realidad es una nueva pésima porque solo es una sentina de herejías las mas monstruosas y ridiculas.—Me habeis demostrado con hechos la clase de gentes que en nuestra patria abrazan el protestantismo y cuán horribles desgracias le sobrevendrían á la misma si estos infames llegaran á prevalecer.—Me habeis patentizado el pecado enorme, que bajo todos aspectos comete el que se hace protestante y el estado horrible de agitacion y remordimiento, en que los apóstatas se ven obligados á vivir, y la muerte todavía mas horrible, que se les espera; porque de Dios nadie se burla, y tarde ó temprano su divina Majestad castiga al culpable, y nadie se le puede escapar ni vivo ni muerto.—Me habeis probado hasta la evidencia la condenacion cierta de estos desgraciados, y que si por un milagro de la divina gracia, no se arrepienten antes de morir, su perdicion es segura y sin remedio; de modo que para un católico, lo mismo es apostatar que condenarse eternamente.—Por último, me habeis hecho concebir un justo horror al protestantismo, á su *evangelio puro* y á esa mentida reforma, cuyo solo nombre horroriza y hace estremecer.

R. Si habeis aprendido bien la leccion, tenella siempre á la vista, y estad cierto que jamas podrán engañaros estos impíos propagadores, no de una nueva religion, sino de las mayores infamias para nuestra patria. Si alguno os dijere que en estas lecciones hay falsedad ó exageracion, respondedle francamente que aun queda mucho que decir, y que no hay cosa alguna en estas páginas, que no pueda justificarse con argumentos y testimonios irrefragables.

FIN.

U. N. O. M. A. D. E. N. U. E. V. O. L. E. O. N.

R. E. P. U. B. L. I. C. A. D. E. B. I. B. L. I. O. T. E. C. A. S.

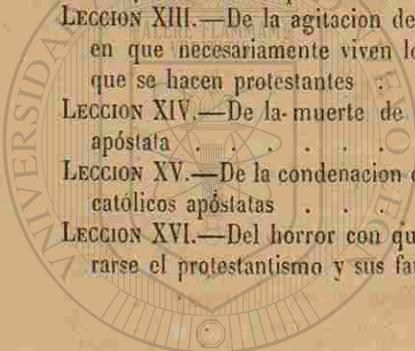


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

AL LECTOR. . . . .	3
LECCION I.—Del nombre y origen del protestantismo . . . . .	7
LECCION II.—De la naturaleza del protestantismo . . . . .	10
LECCION III.—De las doctrinas del protestantismo . . . . .	13
LECCION IV.—De los autores y primeros propagadores del protestantismo . . . . .	18
LECCION V.—Del modo con que se estableció el protestantismo. . . . .	22
LECCION VI.—De la tolerancia del protestantismo . . . . .	28
LECCION VII.—De los factores del protestantismo . . . . .	33
LECCION VIII.—Del fin que se proponen los propagadores del protestantismo. . . . .	36
LECCION IX.—De los indicios por los cuales se pueden conocer los factores y propagadores del protestantismo. . . . .	43

LECCION X.—De las astucias de que se valen los propagadores del protestantismo. . . . .	53
LECCION XI.—De los que abrazan el protestantismo . . . . .	59
LECCION XII.—Del delito de que se hacen reos los que abrazan el protestantismo . . . . .	65
LECCION XIII.—De la agitacion de conciencia en que necesariamente viven los católicos que se hacen protestantes . . . . .	72
LECCION XIV.—De la muerte de un católico apóstata . . . . .	78
LECCION XV.—De la condenacion cierta de los católicos apóstatas . . . . .	83
LECCION XVI.—Del horror con que debe mirarse el protestantismo y sus fautores . . . . .	92



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MEXICO

# CATECISMO

DE LA

## IGLESIA CATÓLICA

PARA USO DEL PUEBLO,

POR EL

**P. JUAN PERRONNE,**

DE LA

COMPANÍA DE JESUS.

Traducido del italiano de la segunda edicion romana y vigésima primera de la obra por T. B.

Primera edicion mexicana.

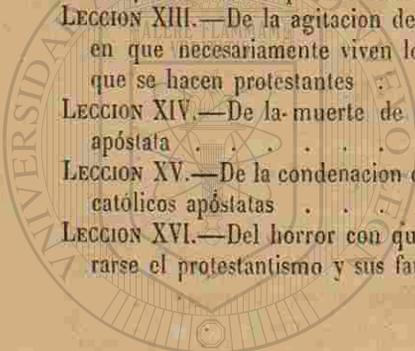
*Hæc scripsi vobis de his qui seducent vos.*  
1. Ioan. II, 26.

Con licencia del ordinario.

Imp. de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1874,

LECCION X.—De las astucias de que se valen los propagadores del protestantismo. . . . .	53
LECCION XI.—De los que abrazan el protestantismo . . . . .	59
LECCION XII.—Del delito de que se hacen reos los que abrazan el protestantismo . . . . .	65
LECCION XIII.—De la agitacion de conciencia en que necesariamente viven los católicos que se hacen protestantes . . . . .	72
LECCION XIV.—De la muerte de un católico apóstata . . . . .	78
LECCION XV.—De la condenacion cierta de los católicos apóstatas . . . . .	83
LECCION XVI.—Del horror con que debe mirarse el protestantismo y sus fautores . . . . .	92



# CATECISMO

DE LA

# IGLESIA CATÓLICA

PARA USO DEL PUEBLO,

POR EL

**P. JUAN PERRONNE,**

DE LA

COMPANÍA DE JESUS.

Traducido del italiano de la segunda edicion romana y vigésima primera de la obra por T. B.

Primera edicion mexicana.

*Hæc scripsi vobis de his qui seducent vos.*

1. Ioan. II, 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Con licencia del ordinario.

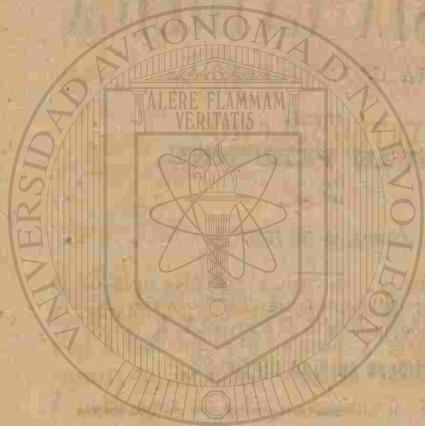


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

Imp. de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1874,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INTRODUCCION.

Muy extraña es en verdad la idea que de la Iglesia católica se han formado los protestantes y sus colaboradores, y que procuran inculcar á toda costa en el ánimo de los italianos en los presentes tiempos de desmoralizacion y de impiedad. Y como no faltan católicos que están muy lejos de tener el conocimiento que corresponde de esta augusta institucion divina del Hombre-Dios, creo que haré un servicio importante en la época actual, con presentar á unos y otros en esta obrita, la verdadera idea que debe tenerse de la Iglesia católica.

Constará de pocas páginas, y expondré con claridad la sana doctrina, para que todos los católicos, aun los menos cultos, tengan una arma con que defenderse de los enemigos de la Iglesia, y se

fortalezcan con la plena confianza que deben tener en ella.

Adoptaré el estilo conveniente al fin que me he propuesto, que es el de instruir principalmente al pueblo, como que se halla mas expuesto á la seducción; porque los anarquistas y los incrédulos por sistema, los cuales, con la propagacion del protestantismo, solo tratan de abrirse paso para alcanzar sus perversos designios, no se dirigen á los hombres doctos é ilustrados, porque conocen que serán confundidos por la fuerza de la verdad, sino que mas bien buscan á la gente sencilla. Entre esta es donde tienen mas confianza de poder difundir con astucia sus máximas disolventes, á fin de servirse de ella para sus proyectos de iniquidad y destruccion. Tambien nosotros nos dirigiremos al pueblo, y trataremos en esta pequeña obra de los principales argumentos de que se valen aquellos seductores para sorprenderlo y engañarlo. Siguiendo el método, que hemos observado en el *Catecismo sobre el protestantismo*, nos ocuparemos de cada materia en lecciones separadas y en forma de dialogo, y nada diremos que no esté apoyado sobre firmes bases y sobre pruebas incontestables, como podrá verlo fácilmente cualquiera que examine nuestro escrito.

#### LECCION 1.

##### *Del origen y naturaleza de la Iglesia católica.*

P. ¿Qué cosa es Iglesia?

R. La congregacion de todos los fieles que que profesan una misma fé, participan de unos mismos sacramentos y están sujetos á sus legítimos pastores gobernados por el Romano Pontífice que es el Papa.

P. ¿Hay en el mundo otra Iglesia fuera de la Iglesia católica?

R. De nombre hay muchas, pero en realidad no hay mas que la Iglesia católica, que es lo mismo que decir universal.

P. ¿Por qué decís que en realidad no hay mas Iglesia que la católica y que todas las demas solo son Iglesias de nombre?

R. Porque Jesucristo no fundó mas que una sola Iglesia que es la católica.

P. Esto me parece una pretension increíble.

R. Pues no cabe duda. A la verdad ¿qué Iglesia fundó Jesucristo fuera de aquella que edi-

ficó sobre S. Pedro diciendo: *tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré MI IGLESIA, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella?* Si pues la Iglesia fundada en San Pedro es una sola; luego todas las demas Iglesias son falsas, son mentirosas; en una palabra, son falsificaciones de la verdadera Iglesia. Entre la Iglesia católica y las otras congregaciones que se dan á sí mismas el nombre de Iglesias, hay la misma diferencia que entre un hombre y un muñeco que tenga con él alguna semejanza.

P. Estas que llamais falsificaciones de Iglesias ¿no serán por ventura la verdadera Iglesia de Jesucristo, pero reformada y purificada de muchos abusos, que tal vez se hayan introducido en ella con el transcurso de los siglos? ¿No serán una reforma como la de los franciscanos, los carmelitas y otros?

R. Nada de eso. Tal cosa es imposible. La verdadera Iglesia de Jesucristo es la misma que su divina Majestad fundó sobre San Pedro; y como todas esas que se llaman Iglesias están separadas y divididas de aquella, son contrarias y hostiles y se oponen á ella, resulta de aquí que ninguna puede ser la verdadera Iglesia de Jesucristo. Si tuviera alguna fuerza este argumento, que se quiere sacar de la reforma de los abusos, habria que dar crédito á toda clase de herejes, por mas ex-

travagantes que fueran, porque todos ellos siempre andan pensando en reformar la Iglesia. Muchos han tenido la audacia hasta de querer reformar á los Apóstoles, diciendo que son mas sabios que ellos, cuando en realidad no pasan de una gente vil y despreciable. A este modo son cabalmente los pretendidos reformadores de nuestra época. ¿Qué tiene que ver esta canalla necia y orgullosa, con la reforma de las órdenes religiosas, la cual se ha obrado siempre con aprobacion de la Iglesia, y solo con el fin de adoptar una disciplina mas severa para alcanzar una mayor santidad?

P. Luego segun eso, la Iglesia protestante esparecida en una gran parte de Europa y América no será mas que una congregacion de herejes despreciables.

R. Sin duda alguna; porque, no habiendo mas Iglesia que la fundada por Jesucristo sobre San Pedro, es claro que esas congregaciones de protestantes no pueden ser mas que un fantasma de Iglesia, y los que pertenecen á ellas, salvo el caso de ignorancia invencible, son otros tantos herejes. Y no hay que admirarse de que entre ellos haya hombres doctos; porque los que hay lo son en cualquiera otra cosa, menos en la fé y en la doctrina de Jesucristo. No hay secta en el mundo por mas grosera que sea, que no tenga hombres tan doctos como los hay entre los mismos

protestantes; y con todo eso, en puntos de fé son ignorantísimos, como lo confiesan los mismos protestantes.

P. ¿Cómo puede demostrarse que la Iglesia católica realmente ha sido fundada por Nuestro Señor Jesucristo?

R. De la manera mas sencilla y evidente. Porque habiendo fundado Nuestro Señor Jesucristo su Iglesia sobre San Pedro, para que durara perpetuamente, no hay ni puede haber otra Iglesia verdadera mas que aquella, que desde su establecimiento hasta ahora, subsiste todavía sobre su fundamento *visible* primario, que es San Pedro, y ha de subsistir hasta el fin del mundo; y como solo la Iglesia católica, por su misma naturaleza y por su organizacion, ha sido fundada sobre San Pedro, de este modo permanece y así ha de permanecer hasta la consumacion de los siglos; de aquí resulta que la Iglesia católica es la única Iglesia fundada por Jesucristo.

P. ¿Pero qué esta Iglesia no necesita de alguna reforma?

R. En el sentido que lo dicen los protestantes, no tiene necesidad de ella, ni la tendrá jamas; y tal especie de reforma, es un absurdo y es injuriosa al mismo Jesucristo.

P. Explicaos con mas claridad.

R. Con mucho gusto. Los enemigos de la

Iglesia, esto es los herejes, pretenden sostener que la Iglesia católica ha caído en muchos y muy graves errores en puntos de fé y de doctrina, y por esto, dicen que es necesario purificarla de tales errores, hacer que adquiera suficiente instruccion y sabiduría y sacarla del abismo en que por su culpa ha caído. Mas es imposible ni aun suponer que la Iglesia de Jesucristo haya incurrido en ningun error; porque el mismo Jesucristo dijo terminantemente que las puertas del infierno jamas prevalecerían contra ella, le prometió ademas el Espíritu Santo, esto es, el espíritu de verdad, que permanecería siempre con ella, y que él mismo la acompañaría hasta la consumacion de los siglos. De aquí se infiere que para que pudiera tener lugar la pretendida reforma, era preciso convenir en que, ó Jesucristo nos habia engañado con falsas promesas, ó que habiéndolas hecho con sinceridad no habia podido cumplirlas, lo cual, solo pensarlo, es un absurdo grosero contra un Dios como es Jesucristo.

P. Veo que esto no admite réplica. ¿Pero qué no podria decirse que tales promesas se refieren únicamente á la Iglesia invisible, esto es, á la Iglesia de los *escogidos*, pero que de ninguna manera fueron hechas á la Iglesia visible que es la de los *llamados*?

R. ¿De cuando acá se ha hecho esa distin-

cion de Iglesia visible é invisible? Los herejes son los que la han inventado, pretendiendo de este modo cubrir su vergüenza por haber apostatado de la Iglesia de Jesucristo. Esta Iglesia es por su naturaleza misma visible en todos tiempos y visible para todos. Por tal motivo fué fundada sobre San Pedro como su fundamento primario visible, y sobre los Apóstoles como su fundamento secundario sujeto siempre á Pedro, y todos tenían no solamente alma, sino tambien cuerpo, que por lo mismo era visible para todo el mundo. Jesucristo comparó su Iglesia á una ciudad edificada sobre un monte, á un rebaño conducido por su pastor y á un reino gobernado por su príncipe; y á esta Iglesia tan visible y tan palpable para todos, es á la que hizo sus promesas y le dió su autoridad, y á ella quiso que todos estuvieran sujetos so pena de condenacion eterna.

## LECCION II.

### *De las notas y prerogativas de la verdadera Iglesia de Jesucristo.*

P. En la leccion anterior habeis demostrado que no hay ni puede haber mas que una sola Iglesia y que esta es la católica; quisiera ahora

saber cómo puede distinguirse con toda seguridad de esas otras congregaciones que tambien se dan el nombre de Iglesias.

R. Responderé brevemente y con toda la claridad que me sea posible. La única Iglesia verdadera debe ser aquella que ha existido en todo tiempo y en todas partes; y como esto solo le conviene á la Iglesia católica, resulta de aquí que esta es la única verdadera. Además, la Iglesia católica, y solamente ella, posee todas las notas ó señales exteriores, que son necesarias para distinguirla de cualesquiera otras asociaciones espurias, que quieran darse el titulo de Iglesias y que en realidad no vienen á ser mas que avisperos ó nidos de avispas que solo hacen ruido y punzan.

P. ¿Y cómo puede demostrarse que la Iglesia católica es la única que ha existido en todo tiempo?

R. Muy fácilmente; porque la Iglesia católica tuvo principio en Jesucristo y sus Apóstoles, y ha corrido como un rio desde aquella fuente divina, llegando sin interrupcion hasta nosotros; de ello tenemos una prueba sin contradiccion en el hecho mismo de que preguntándoles á los herejes protestantes de cualquiera secta que sean cuándo comenzó á existir la Iglesia católica, en qué época, en qué año; nadie sabe contestar aun de los mas instruidos entre ellos. Por el contrario, si á algun

católico, medianamente instruido, se le pregunta cuándo comenzaron á existir las sectas protestantes, inmediatamente señala con toda precision la época, el año y acaso el día y aun hasta la ocasión ó motivo que dió origen á ellas. Basta leer el *Catecismo sobre el protestantismo*, para saber claramente cuando comenzó el protestantismo de Lutero, el de Calvino, el de los Valdenses, etc., etc.

P. Estoy satisfecho. Veo que la prueba es sencilla y fácil. Quisiera saber ahora cómo se demuestra que la Iglesia católica es la única que ha existido en todas partes.

R. Se demuestra en dos palabras. La Iglesia católica, una é indivisible, es la única que ha tenido sus fieles en todo el mundo conocido, los cuales siempre han profesado una misma fé, han participado de unos mismos sacramentos, y han estado sujetos á un solo Pastor Supremo, que es el Romano Pontífice á quien llamamos el Papa.

P. ¿Pero cómo es posible demostrar que los católicos de todo el mundo tienen la misma fé y viven en perfecta comunión con el Romano Pontífice?

R. También esto es muy fácil. Basta preguntar á cualquier católico de la China, de la India, de la América, de la Oceanía ó de cualquiera otra parte, si cree en el Papa, y en las cosas de fé en que cree el Papa, y todos responderán que sí, sin vacilar un momento. Por el contra-

rio, se puede desafiar á cualquier protestante á que señale una fórmula comun de fé en que convengan todos los demas, ya sean de una misma secta, ya de las diversas sectas en que está dividido el protestantismo, y no se encontrará uno solo que pueda señalarla.

P. Decidme ahora alguna cosa sobre las notas ó señales exteriores, por las cuales se distinga la verdadera Iglesia de las falsas.

R. Estas notas, como dice el símbolo Niceno, son cuatro, á saber: que la Iglesia sea una, que sea santa, católica, y apostólica; y todas cuatro están tomadas de las divinas Escrituras.

P. Deseo saber cómo se demuestran estas notas por las divinas Escrituras; y en primer lugar comencemos por la unidad.

R. La unidad es de dos maneras: unidad en la fé, y unidad en la caridad ó de comunión, y ambas vienen á formar la unidad total de la Iglesia. En cuanto á la unidad de fé, dice el Apóstol San Pablo que *la fé es una*, y que todos debemos concurrir á formar *la unidad en la fé*. En cuanto á la de caridad ó de comunión, el mismo Apóstol llama á la Iglesia,  *cuerpo de Jesucristo*, en el cual se ven unidos entre sí los diversos miembros y forman *un solo cuerpo compacto*. Finalmente, la unidad total de la Iglesia, la explica el divino Redentor por medio de los emblemas ó figu-

ras de un solo rebaño gobernado por un solo pastor, de un reino, de una era y otros semejantes, y además siempre la designa en singular llamándola *mi Iglesia*, y no *mis Iglesias*; de todo lo cual se infiere que la Iglesia de Jesucristo debe tener el carácter de unidad.

P. ¿Cómo se prueba la santidad de la Iglesia por medio de la Escritura?

R. Se prueba con aquellas palabras del Apóstol que hablando de Jesucristo dice: *que amó á la Iglesia y se entregó á sí mismo para santificarla, purificándola con el lavatorio del agua, mediante la palabra de vida, á fin de que apareciera ante su divina presencia revestida de gloria, sin mancha y sin arruga, santa é inmaculada.* A este modo hay otros muchos textos, con que se demuestra la misma verdad; y aunque no los hubiera, jamás podría ponerse en duda que la Iglesia de Jesucristo, que es el Santo de los santos, debe ser santa.

P. Cómo se prueba por medio de la Escritura que la Iglesia debe ser católica?

R. Con todo el nuevo Testamento y con las profecías del antiguo. Pero quiero limitarme solamente á algunos testimonios del nuevo Testamento. Nuestro Señor Jesucristo envió á sus Apóstoles á predicar el Evangelio á todas las naciones diciéndoles: *id y enseñad á todas las nacio-*

*nes las cosas que habeis aprendido de mí.—Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura.—Cuando este Evangelio sea predicado en todo el mundo, etc.* Por este órden hay otros muchos testimonios, que demuestran claramente que la Iglesia debía extenderse por todo el mundo, y que por lo mismo debe ser católica, esto es, universal.

P. ¿Cómo se prueba por medio de la Escritura que la Iglesia debe ser apostólica?

R. Se prueba con el mismo hecho de que Jesucristo, á ningun otro mas que á los Apóstoles, encomendó la predicacion y propagacion de su santo Evangelio, diciéndoles: *id y enseñad*; además, tambien se prueba con estas palabras, que el Apóstol San Pablo dirigia á los primeros fieles: *estais edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas*, esto es, sobre la doctrina anunciada por los Profetas y predicada por los Apóstoles, la cual habia de durar para siempre. De todo esto se infiere, que la verdadera Iglesia de Jesucristo, debe descender en linea recta de los Apóstoles, y no de Lutero, de Calvino, de Pedro Valdo, etc., etc.

P. Cómo se puede conocer por medio de estas notas que la Iglesia católica es la única verdadera?

R. Muy facilmente; porque, como ya he di-

cho, solo la Iglesia católica ha existido en todo tiempo y en todo lugar, y se ha conservado siempre de la misma manera; de aqui resulta que solamente ella puede llamarse con toda propiedad: *una, santa, católica, y apostólica*, y que todas las sectas que han comenzado mucho despues de Jesucristo, tan diversas entre si y diversas de la Iglesia católica, y que no tienen un centro comun, ni un jefe que las rija y gobierne, carecen evidentemente de las notas de unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad; son abortos de la naturaleza, desatinos, falsificaciones de la verdadera Iglesia y nada mas.

P. Quisiera un ejemplo para comprender esta doctrina con mas claridad.

R. Con mucho gusto. Supongamos que una persona ha leído en la Sagrada Escritura la descripción del templo de Jerusalem, su hermosura, su magnificencia, la abundancia del oro, del bronce, de los vasos, de los utensilios, y el orden de los sacerdotes y de los sacrificios, con todo lo demas que tiene relacion con esto. Si tal persona hubiera podido estar en Jerusalem, y al hallarse enfrente de aquel grandioso edificio, cuya altura dominaba la ciudad, hubiera entrado en él; despues de haber visto el magnifico aparato del arca, los querubines, el orden de los sacerdotes y los levitas, las ceremonias de los sacrificios y cuanto te-

nia delante de sí, ¿es creible que hubiera podido confundir el templo de Salomon, con los templos ridiculos de Baal, edificados despues en la misma ciudad por aquel rey prevaricador? Ciertamente que no. Pues bien, la Iglesia católica, por su antigüedad, su majestad, su unidad, su gerarquia y su culto, es semejante al templo de Salomon; y las ridiculas sectas de los luteranos, de los barbetos, de los hugonotes, de los mormones, de los metodistas y de todos los demas herejes, son semejantes á los templos de Baal. No es posible que en esto haya equivocacion.

P. Os doy las gracias por la destreza con que en esta leccion segunda, habeis tratado muchos puntos de gran importancia; pero quisiera todavía algunas otras explicaciones para entenderlos con mayor claridad.

R. Me reservo para mas adelante al tratar de un punto de mucho interes, que apenas he podido tocar aquí.

### LECCION III.

#### *De la infalibilidad de la Iglesia.*

P. Ya que habeis demostrado que no hay mas Iglesia verdadera que la católica; en lo de adelante, siempre que diga Iglesia, se entiende que ha-

blo de la católica. Decidme ahora ¿cómo se demuestra que la Iglesia es infalible?

R. Ya lo he demostrado con las palabras terminantes de Jesucristo, que dijo expresamente que las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia, la cual había sido fundada sobre Pedro, como su fundamento visible y su cabeza suprema sobre la tierra. Además, Jesucristo dijo á sus Apóstoles que les enviaría el Espíritu Santo, el cual permanecería con ellos perpetuamente, y que su majestad misma los acompañaría hasta la consumación de los siglos, esto es, hasta el fin del mundo; todo lo cual no podría ser cierto si la Iglesia no fuera infalible. En confirmación de esta verdad, tenemos también el testimonio del Apóstol San Pablo, quien llama á la Iglesia *columna y fundamento de la verdad*. Es, pues, evidente que nada de esto podría verificarse, si la Iglesia fuera capaz de errar en puntos de fé y de costumbres, y por consiguiente, de hacer caer á los fieles en el mismo error.

P. Perdonad que os interrumpa. ¿Todo esto consta en la Biblia?

R. Sí, ciertamente, y con testimonios muy claros.

P. ¿Pues cómo los protestantes no lo encuentran?

R. No lo encuentran porque cierran de in-

tento los ojos. Tienen la gracia particular de encontrar en la Biblia lo que no dice y no encuentran lo que dice. Así lo han hecho siempre todos los herejes con sus interpretaciones violentas y sus frívolas sutilezas. Esta es la causa porque los herejes de todos los tiempos siempre han proclamado la Biblia como regla única de fé; y esto lo hacen porque saben torcer el sentido de la Biblia para que diga lo que ellos quieren.

P. Una pregunta. ¿Consta en la Biblia con palabras terminantes que *la Iglesia es infalible*?

R. En estos términos precisos, no se encuentra en ella, así como no se encuentra que en Dios hay *tres personas distintas*; sin embargo, de la misma manera que los protestantes, que se dicen *ortodoxos*, admiten esto como artículo de fé, así también se debe admitir que la Iglesia es infalible si esto consta en la Biblia, como es en realidad, con palabras equivalentes. Si preguntamos á los más sabios doctores protestantes, en qué parte de la Biblia consta expresamente que *Jesucristo es infalible, y que los Apóstoles fueron infalibles*, nadie podrá designarla; y sin embargo admiten estas verdades como contenidas en la Biblia. ¿Por qué razón, pues, se niegan á admitir que la Iglesia es infalible, solo porque no se hallan escritas estas mismas palabras en la Biblia, siendo así que constan otras muchas que expresan la misma verdad?

P. Teneis razon. Decidme ahora, ¿esta infalibilidad de que hablais corresponde á toda la Iglesia?

R. En un sentido sí corresponde; en otro sentido solo corresponde á aquella parte de la Iglesia que llamamos Iglesia *docente*.

P. Explicao con mas claridad.

R. Quiero decir: que la Iglesia, si se considera en conjunto, esto es, el Papa juntamente con los obispos, el clero y el pueblo; como que todos creen del mismo modo las mismas verdades de fé, y es imposible que no convengan entre sí en la creencia de una sola verdad, en este sentido la infalibilidad corresponde á toda la Iglesia. Mas cuando se trata de enseñar, de resolver cuestiones, dudas ó controversias, entonces la infalibilidad corresponde solo á los pastores de la Iglesia, es decir á los obispos unidos á su jefe supremo que es el Romano Pontífice. Todo lo que ellos enseñaren, decidieren ó definieren en lo tocante á la fé y á las buenas costumbres, debe tenerse como de fé; porque aquel cuerpo *docente*, compuesto de los obispos unidos con el Papa es infalible, y los fieles están obligados á creer como de fé la definicion ó decision que diere aquel respetable cuerpo. En la Iglesia, aquella parte que enseña, se llama Iglesia *docente*, y tiene la infalibilidad *activa*; y la parte que cree, se llama Iglesia *creyente*.

te, y tiene la infalibilidad *pasiva*; y por lo mismo, en la Iglesia toda, tomada en conjunto, reside la infalibilidad absoluta, plena y total.

P. Comprendo perfectamente. Sin embargo, he oido decir á algunos protestantes y sus adictos, que los católicos son unos necios porque predicán á boca llena la infalibilidad de la Iglesia, y sin embargo no saben decir en quién reside aquella infalibilidad; porque unos dicen que en el concilio; otros que en el Papa, y ninguno está de acuerdo.

R. Los necios son los protestantes, que hablan de lo que no entienden. Los católicos de todo el mundo dicen á una voz y creen que los obispos y el Papa unidos son infalibles, y que en esta union reside la infalibilidad prometida por Jesu-risto á su Iglesia. En cuanto á la otra cuestion de si el Pontífice por sí solo ó los obispos por sí solos tienen la infalibilidad, esta es una cuestion doméstica ó de familia, en que no deben mezclarse los extraños. Segun mi modo de pensar esta es mas bien cuestion de palabras que otra cosa; porque no ha acontecido, ni puede acontecer jamas que el Papa esté dividido de los obispos; ni mucho menos que tenga un sentir contrario á ellos; ni que todos los obispos estén divididos del Papa; ni que tengan un sentir contrario al Papa. En último resultado, los obispos siempre están sumisos á la decision del Papa. Debo

decir, por último, que la sentencia mas cierta y mas generalmente recibida, es: que el Papa, cuando habla *ex cathedra*, esto es cuando da una decision solemne como Papa en puntos de fé y de costumbres, es infalible, y con su decision pone término á todas las controversias. (\*)

P. Tiene vd. razon; pero con todo eso, los herejes sostienen que la infalibilidad de la Iglesia no es de fé, porque la Iglesia no lo ha definido así. ¿Qué se puede contestar?

R. Esta es otra necedad lo mismo que la anterior. Los herejes se fundan en un supuesto falso, y es, que solamente quieren que sean de fé, aquellas cosas que la Iglesia tiene definidas expresamente como de fé; pero el hecho es que los mismos protestantes que se dan el título de *ortodoxos*, admiten como de fé, lo mismo que los católicos, muchas verdades que no están definidas expresamente por la Iglesia, como por ejemplo: que Jesucristo se ofreció á sí mismo en la cruz en sacrificio por todos los hombres: que muriendo en la cruz dió una plena satisfaccion á su eter-

(\*) En el concilio I general Vaticano acaba de declararse como dogma de fé la infalibilidad del Romano Pontífice en los términos que aquí se explica. En consecuencia seria un hereje el que sostuviera lo contrario. Así aparece de la Constitucion *Pastor aternus* de 18 de Julio de 1870.

no Padre por nuestros pecados: que en su vida mortal fué un verdadero sacerdote, y por este orden otros muchos puntos de fé definidos contra los Socinianos. Lo mismo sucede en cuanto á la infalibilidad de la Iglesia. Ella es un artículo de fé, no obstante que no lo haya definido la misma Iglesia. La Iglesia siempre ha estado en posesion de la infalibilidad, y en virtud de ella siempre ha dado definiciones de fé, lo cual ciertamente no ha podido hacer si no estuviera dotada de la infalibilidad, y ninguno, con excepcion de los herejes, lo ha puesto jamas en duda. Además, para ellos tal definicion seria inútil; porque si en su concepto la Iglesia no es infalible, tambien dirian que podria errar al definir su infalibilidad. Sin embargo de todo esto, la Iglesia ya tiene definida indirectamente su infalibilidad en el concilio de Trento.

P. Bien comprendo la necedad de los protestantes en este punto; pero me ocurre una duda: así como la Iglesia siendo *santa* y sin dejar de serlo, con todo eso, tiene algunos individuos que faltan á esa santidad, cayendo en pecado mortal; así tambien puede suceder que siendo *infalible* y sin dejar de serlo, caiga en el error.

R. En este modo de discurrir se confunden dos cosas bien diferentes entre sí: la *regla* ó la *ley*, y la *conformidad práctica* con la misma ley.

La regla ó ley, tanto en puntos de fé como de costumbres, debe ser recta é infalible, y esta regla ó ley, nos la da la Iglesia de un modo infalible; mas la conformidad práctica con ella, depende del libre albedrio de cada uno, y de aquí provienen los pecados contra la fé y las costumbres. La Iglesia es santa é infalible independientemente del arbitrio de los hombres; porque su santidad y su infalibilidad le vienen únicamente de la continua asistencia de Dios.

P. ¿Qué consecuencias pueden deducirse de todo lo que hasta aquí habeis explicado?

R. Muchas y muy importantes, que voy á referir con la debida separacion.

1.<sup>a</sup> Supuesta la infalibilidad de la Iglesia, se infiere rectamente, que todas las sectas que ella ha condenado como contrarias al dogma ó á la doctrina, viven en el error y están en la herejía.

2.<sup>a</sup> Se infiere tambien que todo aquello que se diga ó se enseñe contra la doctrina dogmática de la Iglesia, es una herejía que jamas podrá justificarse, ni con razones, ni con textos de la Biblia, con lo cual algunos pretenden sostener y defender sus errores.

3.<sup>a</sup> Se infiere igualmente que todas las controversias parciales contra cualquier punto particular, por ejemplo: contra la misa, la confesion, etc.,

etc., son manifiestos errores contra la buena lógica, esto es, contrarios á la razon.

4.<sup>a</sup> Se infiere ademas que todos y cada uno de los fieles, ya sean doctos é instruidos, ya sean ignorantes, están obligados, bajo pena de pecado mortal gravísimo, á sujetarse humilde y ciegamente al magisterio de la Iglesia; de manera que si alguno se resiste á ello, comete un acto de rebellion y de orgullo intolerable contra Dios, que nos ha dado la Iglesia como maestra infalible en lugar suyo, y como regla inmediata de fé, que estamos obligados á seguir.

5.<sup>a</sup> Se infiere, por último, qué cuando alguno trata de enseñar, bajo cualquier pretexto, ya sea de viva voz, ya por escrito, cosas contrarias á lo que enseña la Iglesia, se debe considerar como hereje ó como protestante; y por lo mismo conviene huir de él como de un engañador, arrojar muy lejos los libros que repartiere: y si se han recibido sin conocerlos y hay sospecha de que contengan doctrinas contrarias á lo que enseña la Iglesia, inmediatamente se deben entregar al Párroco ó al confesor para que los examine; porque aquellos que reparten esta clase de libros y los que enseñan tales doctrinas, son otros tantos lobos, que andan en busca de las almas para entregarlas al demonio.

## LECCION IV.

*De la santidad de la Iglesia católica.*

P. Me habeis explicado perfectamente la infalibilidad de la Iglesia: ahora desearia que del mismo modo me hablaseis de la santidad de ella. En tal virtud ¿cómo podrá conocerse que la Iglesia es santa?

R. La santidad considerada en las almas que la tienen, no se puede conocer de un modo indudable; pero si podemos venir en conocimiento de la santidad de la Iglesia, y de una manera segura é indefectible, por sus signos exteriores.

P. ¿Por qué decís que la santidad de la Iglesia solo se puede conocer por sus signos exteriores? Reflexionad que el Jefe de la Iglesia es Jesucristo: que ella tiene medios eficaces para conducir á las almas á la santidad, como son los sacramentos; y que se gobierna por una ley que es del todo santa. Mas como estas señales son intrínsecas á la misma Iglesia, no comprendo la necesidad de recurrir á signos exteriores para venir en conocimiento de su santidad.

R. No cabe duda en que la Iglesia es y debe llamarse santa; porque Jesucristo, que es su Jefe, es santo; porque es santa su doctrina; son santos

sus sacramentos; y porque muchos de sus miembros son tambien santos. Pero debe advertirse que aquí no se trata únicamente de saber si la Iglesia de Jesucristo es santa; sino de los medios que tenemos para *conocer* esa santidad, y para poder de este modo distinguir la verdadera Iglesia de todas las sectas que malamente se dicen santas, pretendiendo fundarse en los mismos títulos en que se funda la santidad de la verdadera Iglesia. Por esta razon he dicho que la santidad de la Iglesia se puede conocer por signos exteriores.

P. ¿Y qué no podrán decir tambien las sectas que ellas tienen igualmente esos signos ó señales exteriores?

R. ¡Imposible! Estas señales exteriores son de tal naturaleza, que ninguna secta las tiene, ni las puede tener; y he aquí precisamente la razon de por qué los sectarios no quieren admitir mas que señales interiores é invisibles, porque de lo contrario fácilmente se les cogería en mentira.

P. ¿Cuáles son, pues, las señales exteriores de la santidad interna de la Iglesia?

R. Dos son las mas principales: primera, la santidad sublime y heróica que manifiestan en sus obras y en toda su conducta los verdaderos siervos y amigos de Dios; segunda, el don de milagros y el de profecias con otras gracias semejantes que llamamos *carismas*. Estas dos señales no se

encuentran mas que en la Iglesia católica romana.

P. ¿Y esto cómo puede demostrarse? ¿Cómo se prueba, en primer lugar, que la santidad sublime y heroica, solamente se encuentra en la Iglesia católica?

R. Se prueba con hechos. La Iglesia, desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros dias, siempre ha registrado y registra en sus anales, un número prodigioso de personas verdaderamente santas. Muchas de estas se han distinguido por el martirio; otras por su vida monástica y religiosa y por la puntual observacion de los consejos evangélicos; y otras por los establecimientos de caridad que han fundado en beneficio de la sociedad. Y si bien todos estos Santos poseyeron la santidad en grado heroico con el ejercicio de las virtudes teologales: fé, esperanza y caridad, y de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza con todas las demas que dependen de éstas; sin embargo, cada uno de dichos santos, tiene un carácter especial, que lo distingue de los otros, y de aquí proviene la inmensa variedad en la vida práctica de ellos mismos. Los hay de toda clase y condicion: hombres, mujeres, vírgenes, casadas, viudas, príncipes, privados, ricos, pobres, jóvenes, ancianos, &c., &c., todas las clases de la sociedad cristiana tienen un modelo perfectamente acabado que poder imitar.

P. ¿De dónde consta que todas estas personas fueron verdaderamente santas?

R. Consta por el juicio que de ello ha formado la Iglesia, la cual jamas permite que se le tribute culto á nadie, ni que se le invoque solemne y públicamente, sin haber antes examinado sus virtudes de la manera mas prolija y circunstanciada. En este punto ha sido diversa la conducta de la Iglesia segun la diversidad de los tiempos. Al principio hacian la declaracion de santidad los Obispos, fundándose en el sentir unánime de los pueblos en cuyo seno florecieron los Santos. Despues la Santa Sede romana, de algunos siglos á esta parte, se reservó la declaracion de santidad y el exámen de las virtudes, el cual se practica con la mas estricta severidad, ya sea en cuanto á las mismas virtudes ejercidas en grado heroico, ya en cuanto á los milagros obrados por Dios por intercesion de los santos, hasta poner en claro todo esto, de tal manera que no sea posible que quede la menor duda. Basta únicamente leer las actas de los mártires ó las vidas de los Santos cualesquiera que sean, para sentirse movido á devocion, á piedad y á admiracion. Hágase, si no, la prueba, y se conocerá por propia experiencia.

P. Es cierto cuanto acabais de decir; y yo mismo lo he experimentado muchas veces. Nada me conmueve tanto como la lectura de las vidas

de los santos. ¿Pero qué los protestantes no tendrán también sus santos que oponer á los de la Iglesia católica?

R. No hay que tener cuidado por eso. Los protestantes solo se ocupan de hablar mal de los santos de la Iglesia católica, y bien se cuidan de presentarnos á ninguno de entre ellos como santo; ni era posible que lo encontrarán, porque los fundadores mismos de lo que llaman su religion, vivieron entregados á los vicios, segun los testimonios incontestables de la historia. La Iglesia católica cuenta sus santos á millones; al paso que los protestantes no son capaces de mencionar uno solo; ni tampoco pretenden tenerlo, antes por el contrario, miran á los santos con desprecio, imitando en esto á la zorra de la fábula, que cuando vió que no podia alcanzar las uvas por mas saltos que daba, se marchó diciendo que no estaban maduras.

P. Me parece que en todo esto se juzga á los protestantes con mucha severidad. Yo veo que entre ellos hay personas honradas y de buenas costumbres.

R. No lo dudo; antes por el contrario, confieso que entre los protestantes hay personas honradas, y á juicio del mundo, honradísimas; pero esto no obstante, repito que ni tienen ni pueden tener ningun santo. Porque, en primer lugar, esta

decantada honradez y probidad, son únicamente naturales y filosóficas, como lo eran en los paganos y los herejes de los tiempos pasados. Una cosa es la probidad ó vida virtuosa considerada en comun, y otra es la santidad en la significacion propia y rigurosa de esta palabra. No hay dificultad en admitir que entre los protestantes existan algunos hombres honrados y virtuosos; pero que entre ellos haya santos, que constante y habitualmente hayan caminado por las sendas difíciles de la virtud en grado heróico, y hayan seguido en ellas hasta la muerte, y esto en medio de las pruebas mas difíciles, de tentaciones de todo género, de persecuciones las mas atroces, de mofas, de escarnios y de burlas, recogiendo ingraticudes por sus beneficios, rogando por sus perseguidores y ofreciendo penitencias y mortificaciones por ellos con suma humildad ¡oh! no, mil veces no; de esta clase de santos, ni tienen ni pueden tener los protestantes (1). La Iglesia católica, por el contrario, los ha tenido siempre y en todas partes, y de toda clase de estados y condiciones.

(1) Al escribir estas líneas hemos sabido por conducto fidedigno, que el Múrtes Santo, (31 de Marzo de 1874) se presentó en el Hospital de S. Andrés de esta Capital, todo un señor Obispo protestante, con el objeto de preparar á un creyente suyo que se hallaba enfermo, para recibir la cena del Cordero. En virtud de la libertad,

P. Perfectamente. Pero me queda todavía una dificultad. ¿De qué proviene que, como dicen algunos, se encuentre mas moralidad y honradez entre los pueblos protestantes que entre los pueblos católicos?

R. ¿Que candor! ¿Y quién ha dicho que los pueblos protestantes son mas morales y virtuosos que los pueblos católicos? A la verdad, seria un

que las leyes, con que se ha encadenado á nuestra desgraciada patria, conceden á los propagandistas del error para diseminar sus máximas corruptoras, se le franqueó la entrada; y con la osadía que es propia de tales gentes, comenzó á leer á todos los enfermos, que se encontraban en la sala, algunos versículos de su biblia protestante. Aperebidos aquellos infelices del insulto que con esto se hacia á la religion católica, tuvieron el valor suficiente para arrojar de su presencia á aquel desdichado, quien hubo de salir á espeta perros, temiendo por momentos que los enfermos descargaran sobre él una lluvia de cabiletes con atole, á lo que ya se estaban preparando, y de otras sustancias, que en verdad no olian á ambar y de que se hallaban bien surtidos ciertos vasos que tenian debajo de sus camas. Se fué, pues, el Obispo con la música á otra parte vomitando injurias contra los *romanistas* (asi llaman á los católicos), porque habian repartido entre los enfermos algunos ejemplares del *Catecismo sobre el protestantismo*, y amenazando á todos con que iba á quejarse con el gobernador del Distrito. He aqui un perfecto modelo del celo del protestantismo, al propagar lo que tiene el atrevimiento de llamar la religion verdadera de Jesucristo. *N. del T.*

milagro de nueva especie, que cuando la doctrina del protestantismo abre de par en par las puertas á la inmoralidad y á la corrupcion, los que lo profesan fueran otros tantos ramilletes de virtud y de honradez. Basta fijar la atencion en las estadísticas de Inglaterra, de Suecia y de Prusia, y compararlas con las de Francia, Italia, España y Bélgica, y se verá todo lo contrario. Cuando los hechos hablan, la boca debe callar. (1) Ademas, si los protestantes son por lo general mas honrados ¿cómo es que los mas perversos de entre los malos católicos son los que primero se pasan á sus filas para vivir con mas libertad y con mas desenfreno? ¿Cómo se explica que los hombres libertinos son los que abrazan el protestantismo? Y por el contrario ¿cómo se explica que los mas ilustrados y honrados protestantes abrazan el catolicismo? Finalmente, ¿de qué proviene que la embriaguez pública, la disolucion de costumbres y la deshonestidad, reinan de preferencia en Escocia, en Inglaterra y en otros pueblos protestantes, que son verdaderamente una sentina de vicios? Es, pues, evidente que los pueblos protestantes son mas viciosos que los pueblos católicos, ó mejor dicho, los pueblos católicos comparados con los pue-

(1) Véase sobre esta punto el *Catecismo sobre el protestantismo*, leccion IX.

bles protestantes, vienen á ser como una fuente comparada con un cenegal inmundado.

P. No queda que responder. Decidme ahora alguna cosa sobre la otra señal exterior de la santidad de la Iglesia que son los milagros. ¿No serán por ventura los milagros obrados por intercesion de los santos otras tantas fabulillas y cuentos de viejas? Yo he oido algunas personas que dicen: *pero que vd. ha visto tales milagros?*

R. Este es precisamente el lenguaje de los herejes y libertinos, sin tomarse el trabajo de examinar si hablan con fundamento ó no. Despreciar, es muy fácil; pero probar lo que se dice, es muy difícil.

P. Explicaos con mas claridad.

R. Quiero decir que esta gente no examina las razones en que se fundan los católicos para asegurar que siempre ha habido milagros y que aun ahora se verifican en la Iglesia por intercesion de los santos; pero como los protestantes están preocupados por sus juicios erróneos, creen que cuando los católicos admiten la existencia de los milagros, son unos estúpidos ó á manera de niños, que creen á puño cerrado y sin discernimiento ninguno, todas las leyendas de la edad media. Con su refinado orgullo, tienen el atrevimiento de llamar nulidades despreciables, en comparacion de ellos mismos, á los Baronios, Belar-

minos, Petavios, Bossuet, Fenelon, Muratori, Gerdil y tantos otros hombres ilustres. Siempre han florecido en la Iglesia muchos críticos doctísimos y de primer órden, los cuales despues de haber examinado, con la mas severa crítica, las razones que hay para admitir ó para rechazar los milagros de que hablan en sus escritos, han venido á concluir con admitirlos y defenderlos vigorosamente. Pero estos impugnadores de los milagros, no tienen remedio: rechazan lo que se apoya en fundamentos sólidos, y admiten con una credulidad infantil, todas las calumnias, que diariamente se forjan contra la Iglesia. Cuando el mal está en la voluntad, es inútil cualquiera diligencia.

P. Quisiera saber las razones, con que se demuestra la existencia de los milagros.

R. Las expondré brevemente: ó se trata de los milagros obrados en los primeros siglos del cristianismo y de los que se obraron despues hasta el tiempo de la llamada reforma ó protestantismo; ó se trata de los milagros subsecuentes á ella hasta nuestros dias. En quanto á los primeros, existe el testimonio de los hombres mas célebres de la época por su saber y por su virtud: tales son S. Ireneo, S. Cipriano, S. Eusebio, S. Gerónimo, S. Agustin, S. Gregorio Niceno, S. Gregorio Nacienceno, Teodoreto, y otros muchos con S. Bernardo, hasta los tiempos del protestan-

tismo. En cuanto á los milagros obrados despues, sin contar los del tiempo transcurrido del siglo doce en adelante, en que ya la santa sede apostólica juzgaba exclusivamente de las causas de los santos, y fijándonos en la época corrida desde el establecimiento del tribunal de la Rota, á quien sucedió la congregacion de Ritos; está de manifiesto que siempre se ha procedido y se procede en este punto con un rigor tal, bajo todos aspectos, que jamas se admite como cierto ningun milagro, si antes no está evidentemente comprobado. Se procura esclarecer el hecho por el testimonio de personas que declaren bajo de juramento; se consulta á los que trataron con familiaridad al hombre ilustre á quien se atribuye el milagro; se consulta tambien á los más doctos en medicina, en física, etc., etc., y se formulan defensas é impugnaciones muy notables para depurar los hechos hasta en sus últimos pormenores; finalmente, nada se omite para adquirir aquella plenísima certidumbre que es de todo punto necesaria en negocio de tan alta importancia. En cuanto á aquellos que preguntan: *¿Vd. ha visto tales milagros?* se les puede responder preguntando igualmente: *¿Vd. ha visto los milagros obrados por Jesucristo y sus apóstoles? ¿Vd. ha visto á César ó á Ciceron? ¿Vd. ha visto á Pekin, Amsterdam, Berlin. Lóndres?...* Pues así como cree

en la existencia de aquellos milagros, de aquellas personas y de aquellas ciudades, sin haberlo visto y fundándose solo en el testimonio de otros, de la misma manera debe creer en los milagros que Dios ha obrado por intercesion de los santos, supuesto que tienen el mismo fundamento. ¡Oh, cuán necios son los que discurren de aquella manera!

P. Pero, dicen, ya pasó el tiempo de los milagros. ¿Quién cree ahora en ellos, en vista de los progresos y adelanto de la ciencia? ¿Cómo es posible creer en tantos milagros como se cuentan en las antiguas crónicas y en las leyendas de la edad media?

R. Los católicos no pretenden que se dé crédito á ojo cerrado, á todo lo que refieren las crónicas antiguas; pretenden, sí, y con justicia, que se crea en los milagros, que aparecen como tales despues de haber pasado por el exámen de la critica mas severa, y en particular los que han sido aprobados jurídicamente por la Iglesia romana. Sea cual fuere el progreso de las ciencias físicas, nadie podrá negar que hay un verdadero milagro, cuando un ciego humanamente incurable recobra la vista, ó un cojo el uso de sus piernas; cuando una herida mortal sana en un instante; cuando un puñado de harina repentinamente se multiplica hasta venir á ser diez ó veinte veces

mayor; y así sucesivamente. Si el progreso de las ciencias físicas llegara á explicar de un modo satisfactorio todo esto, yo me daría por vencido. Bien sabeis que estos y otros muchos acontecimientos prodigiosos, son frecuentemente aprobados por la sagrada congregacion de ritos, despues de un riguroso exámen, y yo puedo dar testimonio de ello, como de cosas que han pasado por mi vista. ¿Cómo se explica que los griegos cismáticos, tan supersticiosos en juzgar de los protestantes, como no lo son los católicos; cómo se explica, digo, que ni ellos, ni aun los mismos judíos, encuentran en la llamada religion protestante ningun milagro por mas que lo busquen, cuando los unos sí lo encuentran en la época en que no se habian separado de la Iglesia, y los otros tambien lo hallan en la época en que Dios no los habia arrojado de la religion verdadera? ¡Oh! es incuestionable que solo los católicos han presentado y presentan aún, verdaderos milagros obrados en el seno de su Iglesia. De muchos de ellos han dado testimonio los mismos protestantes; pero seria inútil hablar con mas extension sobre esta materia, porque si ellos quisieran, fácilmente podrian examinarlo y conocerlo por sí mismos.

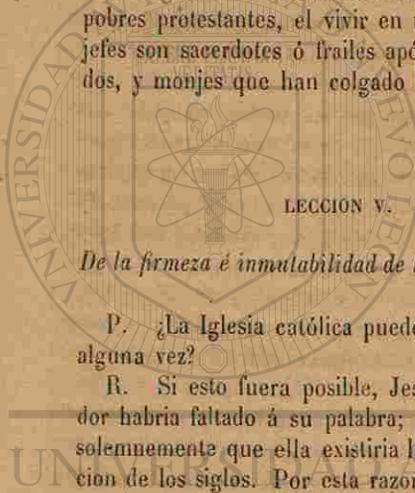
P. En verdad que con esto ya no les queda nada que alegar. Mas yo creo sin embargo que ellos hacen sus milagros.

R. Sí, ciertamente. Los protestantes hacen sus milagros; pero milagros propios de herejes, como aquellos de que habla Tertuliano que hacian los de su tiempo, á saber: que cuando los Apóstoles y los santos resueitaban á los muertos, los herejes mataban á los vivos. Así fué el milagro obrado por Calvino, que para probar que él tambien hacia milagros, se puso de acuerdo con otro protestante para que fingiéndose muerto, apareciera como vuelto á la vida cuando él le hablara, y resultó que el muerto fingido quedó muerto en realidad. Viendo, pues, los protestantes que ellos ni podian hacer milagros, ni los podian fingir, imitando á la zorra de la fábula, que por no poder alcanzar las uvas dijo que estaban verdes, comenzaron á sostener que los milagros no eran necesarios para probar la verdad de la doctrina. De aquí resultó aquel dicho tan picante de Erasmo: que todos los protestantes juntos no seran capaces ni de enderezar la pata á un caballo cojo.

P. ¿Qué podemos inferir de todo lo que hasta aquí habeis explicado?

R. Lo siguiente: que siendo los milagros una nota ó señal dada por Dios para reconocer la santidad verdadera, resulta que es verdaderamente santa la Iglesia católica; porque Dios ha obrado en todo tiempo y obra aún en favor de ella verdaderos milagros por intercesion de sus santos.

Se infiere además que es un gran consuelo para los católicos el considerar, que tienen la dicha de pertenecer á una Iglesia, que cuenta con el auxilio divino de un modo tan manifiesto, y que es una desgracia verdaderamente lamentable para los pobres protestantes, el vivir en una secta, cuyos jefes son sacerdotes ó frailes apóstatas todos casados, y monjes que han colgado los hábitos.



LECCION V.

*De la firmeza é inmutabilidad de la Iglesia católica.*

P. ¿La Iglesia católica puede dejar de existir alguna vez?

R. Si esto fuera posible, Jesucristo su fundador habria faltado á su palabra; porque prometió solemnemente que ella existiria hasta la consumacion de los siglos. Por esta razón, al reino de Jesucristo, que es su misma Iglesia, se le llama eterno, es decir, que no tendrá fin.

P. ¿De dónde le viene á la Iglesia esta firmeza é inmutabilidad?

R. Le viene del ilustre y divino arquitecto que la fundó, que fué Jesucristo mismo: el cual, para que pudiera resistir á todos los combates y

asaltos del enemigo, la edificó sobre un fundamento firme y solidísimo.

P. ¿Cuál es ese fundamento?

R. Ese fundamento está compuesto, por decirlo así, de diversas piedras. La principal, y que sostiene todo el peso del edificio, es Jesucristo. La secundaria, por explicarme de este modo, es el Apóstel San Pedro y todos sus legítimos sucesores, que son los romanos pontífices. La primera es fuerte y firme por su propia naturaleza, y la segunda lo es por la virtud que le comunica Jesucristo Señor nuestro. Esta virtud la recibió San Pedro de su divina majestad cuando le dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

P. ¿Qué diferencia hay entre estas dos piedras, ó lo que es lo mismo, entre uno y otro fundamento?

R. Además de la que acabo de explicar, es decir: que la una es firme por virtud propia y la otra lo es por virtud de Cristo, hay otra diferencia, y consiste en que la primera piedra ó fundamento es invisible; porque Jesucristo nuestro redentor, despues de resucitado, subió á los cielos, quedando así invisible para nuestros ojos corporales; y el segundo fundamento es visible, pues lo fué San Pedro, durante su vida sobre la tierra, y

lo son del mismo modo todos sus sucesores los romanos pontífices.

P. San Pablo en sus epístolas asegura que los fieles hemos sido edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas. San Juan describiendo la Iglesia, bajo la figura de Jerusalem, dijo que descansaba sobre doce fundamentos, que son los doce Apóstoles. Siendo esto así ¿por qué decís que es uno solo el fundamento visible de la Iglesia, y que este fué primero San Pedro, y despues cada uno de sus sucesores?

R. Todo lo que acabais de decir es muy cierto; pero es necesario atender al sentido de las palabras citadas. San Pablo llama fundamento á los Apóstoles y Profetas, porque unos y otros predicaron la misma doctrina. Por igual razon dijo San Juan que eran doce los fundamentos de la Jerusalem celestial, es decir, de la Iglesia para dar á entender con esto, que fueron doce los primeros predicadores del Evangelio; mas no que la Iglesia hubiera sido edificada sobre doce fundamentos, porque los demas Apóstoles fueron puestos por Jesucristo bajo las órdenes y jurisdiccion de San Pedro.

P. Si esto fuera así, la Iglesia hubiera siempre reconocido á San Pedro y á sus sucesores como su fundamento. ¿No es verdad?

R. Sin duda alguna; y en efecto así ha suce-

dido en la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles. Viviendo todavía San Juan se suscitó un cisma entre los fieles de Corinto, y estos para poner término á tan lamentable division, ocurrieron á la autoridad de San Clemente, obispo de Roma, y por lo mismo sucesor de San Pedro; y como es bien sabido, San Clemente no era del número de los Apóstoles. De este modo se ha venido reconociendo, por toda la Iglesia, esa suprema autoridad de la sede romana, como lo demostraré mas por extenso en otra leccion. Baste por ahora con lo dicho para probar que la Iglesia católica fundada por Jesucristo sobre San Pedro, es firme é invariable, y que ninguno jamas podrá hacerla vacilar.

P. ¿Y ha habido quien lo intentara alguna vez?

R. ¡Oh! ¡Figúrese vd. si las puertas del infierno, es decir, los secuaces del error, se habian de quedar quietos! Desde que la Iglesia fué fundada, le declararon la guerra mas cruda, pertinaz y constante, pretendiendo echarla por tierra. Sus primeros enemigos fueron los judíos. A estos se siguieron los paganos y los emperadores, quienes la anegaron en sangre por mas de trescientos años. A los paganos sucedieron todos los herejes, desde Simon mago hasta Lutero, Calvino y los modernos Barbetos, con los demas protestantes, tenien-

do siempre á su favor á los emperadores y reyes que mas se han distinguido por su persecucion á la Iglesia; por todo lo cual á esta se le llama con justicia Iglesia militante.

P. ¿Y qué suerte corrió la Iglesia en tales combates?

R. La que era de esperarse: que siempre ha salido victoriosa; y todos aquellos que le hicieron la guerra, han perecido miserablemente. Todos se estrellaron en su primer choque contra aquella piedra misteriosa. Los judios perdieron su patria; los pagnos su imperio; y todas las sectas de herejes han venido desapareciendo una despues de otra sin embargo de ser numerosisimas, y lo mismo les aguarda á las que hoy combaten á la Iglesia.

P. Creo que esto es mucho decir. ¿Pues qué tambien desaparecerá el anglicanismo y el protestantismo, que han eriado ya profundas raices; que se apoyan sobre fundamentos, al parecer, muy sólidos; que se han extendido por una gran parte de la Europa y de la América; y que cuentan con tantos defensores? Me parece imposible.

R. Reflexionad que al discurrir de ese modo, afirmáis mas cuanto llevo dicho. ¿Cómo puede durar largo tiempo lo que no tiene mas apoyo que los esfuerzos puramente humanos? Porque á la verdad todas vuestras razones en favor del pro-

testantismo no reconocen otro fundamento que el poder de los hombres, la extension que ha tomado el error y el apoyo de las personas mas prominentes del pais. Los arrianos, los eutiquianos y los iconoclastas, tuvieron mayor poder, mayor extension y mas fuertes apoyos de los que tiene el protestantismo y el anglicanismo; y sin embargo de eso perecieron, porque no contaron, ni era posible que contaran con el auxilio de Dios, contra quien estaban en rebelion abierta; y por la misma razon perecerán todas las sectas enemigas de la Iglesia que hoy existen.

P. Lo que es en el presente tiempo, creo que no será; porque sin cesar oimos repetir una de las razones mas convincentes que se alegan en favor del protestantismo, y es, que en los países donde él domina, florece la industria, el comercio y las riquezas, al grado de causar envidia aun á los mismos católicos.

R. ¡Otra vez volvemos á las razones materiales y terrenas! Ademas de lo que llevo dicho, tales razones solamente probarian que el dios que protege á los protestantes sería el dios *dinero*. ¿Cuándo jamas se vió que Jesucristo, que siempre anduvo pobre y siempre inculcó el espíritu de la pobreza, haya dado como distintivo ó señal de la religion verdadera, el comercio, la industria ó las riquezas? Si este argumento tuviera alguna fuer-

za, entonces se diria que el paganismo era una religion óptima, porque los paganos, por muchos siglos despues de Jesucristo fueron mas ricos que los cristianos; y que los turcos en los siglos siguientes fueron los adoradores del verdadero Dios, supuesto que en todas partes salian victoriosos contra los cristianos. Si la riqueza y el comercio fueran un indicio de la religion verdadera, entonces podria decirse que cuando la España, el Portugal y Venecia eran naciones industriosas, comerciales y ricas, tenian la verdadera religion; y cuando por la variacion de los tiempos dejaron de serlo, su religion era falsa, con el bien entender de que volveria á ser verdadera, si volvian á su antiguo estado de industria, de comercio y de riquezas. Estas son las sandecas, que los obispos anglicanos y demas protestantes alegan como razones, pretendiendo probar asi la verdad de sus sectas. Ademas, es preciso no olvidar lo que ya otra vez he dicho, y es, que la decantada prosperidad de los países protestantes es absolutamente falsa. Entre los católicos, los pobres no mueren de hambre, como sucede en los lugares protestantes y especialmente en Inglaterra. Pero aunque todos fueran tan ricos como Creso, no por eso dejará de ser verdad que perecerán como han perecido los demas herejes.

P. ¿Y no sabeis que cuando los protestantes oyen esto se enfurecen?

R. Demasiado que lo sé. Pero dejémoslos que se enfurezcan. No por eso rebajará en nada la verdad de cuanto llevo dicho. Si el protestantismo hubiera sufrido la centésima parte de las guerras y tempestades que ha sufrido la Iglesia católica, ni rastro hubiera quedado de él en todo el mundo. Si ahora que están florecientes sus sectas, vemos que se derriten como el yelo cuando se pone al sol, por tantos como cada dia se convierten á la Iglesia católica, figuraos qué sucederia en un cambio de opinion y cuando pase la moda del protestantismo.

P. ¿En qué se conoce que la Iglesia católica es y ha sido siempre la misma?

R. Se conoce en los hechos: primeramente, jamas ha dejado de haber en ella una sucesion legitima de Papas, de Obispos y de sacerdotes, esto es, jamas ha faltado la jerarquia eclesiástica desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros dias; y en segundo lugar, la Iglesia no ha mudado de doctrina, pues cree ahora las mismas verdades que creia en tiempo de los Apóstoles, y por mas esfueros que han hecho los herejes de todas las edades del mundo para hacerla cambiar, no han conseguido que varíe en lo mas mínimo, ni que transija con ellos en un solo artículo de fé.

P. Sin embargo de eso yo he oido decir que la Iglesia ha agregado muchos articulos de fé que antes no existian. Si esto es cierto, la Iglesia indudablemente ha sufrido algun cambio.

R. Así lo dicen los protestantes; pero jamas lo podrán probar. Los articulos que cree ahora la Iglesia como de fé los ha creido siempre de la misma manera, como puede probarse fácilmente con el testimonio incontestable de toda la antigüedad, de los Padres y doctores de la Iglesia, de los concilios, de las actas de los mártires, de las liturgias y con otros muchos documentos; por lo cual, si se quiere saber qué es lo que creia la Iglesia en su principio, basta saber lo que cree ahora. Aquellos articulos que los herejes dicen que se han agregado, no son mas que un desarrollo ó explicacion de la doctrina misma de la Iglesia ó declaraciones y definiciones que ha sido preciso dar de una manera terminante, siempre que los herejes han pretendido, como acostumbra, torcer el sentido verdadero de la sana doctrina.

P. ¿Se puede acaso decir lo mismo de los protestantes, esto es, que su doctrina es inmutable?

R. ¡Imposible! Entre las muchísimas sectas que se dicen protestantes, no hay dos que convengan en la misma doctrina. Cada una tiene su

profesion de fé por separado, muy distinta de la que tienen las demas. En cuanto á la firmeza de su creencia, todas son iguales; á cada paso cambian de doctrina y se mueven como los molinos de viento ó como las banderolas, que se van por donde las lleva el aire; solo en una cosa están uniformes, y es, en el odio que todos los protestantes profesan á los católicos. Una misma persona cambia frecuentemente de fé, y no sabe despues ni lo que cree.

P. Me parece que la tal creencia protestante es una Babilonia.

R. Teneis razon; y no es posible que los protestantes obren de otro modo, porque no tienen ninguna regla de fé. Por esto se dice comunmente que andan como jugando á la gata ciega.

## LECCION VI.

*Del Supremo magisterio de la Iglesia católica y de la obligacion que tenemos de escucharla.*

P. ¿Con qué fin instituyó Jesucristo su Iglesia?

R. Jesucristo instituyó su Iglesia, dotándola del carácter de infalible y perpetua, para enseñar

á todos los hombres y en todo tiempo, las verdades que se dignó revelar al mundo; á fin de que, instruidos por la misma Iglesia, pudiéramos alcanzar la salvacion eterna, mediante la fé y las buenas obras.

P. ¿Pero qué necesidad habia de la Iglesia para que los hombres recibieran aquella instruccion? ¿No era suficiente la lectura de la Biblia para aprender estas verdades?

R. De ninguna manera; por varias razones: la primera y principal, porque Jesucristo, que era la sabiduría eterna, no pensó de ese modo; segunda, para que los hombres practicaran la humildad sometiéndose á la Iglesia, que el mismo Jesucristo habia fundado; y tercera, porque los fieles, con solo leer la Biblia, jamas habrian podido llegar á convenir en la unidad de fé, como vemos que sucede con los herejes, los cuales al paso que pretenden instruirse por sí mismos con la sola lectura de la Biblia, han llegado á tal grado de ignorancia y confusion, que no se entienden entre sí y han venido á perder la fé y hasta la misma idea de fé.

P. ¿Pues qué no es contrario á la dignidad del hombre, que es un ser racional, el tener que recibir ciegamente de la Iglesia la instruccion en la fé?

R. Nada tiene de contrario á la dignidad del

hombre el sujetarse á Dios y el depender de Dios; antes bien, es una inmensa gloria para él obedecer á Dios y creer lo que dice Dios; y el sujetarse á la Iglesia y creer las verdades que ella enseña, es lo mismo que sujetarse á Dios y creer lo que dice Dios; porque Jesucristo dijo: *el que á vosotros oye á mí me oye: el que no creyere las cosas que vosotros anunciareis, se condenará;* y el Apóstol San Pablo alaba á los primeros fieles porque habian recibido sus palabras *como palabras de Dios, como lo eran en realidad.* De todo lo cual se infiere que el homenaje mas meritorio, que puede tributar á Dios una criatura racional, es el someter su propio entendimiento á las verdades de fé que enseña la Iglesia.

P. Poco á poco. Una cosa eran los Apóstoles y otra es la Iglesia; y á mí me parece que aqui se confunden las dos cosas.

R. Bajo el aspecto de la enseñanza en materias de fé, los Apóstoles y la Iglesia son una misma cosa; porque son el medio de que Dios se valió para dar á conocer á los hombres las verdades que quiso enseñarles. Por otra parte, ¿no es cierto que la Iglesia es infalible, como ya lo he demostrado en otra leccion? ¿No está Jesucristo siempre con ella, como tuvo la dignacion de prometersele? ¿No está con la Iglesia el espíritu de verdad, esto es, el Espíritu Santo, á fin de que ja-

mas se desvie de la verdad? ¿No dijo expresamente: *Si alguno no escuchare á la Iglesia, considéralo como gentil y publicano?* Luego lo mismo es escuchar á la Iglesia que escuchar á Dios, y lo mismo es querer escuchar á la Iglesia que querer escuchar á Dios.

P. Será todo lo que vd. dice; pero no por eso deja de ser cierto que el que escucha á la Iglesia solo escucha mediatamente á Dios, esto es, por la mediacion de la Iglesia, y hé aqui precisamente lo que hacen los católicos; por el contrario, el que lee la Biblia, escucha inmediatamente á Dios, es decir, sin interposicion de ninguna otra persona ó autoridad, y esto es cabalmente lo que hacen los protestantes. En tal virtud, podemos decir que los católicos reciben la luz refleja, como por medio de un espejo, que es la Iglesia; y los protestantes la reciben directa, y por lo mismo están como inundados por el torrente de ella. ¿Qué os parece? ¿No son por ventura de mejor condicion los protestantes que los católicos?

R. El que habla de ese modo, no sabe lo que dice; porque supone que leyendo las biblias que reparten los protestantes, es lo mismo que si leyera la palabra de Dios, tal cual su Divina Majestad la ha pronunciado, y no advierte que dichas biblias son solamente unas traducciones de la verdadera Biblia, mutiladas y falsificadas por los

herejes, y no hay quien pueda asegurar la exactitud de ellas. Esto es lo que los protestantes quieren hacer pasar por verdadera Biblia, con gravísima ofensa de Dios y con inmenso daño del pueblo. De todo lo cual se infiere, que cuando ellos leen la Biblia, no solo la leen como al traves de un prisma, que descompone la verdadera luz, sino al traves de un vidrio rojo y oscuro.

P. No habia yo fijado mi atencion en esto. ¿Y cuál es la otra razon por la cual asegura vd. que los protestantes no saben lo que dicen?

R. Esta: los protestantes suponen que todo el que lee la Biblia, la entiende y conoce perfectamente el verdadero sentido de la palabra de Dios; pero es un hecho que la mayor parte de ellos, aun de los mas sabios, no entienden la Biblia, y esto mismo puede asegurarse con mas razon, respecto de los ignorantes y del vulgo. Si los mas sabios de entre ellos entendieran la Biblia, no andarian en tanto desacuerdo por el sentido de cada texto. Las mil y mas sectas, en que se divide el protestantismo, están tan opuestas y contrarias entre sí precisamente por la mala inteligencia de la divina escritura.

P. Fuera de todo esto ¿hay alguna otra razon?

R. Hay muchas; mas para no extenderme demasiado, diré una sola. Si los que leen la Biblia recibieran en efecto la luz directa, que dicen los

protestantes, ese torrente de luz produciría en ellos una fé vivísima. Pues todo lo contrario: los protestantes en su mayor parte, vienen á parar en racionalistas, que es lo mismo que decir incrédulos, porque concluyen por negar todas las verdades sobrenaturales y con esto destruyen la misma Biblia.

P. Será como vd. quiera; pero no cabe duda en que los que reciben la doctrina directamente de la Iglesia, la reciben del hombre; y los que la aprenden en la Biblia, la reciben de Dios. ¿No es así?

R. No, no es así; porque tambien los protestantes reciben la Biblia de mano de otro hombre, supuesto que la reciben de mano de sus ministros, los cuales, sin autoridad ninguna, dicen que contiene la palabra de Dios. Fuera de esto, y como ya en otra vez lo he demostrado, la Iglesia habla y enseña en nombre de Dios que la puso en lugar suyo como maestra de todas las naciones, cuando dijo á los Apóstoles: *id y enseñad*. Por último, los protestantes, propiamente hablando, no aprenden sus doctrinas en la Biblia, sino de boca de sus ministros, los cuales á su vez las aprendieron de los jefes de la reforma; de lo cual se infiere con toda verdad que ellos son los que aprenden la palabra del hombre, y que por lo mis-

mo viven en el mayor envilecimiento, á que puede llegar una criatura racional.

P. Esto es digno de risa. ¿Pero qué podemos asegurar que los que tan pomposamente se dan el título de *cristianos de la Biblia é hijos del libre exámen*, no son mas que hijos y cristianos de Lutero, de Calvino, de Zwinglio, de los Barbetos, etc., etc?

R. Precisamente; ni mas ni menos. No hay un solo *hijo del libre exámen*, que sea protestante en virtud del estudio que por sí mismo haya hecho de la Biblia; sino que todos son como los carneros, que van uno tras de otro, sin haberse ocupado jamas del decantado exámen.

P. Nunca habia yo pensado en eso.

R. Pues bien: de aquí debemos deducir, que no se debe prestar oído á estos solemnes embusteros, que tienen la miserable ocupacion de andar esparciendo mentiras tan manifestas; y que nos debemos portar como hijos dóciles á la Iglesia nuestra madre, que es la única establecida por Dios para enseñar la verdad, y que en virtud de esa asistencia divina, no puede engañarse ni engañarnos.

## LECCION VII.

*De la constitucion de la Iglesia católica.*

P. ¿Qué se entiende por constitucion de la Iglesia católica?

R. Se llama constitucion de la Iglesia, á la organizacion ó forma de gobierno, por la cual se rige, y á los elementos de que se compone y la constituyen tal qual existe, segun la voluntad de su divino fundador Jesucristo Señor Nuestro.

P. ¿Cuál es la forma de gobierno de la Iglesia?

R. La Iglesia es una monarquía perfecta, gobernada por un jefe supremo, que es el romano pontífice, con absoluta independencia de cualquier otro poder humano.

P. Fuera de esa cabeza ó jefe supremo, es de absoluta necesidad que haya cuerpo. ¿Quiénes, pues, forman el cuerpo de la Iglesia?

R. El cuerpo de la Iglesia lo forma la jerarquía eclesiástica juntamente con los fieles, que profesan la misma fé y están sujetos á sus legítimos pastores, y con ellos al jefe supremo que es el Papa.

P. ¿Qué cosa es jerarquía eclesiástica?

R. La jerarquía eclesiástica es el *sagrado principado de la Iglesia*, que se compone de los obispos, sacerdotes y ministros subalternos; y se llama principado, porque á este cuerpo encomendó Jesucristo el gobierno de la Iglesia y de los fieles.

P. ¿Cómo viene á formar un solo cuerpo perfectamente ordenado toda la jerarquía eclesiástica con su jefe ó cabeza?

R. De la manera mas sencilla y admirable; porque todo el poder que Jesucristo ha dado á su Iglesia, procede del romano pontífice, como de una fuente. Este jefe supremo encomienda á cada uno de los pastores una parte del rebaño, esto es, señala á cada obispo un número mayor ó menor de fieles en cada país, formando así una diócesis ó Iglesia particular. Del conjunto de todas estas Iglesias, sujetas al sumo pontífice se forma la Iglesia católica ó universal en todo el mundo, y de aquí resulta la grande uniformidad de la misma Iglesia.

P. ¿Y todos los obispos son iguales entre sí?

R. En cuanto al orden que han recibido, todos son iguales, porque el episcopado es uno mismo en todos ellos; mas en cuanto á la autoridad ó jurisdiccion, hay varios grados; y por esto unos son patriarcas, otros primados, otros arzobispos y

otros simplemente obispos. Hay ademas otros prelados que gobiernan alguna parte de la Iglesia por autoridad especial del romano pontifice, como son los vicarios apostólicos y los simples prefectos apostólicos, segun lo exigen las necesidades de la Iglesia. En cada diócesis hay tambien diversas dignidades, como son los párrocos, los rectores de las Iglesias y otros á este modo, todos los cuales, segun su grado respectivo y bajo la jurisdiccion del obispo, administran los sacramentos, predicán la divina palabra y desempeñan otras varias funciones ú oficios eclesiásticos.

P. ¿Y hay muchos obispos en la Iglesia católica?

R. Hay un número muy considerable. Se calculan mas de mil quinientos en toda la tierra.

P. Segun esto, todo ese gran cuerpo de prelados, debe tener un inmenso poder y autoridad.

R. Ciertamente. Como todos los obispos forman un cuerpo compacto, cada uno de ellos tiene la fuerza de todos los demas, y todos tienen la fuerza de cada uno; y sosteniéndose los unos á los otros, constituyen de este modo la autoridad espiritual de la Iglesia, tan poderosa é irrisistible que ninguna otra puede ponerse en paralelo con ella. No hay imperio ni monarquía por mas grande que se suponga que sea comparable con la Iglesia católica, que se halla extendida por todo

el mundo. Ante ella, cualquiera otra autoridad es pequeña, pequeníssima, porque su poder es el mayor que puede concebirse sobre la tierra.

P. Si esto fuera así, la Iglesia entonces seria invencible.

R. Y así es en realidad; porque está sostenida por el brazo de Dios omnipotente; porque comunica un valor irresistible al católico sincero, en virtud del cual está pronto á derramar su sangre en medio de los mas crueles tormentos, en defensa de la fé; y porque con su paciencia y sufrimiento viene á desarmar á sus mismos perseguidores. Cien años, para la Iglesia, cuya duracion se mide por siglos, vienen á ser como un solo dia; y al paso que sus perseguidores y los agentes de ellos van desapareciendo del mundo, uno despues de otro, ella siempre subsiste; y cuando la guerra, que le han hecho concluye, se levanta triunfante, porque el triunfo es siempre suyo. Terminado el combate, cuenta sus héroes y los enumera entre sus santos, y la historia imparcial registra el nombre de sus perseguidores en el libro de la infamia. La Iglesia, finalmente, es invencible, porque cuando la persecucion se desencadena en un lugar y la Iglesia sufre y pierde terreno, triunfa y lo gana en otro, y de aquí resulta que siempre es poderosa y fuerte en todo el mundo. En nuestros mismos dias estamos pre-

senciando que mientras se le persigue en Italia; la Bulgaria, por un movimiento espontáneo, entra al seno de ella, á pesar de los herejes y de los cismáticos tan poderosos, que allí la persiguen encarnizadamente; y á pesar de las promesas y de las amenazas y de otros mil ardides, con que se quiere impedir á aquella nacion su vuelta á la unidad católica. Los armenios tambien, á millares vienen todos los años á reunirse con la Iglesia, y lo mismo hacen muchos griegos del cisma de Focio y muchos protestantes de Alemania. Estos son y han sido siempre los triunfos de la Iglesia de Jesucristo.

P. No cabe duda que la Iglesia católica ha tenido grandes pérdidas con ocasion del protestantismo, del cisma griego y de la invasion de los mahometanos. Siendo esto así ¿cómo ha podido verificarse cuanto habeis dicho sobre los triunfos de la Iglesia?

R. Sin embargo, se ha verificado con la mayor exactitud. En efecto, á pesar de la obstinada guerra, que los protestantes le han hecho por mas de trescientos años, no por eso ha disminuido el número de fieles, sino antes bien ha aumentado en mas de cuarenta millones, recobrando así con inmensa ventaja, lo que habia perdido en los dos primeros siglos de la llamada reforma. Del seno mismo de

la Iglesia anglicana salen diariamente los hombres mas ilustres por su doctrina y su honradez y entran presurosos al gremio de la Iglesia católica. Ella por otra parte se dilata y extiende de un modo prodigioso, en los países infieles. En cuanto á los griegos cismáticos y los rusos, estos crecen ó menguan, como los mahometanos, segun las influencias del estado político, sin otro sosten que la fuerza material.

P. ¿Qué pequeño aparece el protestantismo en vista de semejantes reflexiones! Decidme ahora ¿qué proporeion guardan sus pastores y ministros comparados con los de la Iglesia católica?

R. El protestantismo viene á ser la cosa mas despreciable si se compara con la Iglesia católica; y consideradas separadamente las sectas en que se divide, es hasta ridículo. Entonces los ministros de cada secta aparecen como átomos, como un grano de arena; y por eso las gentes les llaman en tono de burla *ministrillos*; tal es el aprecio que de ellos hacen; y cuando sus doctores de mayor nombradía publican, como acostumbran, sus escritos llenos de calumnias y de injurias contra la Iglesia, esta los mira como madre caritativa, tiene compasion de ellos y ruega á Dios con instancia para que se conviertan de sus extravíos y vuelvan al camino de la verdadera fé. En cuanto á las nuevas doctrinas que cada día presentan,

no hay quien les haga caso: su predicacion se considera como la charla de un mentecato ó como el chillido de las ranas á orillas de la laguna.

## LECCION VIII.

*Del papa, de los cardenales y de los obispos.*

P. ¿Qué cosa es el Papa, contra quien tanto gritan los protestantes, los incrédulos y los libertinos?

R. Hablaré primero sobre la significacion de la palabra *Papa* y despues sobre la dignidad que representa en la Iglesia. La palabra *Papa* significa *Padre*; de modo que *Papa* y *Padre* son una misma cosa; y como el Papa es por excelencia el padre de los fieles, por eso se le da con justicia ese sublime titulo. Antiguamente se llamaba *Papa* á todos los obispos, porque son padres de sus súbditos espirituales; pero despues se reservó este nombre á solo el obispo de Roma, porque es padre de todos los fieles del mundo.

P. Ya comprendo por qué los protestantes, los incrédulos y los libertinos, aborrecen tanto al Papa; porque como son hijos renegados y rebeldes, se resisten á tributarle el amor, obediencia y

respeto que se merece. Decidme ahora alguna cosa en orden á su dignidad.

R. La dignidad de Papa es la mayor á que puede llegar un hombre mortal. El Papa, ó lo que es lo mismo, el romano pontífice, es el vicario de Jesucristo en la tierra; el que gobierna la Iglesia con la suprema autoridad que Dios se dignó conferirle; y el sucesor del jefe de los apóstoles Pedro, á quien Jesucristo prometió y despues entregó las llaves del reino de los cielos, y sobre el cual fundó su Iglesia y le encomendó el cuidado de las ovejas y los corderos, esto es, de los obispos y de los fieles, de los sacerdotes y de los legos, todos segun su dignidad ó grado y sin exceptuar á ninguno de ellos.

P. ¿Y qué todo esto se puede demostrar por medio de la Biblia?

R. Sin ninguna dificultad. Citaré de nuevo las palabras que ya otra vez he tomado del Evangelio de S. Mateo: habiendo confesado S. Pedro por revelacion divina que Jesucristo era Dios, diciendo: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo*, el Salvador le contestó: *Bienaventurado eres Simon hijo de Juan; porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos; y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las*

*llaves del reino de los cielos. Todo aquello que tú atares sobre la tierra será atado en el cielo; y lo que desatares sobre la tierra será desalado en el cielo.* Este texto es demasiado claro y explicito. Consta además en el Evangelio de S. Juan, que habiendo preguntado Jesucristo á Pedro si lo amaba, y si lo amaba mas que los otros discipulos que estaban presentes, el santo apóstol respondió por tres veces que sí, y á cada respuesta el Salvador le contestó: *si me amas apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.* Con cuyas palabras, es evidente que Jesucristo encomendó á San Pedro el cuidado de toda su Iglesia, pues es bien sabido que en el Evangelio se entiende por *corderos* y por *ovejas*, á todos los fieles. De aquí se infiere que San Pedro fué constituido cabeza de toda la Iglesia, Vicario de Jesucristo en la tierra, y pastor supremo de todos los pastores.

P. Esto es cierto respecto de San Pedro. ¿Pero cómo se demuestra que la dignidad de aquel santo Apóstol pasó á todos los romanos pontífices?

R. Se demuestra con las palabras mismas de la Biblia, que acabo de citar y con los *hechos*. Se demuestra en primer lugar con las palabras de la Biblia, porque si las puertas del infierno no habian de prevalecer jamas contra la Iglesia edificada por Jesucristo sobre San Pedro; y si la vida de San

Pedro solo habia de durar pocos años, como la de cualquier otro hombre, como era natural, es claro: que la autoridad que le fué concedida debia pasar á sus sucesores; porque de lo contrario, la Iglesia hubiera concluido al dejar de existir su primer jefe designado por Nuestro Señor Jesucristo. Lo mismo se debe decir con respecto al cuidado del rebaño; porque para que este durara hasta el fin del mundo, como estaba anunciado, era necesario tambien que hasta el fin del mundo hubiera igualmente quien lo cuidara y lo apacentara; y como San Pedro no habia de vivir hasta el fin del mundo, se sigue de aquí que su autoridad como pastor supremo, debia pasar á sus sucesores. Se demuestra en segundo lugar con los *hechos*; porque habiéndose trasladado San Pedro de la ciudad de Antioquia, donde tenia el centro de su gobierno, á la de Roma, que entonces era la capital del mundo pagano, en esta última se estableció definitivamente y la hizo capital del mundo cristiano, y despues de haber gobernado en ella á la Iglesia por espacio de veinticinco años, murió allí mismo crucificado en defensa de la fé, y transmitió todo su poder y dignidad á su sucesor inmediato, de quien pasó al que vino á ocupar despues de él la silla de Roma, y así sucesivamente se ha transmitido á todos los romanos pontífices en el trascurso de mas de diez y ocho siglos hasta lle-

gar al pontífice actual, que es Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX, quien igualmente transmitirá íntegro aquel sagrado depósito á sus sucesores hasta la consumacion de los siglos.

P. ¿Y existen documentos incontestables de que los romanos pontífices han ejercido siempre su autoridad en toda la Iglesia?

R. Si existen, y tantos cuantos son los hechos de la historia eclesiástica, desde el primer Pontífice sucesor de S. Pedro hasta Pio IX. En efecto, cuando se han suscitado algunas controversias ó algunas dudas en puntos de fé ó de disciplina eclesiástica, siempre se ha recurrido á la Santa Sede romana por la resolucion definitiva; los Padres de la Iglesia, tanto de la oriental como de la occidental, constantemente han admitido y enseñado á los fieles, la supremacía del Pontífice de Roma sobre toda la Iglesia; jamas se han reunido en concilio los obispos del orbe católico, sino convocados por el sucesor de Pedro en la silla romana y presididos por él mismo ó por sus delegados; en todos los tribunales eclesiásticos, jamas se ha reconocido ningun otro como último de apelacion mas que el del obispo de Roma; los obispos de aquella silla, con el carácter de pastores de la Iglesia universal, siempre han dirigido sus cartas y sus decretos á toda la Iglesia. Estos hechos y otros muchos en que abunda la historia eclesiás-

tica, son otros tantos testimonios incontestables de que los Papas siempre han ejercido una autoridad suprema sobre la Iglesia universal, de donde parten, como del sol, todos los rayos de luz que alumbran á la tierra.

P. ¿Los protestantes tienen conocimiento de los textos de la Biblia que acabais de citar, y de los hechos de la historia que habeis expuesto?

R. Todo lo saben perfectamente siempre que de buena fé quieren instruirse en estas verdades, leyendo las divinas escrituras y la historia eclesiástica; pero como son voluntariamente ciegos de entendimiento, y no quieren obedecer mas que al impulso de sus pasiones, todo lo ignoran y viven siempre sumergidos en la estupidez mas culpable.

P. ¿Y por qué no solamente no creen en el Papa, sino antes por el contrario lo aborrecen de muerte?

R. Porque son herejes y protestantes. Los Papas siempre los han condenado y excomulgado por sus falsas doctrinas y su pertinacia en defenderlas, de la misma manera que siempre se han condenado en la Iglesia todas las herejias. Esta es la causa de su odio entrañable contra los Papas y contra la Santa Sede romana. Los protestantes son como las lechuzas, que no pueden ver el sol sin que les lastime los ojos, y por eso huyen de él y solo salen de noche.

P. Ya comprendo por qué los protestantes le llaman al Papa el anticristo, el hombre de pecado y con otros mil insultos, y por qué razon creen ofendernos á nosotros llamándonos pontificios, romanistas, papistas, etc., etc. No es extraño por lo mismo que no amen y que aborrezcan de muerte á quien los tiene por herejes y por rebeldes.

R. Teneis razon. Los protestantes dicen que el Papa es el anticristo porque condena sus doctrinas, á la manera que los escribas y fariseos, aquella raza de víboras, como los llamaba el Salvador, decian que su Majestad era endemoniado, hijo de Belzebú, impostor, etc., porque condenaba las suyas. Cuando los protestantes nos llaman romanistas ó papistas, nosotros nos gloriamos de ello y recibimos ese insulto como un título honorífico, porque con eso se da á entender que somos católicos y adictos á la Santa Sede, y porque este es uno de los estímulos que tenemos para portarnos siempre como verdaderos cristianos. Por otra parte, mas vale llamarse papista que protestante, luterano, calvinista, zwingliano, metodista, anglicano, etc.; porque todos estos son títulos de infamia, y papista es título de honor y de gloria.

P. Se observa por lo comun que los protestantes se avergüenzan de llamarse de ese modo, y que ordinariamente se dan á conocer con el título de *evangélicos*, *reformados* y otros. ¿Por qué será esto?

R. So dicen *evangélicos* ó *reformados*, por antífrasis ó contrasentido, como es muy corriente entre ellos; porque en realidad no son mas que destructores del Evangelio y deturpadores de la Iglesia. Así como Scipion se llamó el *africano* por haber destruido el Africa, de la misma manera los protestantes se llaman *evangélicos* porque destruyen el Evangelio. Además, semejante conducta nada tiene de nuevo: tambien en los primeros siglos de la Iglesia hubo herejes, que se decian *apostólicos* y *angelicales*, y no eran mas que *apóstatas* y *diabólicos*.

P. Bueno va el negocio. Pero volvamos al Papa. Es muy comun entre esta gente la pregunta de si S. Pedro andaba en coche, si era rey. ¿Qué se les puede contestar?

R. Antes de responder debiera preguntárseles si en tiempo de S. Pedro les reyes y los principes eran papas ó papisas, como lo son ahora muchos reyes y principes protestantes. Mas contestando directamente á la pregunta, se les debe decir que los Papas nunca han andado en busca de principados temporales; si han sido principes, esto ha sido por obra de las circunstancias. Los pueblos de Italia inmediatos á Roma y los romanos mismos, en el siglo sexto ó sétimo, mirándose abandonados por la debilidad de los emperadores bizantinos, y perseguidos porque profesaban la

fé católica y expuestos con tal motivo á las invasiones de los bárbaros, se pusieron voluntariamente bajo la protección y amparo de los sumos pontífices. A esto hay que agregar un designio especial de la Divina Providencia; porque mientras el imperio romano se disolvía y cada conquistador tomaba su parte, convenia que el Pontífice de Roma fuese independiente; pues de lo contrario, si hubiera quedado sujeto á algun príncipe temporal, no hubiera tenido la libertad necesaria para gobernar la Iglesia, que se hallaba extendida por todos los imperios, reinos y principados; y con sus actos ó disposiciones que dictara para el gobierno de los fieles, hubiera excitado el zelo de los otros príncipes, especialmente si de algun modo les eran contrarios aquellos actos, porque hubieran creído que eran efecto de la influencia de aquel soberano á quien el Papa estuviera sujeto en lo temporal. Por este motivo muchos emperadores y príncipes cristianos fueron cediendo á los Papas, en obsequio de la independencia, cuya necesidad conocian, alguna parte del territorio que iban recorriendo de mano de los bárbaros, contribuyendo de esta manera á formarle unos Estados, que le proporcionarán, aun en el órden político, la veneracion y respeto que corresponden al padre comun de los fieles. Hé aquí en compendio la historia de la soberanía temporal de que se encuen-

tran investidos los Papas, y esto basta para que los protestantes encuentren la respuesta de por qué andan en coche. Por lo demas, cuando los enemigos de la Iglesia declaman contra la soberanía temporal de los romanos pontífices, no tienen mas móvil que la envidia, pues á la verdad, no les vendría mal el apoderarse de su territorio, como han comenzado á hacerlo, no ya los herejes y protestantes, sino otros que se dicen hijos del Papá y adictos á la Santa Sede. Saben muy bien que en esto arrebatan á nuestro comun padre los elementos temporales de vida; pero no es extraño que así obren, porque todos sabemos de cuanto es capaz el hambre, la cual atropella con todos los derechos y las leyes mas sagradas, y hasta con el pudor y la honradez.

P. No puede negarse que en la edad media los Papas abusaron de su poder, cuando relevaban á los súbditos del juramento de fidelidad á sus soberanos, y por este medio derribaron de sus tronos á muchos príncipes y emperadores. ¿No es así?

R. No, no es así; de ninguna manera. Cualquiera que lo afirme, calumnia atrocemente á la Santa Sede y á los romanos pontífices. Los Papas jamas han dado el mas ligero disgusto á los buenos príncipes; antes por el contrario siempre los han protegido y los han defendido. Cuando los prin-

cipes abusaban de su poder en daño de sus súbditos ó de la fé y la moral, estos ocurrían á los Papas solicitando su amparo en aquellos siglos, que con razon eran llamados siglos de hierro, para que los defendieran contra los reyes bárbaros de aquel tiempo, que se creían autorizados por el mismo hecho de serlo para cometer toda clase de arbitrariedades é injusticias. Entonces los romanos pontífices eran considerados como el génio tutelar de la sociedad; y por esto, en toda clase de desórdenes y de disturbios, se ocurría á ellos para encontrar el remedio. No faltan graves escritores entre los mismos protestantes, que no han vacilado en llamar á los romanos pontífices guías de la civilizacion europea. La excomunion y la decadencia del poder, que entonces era el resultado inmediato, se consideraban como justo castigo de la persecucion á la fé católica, que aquellos príncipes habian jurado proteger y conservar. Esta conducta nada tiene de reprehensible, como lo confiesan los protestantes, y aun ellos mismos, viviendo como viven en el error, la practican no pocas veces, pretendiendo probar con esto que siguen la verdad; y por eso vemos que cuando alguno de sus príncipes se convierte al catolicismo, inmediatamente lo declaran separado del trono. Si hoy viéramos que el rey de Suecia ó el de Dinamarca, Prusia, Inglaterra ú Holanda, se hacian

católicos, al dia siguiente ya estarían depuestos del trono por los protestantes sus súbditos.

P. Nada queda que responder. Sin embargo, frecuentemente oimos decir que ha habido muchos pontífices de malas costumbres. ¿Esto será verdad?

R. En toda clase de personas siempre ha habido algunos que faltan á su deber; mas no por eso hay que dar crédito á todo lo que se dice. Los enemigos del pontificado aseguran que entre los Papas ha habido *muchos* malvados, y esto no es cierto, porque á lo sumo se llegan á contar, aun por los mismos adversarios, diez ó doce Papas indignos de llevar este nombre. ¿Y qué vienen á ser estos diez ó doce en el largo catálogo de cerca de *doseientos sesenta pontífices*, que ha habido en el trascurso de mas de diez y ocho siglos? Debe advertirse tambien que entre los Papas hay mas de *ochenta*, que la Iglesia venera en el número de sus mártires y de sus santos. Además, aquellos pocos pontífices, cuya conducta censuran nuestros adversarios, subieron al trono de San Pedro por las intrigas de partido y por las influencias de algunos soberanos temporales, que no dejaban obrar á la Iglesia con entera libertad. Cítese, por otra parte, una sola dinastía de emperadores, de reyes ó de príncipes, no ya de diez y ocho siglos, sino solamente de tres ó cuatro, que

no cuente en su número mas soberanos, que hayan deshonrado el puesto que ocuparon, que los que pudieran contarse entre los Papas en mas de diez y ocho siglos. Ninguna dinastía puede presentar tantos personajes doctos, virtuosos, benéficos y magnánimos como presenta la sede pontificia. Solamente el odio irreconciliable que profesan á la Iglesia sus enemigos, puede suscitar semejante dificultad, la cual por otra parte redundan en bien de la religion, pues es un hecho innegable que de todos esos pontífices, contra quienes levantan el grito nuestros adversarios, no hubo uno solo que errara jamas en lo mas mínimo en puntos de fé.

P. Con lo dicho hasta aquí habeis echado por tierra muchas preocupaciones ó errados juicios que en la época presente andan muy en boga; y esto basta para que todo el que tenga sentido comun, tribute el honor y reverencia que corresponde al Jefe angusto de nuestra santa religion, ó sea, al Vicario de Jesucristo sobre la tierra. ¿Qué decis ahora de los cardenales?

R. Los cardenales tuvieron su origen en el antiguo clero romano, á quien estaba encomendado bajo diversos títulos el cuidado de las Iglesias de Roma. Con el tiempo, como era natural, tuvieron mayor esplendor y representacion á medida que iba creciendo el esplendor y magnificencia

de la Iglesia de Roma. Desde entonces han ejercido, como ejercen ahora, el cargo de consejeros del sumo Pontífice y son como los procuradores de la Iglesia universal. De su seno han salido y salen por lo comun, los sucesores de Pedro en la silla romana, y ellos los han elegido siempre y los eligen ahora. Los cardenales, por último, en virtud de su larga experiencia en los negocios eclesiásticos, asisten al Papa y tratan en union suya los asuntos mas difíciles y delicados de la Iglesia.

P. ¿Cómo se combina el lujo de los cardenales con la pobreza y humildad de Jesucristo?

R. En primer lugar, el lujo de los cardenales no es tanto como se dice. En segundo lugar, ¿qué viene á ser este lujo, tan pequeño en sí, por mas que quiera sostenerse lo contrario, qué viene á ser si se compara con lo que naturalmente exige su alta dignidad? Los cardenales son las personas mas inmediatas al trono pontificio, son los príncipes de la Iglesia y los primeros ministros del jefe supremo de ella. Siendo esto así ¿no deberán tener el aparato exterior que corresponde á su persona? Por otra parte, su servidumbre es bastante reducida, y las rentas que disfrutan, proceden en gran parte de la familia á que pertenecen y en parte de los diferentes cargos que desempeñan. Cualquier obispo anglicano, por corta que sea su renta, tiene el triple, el cuádruplo y

muchos de ellos diez veces mas de lo que tiene un cardenal. Se habla mucho del plato cardenalicio, pero muy pocos saben que este plato no es bastante para mantenerlos. Ningun ministro anglicano cambiaria el suyo por el de un cardenal. Por lo que toca á la pobreza y humildad de Jesucristo, que los protestantes recuerdan solo para los otros, es preciso hacer distincion entre la dignidad y la persona que está investida de ella. La dignidad es grande; mas la persona que la tiene, puede ser la mas pobre de espíritu y la mas humilde. Prueba de esto son tantos cardenales santos que han existido, como San Carlos Borromeo, el beato Barbarigo, el beato Tomasio, el venerable Belarmino y otros muchos. La púrpura es en ellos el simbolo de la sangre, que juraron derramar en defensa de la fé y de la Iglesia, siempre que las circunstancias así lo exijan. Debe saberse ademas, que la vida de los cardenales es acaso la mas ligada y llena de dificultades, porque ellos están siempre ocupados en asuntos graves, espinosos y desagradables, y en resolver las consultas, que de todo el orbe católico vienen á la Santa Sede.

P. Confieso que todo esto es nuevo para mí. Decidme ahora alguna cosa sobre los obispos.

R. Todo el mundo sabe que los obispos son sucesores de los apóstoles, son superiores á los

simples sacerdotes y están puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios. El episcopado, unido al sumo Pontífice, constituye la Iglesia docente, ya sea que se encuentre disperso por todo el órbe, ya congregado en concilio.

P. Es ciertamente muy digna de veneracion la autoridad de los obispos de la Iglesia católica. Mas deseo saber por qué razon los herejes y los libertinos aborrecen tanto á los obispos.

R. Por la misma razon porque aborrecen al Papa y á los cardenales, á saber: porque condenan sus errores; por esto les hacen una guerra obstinada y los calumnian; y siempre que pueden, los mandan al destierro y los despojan de sus bienes cuando se resisten á traicionar su propia conciencia condescendiendo con sus injustas pretensiones. Este es tambien el motivo de la conducta de algunos gobiernos cuando persiguen á los obispos, sin ningun respeto á su alta dignidad. Los protestantes y los anglicanos querrian de buena gana tener ellos el báculo pastoral, para tratar á la vaqueta á los obispos católicos, como tratan á los ministros de su culto. Como los obispos católicos no aceptan ni pueden aceptar tan vergonzosa esclavitud, por esto los persiguen los impíos y los hacen mártires de su deber. Mas los obispos católicos no temen el martirio.

P. Esta firmeza hace todavia mas venerables

á los obispos é infunde en su ánimo el desprecio que es debido á los ministrillos de las sectas protestantes, viles esclavos del poder y verdaderos perros mudos; porque no se atreven á abrir sus labios delante del soberano, por mas injustas que sean sus exigencias, sino que inclinan la cabeza á la mas ligera indicacion ó al gesto mas insignificante de su amo. (\*)

(\*) Todas estas verdades las estamos mirando de manifiesto en nuestros llamados protestantes de México. Se dicen adictos al gobierno y constantemente lo están azuzando contra los obispos, el clero y todos los buenos católicos. Son los primeros en aplaudir al soberano cuando decreta la expatriacion de alguna persona eclesiástica, cuando derriba los templos, cuando se apodera de los bienes de la Iglesia, y finalmente, cuando decreta y pone en ejecucion las leyes opresoras de la Iglesia y de la sociedad. Insolentados, por otra parte, con la proteccion que les dispensan las mismas leyes, se creen con derecho para quejarse á las autoridades de cuanto inventan que les hacen los católicos, pretendiendo que se les castigue á su antojo; pero muy á menudo encuentran autoridades como la de Puebla, de Chalco y otras, que enfrenando su audacia, los ponen en sosiego llamándoles la atención, sobre que si tienen algunos derechos para que se les deje estar quietos en lo que llaman su religion, tambien lo tienen los católicos para observar las prácticas de la suya, y que, sobre todo, si quieren seguir en su oficio, tienen que hacer el papel de mártires y no de perseguidores. N. del T.

R. Tiene vd. razon para venerar á los obispos de la Iglesia católica. Ella es la única que puede presentar al mundo semejantes héroes.

#### LECCION IX.

##### *De los sacerdotes y religiosos.*

P. Quisiera que dijeseis alguna cosa sobre los sacerdotes y los religiosos. ¿Qué debemos, pues, pensar acerca de ellos?

R. En concepto de los libertinos y los protestantes, los sacerdotes y los religiosos son la gente mas vil y despreciable que hay en el mundo. Por esto repiten hasta el fastidio, de palabra y por escrito: *el partido clerical, la faccion clerical, el gobierno clerical, el partido de los frailes, la faccion frailesea, etc., etc.*, y aquellas otras palabrotas tan conocidas: *la impostura de los padres, la invencion de los frailes, la hipocresia de los frailes*, y otros muchos insultos con que pudiera formarse un diccionario. Mas los que así piensan y hablan del clero católico, son unos verdaderos renegados ó próximos á renegar, y una materia bien dispuesta para el protestantismo. Conforme á lo que enseña la fé, los ministros católicos, son los sacerdotes del Dios vivo; son, despues de los

á los obispos é infunde en su ánimo el desprecio que es debido á los ministrillos de las sectas protestantes, viles esclavos del poder y verdaderos perros mudos; porque no se atreven á abrir sus labios delante del soberano, por mas injustas que sean sus exigencias, sino que inclinan la cabeza á la mas ligera indicacion ó al gesto mas insignificante de su amo. (\*)

(\*) Todas estas verdades las estamos mirando de manifiesto en nuestros llamados protestantes de México. Se dicen adictos al gobierno y constantemente lo están azuzando contra los obispos, el clero y todos los buenos católicos. Son los primeros en aplaudir al soberano cuando decreta la expatriacion de alguna persona eclesiástica, cuando derriba los templos, cuando se apodera de los bienes de la Iglesia, y finalmente, cuando decreta y pone en ejecucion las leyes opresoras de la Iglesia y de la sociedad. Insolentados, por otra parte, con la proteccion que les dispensan las mismas leyes, se creen con derecho para quejarse á las autoridades de cuanto inventan que les hacen los católicos, pretendiendo que se les castigue á su antojo; pero muy á menudo encuentran autoridades como la de Puebla, de Chalco y otras, que enfrenando su audacia, los ponen en sosiego llamándoles la atención, sobre que si tienen algunos derechos para que se les deje estar quietos en lo que llaman su religion, tambien lo tienen los católicos para observar las prácticas de la suya, y que, sobre todo, si quieren seguir en su oficio, tienen que hacer el papel de mártires y no de perseguidores. N. del T.

R. Tiene vd. razon para venerar á los obispos de la Iglesia católica. Ella es la única que puede presentar al mundo semejantes héroes.

#### LECCION IX.

##### *De los sacerdotes y religiosos.*

P. Quisiera que dijeseis alguna cosa sobre los sacerdotes y los religiosos. ¿Qué debemos, pues, pensar acerca de ellos?

R. En concepto de los libertinos y los protestantes, los sacerdotes y los religiosos son la gente mas vil y despreciable que hay en el mundo. Por esto repiten hasta el fastidio, de palabra y por escrito: *el partido clerical, la faccion clerical, el gobierno clerical, el partido de los frailes, la faccion frailesea, etc., etc.*, y aquellas otras palabrotas tan conocidas: *la impostura de los padres, la invencion de los frailes, la hipocresia de los frailes*, y otros muchos insultos con que pudiera formarse un diccionario. Mas los que así piensan y hablan del clero católico, son unos verdaderos renegados ó próximos á renegar, y una materia bien dispuesta para el protestantismo. Conforme á lo que enseña la fé, los ministros católicos, son los sacerdotes del Dios vivo; son, despues de los

obispos, el cuerpo mas respetable de la Iglesia y están investidos del mayor poder que hay sobre la tierra, como es el de ofrecer el sacrificio del cuerpo y sangre del Redentor, de absolver á los pecadores de sus culpas, de administrar los sacramentos, de anunciar la palabra de Dios, y finalmente, de conducir á los hombres á su salvacion eterna.

P. Si esto es así, ¿cómo se explica el odio y el desprecio tan grande que los protestantes y los libertinos tienen á los ministros de la religion?

R. Precisamente porque son sacerdotes y ministros de la religion, por esto son aborrecidos y odiados por los que odian y aborrecen la misma religion. El amor á los sacerdotes de Dios crece á medida del amor y respeto que se tiene á la religion; y por el contrario, el odio y el desprecio á los sacerdotes crece á medida del odio y el desprecio que se tiene á la religion. Así como estos libertinos y protestantes aborrecen de muerte la religion cristiana, así aborrecen de muerte á los sacerdotes y á los religiosos, porque son ministros de ella. Los lobos detestan al pastor de la grey porque les impide destrozarla, y de la misma manera los libertinos, los cuales querrian pervertir á los fieles y arrancar de su corazon la piedad y la fé, se llenan de furor y rechinan los dientes contra los sacerdotes porque les impiden destrozar la religion.

P. Sin embargo de esto oímos decir todos los dias que el clero es avaro, codicioso y altanero, que solo procura pasarse buena vida y que todo lo vuelve negocio de comercio. ¿Qué os parece?

R. Los que esto dicen mienten, y solo procuran apartar á los fieles de sus sacerdotes y apartarlos igualmente de la piedad y de la religion. El verdadero pueblo cristiano, no solamente no aborrece á los sacerdotes, sino antes bien los ama y los venera. Tenemos una prueba patente de esto en la inmensa muchedumbre de pueblo que ocurre presurosa á oír su predicacion, á confesarse con ellos y á recibir de sus manos el pan de la vida; que los hace depositarios de sus angustias, de sus padecimientos y de sus dolores; que recibe de ellos oportunos y secretos socorros en sus necesidades; que los constituye sus mediadores ante el rico y el poderoso, para alcanzar de su generosidad un socorro con que remediar sus miserias; y que los llama en sus últimos momentos al lecho del dolor, para que derrame sobre ellos los consuelos de la religion y recoja su última lágrima al partir de este mundo á las mansiones de la eternidad.

P. ¿Quiénes son entonces los que acusan, ó mas bien dicho, los que calumnian de este modo al clero católico?

R. Es fácil adivinarlo. Los que así se con-

ducen pertenecen á la canalla vil de la gente perdida y viciosa, que despues de haber gastado lo que tenian en sus disoluciones y en sus vicios, quieren apoderarse del modesto sustento destinado á los sacerdotes. De buena gana querrian que se alimentaran de aire. Los pocos emolumentos, conocidos vulgarmente con el nombre de derechos de estola, los califica esta gente de *ganancias comerciales*. Mas, supuesto que dicen que estudian la Biblia, ¿cómo no han encontrado en ella que *el que trabaja es digno de su recompensa*, ó como dice el Apóstol: *el que sirve al altar del altar debe vivir*, y otros testimonios semejantes? Los ministros del protestantismo se hacen pagar á precio muy caro la asistencia á los matrimonios, á los funerales y á los bautismos, y con tal rigor que si no se les paga luego, dejan de administrar hasta el bautismo. Mas con todo y que son tan bien pagados y sin trabajar nada, ninguno chista palabra y ninguno habla de *ganancias comerciales*. Tal es la injusticia del mundo. Si nuestro clero se hiciera pagar los diezmos con el rigor que lo hacen los ministros anglicanos se escandalizaria aquella canalla y pondria el grito en el cielo; mas como se trata de sus propios ministros, todo el mundo calla. ¿Quién podrá fiarse de ellos?

P. Estos libertinos simpatizadores del protes-

tantismo, dicen que hablan así de los malos sacerdotes, pero no de los buenos.

R. Es necesario saber primero cuales son los sacerdotes que llaman buenos y cuales los que llaman malos, porque el lenguaje de esta gente forma un idioma aparte. Los sacerdotes que procuran con toda diligencia su propia santificacion y la del prójimo por medio de la predicacion, de la oracion, de la confesion sacramental y con el exacto cumplimiento de sus deberes, estos son precisamente á quienes los protestantes y libertinos llaman malos sacerdotes y les hacen la guerra mas tenaz, y los calumnian y persiguen de cuantos modos están á su alcance. Por el contrario ensalzan hasta las nubes y llaman buenos sacerdotes á aquellos infelices que tienen la desgracia de adherirse á sus perversas máximas, que viven desordenadamente, que no se dedican á las obras de piedad y de religion, y que son desobedientes con sus Obispos. A estos sí los aplauden, los defienden y les dan auxilio contra sus propios prelados, y les señalan pingües rentas en premio de su rebelion y apostasía cuando los ven excomulgados ó suspensos por sus obispos como refractarios. Cada oveja con su pareja. De modo que, es una regla general, que en puntos de religion y de Iglesia, debemos tener por cierto todo lo contrario de lo que dicen los protestantes y los libertinos.

P. Ya comprendo el misterio y por qué razón tantos buenos Párrocos que trabajan día y noche con tanto celo y que se quitan el pan de la boca para darlo á los pobres, son tachados de imprudentes é impopulares, y viven amargados y llenos de vejaciones y se ven á menudo arrancados del seno de sus feligreses; cuando por el contrario, aquellos otros que, semejantes á unas débiles cañas, se dejan llevar de todo viento de doctrina, sin espíritu eclesiástico y sin vigor para resistir á los enemigos de la fé, y que van, como dicen los impíos, con los adelantos del siglo, son aplaudidos por la gente libertina y condecorados con el título de personas moderadas y que saben acomodarse á las necesidades de la época. ¡Qué gente tan falta de pudor y de vergüenza! Pero tratemos ya de los religiosos. ¿Qué debemos pensar acerca de ellos?

R. Llámense religiosos aquellas personas eclesiásticas, que además de los deberes comunes á todo cristiano, hacen sus votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, siguiendo en esto los consejos del Evangelio, y se consagran al servicio de Dios en alguna comunidad religiosa aprobada por la Santa Iglesia. Esta clase de personas, por su resolución tan generosa, que los coloca en un punto eminente sobre todos los demás fieles, vienen á ser el ornamento mas precioso de la misma Iglesia.

P. Muy bien. Pero entonces ¿cómo dicen los impíos que los religiosos son, no solamente infieles á la sociedad, sino tambien nocivos para ella y que le sirven como de un peso insoportable?

R. Los religiosos, viviendo segun el espíritu de su vocacion, esto es, separados del mundo, amantes de la soledad, dedicados al estudio y á la oracion, mortificados y modestos, sirven para la edificacion comun y buen ejemplo de los fieles y atraen sobre los pueblos las bendiciones de Dios; y cuando pertenecen á algun instituto de vida activa, son un poderoso auxilio para los obispos en el gobierno de sus diócesis y en el sagrado ministerio, y prestan importantes servicios al clero secular, que muchas veces, por su escaso número no puede atender á todo. Los religiosos son tambien muy útiles á la sociedad de mil maneras.

P. ¿Pero cómo puede ser eso si viven separados de la sociedad?

R. Los religiosos están separados de la sociedad por cuanto á que su modo de vivir y sus costumbres, son enteramente distintas del género de vida y de las costumbres del siglo. Mas por lo tocante á su ministerio, todo él tiene por objeto el bien de la sociedad. Son muy útiles á esta, no solo por los oficios apostólicos que en ella ejercen, como son la predicacion, las misiones, los ejercicios espirituales, la administracion de los sa-

cramentos y otros semejantes; sino tambien por su dedicacion al estudio y al cultivo de las ciencias, por sus escritos y por la educacion que dan á la juventud en sus escuelas y colegios. Ademas, son útiles á la sociedad por los institutos de beneficencia y de caridad cristiana, que fundan ó que dirigen en provecho de ella, como son los hospitales, los orfanatorios y otros muchos á este modo. Todo esto lo practican tambien en gran parte las comunidades religiosas de mujeres; de modo que no hay un solo ramo de beneficencia y de caridad á que no se dedique alguna comunidad religiosa, ya de hombres, ya de mujeres; y en esta importante ocupacion corren riesgo, no pocas veces, su salud y su vida en bien del público, y con frecuencia tambien sacrifican la propia vida en obsequio de la sociedad que tanto las calumnia.

P. Es incuestionable la grande utilidad de las comunidades religiosas. Mas yo pregunto ¿qué los protestantes y sus adictos no ven ó no saben nada de esto?

R. ¿Cómo no lo han de saber si lo tienen todo el dia delante de sus ojos? Tan es cierto que lo saben, que pretendiendo acreditarse de caritativos y piadosos, han tenido la ocurrencia de querer fundar institutos religiosos como los nuestros, y de imitar, como la mona, las obras de nuestros religiosos; pero todos sus proyectos han fracasado,

como era de esperarse, porque no cuentan con los auxilios que abundan en la Iglesia católica, y sobre todo, no tienen ni fé, ni caridad. De todo esto se infiere que los verdaderos enemigos del bien público son los libertinos, que de buena gana quisieran apoderarse de la administracion de los institutos de caridad para dilapidar sus bienes; y que si aborrecen á los religiosos y los persiguen, es por la miserable ocupacion en que viven de aborrecer y perseguir á toda institucion santa.

P. No es posible negar que entre los sacerdotes y los religiosos, no faltan algunos que lejos de servir en algo á la sociedad, antes por el contrario son muy nocivos y perjudiciales á ella.

R. No cabe duda: Pero es preciso observar que estos malos sacerdotes y religiosos, son precisamente los que los protestantes admiran y ensalzan. Estos desgraciados escandalosos, son los primeros que se pasan á sus filas, y ellos los aplauden y los ponen por las nubes y los hacen ministros en sus sectas; y es la cosa mas graciosa y mas ridícula, el observar que los pobres protestantes se ven obligados á recibir en su seno á gente de semejante calaña.

## LECCION X.

*De los abusos de que se acusa á la Iglesia católica.*

P. Los protestantes dicen que han tenido poderosos motivos para separarse de la Iglesia romana, y los hacen consistir en los grandes abusos que dicen que en ella se cometen. ¿Será esto verdad?

R. En primer lugar respondo que aun cuando haya habido y haya ahora en la Iglesia los abusos de que la acusan sus enemigos, y muchos más, nunca podrá justificarse su apostasia, ni su rebelion contra la Iglesia de Jesucristo. La rebelion siempre es rebelion, siempre es un enorme delito, y principalmente cuando es contra Jesucristo y su Evangelio. Respondo en segundo lugar que una cosa es decir: abusos que hay en la Iglesia, y otra: abusos de la Iglesia. La Iglesia siempre ha condenado los abusos, y en cuanto ha estado de su parte, siempre ha procurado y procura desarraigarlos. Respondo en tereer lugar, que la mayor parte de lo que los protestantes llaman abusos, son en realidad verdades de fê que ellos niegan, ó prácticas santísimas que existen en la Iglesia desde la mas remota antigüedad.

P. Habrá mucha exageracion en lo que dicen los protestantes; pero siempre queda algo de verdad. ¿Pues qué no es un enorme abuso, por ejemplo, el vender las indulgencias? ¿No es esto profanar la sangre de nuestro Señor Jesucristo? He aquí el comercio vergonzoso que se hacia en nombre del Papa antes de la reforma. ¿No es así?

R. El comercio con las indulgencias es indudablemente un enorme abuso y una verdadera profanacion de la sangre del Redentor. Pero yo niego abiertamente, que alguna vez se haya hecho tal comercio sacrilego y vergonzoso, con aprobacion y consentimiento de la Iglesia y del Papa, y desafio á cuantos protestantes hay en el mundo á que prueben lo contrario. Mas limitándome por ahora á la época desgraciada de la reforma, diré: que el Papa invitaba á todos los cristianos á que cooperasen con sus limosnas á los inmensos gastos, que demandaba la obra de la reedificacion de la Iglesia de S. Pedro en Roma. Para estimular y excitar á los fieles, no estando en su arbitrio hacer otra cosa, les concedió algunas indulgencias, como se conceden tambien ahora, para moverlos á dar, por ejemplo, alguna pequeña limosna por semana para la obra de la propagacion de la fê, para socorro de los niños expósitos en China y para otras cosas á este modo. ¿Y quién dirá que en esto hay un tráfico ó un comercio de in-

dulgencias? El mal consistió entonces en algunos, á quienes se dió el encargo de publicar las indulgencias en diferentes lugares de la cristiandad, y de recoger las limosnas que los fieles ofrecieran. Abusaron de su encargo y dieron escándalo, y de aquí resultó que el santo Concilio de Trento, mandó suprimir tales colectores.

P. Sea en hora buena. ¿Pero qué no era un abuso, y grande abuso, la indulgencia misma que se concedía? ¿Cómo conceder la remision de la culpa y de la pena; conceder el perdon de los pecados cometidos, y de los que en adelante se cometieren por haber dado, verbigracia, un peso de limosna, ó por haber emprendido alguna peregrinacion, ó visitado alguna Iglesia! ¿Quién podrá negar que todo esto es un grande abuso? La indulgencia en los tiempos antiguos, no era otra cosa mas que la remision de las penas canónicas impuestas por la Iglesia, pero nunca jamas la remision de los pecados delante de Dios.

R. Bien claro se ve que en punto á indulgencias, vd. no sabe otra cosa sino lo que ha oido decir á los mentirosos de profesion, ó á los ignorantes en estas materias. Es una gran necedad decir que la indulgencia consiste en la remision de la culpa y de la pena. Los Sumos Pontífices jamas han soñado conceder tales indulgencias. Unicamente se han limitado á conceder la remision,

ya plena, ya parcial de la pena temporal, que aun queda que sufrir despues de haber alcanzado el perdon de la culpa y de la pena eterna. Esta remision ó perdon de la culpa y de la pena eterna, no se obtiene por medio de las indulgencias, sino solo por medio del sacramento de la confesion ó penitencia. Nótese ademas, que para alcanzar el perdon, que se obtiene por medio de las indulgencias, es necesario estar bien dispuesto interiormente, hallarse en estado de gracia y cumplir con todas las condiciones ó prácticas piadosas, que se mandan al conceder la indulgencia, las cuales vienen á compensar la pena temporal que aun quedaba por satisfacerse despues de perdonada la culpa y la pena eterna. De aquí se infiere con toda claridad, que el decir que por medio de las indulgencias se perdonan los pecados *pasados* y los *futuros*, es una grosera calumnia inventada por los herejes contra la Iglesia. No se conceden indulgencias para los pecados, sino solamente para las penas temporales. El decir tambien que las indulgencias, no son mas que remisiones de las penas canónicas impuestas por la Iglesia á los penitentes, es un desatino de primer orden desmentido muchas veces con el testimonio de los escritores antiguos. Estos enseñan que por la indulgencia quedan los fieles libres de las penas merecidas por sus pecados delante de Dios, ó como ellos dicen,

en el cielo. Las obras de Tertuliano y de S. Cipriano existen, gracias á Dios, y todo el que quiera, puede leer en ellas cuanto escribieron sobre esta materia.

P. Con lo que habeis dicho hasta aquí, he rectificado algunas ideas erróneas que tenia sobre este punto de indulgencias; mas siempre me parece cierto aquello que dicen los protestantes: de que la misma facilidad que hay para ganar las indulgencias, debilita el espíritu de penitencia y disminuye el empeño para la práctica de las buenas obras y para el ejercicio de la virtud. El que sabe, por ejemplo, que acercándose á besar la cruz del antiguo Coliseo de Roma, gana doscientos días de indulgencia, ó que visitando tal Iglesia y rezando en ella ciertas oraciones, gana indulgencia plenaria, poco caso hará de hacer penitencia. Se entregará libremente al pecado, y despues, con ganar alguna indulgencia, queda todo concluido, y ya con esto le queda abierta la puerta para todo género de excesos. Esto es indudable.

R. En primer lugar conviene advertir, que todo lo que vd. ha dicho, es un grande absurdo en boca de los protestantes. ¿Cómo se atreven estos á hablar de penitencia, siendo así que la aborrecen mas que un perro á una culebra venenosa? ¿Cómo se atreven á hablar de ayuno, cuando lo único que saben de esta clase de peniten-

cia es el nombre? ¿Cómo se atreven á hablar de buenas obras, cuando todos los dias nos están diciendo que ellas no son necesarias para alcanzar la salvacion eterna? Es verdaderamente ridiculo en boca de protestantes el decir que las indulgencias dan facilidad para pecar, cuando ellos abren la puerta á todo género de pecados y de crímenes, asegurando que la fã es bastante para alcanzar el perdon de la culpa por mas enorme que sea. Dicen tambien que Dios es autor del pecado: que al hombre le es imposible la observancia de los mandamientos, y que no tiene libre albedrio, sino que es como una hermosa máquina ó como una estatua de sal, y que peca por necesidad. ¿Qué os parece? Verdaderamente causa risa oírlos decir que los católicos con sus indulgencias se abren un camino amplísimo para el pecado. Para conocer mejor el error en que están, digo: que si ellos supieran las condiciones y disposiciones que son necesarias para ganar una indulgencia, especialmente si es plenaria, no se atreverian á decir lo que dicen. Para ganar una indulgencia es necesario hallarse en estado de gracia, tener verdadero arrepentimiento de las culpas cometidas y propósito firmísimo de no volverlas á cometer; ademas se requiere, por lo comun, haberse confesado y recibido la sagrada comunión, rezar ciertas oraciones y dar ciertas limosnas. Si

los protestantes hicieran todo esto y despues fueran á besar la cruz del Coliseo de Roma, tambien ellos ganarian la indulgencia.

P. ¿Y qué puede contestarse en vista del abuso enormisimo que se hace con tanto dinero como va á Roma? En Roma todo se paga. Se paga por las dispensas matrimoniales, se paga por los beneficios eclesiásticos, se paga por la dispensa de edad, se paga por los oratorios privados, se paga... ¿Y qué cosa no se paga en Roma?

R. En Roma se paga mucho menos de lo que justamente se hacen pagar los abogados y cualesquiera otros empleados del mundo, por los oficios que desempeñan en favor de quien los ocupa. Pero decidme ¿Roma no sirve á todo el mundo? En Roma, ademas de la congregacion llamada de la penitenciaría, hay otras quince ó veinte congregaciones ocupadas exclusivamente en el despacho de los negocios que van de todo el orbe católico. Para formar estas congregaciones, se necesita un número considerable de personas doctas, prácticas y versadas en los negocios. Estas personas no viven de aire, ni han de andar desnudas, sino que necesitan de alimentos, ropa, casa, criados, etc., ni mas ni menos que cualquier protestante. ¿Y de dónde han de salir los gastos necesarios para el sostenimiento de todos esos empleados y servidores de la Iglesia? Del Estado no,

porque no es justo que los súbditos del Sumo Pontífice, mantengan por sí solos á los que sirven á toda la cristiandad. No queda, pues, otro medio para atender á estos gastos indispensables, mas que recurrir á los que van á la Santa Sede en solicitud de gracias y favores. Lo que debe admirar es que con las escasas sumas de dinero que van á Roma, pueda cubrirse tanto gasto indispensable.

#### LECCION XI.

##### *De la inquisicion.*

P. Decidme ¿Es cierto que la Iglesia católica hace abrazar la fé á lazo, como vulgarmente se dice, y á fuego y sangre?

R. Este modo de persuadir por medio de la fuerza solo lo usan los turcos y los protestantes; pero la Iglesia católica ni lo usa ni lo ha usado jamas, porque no quiere fieles esclavos sino libres.

P. Si esto es así, entonces ¿por qué se instituyó aquel horrible tribunal de la inquisicion, que nadó en sangre por tantos siglos, que encendió tantas hogueras y que inmoló tantas víctimas inocentes?

los protestantes hicieran todo esto y despues fueran á besar la cruz del Coliseo de Roma, tambien ellos ganarian la indulgencia.

P. ¿Y qué puede contestarse en vista del abuso enormisimo que se hace con tanto dinero como va á Roma? En Roma todo se paga. Se paga por las dispensas matrimoniales, se paga por los beneficios eclesiásticos, se paga por la dispensa de edad, se paga por los oratorios privados, se paga... ¿Y qué cosa no se paga en Roma?

R. En Roma se paga mucho menos de lo que justamente se hacen pagar los abogados y cualesquiera otros empleados del mundo, por los oficios que desempeñan en favor de quien los ocupa. Pero decidme ¿Roma no sirve á todo el mundo? En Roma, ademas de la congregacion llamada de la penitenciaría, hay otras quince ó veinte congregaciones ocupadas exclusivamente en el despacho de los negocios que van de todo el orbe católico. Para formar estas congregaciones, se necesita un número considerable de personas doctas, prácticas y versadas en los negocios. Estas personas no viven de aire, ni han de andar desnudas, sino que necesitan de alimentos, ropa, casa, criados, etc., ni mas ni menos que cualquier protestante. ¿Y de dónde han de salir los gastos necesarios para el sostenimiento de todos esos empleados y servidores de la Iglesia? Del Estado no,

porque no es justo que los súbditos del Sumo Pontífice, mantengan por sí solos á los que sirven á toda la cristiandad. No queda, pues, otro medio para atender á estos gastos indispensables, mas que recurrir á los que van á la Santa Sede en solicitud de gracias y favores. Lo que debe admirar es que con las escasas sumas de dinero que van á Roma, pueda cubrirse tanto gasto indispensable.

#### LECCION XI.

##### *De la inquisicion.*

P. Decidme ¿Es cierto que la Iglesia católica hace abrazar la fé á lazo, como vulgarmente se dice, y á fuego y sangre?

R. Este modo de persuadir por medio de la fuerza solo lo usan los turcos y los protestantes; pero la Iglesia católica ni lo usa ni lo ha usado jamas, porque no quiere fieles esclavos sino libres.

P. Si esto es así, entonces ¿por qué se instituyó aquel horrible tribunal de la inquisicion, que nadó en sangre por tantos siglos, que encendió tantas hogueras y que inmoló tantas víctimas inocentes?

R. Estas son mentiras, que, de seguro, habreis oido decir á los protestantes ó leído en alguno de tantos librajos ó novelas que ahora abundan.

P. Mirad que se trata de hechos públicos y notorios á todo el mundo. Con todo eso ¿os atreveis á negarlo?

R. Repito que quanto habeis dicho son cuentos de novelistas y mentiras de protestantes.

P. ¿Pero qué no es cierto que en Roma y en todos ó casi todos los países de Italia y tambien en otras partes; pero especialmente en España, hubo inquisidores y tribunales de la inquisicion?

R. Es cierto, ciertísimo, y además tambien es cierto que ahora todavía hay inquisidores en algunas partes, y donde no los hay, los obispos desempeñan ese cargo como inquisidores natos que son.

P. Tanto mejor. Decidme ahora, ¿no es cierto que á los inquisidores se denuncian los herejes, los sospechosos de herejía y todos los que dicen blasfemias heréticas ó cometen otros crímenes semejantes, y que los inquisidores juzgan de toda clase de delitos contra la fe?

R. Si, tambien esto es verdad.

P. Luego es cierto que los tribunales de la inquisicion, han condenado á las cárceles y á la

hoguera á muchos centenares de infelices, por solo sus opiniones especulativas.

R. Esto si es falso, falsísimo, y se demuestra en dos palabras. El tribunal de la inquisicion es, á la verdad, un tribunal eclesiástico establecido para tratar las causas de fe, con el objeto de que la misma fe se mantenga intacta en el pueblo fiel. Toda sociedad tiene derecho y aun el deber de conservar intactas sus instituciones fundamentales; y si la Iglesia dejara que cada cual pudiera diseminar á su antojo en el pueblo cristiano cuantos errores quisiera, contrarios á la fe, vendrian por tierra todas las verdades religiosas con inmenso daño de las conciencias y de las almas. La Iglesia es la sociedad mas perfecta que se conoce; tiene por objeto inmediato conservar la fe en toda su pureza é integridad, y he aquí el motivo por qué está obligada á proceder contra todos aquellos que quieran alterarla ó destruirla; para conseguir este fin ha establecido tribunales de inquisicion que estén en vela contra los perturbadores y diseminadores de impiedades y de herejías.

P. Mientras se trate solamente de examinar las opiniones y de juzgar cuales son buenas y cuales malas, concedo que la Iglesia está en su derecho para servirse de los inquisidores con este fin; pero ¿qué razon hay para proceder con tanta crueldad y fiereza, contra el que no tiene mas

culpa que profesar una opinion diferente, y con tal motivo querer obligarlo á creer por la fuerza?

R. Paciencia; y poco á poco contestaré separadamente á todo lo que habeis dicho. En primer lugar debeis saber, que nunca se ha presentado una herejía, sin llevar consigo el trastorno y la agitacion de los individuos y la rebelion de la sociedad. Por esta razon, la autoridad política, en muchos países católicos, á fin de conservar la paz del Estado, consigné en su código, entre otros delitos, el de herejía y el de novedades religiosas, y decretó las penas que tuvo por conveniente contra tales hechos; mas como el poder civil no puede ser juez competente en materias de fé, dejó este cuidado á los jueces eclesiásticos, reservándose la aplicacion de la pena, que él mismo habia establecido en su código, segun las diferentes clases de delitos. Por tal motivo, es necesario no confundir, como vos lo haceis, el juicio de los inquisidores eclesiásticos con el rigor de las penas impuestas y llevadas al cabo por el poder civil.

P. Lo comprendo muy bien, y no me queda qué replicar; porque sucede lo mismo que en tiempo de peste. Los médicos declaran que tal enfermedad es epidémica ó pestilencial, y el poder civil establece las cuarentenas para impedir que la enfermedad entre á apear el país. Pero

lo que no puedo comprender es por qué se han decretado penas tan severas por simples opiniones. ¿Cómo se explica esto?

R. Se explica muy fácilmente. Escuehad con atencion para que rectifiqueis las ideas erróneas que teneis en esta materia. Vos llamáis *opiniones*, *simples opiniones*, ó bien *convicciones*, á las máximas y doctrinas perniciosas á la fé y á la sociedad. La Iglesia jamas ha procedido contra las opiniones mientras estas permanecen en la conciencia del que las tiene; pero siempre ha procedido y procede cuando se manifiestan exteriormente, cuando se comunican y propagan. Notad tambien que el poder civil hace lo mismo con todos aquellos, que diseminan máximas subversivas de la paz y de la quietud social. Si en un país constitucional algun periodista escribe contra el *Estaduto* de la nacion, se le llama á juicio y se le pone en prision ó se le multa. No porque haya libertad de imprenta deja de ser castigado el escritor que tal hace. En cuanto á la severidad de las penas establecidas contra el delito de herejía, esto depende en gran parte del carácter de la época en que se imponen, de la índole de la nacion, y de la calidad ó naturaleza de los errores de que se trata. En los siglos pasados se consideraba la pena de muerte y la de fuego como muy merecida por el delito de herejía; por esta ra-

zon la vemos establecida en los códigos penales de casi todas las naciones; pero principalmente en los países de Alemania, de Ginebra, de Inglaterra, es decir, precisamente entre los protestantes. He dicho también que la severidad depende de la índole de la nación, porque algunas de ellas han sido mas severas y mas rigorosas en la aplicacion de las penas que tienen establecidas; por esto vemos que las ejecuciones por el delito de herejía fueron mucho mas raras en Italia que en España. En Roma dificilmente podrá citarse algun caso rarísimo de persona que haya sufrido la pena de muerte por el delito de herejía. Los Papas, repetidas veces y aun con amenazas, siempre procuraron mitigar ó disminuir las ejecuciones tan frecuentes y tan crueles que tenian lugar en España; lo cual es una prueba de que ni los mismos Papas ni la Iglesia, son responsables de lo que el poder civil haya hecho en aquella nacion ó en cualquiera otra. He dicho, finalmente, que el rigor contra los herejes depende tambien de la naturaleza de los errores, porque algunos no solamente son errores de entendimiento, sino tambien errores prácticos y directamente contrarios á la honestidad y á la moral pública. Por esta razon se procede contra ellos con mayor severidad.

P. Ya comienzo á rectificar mis ideas y veo claramente que es una necedad precipitar el juicio,

aunque el hecho tenga todas las apariencias de verdad. Quisiera ahora saber cómo y en qué circunstancias el tribunal de la inquisicion acostumbraba proceder contra los herejes, y si estos deben ser castigados por el poder civil.

R. El tribunal de la inquisicion y el poder civil deben proceder contra el delito de herejía, siempre que un error ó cisma está en su principio y trata de propagarse con daño de la fé ó de la paz pública. Pero si el error ha prevalecido ya y se ha establecido de modo que si quisiera reprimirsele, esto produciria el efecto contrario, entonces hay que atenerse á la teoria de la tolerancia civil, la cual en algunos casos es indispensable para la tranquilidad pública. Con esta distincion comprendereis desde luego lo que á primera vista parece contradictorio. Por ejemplo, los decretos de muchos concilios y particularmente del cuarto de Letran, se deben entender con relacion al tiempo en que comenzaban las herejías en un país, y los herejes eran pocos, y el mal, por otra parte, era muy fácil de remediarse. Mas cuando las herejías llegan á prevalecer y tienen una existencia política y legal, entonces hay necesidad de la tolerancia civil de los herejes y la inquisicion deja de proceder contra ellos. Aquí es de notarse cómo los protestantes, que muy á menudo nos arguyen con los decretos del concilio de Letran,

no advierten que ellos mismos se cuentan, sin advertirlo, entre los herejes que el gobierno debe castigar.

P. Esta explicacion me parece solamente una salida para quitar á la inquisicion la odiosidad que se le tiene.

R. Tan lejos está de ser una salida que puede demostrarse con hechos públicos y constantes. No hay mejor intérprete de los decretos del concilio de Letran contra los herejes, que la misma Roma; porque aquel concilio, á quien tanto horror tienen los protestantes, se celebró precisamente dentro de sus muros; y tan lejos está Roma de insultar á los protestantes, que antes bien los acoge con aprecio. A Roma van protestantes de todas las naciones, ya sea por curiosidad, ya por estudiar las bellas artes; se les admite como á cualquier otro individuo en la academia de S. Lúcas; y en todas circunstancias gozan de todos los privilegios concedidos á los católicos en iguales casos. En Roma no hay quien ocasione á los protestantes ninguna molestia, mientras ellos se limitan á profesar el culto de su propia secta. Lo único que se les prohíbe es procurarse prosélitos, ya sea por medio de sus biblias mutiladas ó falsificadas, ó de cualquier otro modo. Esta prohibicion es un deber en todo país católico, pero especialmente en Roma que es el centro de toda la cristiandad.

Estos hechos palpables demuestran claramente cuán absurdo es y cuán ridícula el miedo y los clamores de los protestantes contra la inquisicion. Si tienen tanto temor, entonces ¿por qué van á Roma en tan crecido número y en todas las épocas del año?

P. Esto no tiene respuesta. Mas pregunto ¿qué los protestantes en sus propios países no usan de la misma tolerancia con los católicos?

R. Todo lo contrario. Los protestantes están en la mas vergonzosa contradiccion con los católicos en este punto. En efecto, estos constantes detractores de la inquisicion, y que siempre se manifiestan llenos de horror contra ella, son precisamente los que han erigido en todas partes, tribunales de inquisicion y la delacion mas odiosa contra todo aquel que profesa, aunque sea ocultamente, la religion católica. Así lo practicó la Holanda por mas de dos siglos, y lo mismo se hizo en Inglaterra, con una increíble crueldad, por mas de tres siglos, y aun ahora todavía, no se han revocado y están vigentes en el código de la nacion, las penas mas atroces, decretadas en otro tiempo, contra los que profesan la religion católica. Es verdad que de presente no se observan esas leyes, pero no por eso han sido abolidas y en cualquiera ocasion hay peligro de que se pongan en práctica. Esta cruel severidad se acostumbra todavía en la

Suecia y en Irlanda. En los demas países protestantes, como Ginebra, el gran Ducado de Baden, la Suiza protestante, los principados de Alemania, en una palabra, donde quiera que reina el protestantismo, es increíble cuántas vejaciones, ultrajes, é injurias de toda especie, se prodigan á los católicos, aun en los tiempos presentes. Hay, pues, esta diferencia: que en los países católicos, la Iglesia es la que juzga acerca de los errores; pero la sentencia toca al poder civil, quien aplica igualmente las penas decretadas en el código de la nacion contra los perturbadores del orden; y en los países protestantes, como que el gobernante es también el Papa ó la Papisa, un mismo tribunal es el que juzga, da la sentencia y la ejecuta. Por esto la reina Isabel de Inglaterra mandó quemar á los que declaraba herejes, y los Obispos de Lóndres y de York hicieron lo mismo con otros muchos; también Calvino en Ginebra mandó quemar á Serveto por hereje, y por este estilo pudieran citarse otros muchos ejemplos.

P. No me esperaba yo oír tales cosas. Siendo esto así, no se comprende cómo pueden atreverse, los adictos al protestantismo, á argüir á los católicos con la inquisición, cuando los protestantes son mil veces mas crueles. Se necesita haber perdido por completo el pudor y la buena fé. Pero antes de concluir este asunto, quiero que me

digais algunas palabras sobre las célebres matanzas llamadas de S. Bartolomé, en que los franceses dieron muerte á tantos herejes.

R. Responderé brevemente fundándome en la autoridad de los mismos protestantes. 1.º Esta abominable carnicería no fué tan grande como al principio se dijo. 2.º Fué un delito meramente político, en que la religion no tuvo ninguna parte; antes por el contrario, multitud de herejes se salvaron, refugiándose en las casas de los Obispos y de los sacerdotes católicos. 3.º Estas matanzas fueron provocadas por las que los herejes, siempre inquietos y revoltosos, hicieron poco antes entre los católicos, principalmente en Amboise, en Meaux y en otras partes, en que sacrificaron un número mucho mayor de católicos, que el de los protestantes que murieron en la noche de S. Bartolomé. Tal carnicería fué precedida de cinco guerras civiles; tuvo lugar despues que los hugonotes ocuparon una fortaleza que les fué entregada por traicion; despues del degüello de muchos sacerdotes; despues del asesinato de muchos religiosos y de multitud de fieles, en el momento mismo de estar celebrando sus actos religiosos en los templos ó en sus procesiones públicas, como sucedió en Paris, en Rhodéz, en Valenciennes y en otras partes. Fué, pues, la venganza siempre culpable, nacida de un furor altamente irritado por las cruel-

dades inauditas que los hugonotes, esto es, los calvinistas, ejercían contra los católicos en toda la Francia. He aquí en pocas palabras la historia de la carnicería tan decantada de la noche de S. Bartolomé.

P. No volveré á hablar palabra sobre todo lo que acabáis de referir. Me persuado de que es una temeridad fiarse de ciertas gentes, que con estilo compasivo andan lamentándose de la crueldad de los católicos. Los protestantes son verdaderamente los crueles, que se complacen en perseguir á la Iglesia católica, y despues quieren hacer el papel de inocentes.

R. Tiene vd. razon para no querer fiarse de ciertos escritores, que han vendido su conciencia al partido de la mentira, á los protestantes y á sus adictos, que en todas partes siempre andan mirando lucernas por linternas, y no se avergüenzan de mentir tan descaradamente á los ojos de todo el mundo. Esta vil canalla, cuando no puede llegar á seducir con sus mentiras, se vale de la fuerza y de la violencia para obligar á los demas á seguir sus extravagancias. Por este motivo he dicho desde el principio de la presente leccion, que así como es propio de los turcos, lo es tambien de los herejes, el privilegio exclusivo de obligar á las gentes, por la fuerza de las armas, á abrazar su falsa religion.

## LECCION XII.

*De la confesion.*

P. La confesion de los pecados que ahora se usa para alcanzar la absolucion de ellos, ¿no es por ventura una institucion de los Papas y una invencion de los monjes y de los padres? ¿No fué acaso S. Benito el primero que la introdujo entre los monjes y despues la adoptaron los padres, basta que por último fué instituida y mandada para todas las personas por la audacia de Inocencio III?

R. ¡Oh, cuántos desatinos habeis dicho en tan pocas palabras! No parece sino que habeis leído el *Ensayo histórico dogmático sobre la confesion*, escrito por un cierto apóstata que vive en concubinato, y del cual no es posible adivinar que cosa será mayor, si su audacia ó su desfachatez. Como prueba de la agudeza de este escritor estúpido, citaré un hecho tomado de lo mismo que acabais de decir. Nos cuenta, pues, que Benedicto Norcino (así se atreve á llamar á aquel gran santo), introdujo la confesion entre los monjes como un acto de humildad y devocion, y que despues los sacerdotes se apoderaron de ella, y la mandaron observar á todos los fieles. Pues bien,

dades inauditas que los hugonotes, esto es, los calvinistas, ejercían contra los católicos en toda la Francia. He aquí en pocas palabras la historia de la carnicería tan decantada de la noche de S. Bartolomé.

P. No volveré á hablar palabra sobre todo lo que acabáis de referir. Me persuado de que es una temeridad fiarse de ciertas gentes, que con estilo compasivo andan lamentándose de la crueldad de los católicos. Los protestantes son verdaderamente los crueles, que se complacen en perseguir á la Iglesia católica, y despues quieren hacer el papel de inocentes.

R. Tiene vd. razon para no querer fiarse de ciertos escritores, que han vendido su conciencia al partido de la mentira, á los protestantes y á sus adictos, que en todas partes siempre andan mirando lucernas por linternas, y no se avergüenzan de mentir tan descaradamente á los ojos de todo el mundo. Esta vil canalla, cuando no puede llegar á seducir con sus mentiras, se vale de la fuerza y de la violencia para obligar á los demas á seguir sus extravagancias. Por este motivo he dicho desde el principio de la presente leccion, que así como es propio de los turcos, lo es tambien de los herejes, el privilegio exclusivo de obligar á las gentes, por la fuerza de las armas, á abrazar su falsa religion.

## LECCION XII.

*De la confesion.*

P. La confesion de los pecados que ahora se usa para alcanzar la absolucion de ellos, ¿no es por ventura una institucion de los Papas y una invencion de los monjes y de los padres? ¿No fué acaso S. Benito el primero que la introdujo entre los monjes y despues la adoptaron los padres, basta que por último fué instituida y mandada para todas las personas por la audacia de Inocencio III?

R. ¡Oh, cuántos desatinos habeis dicho en tan pocas palabras! No parece sino que habeis leído el *Ensayo histórico dogmático sobre la confesion*, escrito por un cierto apóstata que vive en concubinato, y del cual no es posible adivinar que cosa será mayor, si su audacia ó su desfachatez. Como prueba de la agudeza de este escritor estúpido, citaré un hecho tomado de lo mismo que acabais de decir. Nos cuenta, pues, que Benedicto Norcino (así se atreve á llamar á aquel gran santo), introdujo la confesion entre los monjes como un acto de humildad y devocion, y que despues los sacerdotes se apoderaron de ella, y la mandaron observar á todos los fieles. Pues bien,

si esto es así, se infiere rectamente que la confesion ya existia en el siglo *sexto*, que fué en el que floreció S. Benito. ¿Cómo entonces nos dice mas adelante que la confesion la instituyó Inocencio III, el cual no existió sino hasta el siglo *doce*? Luego en el siglo *doce* se instituyó lo que ya estaba instituido en el siglo *sexto*. ¿Podrá darse mayor desatino? En cuanto á la profunda ciencia eclesiástica de nuestro eseritor, tambien hay una bellísima prueba. Segun él, S. Benito introdujo la confesion en el siglo *sexto* entre los monjes; cuando es bien sabido que S. Basilio, *doscientos años* antes, ya la prescribia á las religiosas, y les instruia sobre el modo con que la habian de practicar debidamente.

P. Yo ereia que el tal autor del *Ensayo histórico dogmático* era un pozo de ciencia, y ahora me persuado de que era un solemne ignorante. Pero decidme, ¿la confesion fué instituida por Dios y está fundada en la Biblia, ó por el contrario, se opone á la misma Biblia? El autor del *Ensayo*, dice, que Belarmino trataba de probar, que desde el paraíso vienen los confesonarios, que despues siguieron en la Sinagoga ó Iglesia de los judios, y que despues se extendieron por todas partes. ¿Son acaso estos argumentos los que usan los católicos, para probar la institucion divina de la confesion?

R. La institucion divina de la confesion, ó

mas bien dicho, la necesidad que todos los cristianos tienen de confesar clara y distintamente todos los pecados mortales, cometidos despues del bautismo, para alcanzar la absolucion y el perdon de ellos, viene de Dios, esto es, viene de Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre. Esto se demuestra claramente con la Biblia, y en especial con aquellas palabras del capitulo 20 del Evangelio de S. Juan, en que se lee que habiéndose aparecido el divino Redentor á sus discípulos despues de resucitado, esto es, á diez de ellos, porque Santo Tomás no estaba entonces allí, y Judas ya se habia ahorcado, sobrecogidos de temor y juntos en el cenaculo, les dijo: *Recibid el Espíritu Santo: á aquellos á quienes les perdonareis sus pecados, les serán perdonados, y á los que se los retuviereis, les serán retenidos.* De estas palabras se infiere que Nuestro Señor Jesucristo, al dar á sus Apóstoles la facultad de atar y desatar, esto es, de perdonar ó de retener los pecados, los constituyó verdaderos jueces, con autoridad para pronunciar su sentencia, ya sea de absolucion, ya de retencion de los pecados. Y como es evidente que ni esta sentencia, ni ninguna otra se puede dar por mero capricho, sino siempre con pleno conocimiento de causa; y como ademas, este pleno conocimiento de causa no se puede obtener en el caso presente sin la acusacion ó mani-

festacion de los pecados hecha por el pecador, queda demostrado hasta la evidencia, con las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, que hemos tomado de la Biblia, que hay una imperiosa necesidad, para todos los fieles, que han tenido la desgracia de pecar despues del bautismo, de confesar sus propios pecados para alcanzar el perdon de ellos. Esta manera de probar la necesidad de la confesion es un hueso duro para los protestantes, á que no han podido meterle el diente, en los trescientos años que llevan de haberse separado de la Iglesia católica, ni se lo meterán jamas, como tampoco el célebre autor del *Ensayo histórico dogmático*.

P. Comprendo que contra este argumento se estrellan todas las argucias y la charla de los protestantes. Pero decídme, ¿por qué entonces el cardenal Belarmino tuvo la ocurrencia de querer probar que en el Paraíso hubo confesonarios, cuando allí no habia padres, y precisamente lo hace porque Santo Tomás de Aquino decia que la institucion de la confesion no constaba en la Biblia? Esto es hasta ridiculo.

R. Tal argumento es una prueba mas de la ignorancia y mala fé del escritor apóstata. El cardenal Belarmino en el libro 3.º de la *penitencia*, trae un capítulo que es el 2.º, el cual lleva por título: *Se demuestra la necesidad de la confesion*

POR MEDIO DEL EVANGELIO, y despues en el capítulo 3.º dice: *Se confirma la misma verdad con las figuras, que precedieron á la confesion sacramental*. En seguida aquel docto cardenal hace notar como lo habia hecho Tertuliano, que todas las principales verdades de la ley nueva, fueron representadas por medio de sombras y figuras en la ley antigua. Así fueron representados los sacramentos principales y mas necesarios como el Bantismo, la Eucaristía y la Penitencia, que despues fueron insituídos en la ley nueva; y hablando de la Penitencia, entre otras figuras de la confesion oral trae el ejemplo de la confesion de su culpa, que Dios quiso que nuestros primeros padres hicieran al ángel que se les manifestó en el Paraíso en figura humana; despues cita la confesion de su delito, que Cam hacia en medio de los remordimientos de su conciencia, la manifestacion de su enfermedad que los leprosos tenian que hacer á los sacerdotes de la ley antigua para alcanzar la salud, y por este órden otros varios ejemplos. ¿Donde está, pues, lo de los confesonarios de Belarmino en el Paraíso terrenal? La misma mala fé del escritor apóstata se descubre en lo que pone en boca de Santo Tomás, es decir, que la institucion de la confesion no está fundada en la Biblia. El Santo Doctor, lo único que dice es, que no se encuentra *expresamente* en la Biblia,

esto es, bajo la palabra ó término expreso de confesion, á la manera que tampoco se encuentra expresamente en la Biblia el misterio de la Santísima Trinidad, ni el de las dos naturalezas en Jesucristo, ni el de la unidad de persona, ni otros muchos, que sin embargo de eso admiten los protestantes; y el mismo Santo añade, que aunque no se encuentra expresamente en la Biblia, á se encuentra en términos equivalentes, como en otro lugar lo hemos demostrado con toda claridad. Pero basta lo dicho para poder formar juicio de la fé que merecen los apóstatas del catolicismo, que dicen que profesan el puro Evangelio.

P. Es la prueba mas concluyente de su ignorancia. Pero vamos á otro punto. He oido decir que Nuestro Señor no confesó á nadie, y que antes por el contrario, á todo el mundo enseñaba que por medio de la oracion del Padre Nuestro se habia de pedir á Dios inmediatamente el perdón de los pecados, sin que ningun otro tuviera que intervenir en esto. Lo mismo enseñó su divina Majestad por medio de las parábolas del hijo pródigo y de la oveja extraviada; y la razon es muy clara: porque solo Dios tiene poder para perdonar los pecados, y los hombres no lo tienen; y he aquí el motivo porque se dice con toda verdad que la sangre del Redentor y la fé en él, es lo que nos lava de nuestros pecados, por lo cual se

infiere rectamente que la confesion es contraria á la palabra de Dios.

R. Todas estas son necedades del apóstata, y necedades muy viejas, mil veces contestadas. Jesucristo no tenia necesidad de confesar, porque como era la Sabiduria eterna, conocia perfectamente por sí mismo todos los pecados y el corazon y las disposiciones de los pecadores, lo cual no pueden conocer los sacerdotes, si no se les manifiesta por medio de la palabra y de otras señales exteriores. Nuestro Señor Jesucristo, de la misma manera que nos enseña á solicitar inmediatamente de Dios con el Padre Nuestro el perdón de nuestras deudas, que son nuestros pecados, nos enseña tambien á solicitar inmediatamente de Dios el pan de cada dia; y con todo eso, la Biblia dice: *el que no trabaja, no come*, y á la verdad el que no busca el pan no le ha de venir á la boca, como lo ha comprendido muy bien nuestro apóstata, y por eso abandonó el catolicismo y se metió con los Barbetos, y aun está dispuesto á dejarlos y á meterse con otros protestantes. Pues bien, así como el solicitar el pan cuotidiano, no excluye el poner los medios de ganarlo, de la misma manera el solicitar de Dios el perdón de los pecados, no excluye el poner los medios determinados por Jesucristo para alcanzar el perdón. Las parábolas citadas no hablan de confesion, porque entonces

aun no estaba establecida: hablan solamente de la misericordia de Dios en acoger al pecador arrepen- tido, el cual para obtener el perdon, debe cum- plir con lo que Dios le exige. Si fuera exacto lo que dice el autor del *Ensayo histórico dogmático*, de que la sangre de Jesucristo, y solo ella, nos limpia de nuestros pecados, quedaria por ese mis- mo hecho, excluida la necesidad del bautismo y la necesidad de la fé. ¿Quién podrá negar que solo Dios tiene poder para perdonar los pecados? ¿Y quien sino Dios mismo, es el que nos perdona los pecados por medio de la absolucion del sacer- dote, en el sacramento de la penitencia, por la virtud que su divina Majestad comunicó á este sa- cramento? De aquí se infiere enan atrasado anda nuestro escritor, pues no sabe distinguir la absolu- cion que se da por virtud propia, de la que se da por virtud de Dios. Y sin embargo de eso, este atrevido arrogante, trata como si fueran unos niños, al cardenal Belarmino y hasta á Santo To- más.

P. Quedo persuadido. Pero todavía tengo una grave dificultad, y es que los hechos y los testi- monios que habeis citado, demuestran que la confe- sion no estuvo en uso en la antigua Iglesia, y que desde San Clemente romano hasta San Ber- nardo, ningun santo se confesó ni aun en artícu- lo de muerte. San Cípriano y San Agustín, con

todo y estar excomulgados, dice el autor del *En- sayo*, ni en ese último momento se confesaron. Nectario obispo de Constantinopla abolió la confe- sion por el escándalo de un confesor. San Juan Crisóstomo, en muchos lugares de sus obras, nie- ga abiertamente la necesidad de revelar los peca- dos á un hombre, y dice que basta confesarlos á solo Dios. Luego si la confesion es de institucion divina, ¿cómo puede explicarse el que no haya existi- do en la antigua Iglesia?

R. En pocas palabras habeis aglomerado un cúmulo de dificultades, tomadas todas del apósta- ta autor del *Ensayo histórico dogmático*; pero ellas no son mas que una nueva prueba de su estúpida ignorancia, de su mala fé y de sus perpetuas con- tradicciones. Hablemos primero de su ignorancia, Segun él, la confesion no estuvo en uso en la anti- gua Iglesia y ningun santo se confesó ni aun en artículo de muerte. Está bien. Pues voy á de- mostrar todo lo contrario. San Ireneo que existi- ó á fines del siglo segundo de la Iglesia y fué discípulo de San Policarpo, el cual trató con San Juan Evangelista, y que por lo mismo existió en los tiempos mas puros de la Iglesia, nos refiere: que algunas mujeres habian sido seducidas por un tal Marcos, hereje de aquellos tiempos, que de- cia, como nuestros protestantes de hoy, que pro- fesaba el *puro Evangelio*; y que aquellas mujeres

cuando volvieron al seno de la Iglesia de Dios, confesaban todos sus delitos, JUNTAMENTE CON AQUEL EN QUE HABIAN CAIDO POR LAS SEDUCCIONES DE MARCOS. Refiere tambien el mismo Santo que la mujer de un diácono, que igualmente habia caído en la seducción, se confesó de la misma manera de todo lo que habia cometido. Refiere, por último, que habiendo deshonrado á algunas infelices mujeres aquellos que se gloriaban de profesar el puro Evangelio, esas desgraciadas llegaron á tal extremo de endurecimiento que no quisieron confesarse; otras por no pasar por la vergüenza de la confesion, se retiraron desesperadas en silencio; otras apostataron por completo, y otras quedaron vacilantes entre uno y otro partido, es decir entre la religion verdadera y la apostasia. De todo esto se infiere que en el siglo segundo ya estaba en uso la confesion, y es de notar que este uso venia desde el siglo primero. Es tambien de notarse que se trataba de una confesion de todos los pecados, aun los de pensamiento, como lo declaró la mujer de aquel diácono de la manera mas pública, diciendo que se habia confesado aun de los afectos desarreglados que habia tenido interiormente, segun refiere San Ireneo. Se infiere ademas que la confesion era necesaria y no libre; porque de lo contrario no se hubieran desesperado aquellas mujeres, que dice el Santo, por no

pasar por la vergüenza de confesarse; y esta necesidad era de tal naturaleza, que algunas de ellas, por no confesarse, dieron en el extremo contrario, que es la apostasia, esto es, se hicieron protestantes como diriamos ahora.

P. Estos testimonios bastan para refutar á aquel estúpido. Mas yo pregunto ¿qué no tendrá noticia de ellos?

R. Creo que no; porque, como hemos visto, es de una ignorancia supina; y si los conoce, tanto peor; porque con esto da á entender que es un solemne embüstero. Pero sigamos: Orígenes, en el siglo tercero, habla de la necesidad de la confesion de los pecados secretos y ocultos y dice que los que tienen tales pecados en su conciencia, son semejantes á los que teniendo el daño en las entrañas, no sanan de él hasta que no vomitan todo el veneno y los exhorta á acercarse á un buen confesor, como quien se pone en manos de un buen médico. En el siglo cuarto, ademas del testimonio de S. Basilio, que ya hemos visto, hay el de S. Paulino, que escribió la vida de S. Ambrosio, y refiere que este Santo, escuchaba á los penitentes con tanta caridad y con tal abundancia de lágrimas, que los obligaba á llorar juntamente con él, y añade que de lo que trataba en la confesion, con nadie hablaba sino solamente con Dios. En el siglo quinto, S. Juan Crisóstomo (de quien el

apóstata escritor del *Ensayo* cita varios textos sin entenderlos para probar que aquel *Doctor de la Iglesia romana* no admitía la confesion de los pecados, y que decia que esta únicamente se habia de hacer á Dios) S. Juan Crisóstomo, decimos, ademas de los elogios que en su tratado del *sacerdocio* hace del poder que tienen los ministros del Señor para perdonar los pecados, poder que no fué concedido á los emperadores y á los príncipes de la tierra, ni á los ángeles del cielo, él mismo se dedicaba con tanta caridad al ministerio del confesonario, que vino á ser proverbial esa misma caridad y su benignidad suma en recibir á los pecadores, y de ello no han podido menos que dar un testimonio concluyente sus mismos enemigos. En el conciliábulo que celebraron en Quercó, entre otras acusaciones, le hacian la siguiente: *que cuando se retiraban de su presencia los pecadores, se despedía de ellos amorosamente diciéndoles: si otra vez vuelves á pecar, arrepíentele de nuevo; y siempre que pecares, ven á mí, que yo te sanaré.* El escritor Sócrates hablando de esta misma caridad del Santo, refiere que sin cesar repetía á sus penitentes: *aunque pecares mil veces, no temas, otras tantas ven á confesarte;* y por esta razon el hereje Sisinnio, obispo de los Novacianos, protestantes de aquel tiempo, tuvo la audacia de reprehenderlo y de escribir un libro, en que trataba

de impugnar sus doctrinas. En el mismo siglo quinto, S. Agustín, para combatir á los que querian dejar la confesion para la hora de la muerte, les decia estas precisas palabras: *cuando el pecador llegue al último dia de su vida, no me atrevo á asegurar que podrá recibir el sacramento de la penitencia, y CONFESAR SUS PECADOS Á DIOS Y AL SACERDOTE.*

P. No se comprende cómo ha tenido valor aquel escritor miserable, para decir que en los primeros siglos de la Iglesia, no estuvo en uso la confesion de los pecados.

R. Ya he dicho por qué. Su ignorancia y su malicia son la mejor explicacion de su atrevimiento. Yo podria continuar citando una larga serie de Padres de la Iglesia, que en cada siglo han hablado de la confesion; mas él no quiere que se le arguya con los Padres. Se cree con derecho para citar la autoridad de ellos contra los católicos; pero no quiere que los católicos le contesten de la misma manera, porque se juzga mas sabio que todos los Padres, en la inteligencia de la divina Escritura. Por esta razon yo no he citado mas que los Padres que él cita. A propósito de Padres, recuerdo que cita á Tertuliano, cuando dice que S. Cipriano y S. Agustín murieron excomulgados, y sin confesarse á la hora de la muerte. Dónde haya aprendido esta peregrina noticia sobre

la excomunion de aquellos santos, no es fácil ad-  
vinarlo. Lo único que puede asegurarse es, que  
esta es una de tantas mentiras con que quiso  
adornar su libraje. Pero vamos á Tertuliano.  
Este célebre escritor, tan lejos estaba de impug-  
nar la confesion, que en el mismo libro que cita  
el autor del *Ensayo*, altamente reprueba la con-  
ducta de aquellos, que *tratan de librarse de la con-  
fesion ó la van disfriendo de dia en dia, atendiendo  
mas bien á su propia vergüenza, que á la salva-  
cion de sus almas;* y despues trae varias razones  
para probar la necesidad absoluta, en que están  
los pecadores de manifestar sus propias culpas.  
Se vale tambien de la comparacion del médico y  
del enfermo, de la misma manera que Origenes y  
otros. S. Cipriano, en su libro titulado *de lapsis*  
y en muchas de sus cartas, inculca la necesidad  
de confesarse, y como obispo, concede facultad á  
los sacerdotes para que oigan las confesiones de  
los fieles y les den la absolucion de sus pecados.

P. Las pruebas que me habeis dado sobre el  
uso de la confesion desde el primero y segundo  
siglo de la Iglesia, son mas que suficientes para  
conocer la ignorancia y estupidez del apóstata  
mentiroso. En cuanto á los siglos posteriores me  
habeis hablado solamente de los Padres citados por  
él. Quisiera ahora saber por qué motivo abolió  
Nectario la confesion. Este solo hecho, si fuera

cierto, demostraria que la confesion fué instituida  
solamente por la Iglesia y no por Jesucristo, tanto  
mas que, como dice el autor del *Ensayo*, la Igle-  
sia toda aplaudió la abolicion de ella, y todos los  
obispos tambien la suprimieron, á ejemplo de  
Nectario.

R. Las pruebas que he dado sobre el uso de  
la confesion, son pocas á la verdad. Yo hubiera  
podido agregar otras muchas, muchísimas. En un  
tratado mas extenso sobre esta materia, hubiera  
citado innumerables hechos en favor de la confe-  
sion: sea por ejemplo, que muchos sacerdotes, en  
aquellos tiempos, rogaban á Dios en la misa por  
las personas que habian confesado: que los emper-  
adores, los reyes y los príncipes tenian sus con-  
fesores: que en el siglo *sexto*, Juan Obispo de  
Constantinopla, conocido por el sobrenombre del  
*ayunador*, compuso una fórmula para examinar á  
los penitentes, muy semejante á la que traen nues-  
tros libros de devocion para el exámen de con-  
ciencia, y el directorio de confesores: que varios  
concilios de aquellos tiempos prescribian á los  
Obispos, que durante la visita pastoral, pregunta-  
ran á los fieles si se habian confesado, á lo me-  
nos una vez en el año: finalmente, que todas las  
antiguas sectas orientales, como son los Nestoria-  
nos, los Eutiquianos, los Coptos, los Jacobitas y  
los Griegos, á pesar de sus muchas supersticiones,

conservan todavía el uso y admiten la necesidad de la confesion, siendo de advertir que los primeros, esto es, los Nestorianos, se separaron de la Iglesia de Roma en el quinto siglo, y los demas de diez siglos á esta parte, todo lo cual puede verse en los escritos de Renaudocio, Morino, Martenio, Assemani y otros muchos, de los cuales, el autor del *Ensayo*, probablemente no ha visto ni la carátula.

P. Quedo convencido. Quisiera ahora que dijescis alguna cosa sobre el hecho de Nectario que abolió la confesion. ¿Cómo se desata este nudo?

R. De la manera mas sencilla del mundo: negando el hecho; porque no es mas que una invencion de la ignorancia, desfachatez y mala fé del apóstata. Dice que Nectario abolió la confesion; y esto es falso: dice que su accion fué aplaudida por toda la Iglesia, y que los Obispos á su ejemplo, abolieron igualmente la confesion; y esto tambien es falso. Si Nectario la hubiera abolido, entonces S. Juan Crisóstomo, su sucesor inmediato en la silla de Constantinopla, no hubiera hablado de la confesion, como lo hizo, ni hubiera confesado á nadie, como confesó; S. Basilio, contemporáneo de S. Juan Crisóstomo, no hubiera hablado á los monjes y á las religiosas de la necesidad de confesarse; S. Ambrosio, que fué casi contemporáneo de ambos Padres, no hubiera

confesado á tantos pecadores que solicitaban el remedio de sus culpas; y por último, S. Agustín no hubiera hablado de la necesidad de confesarse, principalmente en artículo de muerte. Además, los Nestorianos y los Eutiquianos, que se separaron de la Iglesia desde en tiempo de aquellos santos, si no hubieran encontrado el uso de la confesion, de ninguna manera lo hubieran conservado, como lo conservaron. Ninguno de los fieles, por otra parte, se hubiera confesado despues de aquella época; y sin embargo sabemos que todos se confesaban, según el testimonio del escritor Zozomeno. Ni por último, S. Inocencio I hubiera corregido ciertos abusos, que en algunas provincias se habian introducido en esta materia, si entonces nadie se confesaba. Es, pues, de todo punto falso que Nectario haya abolido la confesion.

P. ¿Pues qué fué lo que abolió Nectario?

R. Unos dicen que abolió la penitencia pública; otros, y acaso con mas fundamento dicen que lo que abolió fué el tribunal mixto del penitenciario mayor, como llamariamos ahora, cuyo tribunal fué erigido, con ocasion de los Novacianos, para que no se dijera que la Iglesia era demasiado indulgente en perdonar toda clase de pecados. Le he llamado tribunal *mixto*, porque se estableció no solo para perdonar los pecados, sino tambien para juzgar de algunos delitos enormes, y

para obligar á los que los habian cometido ó eran cómplices de ellos, á la penitencia pública y á veces á que denunciaran ó manifestaran al obispo algunos delitos reservados á él solo. Aconteció entonces con este motivo, que habiéndose obligado á una mujer, á que pusiera en conocimiento del obispo, el pecado que habia cometido un diácono, resultaron varios escándalos en el pueblo, provenientes, no de que el confesor hubiera revelado el sigilo, como maliciosamente insinúa el autor del *Ensayo*, sino de la denuncia que habia mandado hacer el tribunal mixto, por cuya causa lo suprimió el obispo Nectario, y la administracion del sacramento de la penitencia quedó en su antigua sencillez, de lo cual se lamentaba Zozomeno, porque decia que esto daba ocasion para que con mas facilidad se cometieran aquellos enormes delitos, de cuyo conocimiento estaba encargado el tribunal; mas no por este hecho aplaudió la Iglesia á Nectario, como falsamente asegura el apóstata. Pero sea que aquel obispo haya obrado bien ó haya obrado mal, lo cierto es que eran dos cosas muy separadas el tribunal mixto y la confesion, y que bien se podia, como realmente se hizo, suprimir el tribunal sin suprimir la confesion. Esta fué instituida por Nuestro Señor Jesucristo, y desde el primer siglo de la Iglesia estuvo en uso, como lo he demostrado; por lo mismo nadie tie-

ne poder para suprimirla; el tribunal mixto se estableció en tiempo de Decio, porque así lo requerian las circunstancias de la época, y por la misma razon, cambiadas las circunstancias se podia suprimir.

P. Perfectamente. Quedo convencido. Bastaba una poca de critica para conocer la verdad del hecho de Nectario.

R. ¿Hablais de critica? Pero ¿qué critica quereis que tenga este necio escritor? Ya lo hemos visto. Tambien ha querido echarla de buen lógico, sacando nada menos que *ocho terribles consecuencias*, como él dice, contra los católicos; pero todas ellas vienen por tierra, como que descansan sobre un fundamento falso, cual es el hecho de Nectario, referido á su modo, que quiere hacer creer á sus lectores. Hace trescientos años que Calvino y sus secuaces comenzaron á argüir á los católicos con aquel hecho, y pronto lo explicaron, como realmente habia pasado, los escritores controversistas de aquella época. Tan nuevo así es el servirse de él los enemigos de Jesucristo; y con todo eso, nuestro célebre escritor se gloria de ser el primero que se vale de semejante argumento.

P. Sobre este punto ya nada tengo que decir. Mas qué podrá contestarse á la otra objecion del autor del *Ensayo*, sobre que en las vidas de los santos no se lee que alguno se haya confesado en

todo el tiempo corrido desde S. Clemente romano hasta S. Bernardo?

R. Respondo que los santos se confesaron siempre que tuvieron necesidad de hacerlo, y lo pruebo con un argumento incontestable de analogía. Es cierto, como ya he demostrado, que Jesucristo instituyó la confesion; es cierto tambien que siempre se ha practicado en toda la Iglesia; y lo es, por último, que los Santos Padres han inculcado la necesidad de confesarse; luego de aquí podemos inferir rectamente que ellos mismos se confesaron, llegada esa necesidad. Son dos cosas muy distintas, el decir que algo se ha hecho y el decir que se ha escrito; porque no todo lo que se hace se escribe. No es, pues, extraño que en las vidas antiguas de los santos, no se haga mérito especial de la confesion; porque las vidas de aquellos ilustres varones, se escribian de una manera muy compendiosa y solo se referian los hechos principales; al paso que en la época actual se refieren aun las circunstancias mas pequeñas. Si el silencio de las vidas de los santos en este punto probara algo contra la confesion, el mismo argumento se podía hacer contra la comunión; porque, como observa el escritor Gibbon, el primero de quien se lee que haya comulgado antes de morir fué S. Ambrosio en el siglo cuarto, y esto basta para probar que el argumento del apóstata no va-

le nada. Si fuera de algun peso seria necesario convenir en que ningun santo habia recibido la sagrada comunión á la hora de la muerte, lo cual es un absurdo. A todo lo dicho hay que agregar que en aquellos tiempos concurrían varias circunstancias que hacian mas rara la confesion: 1.º porque muchos morian mártires de la fe; 2.º muchos recibian el bautismo en edad avanzada y tal vez á la hora de la muerte; 3.º no eran admitidos á la recepcion de aquel sacramento los que estaban cumpliendo alguna penitencia pública; y 4.º entonces no era frecuente, como ahora, la confesion de los pecados veniales. Pero todo esto lo he dicho por via de sobreabundancia, porque es de todo punto falso que no haya pruebas de que algun santo se haya confesado al morir, desde S. Clemente hasta S. Bernardo. En la vida de S. Eligio, obispo de las Galias, se lee que hizo *confesion de toda su vida pasada*; lo mismo consta en la vida de S. Aredio; y lo mismo, por último, en las vidas de otros muchos santos, como puede verse en los escritos de Martenio, cuyos santos florecieron algunos siglos antes de S. Bernardo. ¿Qué os parece del autor del *Ensayo*?

P. No puede uno menos que sorprenderse de tanta ignorancia y desfachatez. Explicadme ahora ¿qué es lo que quiere significar el autor del *Ensayo*, cuando dice que la confesion no es sacramen-

to, porque el sacramento debe ser visible, y la contrición que forma parte de ella, no se ve, ni tampoco la absolucion ni la satisfaccion?

R. Esto quiere decir que nuestro autor sabe tanto de teología, como de Biblia, de historia y de crítica. Los teólogos no han dicho que el sacramento es un signo *visible* sino *sensible*, esto es, sujeto á los sentidos y que por virtud divina causa la gracia; y si alguna vez han usado de la palabra *visible*, se debe entender *sensible* como se comprende fácilmente por sus mismos escritos. Hay una gran diferencia entre lo visible y lo sensible. Visible es lo que puede percibirse por el sentido de la vista, y sensible lo que puede percibirse por cualquiera de los sentidos; y así hay muchas cosas que son sensibles sin que por esto puedan verse. Tal es lo que pasa con la contrición. La contrición no es visible, es decir, no está sujeta al sentido de la vista; pero sí es sensible, porque está sujeta á otros sentidos, al oído por ejemplo, y á la vista tambien cuando el penitente da señales de tenerla, por medio de palabras de arrepentimiento y de otras demostraciones exteriores; y si con esto trata de engañar, él solo es el que se engaña, pero no engaña al confesor, ni mucho menos á Dios.

P. Teneis razon. Me habeis convencido hasta la evidencia de la estúpida ignorancia del De San-

ctis, que es el autor del *Ensayo*; quisiera ahora saber cómo se demuestra su insigne mala fé, que es el segundo punto de su panegirico.

R. Con la misma facilidad. Nuestro autor en su dedicatoria á los italianos, dice que *la corrupcion del Evangelio es la obra de diez y ocho siglos*. Mas yo digo ahora, ¿es posible que un hombre de buena fé pueda pronunciar tales desatinos? ¿Jesucristo, que era la sabiduría eterna, habia de fundar una Iglesia que tuviera desde su principio el gérmen de su corrupcion y de su ruina? ¿Habiamos de tener que esperar el advenimiento de De Sanctis, para que restituyera al Evangelio á toda su pureza? Por otra parte, asegura tambien nuestro célebre escritor que los discípulos á quienes Jesucristo dió la facultad de perdonar los pecados, no fueron únicamente los Apóstoles, sino en general todos los que seguian al Salvador, hombres y mujeres, como dice que se lee en el capítulo primero de los Hechos apostólicos. Mas yo respondo, que ateniéndose á las palabras y al contexto del mismo capítulo; á otros lugares concordantes del Evangelio; á las frases peculiares, con que se expresaban los evangelistas y principalmente S. Juan; y fijándose ademas en la ausencia de Santo Tomás, á quien en el capítulo citado se le llama uno de los *doce*, y á quien los *otros discípulos* dijeron que *habian visto al Salvador*; y aten-

diéndose, por último, á la interpretacion constante y universal de todos los siglos, sin excluir á los mismos escritores protestantes, como Rosenmüller y Kuinoel; en el referido capítulo se entienden por discípulos *solamente los Apóstoles*. Mas este discípulo del *puro Evangelio*, nos viene diciendo que aquí se habla de todos los discípulos en general, es decir, de toda la muchedumbre de los fieles que seguian al Salvador. No es posible comprender cómo puede asegurarlo de buena fé, y una prueba mas tenemos de ello en el silencio, que guarda sobre todas aquellas palabras del mismo capítulo del Evangelio, que destruyen completamente sus falsas doctrinas; ni puede decirse que su ignorancia lo disculpa, porque él se educó en el seno de la Iglesia católica, y todas las verdades que he citado las sabe cualquiera que esté medianamente instruido en la sagrada teología. En conclusion: ya hemos visto con qué impudencia falsifica nuestro apóstata las doctrinas de Santo Tomás y de Belarmino; ya hemos visto cuántas mentiras y falsedades ha tenido la audacia de proferir. ¿Será posible que en esto haya buena fé?

P. Ciertamente que no, y semejante conducta es prueba mas que suficiente para calificarlo como un mentiroso de profesion. Resta únicamente que hablemos de sus perpetuas contradicciones,

que es el último punto de su panegírico. Para un autor cualquiera, es la cosa mas vergonzosa.

R. No cabe duda, y de buena gana no me ocuparía de semejante escritorzuelo; lo hago únicamente porque sus paparruchas andan de mano en mano entre otros mas ignorantes que él. Pero vamos á las contradicciones. En primer lugar: en una parte de su obra dice que la confesion fué *inventada* por el audaz Inocencio III, y en otra que la introdujo S. Benito, el cual sabemos que existió seiscientos años antes de Inocencio. En segundo lugar, dice que la *práctica* de la confesion apareció doce siglos despues de los Apóstoles, en el concilio cuarto de Letran; y mas adelante dice que la introdujeron los obispos venidos de Oriente, de entre los monjes, con el fin de dominar al clero, por los siglos sexto, sétimo, octavo, etc. En tercer lugar, afirma que la confesion fué inventada por S. Benito en el siglo sexto; y despues dice que la abolió Nectario en el siglo cuarto, es decir, doscientos años antes que la inventara S. Benito. En cuarto lugar, dice que la confesion comenzó á usarla S. Benito, solo entre los monjes, en el siglo sexto; y despues dice que comenzó á usarse en tiempo del emperador Decio en el siglo tercero. En quinto lugar, dice que la confesion la introdujeron los sacerdotes en el pueblo con el fin de dominarlo, en los siglos sexto,

sétimo y octavo; y despues dice que fué introducida en el pueblo, en tiempo de los Novacianos, en el siglo tercero. En sexto lugar, no quiere que se cite la autoridad de los Padres de la Iglesia, porque dice que ella tiene tanto crédito para los cristianos como el Alcorán de Mahoma, y despues él mismo cita largos trozos de S. Juan Crisóstomo y un pasaje de S. Ambrosio, que por cierto lo entiendo al revés, pretendiendo probar así, con el testimonio de los Padres, que en aquel tiempo no habia confesion. En sétimo lugar....

P. Basta, basta. Dejémonos ya de tantas contradicciones. No parece sino que nuestro célebre escritor estaba loco; porque á cada paso afirma y niega, habla y *deshabla*, dice y se contradice, y todo se vuelve un intrincado laberinto; escribe una cosa y á poco se le olvida y escribe la contraria, y hace lo que todos los mentirosos, que para sostener una mentira, tienen que inventar otras ciento. Me queda sin embargo una dificultad, y consiste en saber si la confesion realmente es nociva á la fé y á las costumbres, como dice el apóstata.

R. La confesion seria nociva á la fé, si por fé se entendiera lo que entienden los protestantes, y es, que basta creer para que inmediatamente queden cubiertos todos los pecados, como si se les pusiera encima un emplasto. La confesion no

solamente es nociva á semejante fé, sino que la destruye por completo, porque exige el arrepentimiento ó dolor de los pecados, y ademas la penitencia y la satisfaccion, de que tanto se horrorizan los protestantes por lo mucho que aman su propia carne. Para el buen cristiano, la confesion es un ejercicio de fé vivisima; porque sin fé ninguno se resolveria á manifestar sus miserias á otro hombre. El decir, pues, que la confesion es nociva á las buenas costumbres, es una verdadera paradoja del autor del *Ensayo*. Voltaire exigia á sus criados que se confesaran para tenerlos fieles; otros muchos incrédulos y no pocos protestantes han admirado la institucion de la confesion, precisamente por lo mucho que contribuye á la reforma de las costumbres; los mismos médicos protestantes dan testimonio de haber observado, que los enfermos que se confiesan, se alivian mas prontamente que los que no lo hacen, porque en ellos hay mejor arreglo de costumbres, lo cual produce el reposo del ánimo que influye directamente en el alivio; y á ese paso nuestro apóstata nos quiere hacer creer que la confesion es nociva á las buenas costumbres. Es necesario estar completamente ciego por las pasiones para escribir semejantes despropósitos.

P. Sin embargo de todo esto me parece que el autor del *Ensayo* debe saber, sobre esta mate-

ria, mas que cualquiera otra persona; porque él es sacerdote y por muchos años fué confesor, especialmente en Roma, donde tuvo el cargo de Cura de la Magdalena. Asegura que conoce perfectamente á Roma; hace un llamamiento á los jóvenes y á las jóvenes para que digan si no es cierto que á ellos les ha sido nociva la confesion; asegura que las cárceles y los presidios están llenos de católicos que se confiesan; dice que el número de los criminales es mucho menor entre los protestantes, los cuales no se confiesan; y por último, para demostrar que los católicos son peores que los protestantes, precisamente porque aquellos se confiesan y estos no, cita la estadística criminal, y pone en paralelo las costumbres de los ingleses protestantes con las de los irlandeses católicos. ¿En vista de esto, queda alguna cosa que contestar?

R. Si: una sola cosa, y es, que todo cuanto dice es un tejido de mentiras y de calumnias. Asegura que conoce perfectamente á Roma: esto muy bien puede ser, como que fué hijo del Maestro Biagio, zapatero de Rione de' Monti; pero tambien Roma lo conoce á él perfectamente, como que ha sido un religioso escandaloso y desmoralizado. Las autoridades eclesiásticas y los superiores de su orden, para quienes fué una pesada cruz, estaban para removerlo de su empleo, á causa de sus es-

cándalos, cuando vinieron los tumultos del 46 y 47. En cuanto al llamamiento que hace á los jóvenes y á las jóvenes, no podemos menos que creer que ha perdido el juicio; porque con esto no hace mas que acusarse de haber hecho lo que sospecha que hicieron otros. Dice que los ladrones, los encarcelados y los galeotes, lo son precisamente porque se confiesan; y yo digo todo lo contrario: que lo son porque no se confiesan ó se confiesan mal. Si fuera cierto que la confesion hace á los hombres criminales, entonces los que se confiesan cada ocho ó quince dias, serian los mas malvados del mundo; y á la verdad todos sabemos que estas son las personas mas honradas en cualquiera poblacion. Recapacitad un poco y decidme, ¿cuáles son los mejores cristianos que conocéis? ¿No son por ventura los que frecuentan la confesion? ¿Y cuáles son los mas malvados? ¿No son acaso los que nunca ó casi nunca se confiesan? Tenemos una prueba incontestable en lo que pasa entre los libertinos y los incrédulos. ¿De qué cosa se horrorizan mas, sino de la confesion? Cuando quieren seducir á alguno y hacerlo caer en sus redes, ¿qué es lo primero que hacen sino estorbarle que vaya á confesarse? El decir, pues, que los protestantes son mejores que los católicos, tambien es otra paradoja. Nuestro autor cita las estadísticas criminales; y ellas prueban todo lo

contrario. Consúltense en efecto las estadísticas de Berlín, de Lóndres, de Manchester, de Stokolmo, de Cristiania y otras ciudades protestantes, y comparándolas con las de las ciudades católicas, se verá desde luego dónde hay mayor desmoralización. Los hechos son bien claros, y contra hechos no hay argumento. Las estadísticas de que hablo las he tomado de la obra titulada: *El protestantismo y la regla de fe*, y están sacadas de documentos oficiales, que cualquiera puede examinar cuando le parezca. (\*)

P. Me queda todavía un escrúpulo y consiste en saber si es cierto que bajo la disciplina de la confesion es imposible todo progreso civil.

R. Ante todo es preciso fijarnos en lo que entiende el apóstata por *progreso civil*. Si por esto se entiende la moralidad, la honradez, el orden y el respeto á los superiores y á los magistrados, es evidente que la disciplina de la confesion, no solo es muy compatible con el progreso civil, sino antes bien lo promueve de una manera eficaz. A la verdad, es imposible que el que se confiesa *bien y con frecuencia*, no sea un buen cristiano, y por lo mismo un ciudadano honrado, fiel, obediente y dócil. Mas si por progre-

(\*) Véase el *Catecismo sobre el protestantismo*, escrito por el P. Perronne lección IX. N. del T.

so civil se entiende la licencia y la libertad sin límites para hacer cuanto se quiera, entonces es tambien evidente que la disciplina de la confesion es incompatible con semejante progreso. He aquí la razon de por qué todos los libertinos, los francmasones, los incrédulos, en una palabra, todos los que dicen que profesan el *puro Evangelio*, y todos aquellos que les prestan favor á auxilio, aborrecen de muerte la confesion y le hacen una guerra desapiadada y sin tregua. He aquí el motivo por lo que aborrecen principalmente á los Romanos Pontífices, publicando á voz en cuello en medio de su rabia, que han condenado, sin conocimiento de causa, como ellos dicen, las sectas masónicas, cuando todo el mundo sabe de qué masa están compuestas. Así como hay afinidades químicas entre ciertos cuerpos, así tambien hay afinidades morales entre las personas de ciertas clases. Los que siguen el *puro Evangelio* y los que los favorecen, especialmente aquellos que son apóstatas, ignorantes y viciosos como nuestro héroe, experimentan una inclinacion como natural, hácia los comunistas, socialistas y francmasones, y por esto se prestan apoyo y se defienden los unos á los otros. Decidme ahora, ¿es posible que tantos venerables sacerdotes y religiosos como hay en Roma y en todo el orbe católico: que tantos obispos verdaderamente santos

que gobiernan la Iglesia en medio de tantas tribulaciones, persecuciones y trabajos de todo género: es posible, digo que todos ellos fueran de una conciencia tan criminal, que se atrevieran á defender la confesion, si esta fuera realmente una impostura y una cosa contraria al Evangelio y á las buenas costumbres, sabiendo que dentro de breve tiempo tienen que dar á Dios una cuenta muy estrecha de las almas confiadas á su cuidado? ¿Pues qué S. Francisco de Sales, S. Carlos Borromeo, San Felipe Neri, el Beato Leonardo de Puerto Mauricio, S. Francisco Javier, el Beato Pablo de Arezzo, S. Alfonso de Ligorio, y otra multitud de santos, cuyas delicias fueron dedicarse al ministerio de la confesion, serán otros tantos malvados, que solo protegieron y fomentaron la iniquidad? Es cierto, por desgracia, que no ha faltado algun confesor que haya abusado de la confesion, como debe haberlo hecho nuestro apóstata; peor para él; allá se las avenga; contra estos precisamente se han dado varias constituciones por los Romanos Pontífices, y contra ellos, entre otros fines saludables, se estableció el tribunal de la inquisicion; pero semejantes desgraciados, de ninguna manera deben confundirse con la inconfundible muchedumbre de sacerdotes verdaderamente piadosos y confesores llenos de celo por el bien de las almas. Aquellos monstruos de iniquidad

son precisamente los que se pasan á las filas del protestantismo, como lo ha hecho De Sanctis, que ahora figura entre los ministros de la secta de los Barbetos.

P. Basta, basta: no quiero saber mas. El solo pensamiento de tantas iniquidades horroriza. ¿No es posible reprobar la conducta de tantos millones de sacerdotes como hay derramados por todo el mundo, que se afanan con indecible empeño por salvar á las almas, haciendo con ellas oficios de padre y del mejor amigo, consolándolas y presándoles toda clase de auxilios, cuando vienen á patentizarles los senos mas ocultos de su corazon, en solicitud de paz y de tranquilidad verdadera! ¿No es posible reprobar la conducta de tantos millones de fieles y del sinnúmero de santos, que han frecuentado y frecuentan ahora el sacramento de la confesion, para mantenerse firmes en medio de su debilidad y conservarse siempre fieles á su Dios! ¿Y con todo eso se atreve á reprobarlos un religioso expulso, concubinario, y que traicionando su elevado puesto de párroco y pastor de las almas, se ha pasado al protestantismo haciéndose ministro de los Barbetos! ¡Oh! Todo esto horroriza y no puede uno menos que exclamar diciendo: *¿Cómo caíste, ó mas bien dicho, cómo te precipitaste del cielo, oh Lucifer!* En vista de semejante desgracia, tampoco es posible dejar de

pensar en la estrechísima cuenta que aquel infeliz tiene que dar á Dios dentro de breves días, que ciertamente pasará en medio de la angustia y del remordimiento mas atroz. (\*) Para concluir decidme ¿cómo puede gloriarse este desgraciado del infamante nombre de *apóstata*, que le dan todos los católicos, y tener la osadía de compararse con San Pablo, á quien los fariseos llamaron *apóstata* por haberse convertido al cristianismo?

R. La explicacion que da este infeliz, es como la de otro protestante, el cual, cuando le echaban en cara que seguia las doctrinas de Calvino, el cual fué estigmatizado, esto es, marcado con un hierro encandeido por sus infamias públicas, según las penas de aquel tiempo, respondia que Calvino habia sido *estigmatizado* y que se gloriaba de ello, como S. Pablo, cuando decia: *yo llevo en mi cuerpo las señales de las llagas de Jesucristo*. Tal es la respuesta del apóstata escritor del *Ensayo histórico dogmático*. He aquí una prueba mas de que todos los herejes son parecidos los unos á los otros.

(\*) En el presente año de 1874, acaba de dar en México un escándalo semejante, un D. José M. Gonzalez, eclesiástico extranjero, á quien el Ilmo. Sr. Obispo de Chiapas habia recibido benignamente en su Diócesis. Es digna de leerse la Pastoral que S. S. I. escribió contra aquel desgraciado.—*N. del T.*

## LECCION XIII.

*De la misa y del purgatorio.*

P. Sabemos que la misa es una renovacion del sacrificio que nuestro Señor Jesucristo ofreció en la cruz, cuya renovacion se verifica en nuestros altares, por medio de las palabras de la consagracion, que el sacerdote pronuncia sobre el pan y el vino. Ante todas cosas pregunto, ¿cómo puede renovarse un sacrificio que nuestro Señor Jesucristo ofreció una sola vez?

R. Muy bien puede ser; porque la oblacion de aquel sacrificio tiene lugar de un modo diverso. Me explicaré. En el sacrificio de la cruz, hubo derramamiento de sangre, y por esto se llama sacrificio cruento, y se verificó ademas la muerte de la víctima, como en todos los sacrificios de la ley antigua; mas el sacrificio del altar es incruento, es decir, no hay derramamiento de sangre, ni tampoco se verifica la muerte de la víctima.

P. No comprendo; explicaos con mas claridad. ¿Esta oblacion del sacrificio de Jesucristo, que se hace en el altar, es por ventura el mismo sacrificio de la cruz?

R. Sí, es el mismo; porque es la misma vic-

pensar en la estrechísima cuenta que aquel infeliz tiene que dar á Dios dentro de breves días, que ciertamente pasará en medio de la angustia y del remordimiento mas atroz. (\*) Para concluir decidme ¿cómo puede gloriarse este desgraciado del infamante nombre de *apóstata*, que le dan todos los católicos, y tener la osadía de compararse con San Pablo, á quien los fariseos llamaron *apóstata* por haberse convertido al cristianismo?

R. La explicacion que da este infeliz, es como la de otro protestante, el cual, cuando le echaban en cara que seguia las doctrinas de Calvino, el cual fué estigmatizado, esto es, marcado con un hierro encandecido por sus infamias públicas, según las penas de aquel tiempo, respondia que Calvino habia sido *estigmatizado* y que se gloriaba de ello, como S. Pablo, cuando decia: *yo llevo en mi cuerpo las señales de las llagas de Jesucristo*. Tal es la respuesta del apóstata escritor del *Ensayo histórico dogmático*. He aquí una prueba mas de que todos los herejes son parecidos los unos á los otros.

(\*) En el presente año de 1874, acaba de dar en México un escándalo semejante, un D. José M. Gonzalez, eclesiástico extranjero, á quien el Ilmo. Sr. Obispo de Chiapas habia recibido benignamente en su Diócesis. Es digna de leerse la Pastoral que S. S. I. escribió contra aquel desgraciado.—*N. del T.*

## LECCION XIII.

*De la misa y del purgatorio.*

P. Sabemos que la misa es una renovacion del sacrificio que nuestro Señor Jesucristo ofreció en la cruz, cuya renovacion se verifica en nuestros altares, por medio de las palabras de la consagracion, que el sacerdote pronuncia sobre el pan y el vino. Ante todas cosas pregunto, ¿cómo puede renovarse un sacrificio que nuestro Señor Jesucristo ofreció una sola vez?

R. Muy bien puede ser; porque la oblacion de aquel sacrificio tiene lugar de un modo diverso. Me explicaré. En el sacrificio de la cruz, hubo derramamiento de sangre, y por esto se llama sacrificio cruento, y se verificó ademas la muerte de la víctima, como en todos los sacrificios de la ley antigua; mas el sacrificio del altar es incruento, es decir, no hay derramamiento de sangre, ni tampoco se verifica la muerte de la víctima.

P. No comprendo; explicaos con mas claridad. ¿Esta oblacion del sacrificio de Jesucristo, que se hace en el altar, es por ventura el mismo sacrificio de la cruz?

R. Sí, es el mismo; porque es la misma vic-

tima, que es Jesucristo, quien está realmente presente en nuestros altares, y el que hace la oblation es tambien él mismo; porque aunque la hace el sacerdote que consagra, no la hace en su nombre, sino en nombre de Jesucristo; y en cuanto al modo con que su divina Majestad hace esta oblation, debe saberse que la oblation del altar, es distinta de la que tuvo lugar en la cruz, porque entonces Jesucristo era tambien hombre mortal y fué verdaderamente muerto é inmolado; mas ahora es impassible é inmortal, y por lo mismo ya no puede morir ni ser inmolado, sino solo *misticamente*.

P. Ya comienzo á comprender, pero no lo bastante. ¿Qué entendéis por esta palabra *misticamente*?

R. Escuchad. Como nuestro Señor Jesucristo ya no puede morir, porque despues de resucitado es glorioso é impassible, esa muerte y esa inmolacion que debe haber en todo sacrificio, solo puede tener aquí lugar de un modo *mistico*, es decir, que la muerte ó sea la separacion del cuerpo y de la sangre, viene á ser representada y significada por medio de la consagracion, que separadamente se hace del pan y del vino. Esto supuesto, hagamos ahora una sencilla reflexion. Las palabras que el sacerdote pronancia en nombre de Jesucristo, obran ó producen lo que ellas mismas significan. ¿Cuáles son esas palabras? Sobre el pan dice el

sacerdote: *Este es mi cuerpo*; y sobre el vino: *Esta es mi sangre*; y como esto lo dice en nombre de Jesucristo, que no puede engañarse ni engañarnos, debemos creer con una fé ciega, porque lo dice nuestro Señor Jesucristo y sin temor ninguno le equivocarnos, que en virtud de las palabras de la consagracion, el pan se convierte en su cuerpo sacramental y el vino en su preciosísima sangre; y como nuestro Señor Jesucristo es ahora inmortal é impassible, debemos creer con la misma firmeza de fé, que con el cuerpo está tambien la sangre y la divinidad, y con la sangre está igualmente el cuerpo y la misma divinidad, lo cual se verifica por *concomitancia inmediata*, como si dijéramos, por un acompañamiento necesario, porque lo uno no puede estar sin lo otro, es decir, el cuerpo y la sangre; y ademas la divinidad está allí por *union hipostática*, esto es, por la union personal del Verbo con la naturaleza humana; de todo lo cual resulta que la separacion solo se verifica en los dos símbolos del pan y del vino, pero no en la víctima, y esto es lo que se llama inmolacion *mística* ó muerte *mística*.

P. Pero decidme ¿cómo puede haber verdadero sacrificio sin una inmolacion real y verdadera? ¿Y cómo puede decirse que aquella inmolacion *mística* de que me habeis hablado sea el mismo sacrificio de la cruz?

R. Para contestar esta dificultad basta comprender bien lo que quiere decir sacrificio *verdadero*. Si por verdadero sacrificio se entiende un sacrificio *absoluto*, esto es, la inmolacion real y efectiva de la víctima, esta clase de sacrificio no se verifica en nuestros altares, porque en ellos no muere Jesucristo. Mas si por verdadero sacrificio se entiende un sacrificio *conmemorativo*, el cual muy bien puede verificarse sin que haya inmolacion real y efectiva y solo con la inmolacion mistica, esto es, por medio de la consagracion que separadamente se haga, primero del cuerpo y despues de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, esta clase de sacrificio sí se verifica en nuestros altares, y esto es cabalmente lo que se hace en la celebracion de la santa misa, y este sacrificio viene á ser una verdadera representacion ó conmemoracion del que tuvo lugar en la cruz, porque con la consagracion separada de ambas especies, se representa fielmente la separacion del cuerpo y de la sangre, que se verificó ó tuvo lugar en la cruz. En la misa está Jesucristo realmente presente, y no de cualquiera manera, sino como víctima, bajo dos especies ó símbolos realmente distintos, que son el pan y el vino, los cuales representan la separacion del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que fué inmolado ó sacrificado en el árbol de la cruz. Hay, por lo

mismo, todo lo que se necesita para un sacrificio real y verdadero. En efecto, dos son las cosas esenciales en todo sacrificio: la inmolacion y la oblacion ú ofrenda; y como ambas concurren en la celebracion de la misa, se infiere rectamente que el sacrificio de la cruz y el de la misa, no son dos sacrificios distintos, sino un mismo sacrificio; porque la misa es una continuacion del sacrificio de la cruz, en que se inmola ó sacrifica el mismo Jesucristo, que en ella fué sacrificado, y se ofrece á sí mismo como víctima el mismo Jesucristo, que en ella se ofreció. Tan es cierto que el sacrificio de la cruz y el de la misa son uno mismo, que si la oblacion que se hace en el altar, no tuviera una relacion íntima y necesaria con la inmolacion real de Jesucristo en la cruz, el sacrificio de la misa de ninguna manera podia llamarse sacrificio.

P. Antes de pasar adelante, quisiera que me dijeseis si todo lo que habeis expuesto, se puede declarar y confirmar por medio de la Biblia.

R. Con mucho gusto. Sabeis muy bien que en la antigua ley estaba mandado que el sumo sacerdote ofreciera una vez en el año un sacrificio solemne, en expiacion por los pecados de todo el pueblo, y que este sacrificio era una figura del que Jesucristo habia de ofrecer de sí mismo. Sabeis igualmente que en aquel sacrificio solem-

ne, el sacerdote inmolaba la víctima fuera del santuario y despues entraba en él rociándolo con la sangre de la víctima, y de esta manera hacia á Dios la oblation de ella. Ved, pues, como en este sacrificio concurren las dos partes esenciales, que son la inmolacion y la oblation. No es necesario, para que haya verdadero sacrificio, que la oblation se liaga antes de la inmolacion de la víctima ó despues, ni que se verifique al tiempo mismo de inmolarla.

P. Haced ahora la aplicacion á nuestro caso.

R. Escuchad. Nuestro Señor Jesucristo, enya venida al mundo fué para ofrecerse como víctima por nuestros pecados en el árbol de la cruz, en el momento de su encarnacion, como dice el Apóstol, hizo el ofrecimiento ó la oblation de sí mismo al Eterno Padre; en la última cena, poco antes de ser inmolado, renovó aquella oblation; y habiendo vuelto á los cielos despues de su pasion santísima, sigue renovando la misma oblation y mostrando á su eterno Padre sus sagradas llagas y rogando siempre por nosotros, como dice el mismo Apóstol; y este ofrecimiento que hace de su inmolacion ó sacrificio obrado en la tierra, lo sigue renovando sobre nuestros altares por ministerio de los sacerdotes, suplicando constantemente al eterno Padre en favor nuestro.

P. Confieso que es verdaderamente grandiosa

esta idea que me habeis dado del sacrificio de la misa. Pero yo quisiera que expusierais las pruebas que, de esta sublime verdad, se pueden tomar de la Sagrada Biblia; porque bien sabeis que con los discípulos del *puro Evangelio*, es decir con los herejes protestantes, si no se cita á cada paso la Biblia, nada se avanza.

R. Yo no trato de convencer á los discípulos del *puro Evangelio*: seria tiempo perdido. El mal de ellos está en la voluntad y en el corazon. Si quereis persuadir de la Divinidad de Jesucristo, con solo la Biblia, á los socinianos y á los racionalistas, no avanzareis un solo paso, aunque disputareis por toda la eternidad. Los protestantes que se dicen *ortodoxos*, que á la verdad son muy pocos, aseguran que todo lo encuentran en la Biblia; y si á estos mismos se les quiere probar por medio de ella la verdad del sacrificio de la misa, tampoco se avanza nada y nos quedamos como con los socinianos y los racionalistas. Sin embargo, la verdad de aquel augusto sacrificio, se puede demostrar hasta la evidencia por medio de la Biblia. Porque supuesto que el sacrificio de la misa consiste en la separacion mística del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, como ya lo he demostrado; y que Jesucristo se encuentra, en estado de víctima, realmente presente en nuestros altares, como lo estuvo en la noche de la ce-

na, es evidente que una vez admitida la presencia real de Jesucristo en aquellos símbolos distintos entre sí y que representan su preciosa muerte en la cruz, no se puede negar que en la institución de la eucaristía, la cual consta expresamente en la Biblia, se debe reconocer la verdad del sacrificio de nuestros altares; porque Jesucristo dijo expresamente á sus discípulos: *Haced esto en memoria de mí.*

P. ¿Pero qué, Jesucristo, en la noche de la cena, al instituir la eucaristía, pronunció algunas palabras, que indicaran que su intencion era ofrecer un sacrificio?

R. Sin duda alguna. En efecto, despues de haber consagrado el pan convirtiéndolo en su sacratísimo cuerpo, al entregarlo á sus discípulos les dijo: *este es mi cuerpo, que es dado por vosotros,* ó como dice el texto griego: *este es mi cuerpo, que se sacrifica ó se sacrificará por vosotros en la passion.* De la misma manera, despues de haber consagrado el vino convirtiéndolo en su preciosa sangre, dijo á sus discípulos: *esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos se derrama ó se derramará en remision de los pecados.* Estas palabras de la consagracion del cáliz, como observa muy bien un docto protestante, no solo denotan que la sangre del Salvador estaba realmente presente, sino que por virtud de

ellas mismas se obró el sacrificio, y por esto las llama *sacrificiales* y son precisamente con las que declara Jesucristo la nueva *alianza*, aludiendo á las que pronunció Moisés, cuando en la alianza antigua celebrada en el desierto, roció con la sangre de las víctimas al pueblo y el libro de la ley, para ratificar solemnemente el pacto ó alianza celebrada entre Dios y el pueblo de Israel. Dichas palabras demuestran, por consiguiente, que Jesucristo en la noche de la cena ofreció un verdadero sacrificio; y supuesto que nuestros sacerdotes hacen precisamente en nombre de Jesucristo, lo mismo que les ordenó su Majestad que hicieran, diciéndoles: *haced esto en memoria de mí;* se infiere claramente que ellos ofrecen sobre nuestros altares un verdadero sacrificio. Podria confirmarse todo lo dicho con otros textos de la Biblia, principalmente con la autoridad de S. Pablo y con la profecía de Malaquias que dice, que un sacrificio nuevo vendria á destruir los sacrificios antiguos, el cual se ofreceria del oriente al occidente, es decir, en todo el mundo, y que con él se tributaria honor á Dios en todas las naciones, lo cual solo se verifica por medio del sacrificio eucarístico; podria tambien confirmarse con la doctrina universal de la Iglesia en todos los siglos y aun con la confesion, que, de esta verdad, no han podido menos que hacer no pocos protestantes; pero nada de esto es

necesario, supuesto que todos convienen, aun los mismos racionalistas, en que, en la noche de la cena y por medio de las dos especies distintas de pan y vino, fué representada la muerte sangrienta del Salvador; y esto es suficiente, como lo he demostrado, para probar la verdad de nuestro sacrificio, una vez admitida la real presencia de la víctima.

P. Quedo convencido y comprendo perfectamente, toda la solidez de los fundamentos con que se demuestra esta verdad católica. Sin embargo, he oído decir que la misa es injuriosa al sacrificio de la cruz, como si este no fuera bastante para la remisión de los pecados y tuviera necesidad de un suplemento; lo cual es contrario á lo que enseña el Apóstol cuando dice que Jesucristo, *con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado, y que donde ha tenido lugar el perdón, ya no hay necesidad de ofrecer á Dios hostias y víctimas por los pecados.* Además, el mismo S. Pablo dice que en el Nuevo Testamento no hay sacerdotes, que puedan considerarse como sucesores de Jesucristo; en la antigua ley había esa sucesion porque iban muriendo; pero Jesucristo no muere, porque es Sacerdote eterno. ¿Cómo se combina todo esto?

R. Muy fácilmente. Es necesario no confundir el sacrificio *meritorio de expiacion y redencion,*

con el sacrificio de *aplicacion.* Los discípulos del *puro Evangelio,* á semejanza de los judíos, confunden un sacrificio con otro, porque han perdido la clave necesaria para la inteligencia de la Biblia, no obstante que sin cesar hablan de ella y siempre la llevan consigo. No ha habido mas que un solo sacrificio de expiacion y redencion, que fué el de la cruz, y de este habla el Apóstol; pero este mismo sacrificio se multiplica y se multiplicará hasta el fin del mundo, por la aplicacion que se hace de sus frutos á cada uno en particular. Los protestantes no se han atrevido á negar que por el bautismo y por la *cena* (así llaman á la comunión), se nos imputan, como ellos dicen, los méritos de Jesucristo, mediante la fé; ó como nosotros decimos, se nos aplican los méritos del Salvador; de lo cual se infiere que nosotros y ellos confesamos, que Jesucristo mereció y alcanzó en favor nuestro el perdón de nuestros pecados, por medio del sacrificio de la cruz. Luego así como no son injuriosos al sacrificio de la cruz el bautismo y la eucaristía, tampoco debe ser injurioso al mismo sacrificio, el sacrificio que ofrecemos en nuestros altares. No basta que una fuente esté derramando sus aguas; se necesita además que por medio de vasijas ó de alguna otra manera la recojamos para destinarla á nuestro servicio; pues bien, la vasija para recoger esa agua, por expli-

carme de esta manera, ó el canal por donde la divina gracia viene hasta nosotros desde las fuentes del Salvador, son los sacramentos y el sacrificio de la misa. Los que celebran este divino sacrificio no son propiamente los sacerdotes, sino que lo celebra el mismo Jesucristo, sacerdote único, por medio de ellos como ministros. Los sacerdotes sirven á Jesucristo, que es el verdadero sacerdote, para celebrar este misterio de amor y fuente inagotable de gracia. Si se les llama sacerdotes, es tomando la palabra en un sentido mas lato, por quanto á que obran en nombre del sacerdote eterno, que es Jesucristo.

P. Siendo esto así, pregunto ¿quién pudo sugerir á Lutero la abolición que hizo de la misa, con cuyo divino sacrificio se tributa honor á Dios, se aplaca su justicia, se le manifiesta nuestro reconocimiento por sus beneficios y se alcanzan innumerables gracias, particularmente la del dolor necesario para obtener el perdón de nuestros pecados en el sacramento de la penitencia?

R. El diablo fué quien le sugirió semejante pensamiento. Así lo dice terminantemente el mismo Lutero, y ningún protestante se ha atrevido á negarlo. No podía esperarse otra cosa de aquel enemigo jurado de Dios, envidioso del honor que se le tributa en el augustó sacrificio de nuestros altares y de los innumerables bienes que

por su medio descenden sobre nosotros de la divina clemencia. Lutero, que no quiso creer á la Iglesia, sí creyó al diablo; y de aquí se infiere rectamente que todos los protestantes, por el mismo hecho de negar la misa, son con toda propiedad y en el sentido rigoroso de la palabra, DISCÍPULOS DEL DIABLO. ¡Qué vergüenza para los protestantes!

P. Ya comprendo por qué razon el De Sanctis dice que quiere escribir contra la misa, que, sabe Dios como la celebró por tantos años. En lo que si me parece que no va acertada la Iglesia católica, es en la manera de celebrar el santo sacrificio; porque manda que se haga en lengua latina, la cual no entiende el pueblo. Para que este pudiera sacar todo el fruto que era de esperarse, sería muy conveniente que la misa se celebrara en lengua vulgar, á fin de que por este medio pudiera el mismo pueblo unir sus oraciones y súplicas con las del sacerdote.

R. ¡Cómo se conoce que vos sois uno de tantos que solo miran las cosas muy por encima! Ante todo es preciso observar que cuando la Iglesia estableció su liturgia en el tiempo de los Apóstoles, lo hizo en la lengua propia de aquellos pueblos á quienes se había predicado la fé, y por esto adoptó el latin para los romanos; y el griego para los griegos, y á este modo se acomodo-

dó al idioma de cada nacion. Lo mismo hizo mas adelante cuando fué predicado el Evangelio entre los sirios, los egipcios, los armenios, los persas, los árabes y otros pueblos, y otro tanto practicó en la edad media con todas aquellas naciones que hablaban la lengua Slava; pero una vez fijado el idioma de la liturgia, la Iglesia lo conservó sin hacer mutacion ninguna. Los pueblos, con el transcurso de los siglos mudaron de idioma; mas la Iglesia no tuvo cambio ninguno, y he aquí la razon de por qué no solo en la occidental, sino tambien en las Iglesias orientales, el idioma de la liturgia vino á ser, con el tiempo, un idioma desconocido para el pueblo; pero esto de ninguna manera se debe atribuir á la Iglesia sino á los mismos pueblos.

P. Muy bien. ¿Mas por qué razon la Iglesia no se acomodó á los cambios del lenguaje?

R. Por muchas y graves razones. La primera es porque una lengua muerta, como llamamos á las antiguas, no está sujeta á variaciones, y por lo mismo, las palabras de que se compone no son susceptibles de cambio, y esto precisamente conviene mucho para conocer la verdad de la antigua fé. Las lenguas vivas, por el contrario, están sujetas á frecuentes mutaciones; y si la liturgia tuviera que acomodarse á ellas, habria necesidad de renovarla de tiempo en tiempo, con inmenso tra-

bajo y con gran peligro de la fé. En segundo lugar, no seria bastante traducir la misa en la lengua de una nacion, sino tambien en los innumerables dialectos de cada país, porque la gente del campo y la plebe, por lo comun, no entienden el lenguaje mas culto, lo cual seria tambien un gran inconveniente. En tercer lugar, la unidad de la lengua ayuda mucho á la unidad de fé y á la comunicacion ó correspondencia de los pastores entre si. En cuarto lugar, hay en la liturgia muchos trozos del antiguo y del nuevo testamento, y si esta hubiera de traducirse en tantas lenguas y dialectos, seria necesario cambiar á cada momento la traduccion de la Escritura santa con peligro de innovaciones. Por último, en todas partes se ha proveido suficientemente á la devocion del pueblo con libros escritos en lengua vulgar, en que se encuentra la traduccion y explicacion de la misa y de las preces litúrgicas.

P. Ya veo que teneis alguna razon. Digo alguna, porque, sea lo que fuere, siempre me parece de mucho peso lo que S. Pablo escribe en contrario. El santo Apóstol dice en una de sus cartas, que si en las reuniones cristianas se habla una lengua peregrina ó extranjera, la gente poco entendida no podrá responder *Amen* al tiempo de la bendicion, porque no comprenderá las palabras del que bendice.

R. Este es un argumento viejo, que al derecho y al revés siempre han venido poniendo los protestantes ó discípulos del *puro Evangelio* y hasta los incrédulos, que no creen las divinas Escrituras. El texto que habeis citado de S. Pablo, nada tiene que ver con la cuestion de que se trata. El Apóstol no habla de la liturgia ó celebracion de los sagrados misterios, habla solamente de las reuniones ó congregaciones cristianas. A ellas concurrían algunas personas, que, como sucedia en aquellos tiempos primitivos, tenían el don de lenguas y solian abusar de él, por un espíritu de vanidad y sin ningun provecho. Por esta razon el Apóstol da la regla á que se deben sujetar, amonestándolos á que jamas usen de lengua extraña, á no ser en los casos en que hubiere un motivo justo para ello. Ademas la lengua latina no es una lengua tan extraña para nuestro pueblo. (\*) A ella está acostumbrado desde su infancia; oye y por lo comun entiende los textos latinos, que con frecuencia se citan en los sermones; muchos, desde su primera edad, estudian los rudimentos de la lengua latina; y fuera de todo esto, siempre les explican sus pastores el sentido de aquellos textos. Por otra parte, las mismas ceremonias de que usa el sacerdote, son un lenguaje elocuente que ha-

(\*) Habla el autor de los pueblos de Italia. N. del T.

bla á los sentidos; y con esto solo basta para que se unan al mismo sacerdote en espíritu de piedad y devocion. Pero no quiero que me creais solo bajo mi palabra acerca del verdadero sentido del texto del Apóstol, que habeis citado. Cuanto he dicho está fundado en la autoridad de los intérpretes católicos; y muchos protestantes y racionalistas no han podido menos que confesar la verdad en esta parte, como son, entre otros, Bardilio, Storrio, Doerdelein y Rosenmüller.

P. Generalmente se oye decir que la misa no es mas que un comercio, un verdadero tráfico para los padres. ¿Qué hay sobre esto?

R. Explicaos con mas claridad.

P. ¡Cómo! ¿Pues qué no sabeis lo que todo el mundo sabe? ¿Ignorais por ventura que los padres se hacen pagar las misas que celebran, y que comercian con la sangre de Jesucristo, bajo pretexto de librar las almas del purgatorio? Hasta los mismos Papas fomentan la avaricia de los padres, concediendo á algunos altares el privilegio de que por cualquiera misa, que en ellos se celebre, se saca alma del purgatorio. De estos dos artículos: misa y purgatorio, han formado los padres su comercio, con que están llenando el bolsillo á costa de los simples, que se dejan engañar de ellos.

R. Poco á poco. Vamos á examinar separadamente cada cosa. Yo nunca he oido decir que

las misas se paguen; lo que sé es, que se dan limosnas por la celebracion de las misas. Estas limosnas son para el sustento de los sacerdotes, los cuales no solo tienen alma, sino tambien cuerpo. ¿Y de quién han de recibir lo necesario para la vida, sino de los mismos fieles, á cuyo servicio están consagrados? El Apóstol S. Pablo dijo: *el que al altar sirve, del altar debe vivir.* Dios mismo, en la ley antigua, proveyó suficientemente á esta necesidad de los sacerdotes y de los levitas, asignándoles los diezmos y una parte de la carne de los animales, que se ofrecian en sacrificio. En la ley nueva, en que aquellos sacrificios fueron substituidos con el sacrificio eucarístico, los fieles de los primeros tiempos ofrecian á los sacerdotes pan, vino, harina y otras varias cosas, que servian para su sustento y para el mismo sacrificio. Con el tiempo, fueron cesando esta clase de oblaçiones, y los mismos fieles las substituyeron con las limosnas, que ahora se acostumbra. Hé aquí el origen de la limosna que se da por las misas.

P. Esto es muy justo y racional; porque los sacerdotes tambien han menester de lo necesario para la vida; pero no es esto á lo que yo me contraigo, sino á la codicia, al tráfico y al abuso que se hace de las limosnas.

R. La codicia, el tráfico y el abuso, si es que los hay, yo tambien los detesto lo mismo que vd.;

y acaso mas. Los Sumos Pontífices siempre han procurado impedirlo con la mayor diligencia. Pero si de presente hay algun abuso ¿acaso por esto se debe condenar la cosa en sí misma? No seria cordura que por algunos cuantos abusos, y abusos exagerados por la gente perversa y mal intencionada, se suprimiera una cosa tan justa y tan conforme á la ley divina y natural, como es el sostenimiento del clero, que vive consagrado al bien espiritual de los fieles.

P. Lo comprendo perfectamente y me parece muy puesto en razon; tambien los ministrillos de los protestantes son sostenidos por los afiliados en sus sectas y se hacen pagar todos los oficios que desempeñan, y en algunas partes hasta la asistencia á los moribundos y las prédicas que hacen al pueblo. Para cubrir de vergüenza á estos hipócritas ministros del *puro Evangelio*, que reprueban á los sacerdotes católicos la pequeña limosna, que reciben por una misa, basta saber lo que pasa en Inglaterra, donde la *modesta* renta del clero protestante está calculada en ocho millones de libras esterlinas por año, que hacen CUARENTA MILLONES DE PESOS, fuera de otras muchas *buscas*; y á la verdad, poco ó nada se ocupan de la instruccion de sus súbditos, que viven sumergidos en los vicios y en la mas deplorable ignorancia, al grado de que muchos no saben ni quién los crió, ni

quién es Jesucristo, ni cuántos dioses hay. ¿Pero decidme: cómo se contesta á la observacion que muchos hacen sobre las misas que se celebran en altar privilegiado, con las cuales dicen que se saca alma del purgatorio? ¿Qué no es esto una superstición y un error muy grosero?

R. Es una superstición y error grosero para los que no miran las cosas como deben. ¿Qué dan á entender los Romanos Pontífices cuando declaran que un altar es privilegiado, y que celebrando en él la misa, se saca alma del purgatorio? No hacen otra cosa mas que conceder una indulgencia plenaria, aplicable á una alma del purgatorio en particular, es decir, aplican los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo, cuanto es bastante para satisfacer por la pena, que aun tuviera que sufrir aquella alma por sus culpas pasadas. Esta condonacion ó perdon de la pena, que se hace por modo de sufragio, Dios puede aceptarla ó no aceptarla, y puede aceptarla en parte ó en todo, segun la disposicion en que se hallaba aquella alma al salir de este mundo; y puede tambien aceptarla en favor de otras almas segun fuere de su divino agrado, supuesto que no ha hecho ninguna promesa sobre tal aceptacion. De aquí resulta que es del todo incierto si en igualdad de circunstancias, la condonacion ó perdon de la pena, favorece mas al alma, por quien se ofrece la misa, que

á las otras; todo depende de la sabiduría, bondad y justicia de Dios. He aquí cómo debe entenderse y como entienden los fieles la gracia de altar privilegiado.

P. Perfectamente. Supuesto que el Papa ha recibido de nuestro Señor Jesucristo la facultad de conceder indulgencias, como se demuestra por medio de la Biblia y con el uso constante y universal de la Iglesia, no hay inconveniente ó repugnancia, para que pueda tomar del tesoro de los merecimientos del mismo Jesucristo, que le ha sido confiado en toda su plenitud por su divina Majestad, juntamente con el poder de las llaves del reino de los cielos, no hay inconveniente, digo, para que pueda tomar cuanto es necesario y ofrecerlo á Dios por modo de súplica para descontar, por decirlo así, la pena que una alma esté debiendo en el purgatorio. Sin embargo, yo quisiera saber cómo se demuestra por medio de la Biblia la existencia del purgatorio.

R. ¡Desgraciados de nosotros si no hubiera purgatorio! No podria satisfacerse con tanta facilidad la pena merecida por la muchedumbre de pecados veniales en que caemos cada dia. La Biblia nos dice que al cielo no ha de entrar *cosa manchada*. Siendo esto así, ¿cómo se podria satisfacer por las penas gravísimas merecidas por nuestros pecados? En el sacramento de la peni-

tencia, los pecados se perdonan en cuanto á la culpa; pero todavía queda una pena temporal que sufrir por ellos. Esta pena temporal tiene que pagarse ó en esta ó en la otra vida. Casi siempre sucede que no podemos ó no queremos pagarla en esta, ya porque no hemos hecho penitencia suficiente, ya porque el hombre pasa repentinamente á la otra vida sin haber tenido tiempo de hacer penitencia, ó ya por último, porque su conversión fué al partir de este mundo. Esta tambien es una mancha, y con manchas no se entra al cielo. Luego, en vista de todo esto, no queda mas camino que: ó desesperar de la salud eterna ó admitir la existencia de un lugar de expiacion, en que se puedan pagar tales deudas y limpiarsé tales manchas. Este lugar es el que llamamos purgatorio, en que las almas se purifican para hacerse dignas de presentarse delante de Dios, que es la santidad por esencia. Dios muy bien podia perdonarnos toda la pena juntamente con la culpa; pero no ha querido hacerlo así; y si no ha querido, tendrá sus muy buenas razones para ello, y ciertamente no son los protestantes los que han de hacer cambiar á Dios su eterna voluntad. Su divina Majestad, por otra parte, nos ha inculcado la necesidad de padecer y sufrir por nuestros propios pecados, y por eso nos dice terminantemente: *si no hicieris penitencia todos perecereis.*

P. Muy bien. Pero hasta ahora no habeis demostrado la existencia del purgatorio por medio de la Biblia.

R. Voy á demostrarla. Leemos en el libro segundo de los Macabeos que Júdas, aquel ilustre y valeroso caudillo del pueblo de Dios, hizo una gran colecta de limosnas, y las mandó á Jerusalem para que se ofrecieran sacrificios, como una expiacion por los que habian muerto en la batalla de Jamnia, y el escritor sagrado añade: *Es un pensamiento muy santo y saludable rogar por los difuntos para que sean libres de sus pecados.* Hé aquí en este pequeño trozo de la Biblia, demostrado con toda claridad el dogma de la existencia del purgatorio; porque, en primer lugar, por él vemos que en la ley antigua se ofrecian sacrificios por la expiacion de los pecados de los difuntos; segundo, tal expiacion era por los que habian pasado á la otra vida en estado de gracia, ó como dice el sagrado texto por los que habian muerto *piadosamente*; tercero, de aquí se infiere como consecuencia natural, que aquellos sacrificios, no eran por los que ya habian entrado al cielo, porque estos no tienen necesidad de expiacion, tanto mas cuanto que antes de la venida del Salvador, las almas no entraban inmediatamente en el goce de la vision beatifica; ni tampoco eran ofrecidos por los que ya estaban en el infierno, porque allí no hay lugar á

la expiacion; luego se infiere rectamente que aquellas oraciones y sacrificios se ofrecian por las almas que estaban detenidas en el purgatorio.

P. Pero yo he oído decir que los protestantes no admiten como divinos los libros de los Macabeos.

R. Si los protestantes son unos necios, ¿qué les vamos á hacer? ¿Quién sino la Iglesia nos ha de decir cuáles son los libros sagrados? La Iglesia nos presenta como divinos los libros de los Macabeos; los protestantes dicen que no lo son. ¿A quién hemos de creer? ¿A la Iglesia, que es depositaria y da testimonio de la revelacion divina; ó á los rebeldes protestantes nacidos ayer? Los protestantes hacen ahora lo que han hecho los herejes de todos los tiempos. Si pueden servirse, con alguna apariencia en su favor, de los textos de la divina Escritura, arguyen con ellos á los católicos; y si no pueden, entonces con la mayor osadía rechazan y no quieren admitir como divinos aquellos libros en que están condenados sus errores. Así lo hacian los antiguos Gnósticos y los Maniqueos, y así lo hacen los Barbetos y todos los protestantes. También en el santo Evangelio consta que nuestro Divino Salvador habló de algunos pecados que no se perdonarán ni en esta, ni en la otra vida; y de esto se infiere que así como hay pecados que se perdonan en este mundo, tambien los hay que se per-

donan en el otro; y como sabemos que en el otro mundo ya no hay lugar al perdon de los pecados mortales en cuanto á la pena, de aquí tambien se deduce la necesidad y existencia del purgatorio. Prescindiendo de otros textos semejantes de la divina Escritura, diré por último, en comprobacion de esta verdad, que la práctica constante de la Iglesia es un poderoso argumento á su favor. En efecto, segun el testimonio de Tertuliano, desde los tiempos primitivos ya se ofrecian sacrificios por los difuntos, y es de advertirse que aquel escritor hablaba en el segundo siglo de la Iglesia, como de una práctica universalmente recibida. Verdaderamente es muy extraño que los herejes, que como hemos dicho, nacieron ayer, tengan valor para negar una verdad que está fundada sólidamente en la Biblia; que ha sido reconocida y practicada por toda la antigüedad cristiana; que estimula á los fieles á mostrar su reconocimiento y gratitud para con sus amigos que sufren algun padecimiento, y que robustece los fundamentos del dogma de la inmortalidad del alma. La misa, si bien es uno de los principales medios que tenemos para ofrecer sufragios por las almas del purgatorio, no es el único, porque la Iglesia tambien nos enseña que podemos hacerlo por medio de limosnas, ayunos y otras buenas obras hechas en gracia de Dios.

## LECCION XIV.

*Del culto y de la invocacion de los santos.*

P. ¿De qué proviene que todos los herejes, pero particularmente los protestantes, sean tan opuestos á la Sma. Virgen y á los santos, que jamas quieren ni venerarlos ni invocarlos?

R. Esto es muy fácil de explicarse. En primer lugar, el que no ama al hijo, ni le tributa el honor que le es debido, no puede amar ni honrar á la madre; y el que no ama al Señor, tampoco puede amar á sus siervos. La segunda razon es, porque los protestantes no pertenecen á la misma comunión á que pertenece la Sma. Virgen y los santos. Estos fueron hijos obedientes de la Iglesia, y por el contrario los protestantes son sus hijos rebeldes y le hacen una guerra á muerte. La tercera razon es, porque la vida de los santos y la práctica de sus virtudes, forman un notable contraste con la vida y costumbres de los herejes. La cuarta razon es, porque los protestantes saben y conocen que han de estar separados de los santos por toda la eternidad, y que los mismos santos serán para ellos un objeto de odio y de envidia por todos los siglos. La quinta razon es, porque

así como aborrecen y persiguen á los santos cuando viven en este mundo y caminan para el cielo, de la misma manera los odian cuando ya murieron para el mundo y reinan con Cristo en el cielo. En este odio á la Santísima Virgen y á los santos están de acuerdo con las gentes corrompidas del siglo, con los incrédulos y con los libertinos, que son enemigos jurados de los santos. Así lo dice terminantemente la divina Escritura: *el pecador ve al justo y se empeña en mortificarlo; se llena de furia contra él y rechina sus dientes.*

P. Me parecen muy fundadas todas las razones que habeis expuesto. Sin embargo, los protestantes dan otros motivos de su odio á la Santísima Virgen y á los santos.

R. ¿Cuáles son esos motivos?

P. El primer motivo para no honrar á los santos, dicen que es el de reservar todo el honor á Dios y á Jesucristo solamente. Por esto acusan de idolatría á los católicos, porque dicen que quitan á Dios parte del honor que se le debe por darlo á la Virgen y á los santos.

R. ¡Por cierto de su ternura y de su celo para con Dios! ¡Con que para honrar al hijo es menester despreciar á la madre; para honrar al Rey es necesario maltratar á los ministros, y para honrar al Señor es necesario ultrajar á los que le

sirven! A la verdad que esta es una doctrina muy singular. Yo siempre he oido decir todo lo contrario, esto es, que el medio mas oportuno para dar á conocer el aprecio y la estimacion que se tiene al hijo, es honrar á la madre, y para demostrar el que se tiene al príncipe ó al señor, lo mas á propósito es honrar á sus ministros y á todos los que de ellos dependen. Aun los mismos protestantes observan esta conducta en su vida pública y social; solamente con Dios y con su divino Hijo Jesucristo observan la conducta contraria. Mas en esto mismo llevan su merecido castigo, porque la mayor parte de ellos vienen á parar en negar por completo á Dios, negar la divinidad de Jesucristo y hasta la existencia histórica de nuestro adorable Redentor. Siendo esto así, ¿cómo tienen los protestantes el valor de decir que los católicos cometemos un acto de idolatría, euando tributamos honor á los santos y á la Virgen, supuesto que, como es en realidad, les tributamos tal honor como á siervos de Dios, amigos de Dios y criaturas de Dios, favorecidas y honradas por el mismo Dios? con lo expuesto quedareis persuadido de que esta primera razon no vale nada. ¿Hay alguna otra?

P. La segunda razon la toman los protestantes de la misma Biblia, como ellos dicen, pues aseguran que en ninguno de los libros sagrados

que la componen, se encuentra vestigio ó señal alguna del culto de los santos; y como segun ellos, no se debe dar crédito á ninguna cosa que no esté contenida en la Biblia, de aquí infieren que no debemos creer en el culto de los santos.

R. Si los protestantes no quieren reconocer como palabra de Dios, mas que lo que se contiene en la Biblia, allá se las avengan. En cuanto á nosotros los católicos, estamos persuadidos de que ademas de la palabra de Dios escrita en la Biblia, hay otra que no está escrita, y es la que nos ha venido de Dios mismo por la tradicion, y tiene igual autoridad que la palabra de Dios escrita, precisamente porque nos ha venido de Dios. Esto supuesto, digo que toda la tradicion, desde los tiempos apostólicos, nos enseña que siempre ha estado en práctica el culto de los santos. Se encuentran, en efecto, testimonios patentes de esta práctica, en las actas del martirio de S. Policarpo y en las de S. Ignacio, ambos discípulos de los apóstoles, así como en las de S. Pionio y en otras muchas de aquellos tiempos. Consta igualmente que todos los años se celebraban en tiempo de la primitiva Iglesia, las fiestas del natalicio de los mártires, en los cementerios, en las catacumbas y en los oratorios, en que acostumbraban reunirse los cristianos. Consta tambien esta práctica de la conducta observada por los maniqueos, herejes de

aquellos tiempos, los cuales en el tercero y cuarto siglo, reprobaban á la Iglesia católica el que tributara culto á los santos. Consta, por último, de los monumentos eclesiásticos erigidos por los fieles, en todas las edades de la Iglesia, en honor de los mismos santos.

P. Este es un argumento muy vigoroso, á que ciertamente nada pueden contestar los protestantes. Sin embargo, yo deseo saber si es cierto, como ellos dicen, que no se encuentra en la Biblia vestigio alguno del culto de los santos.

R. No solamente hay en la Biblia señales patentes del culto de los santos, sino que en ella misma se habla, de la manera mas terminante de dicho culto. En efecto, Moisés recomendó á los israelitas, en nombre de Dios, el honor y el respeto al ángel que el mismo Dios les habia dado por guia de su peregrinacion en el desierto. Josué se postró delante del ángel que se le apareció en el campo y *lo adoró*, esto es, le tributó un verdadero culto, porque la *adoracion*, en el sentido estricto de la palabra, solo se debe á Dios. Aquel tercer enviado del rey Ococías que iba con sus cincuenta hombres á traer á Elías, se postró delante de este profeta, honrándolo como á *hombre de Dios*, es decir, como santo. Lo mismo hizo la Sunamitis con el profeta Eliseo, de la cual se lee que se postró hasta la tierra y lo honró igualmente

te como santo por los milagros que obraba, y lo mismo hicieron otros muchos, como puede verse en distintos lugares de la divina Escritura. He aquí el culto de los ángeles y de los santos ordenado y practicado, segun el testimonio de la Biblia, por hombres igualmente piadosos y santos. El modo de tributarles este culto es asunto puramente de disciplina, y á la Iglesia es á quien le corresponde arreglarlo.

P. No sé qué cosa se pueda contestar en vista de lo que habeis expuesto. Sin embargo, los protestantes alegan una tercera razon, y es, que la Biblia, por lo menos de un modo indirecto, reprueba y condena el culto de los santos, y se fundan en aquellas palabras del Apóstol S. Pablo que dice: *solo á Dios es debido el honor y la gloria*, y de aquí infieren que el culto de los santos está prohibido por la Biblia. Dicen, ademas, que el mismo Apóstol exhorta á los colosenses á que se precavan de tributar culto á los ángeles; reprueba este culto como tradicion puramente humana y les encarece que vivan con mucho cuidado para no dejarse seducir. En esto, como veis, se presenta una nueva dificultad. ¿Cómo se contesta?

R. La dificultad solo es aparente. En cuanto á la primera parte de la objecion, digo, que el apóstol en el lugar citado, habla del culto supremo que llamamos *de latria*, que es el que se debe

dar á solo Dios como supremo Señor y criador del cielo y de la tierra; y S. Pablo en las palabras ya citadas, lo que reprueba es la idolatría, es decir, el culto de los dioses falsos, pero no el culto de los santos. En el mismo sentido habló Moisés y repitió Nuestro Señor Jesucristo diciendo: *á solo Dios adorarás y á El solo servirás.* ¿Qué tiene que ver el culto de los falsos dioses, con el honor que los católicos tributamos á los santos como á siervos de Dios, como criaturas de Dios, á quienes no se honra por lo que son en sí, sino solo con relacion á Dios, que tanto los honra con su amistad? En esto precisamente consiste el culto que llamamos *de dulia*, que es el que se tributa á los siervos de Dios. Si tuviera alguna fuerza este argumento de los protestantes, tendríamos que abstenemos de honrar á nuestros padres, y sin embargo, Dios dice: *honrarás á tu padre y á tu madre.* Tampoco deberíamos honrar á los soberanos y á todos aquellos que están constituidos en alguna dignidad sobre la tierra; y sin embargo el mismo Apóstol, hablando de esta clase de personas, decía á los primeros cristianos: *dadle honor á aquellos á quienes les es debido.* Finalmente, tendríamos que negar el honor á los magistrados y á los amigos del monarca, porque si los honráramos, en esto mismo cometíamos un crimen de lesa-majestad contra el mismo monarca. ¡Qué necesidades! ¡Qué desatinos!

P. Decidme: ¿pues qué el sacrificio de la misa no es, aun para los mismos católicos, un acto de culto supremo, el cual se debe á solo Dios? Pues sin embargo de eso, es cosa muy sabida que los católicos hablan de misas en honor de los santos; luego, por lo menos en esta parte, son culpables de idolatría.

R. Los católicos, á la verdad serian idólatras si ofrecieran á los santos el sacrificio de la misa. ¿Pero cuándo han cometido semejante despropósito? Esta es una calumnia que ya les habian levantado los maniqueos desde en tiempo de San Agustin y de San Gerónimo. Hé aquí lo que respondia S. Agustin á Fausto maniqueo: «El sacrificio se ofrece á Dios en honor de los santos, que son siervos suyos.» y hablando á su pueblo le decía: «¿Habeis oido alguna vez que el sacerdote diga: *á ti os ofrecemos Pedro, Pablo ó Andrés?* No lo habeis oido por cierto; porque esto jamás se hace ni se dice.» San Gerónimo, dirigiéndose á Vigilancio, le decía: ¡Oh necio! ¿Quién te ha dicho que nosotros adoramos á los mártires? Pues lo mismo que respondian aquellos Padres de la Iglesia á los discípulos del *puro Evangelio*, que habia en su tiempo, respondo yo á los discípulos del *puro Evangelio* de nuestros tiempos. El sacrificio de la misa jamás se ha ofrecido, ni se ofrece, sino solo á Dios, y aunque se hace conmemo-

racion de los santos en las oraciones. que se rezan en la misa, esto solo es para implorar su intercesion en favor nuestro y para honrar su memoria, siempre grata para todos los fieles. Esto es todo. ¿Qué os queda que contestar á una práctica tan laudable?

P. Nada. Ya veo que de los protestantes no hay que fiarse. Escriben una solemne mentira y se quedan muy serenos. ¿Pero cómo respondeis á la segunda dificultad presentada por ellos, es decir, que S. Pablo aconseja á los fieles que se precavan del culto de los ángeles?

R. El Apóstol en este lugar, aconseja á los fieles contra el culto falso y supersticioso de los ángeles, que les tributaban los judaizantes y otros herejes llamados Simoníanos, dignos progenitores y maestros de los protestantes modernos, que haciendo á un lado á Jesucristo, cabeza de la Iglesia, como lo llama el mismo Apóstol en el lugar citado, decian cosas maravillosas de los ángeles, como por ejemplo: que eran los creadores y gobernadores del universo. Por esta razon S. Pablo advierte á los cristianos que no se dejen engañar de semejantes charlatanes, como lo advertimos nosotros ahora á los católicos para prevenirlos contra la astucia y mala fé de los protestantes, que con pretexto de Biblia, nos quieren hacer creer sus ridículos sueños y delirios. Esto

supuesto, ¿qué tienen que ver las palabras del Apóstol, tantas veces citadas, con el culto que los católicos damos á los santos y á los ángeles como á amigos de Dios?

P. En todo lo que habeis dicho, encuentro una razon mas para no dar crédito á los protestantes y á sus adictos; todos ellos son unos verdaderos charlatanes. Mas habeis dicho que en las oraciones de la misa se implora la intercesion de los santos. ¿Pues qué no se hace en esto una injuria á Jesucristo, que, como dice S. Pablo, es el único mediador entre Dios y los hombres?

R. Esta palabra *único*, es una de tantas falsificaciones que los protestantes han querido introducir en la Biblia, y así consta en los ejemplares de ella que andan regalando. El Apóstol no usó de la palabra *único*; sino que dijo: *Dios es uno*, y despues añadió: *uno tambien es el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*, dando á entender que así como no hay mas que un Dios por naturaleza, de la misma manera no hay mas que un solo mediador por naturaleza y redencion, que es Nuestro Señor Jesucristo que se entregó voluntariamente á la muerte para salvarnos; pero esto no quiere decir que no haya otros mediadores por gracia y por participacion: tales son los santos, los cuales ruegan por nosotros y hacen oficio de mediadores, alegando, no sus propios

merecimientos, sino los de nuestro divino Redentor.

P. No comprendo la razon de por qué haya de recurrirse á la intercesion de los santos. ¿Pues qué Dios Nuestro Señor no es para con nosotros un buen padre? ¿No está dispuesto á escucharnos cuando le pedimos de corazón? ¿Jesucristo, además, no ha merecido en favor nuestro las gracias celestiales con su pasión y muerte? ¿Qué necesidad hay de recurrir á los santos?

R. Dios, ciertamente, es un buen padre; pero nosotros somos malos hijos, y bien puede negarnos lo que le pedimos, por haberle negado nosotros tantas veces aquello que tiene derecho á exigirnos. Por esta razon le pedimos por intercesion de los santos, que son sus amigos, y su divina Majestad accede á nuestros ruegos para honrar á los mismos santos y para estimularnos á imitar sus virtudes. Finalmente, Dios nos da á conocer con esto la excelencia de la mediacion de Jesucristo, la cual es tan grande que puede comunicarse á sus mismos siervos, los cuales, por medio de ella, vienen á ser otros tantos mediadores como secundarios ó por participacion.

P. Lo comprendo muy bien; pero quisiera que me citáseis algunos ejemplos de la Biblia.

R. La Biblia abunda en esta clase de ejemplos. Dios ordenó á los amigos de Job que recur-

rieran á este hombre pacientísimo y ofrecieran sacrificios por su medio, y les prometió que con ellos se aplacaria, mediante las oraciones de aquel justo. Moisés y Aaron rogaron frecuentemente por los Israelitas prevaricadores, y Dios los oyó. El pueblo hebreo, con esta misma confianza, recurrió al Señor por la mediacion de Samuel. Prescindiendo ahora de otros muchos ejemplos del Antiguo Testamento, tenemos en el Nuevo: que el primer milagro que obró Nuestro Señor Jesucristo, fué por intercesion de la Virgen María su Santísima Madre. Los gentiles que habian venido á la fiesta de Jerusalem, se dirigieron al apóstol San Felipe para conocer á Jesucristo, y el mismo apóstol, acompañado de San Andrés, recurrió al Divino Salvador con este fin. La Biblia abunda en ejemplos, que prueban la costumbre de los fieles de pedir los unos por medio de los otros. San Pablo promete á sus hijos en Jesucristo orar por ellos, y el santo Apóstol se encomienda tambien á las oraciones de ellos mismos. Santiago, por último, exhorta á los fieles á pedir los unos por los otros, para que todos se salven. ¿Queréis mas?

P. Dispensadme que os diga que estos ejemplos no vienen al caso. En ellos se habla de la intercesion de los vivos y de las oraciones que los unos dirigen por los otros. No se trata de eso; se trata de preces y oraciones dirigidas á los

que ya están en el cielo. En esto consiste el defecto de vuestras reflexiones; porque, ó tenemos que conceder á los santos el atributo de la inmensidad para que puedan estar presentes en todas partes, lo cual solo es propio de Dios; ó tenemos que atribuirles unos oídos de tal naturaleza que puedan escuchar desde el cielo las preces ó súplicas de los que los invocan sobre la tierra, lo cual es un absurdo; y de todo esto se infiere que si no tienen la inmensidad como Dios, ni nos pueden oír desde el cielo, son enteramente inútiles nuestras súplicas y oraciones para con ellos.

R. Antes de contestar este argumento, véamos en lo que ha venido á parar la gran objecion de los protestantes, de que las preces y oraciones, que los santos dirigieran á Dios, serian injuriosas al mismo Dios y al único mediador, que es Jesucristo. Segun acabamos de demostrar, nada tiene de injurioso á Dios y á Jesucristo el que los santos le pidan y le invoquen desde la tierra; luego tampoco tiene nada de injurioso el que lo hagan desde el cielo; pueden por lo mismo pedir por nosotros, estando allí como pedian cuando estaban en la tierra. Vamos ahora á la objecion de que desde el cielo no nos pueden oír. ¿Pues qué le faltará á Dios algun medio para hacer que los santos conozcan y sepan todo lo que les concierne? ¿Entonces, cómo podrian los ángeles saber la

conversion y la penitencia de los pecadores, por la cual hacen fiesta en el cielo, como dice el santo Evangelio? ¿Cómo podrian presentar en vasos de oro las oraciones de los justos delante del trono de Dios, como dice el sagrado libro del Apocalipsis? Luego, si los ángeles pueden conocer todo lo que les concierne tocante á la tierra, lo pueden tambien los santos, y por lo mismo no son inútiles las oraciones que se les dirijan desde la tierra.

P. Teneis razon. Pero todavía me queda una dificultad, y es que cuando se pide una gracia á algun santo, en esto mismo se le considera como dueño y dispensador de la misma gracia, lo cual solo es propio de Dios; y de aquí resulta que cuando los católicos piden gracias á los santos, les atribuyen un poder que solo corresponde á Dios, y en esto cometen un delito de lesa majestad divina.

R. Si los católicos pidieran gracias á los santos, considerándolos como autores de ellas ó como fuente de donde dimanar las mismas gracias, tendrian razon de quejarse los protestantes. Mas no es así; porque cuando piden gracias á los santos, recurren á ellos solamente como mediadores ó intercesores. La Iglesia, en la celebracion de la misa, no dirige sus oraciones inmediatamente á los santos, sino solo á Dios para que por interce-

sion de ellos y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, se digne concedernos lo que le pedimos. Cuando los protestantes quieren obtener algun favor, privilegio ó empleo del soberano, ¿no interesan primero á algun favorito del mismo soberano para alcanzarlo mas fácilmente? ¿No presentan su memorial ó súplica por medio de alguna persona de influencia para que esta apoye su solicitud? Y cuando hacen esto ¿creen por ventura que cometen algun delito de lesa majestad, ó que consideran como soberanos á los favoritos ó personas influentes de quienes se valen? Pues bien, nuestro caso es idéntico.

P. Teneis razon. Los protestantes no pueden menos que estar ciegos, cuando reprenden, en los demas, lo mismo que ellos practican todos los dias. Sin embargo, creo que tienen alguna razon en lo que dicen con respecto al culto de la Santísima Virgen. Los católicos la llaman Señora: *Ea pues, Señora*; la llaman Esperanza: *Esperanza nuestra*; y la llaman Vida: *Vida y dulzura*. Todos estos títulos no pueden aplicarse mas que solamente á Dios. La llaman tambien *corredentora* y de otras mil maneras, que solo corresponden á Jesucristo. La invocan igualmente diciéndole: *Después de este destierro, MUÉSTRANOS á Jesus fruto bendito de tu vientre*. Por último, siempre que solicitan algun favor de ella, generalmente le dicen:

*concedenos*, tal ó cual cosa. En suma, la consideran como una *Diosa*, y por esto los protestantes califican esta devocion mal entendida, con el nombre de *Mariolatria*. ¿Lo podreis negar?

R. Siempre venimos á parar en el mismo vicio, de no querer comprender el verdadero sentido, en que se dicen y se hacen las cosas. Nada tiene de reprehensible la devocion de los católicos á la Virgen María; porque si la llaman *Señora*, *esperanza y vida*, es en la inteligencia de que estos títulos le convienen solamente por gracia, mas no por condicion inherente á su propia naturaleza. Cuando la invocan diciéndole: *concedenos* tal ó cual gracia, *haznos* tal ó cual favor, saben muy bien que no ocurren á María como fuente de las gracias y favores, sino solo como interesora nuestra y como el canal ó instrumento de que se vale el Señor para comunicarnos lo que le pedimos. Si creyeran que la Santísima Virgen era una *Diosa*, no la invocarian diciéndole: *ruega por nosotros*, como lo dicen tan repetidas veces en el rezo del *Ave Maria* y en las letanías lauretanas. A Dios, jamas se le dice: *ruega por nosotros*. Esto seria una blasfemia intolerable. Al mismo Jesucristo, que es verdadero hombre y nuestro mediador, que siempre *ruega por nosotros* en el cielo, como consta en la divina Escritura, la Iglesia jamas le dice: *ruega por nosotros*: ¿Y por qué? Porque ademas

de ser hombre, es verdadero Dios; y por esto siempre se le aclama con estas palabras: *ten piedad de nosotros*. Luego en el mismo hecho de que la Iglesia dice á la Santísima Virgen: *ruega por nosotros*, en esto mismo demuestra claramente que no la considera como *Diosa*. Además, si los católicos profesan un afecto especial á esta su augusta Madre; si la honran de un modo superior á todos los demas santos, no hacen otra cosa que seguir el ejemplo del mismo Dios, que la amó y la ama sobre todas las criaturas. Dios á honrado de tal manera á María Santísima, que por mas honores que le tributen todos los fieles, jamas igualarán á los que él mismo le ha concedido con elevarla á la sublime dignidad de ser Madre de su unigénito Hijo nuestro divino Redentor. Así como es carácter distintivo de los herejes el odiar á María, porque es la vencedora de todas las herejías, así tambien es carácter distintivo de los verdaderos católicos, el amarla tiernamente y promover su devoción y su culto, porque ella es la mas poderosa protectora de la Iglesia católica.

P. Todo esto es una verdad y es muy conforme con el sentido comun, el cual, parece que lo han perdido los pobres protestantes. ¿Pero decidme, qué pensais sobre la adoracion de las reliquias é imágenes de los santos? ¿No os parece que en esto hay una verdadera idolatría?

R. ¿Qué quereis que yo piense sobre una cosa que no existe? ¿Quién ha dicho jamas que los católicos *adoran* las imágenes y las reliquias? Lo que yo he oido decir es lo que la Iglesia enseña, á saber: que las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos, deben exponerse y conservarse, especialmente en las Iglesias, y se les debe tributar el honor y la veneracion correspondiente; y esto, no porque los católicos crean que tienen alguna divinidad ó alguna virtud, por la cual se deban adorar, ó porque haya de pedirseles á ellas mismas alguna cosa, ó porque debemos poner en ellas nuestra confianza, como en otro tiempo lo hacian los paganos que ponian toda su esperanza en los idolos, sino solamente porque el honor que se les tributa, va dirigido á los originales que representan, es decir, á Jesucristo, á la Santísima Virgen y á los santos; y así, cuando besamos las imágenes, cuando nos descubrimos la cabeza delante de ellas ó cuando nos arrodillamos, adoramos verdaderamente á Jesucristo y á los santos á quienes representan; en una palabra, veneramos á los santos en sus imágenes, y el culto y veneracion que les tributamos, es puramente relativo, es decir, con relacion á los mismos santos, lo mismo que hacemos con los retratos que hay en nuestras casas, á los cuales les tributamos respeto y reverencia, porque nos

recuerdan las virtudes de las personas que representan. ¿Esto qué tiene de reprehensible?

P. No son más que bellas palabras: la práctica de los católicos es enteramente diversa. Si no creyeran que había alguna virtud ó poder en las imágenes no preferirían á unas mejor que otras, no emprenderían tantas peregrinaciones para visitarlas, no las tendrían en hermosos nichos y entre cortinas, no las incensarian, ni las llevarían en procesion bajo de palio, ni les colgarian lo que llaman milagros, ni las llevarían á las casas de los enfermos, ni tendrían con ellas otra multitud de prácticas supersticiosas, propias únicamente de paganos idólatras. Por todo lo cual se ve claramente que los católicos enseñan una cosa y hacen otra.

R. Ya he dicho que la veneracion de las imágenes, es una veneracion relativa, la cual se refiere á los santos que representan. Esto supuesto, véamos ahora el motivo ó la razon de la práctica de los católicos en este punto. ¿Quiéren alcanzar de Dios alguna gracia por intercesion de la Virgen y de los santos? Van á postrarse delante de una de sus imágenes, é imploran el auxilio, no del lienzo pintado que tienen á la vista, sino de la Santísima Virgen y de los santos que representan, á quienes dirigen sus súplicas con profunda devocion, y esto es tan cierto, que si al-

guno les advirtiera que la Virgen no estaba en aquel lienzo sino en la gloria, se cebarian á reir de la advertencia y hasta del que se las hiciera, porque los juzgaba tan ignorantes. Ved, pues, como estos actos externos ó del cuerpo, dependen del acto interno ó del espíritu. Hay imágenes mas devotas, mas propias para excitar la devocion y los afectos hácia el original, y por esto los fieles ocurren á ellas de preferencia. Además, como cuando se pide con mas fé, mas fácilmente se alcanza lo que se pide, por esto hay mayor concurso de fieles á ciertas imágenes en particular, por esto son las demostraciones de especial veneracion, y por esto son los santuarios que se levantan en honor suyo y los milagros con que se les adorna en tesitmonio del reconocimiento por los beneficios recibidos. He aquí como queda todo perfectamente explicado por medio del dogma católico sobre el culto de los santos y por medio de los sentimientos de nuestra propia naturaleza, sin tener que recurrir á las supersticiones paganas. Esas demostraciones exteriores no son mas que una prueba de los sentimientos y afectos del alma.

P. ¿Pero qué el hacer oracion y postrarse delante de las imágenes, no es un hecho que se ejecuta delante de un pedazo de madera, de una piedra ó de un lienzo pintado?

R. Sin duda alguna, y es lo mismo que ha-

cen los protestantes delante de la piedra, madera ó lienzo, en que está el retrato de su esposa, de su madre, ó de su hija. ¿Quereis una prueba mas de la torpeza de los protestantes y de la mayor fuerza que con sus prácticas dan á las costumbres de los católicos en este punto? Cuando los Ginebrinos quieren honrar la memoria de su conciudadano Rousseau, ¿qué cosa hacen? Sacan en procesion su retrato, y van seguidos de un numeroso acompañamiento con banderas, y multitud de niños y niñas vestidos de blanco. ¿Quieren los Anglicanos hacer una manifestacion de desprecio y de burla á la Virgen Santísima, al Papa y al Cardenal Wiseman? Hacen muñecos y retratos grotescos, los llevan en paseo por las calles públicas y depues les prenden fuego en alguna plaza. ¿Con esto, pregunto, se proponen acaso honrar ó despreciar un pedazo de lienzo ó un pedazo de piedra? No, lo que se proponen es honrar á Rousseau ó injuriar al Papa. Hé aquí cómo justifican los mismos protestantes, sin saberlo, la doctrina y la práctica de los católicos, y cómo destruyen con sus hechos lo que dicen con sus palabras.

P. ¡Perfectamente! En vista de esto ya no les queda nada que contestar. Sin embargo, siguiendo su costumbre de recurrir á la Biblia para todo, dicen que no podrá citarse en la Biblia un solo ejemplo de la adoracion de las imágenes, y que

antes bien, esta práctica está formalmente reprobada en la misma Biblia. Citan al efecto aquellas palabras del decálogo: *No harás para tí imágenes de talla; no te postrarás delante [de ellas, esto es, de las imágenes; y en el libro de los salmos se dice: sean confundidos los que sirven á las imágenes.* Hé aquí reprobada por la Biblia, la adoracion de las imágenes.

R. ¡Y siempre venimos á parar en la adoracion! Ya he dicho que los católicos reprueban esta adoracion y que cuando hablan de ella, dan á entender con esta palabra, el respeto á las imágenes, por lo que ellas mismas representan. Pero vamos á lo que dicen los protestantes, de que la Biblia no trae ejemplo ninguno de *veneracion* de las imágenes. Decidme, ¿el arca del antiguo testamento, no era acaso un símbolo sensible de la presencia de Dios? ¿Los querubines que la cubrian con sus alas, no eran verdaderas imágenes? Pues bien, Josué y los ancianos del pueblo, se postraron en tierra delante del arca y de los querubines, haciendo oracion al Señor, anegados en llanto. David llevó en triunfo la misma arca en procesion pública y solemne, acompañado de una muchedumbre de pueblo, del mismo modo que lo hacen los católicos con las imágenes de los santos. Hé aquí la veneracion de las imágenes probada con la divina escritura. Por otra parte, no puede menos

que reconocerse la mala fé de los protestantes, con solo fijarse un poco en las palabras del decálogo y del libro de los Salmos, en que quieren apoyar sus errores. Uno y otro pasaje de la Escritura no hablan de *imágenes*, sino de *ídolos y esculturas*, es decir, ídolos esculpidos ó de talla. Pero los protestantes, en lugar de decir como dice la Biblia: *No harás ídolos de talla; no los adorarás; sean confundidos los que adoran las esculturas*; de una pluma, como vulgarmente se dice: falsificaron la Sagrada Escritura en este punto, como lo han hecho, con el mayor cinismo, en otros muchos, y en donde dice: *ídolos*, ponen *imágenes* en sus Biblias, y en donde dice: *no adorarás*, ponen *no te postrarás*, todo con el fin de dar á entender que está reprobada por Dios la conducta de los católicos, quienes se postran delante de las imágenes. La Biblia en los textos citados habla de la unidad de Dios contra los ídólatras y los politeístas, como lo explicó hasta el mismo Lutero.

P. ¡Oh, qué impostores! ¡Quién habia de figurarse tanta maldad, en los que se jactan de hombres honrados! ¡Dios nos libre de su honradez! Concluida esta materia, seria muy á propósito decir alguna cosa sobre reliquias. Mas por lo que habeis explicado, veo que no hay necesidad de ocupar mucho tiempo en esto; porque efectivamente, todo el que profesa respeto á algun per-

sonaje insigne, por cualquier motivo que sea, tiene en gran estimacion sus restos mortales y todo enanto le pertenecía.

R. No cabe duda. Observad, si no, los honores con que fueron trasladados á Paris los restos de Napoleon el grande y los suntuosos funerales que hicieron los ingleses á los del Duque de Wellington y las estátuas y monumentos que erigieron en su memoria, aun desde antes de su muerte. Cuando los protestantes vienen á nuestra Italia, visitan devotamente los sepuleros del Dante, de Boccaccio, de Ariosto, del Taso y otros. Visitan tambien las casas mismas que habitaron aquellos personajes y hasta maltratan las paredes para llevarse algun pequeño fragmento. Compran igualmente, y á precios muy altos, los objetos que pertenecieron á aquellos hombres ilustres; y no ha faltado entre los mismos ingleses quien compre hasta el sombrero del famoso asesino Gasperoni. Todo esto prueba que la veneracion de las reliquias, viene á ser como un sentimiento natural. Mas los católicos, cuando veneran las reliquias de los santos, son impulsados por sentimientos mas nobles que los que tienen los anglicanos, cuando compran tan caro el sombrero de un asesino y la gola de una cantatriz. Los católicos en las reliquias de los santos y de los mártires, ven los restos mortales de grandes héroes, que fueron templos vivos del

Espíritu Santo y miembros de Jesucristo, y cuyos restos que veneramos, sirvieron como de instrumento para la práctica de las mas sublimes virtudes, y resucitarán al fin de los tiempos, revestidos de gloria, para vivir eternamente.

P. ¡Qué admirable es la religion católica en todas sus partes! ¡Qué grande se nos presenta todo lo que va ligado con ella! ¡Mientras mas se estudia la religion aparece mas bella y mas hermosa á los ojos de quien la contempla! Quiero haceros una observacion. No ignorais que hay muchas reliquias falsas ó supuestas; ademas, me parece excesivo el culto que se les tributa con exponerlas sobre los altares á la veneracion de los fieles entre velas encendidas; y me parece tambien que esta práctica no tiene fundamento, ni en la Biblia, ni en las costumbres de la primitiva Iglesia.

R. Tratándose solamente como debe ser, de un culto relativo; aun cuando suceda que algunas reliquias sean falsas, esto no seria un gran mal; porque los fieles al venerar las reliquias, dirigen sus honores al santo á quien se dice que pertenecen. Si las reliquias son falsas, no por eso dejará de llegar al santo que está en el cielo, el culto que se le tributa. El distinguir las reliquias verdaderas de las falsas, es asunto que toca á los obispos, los cuales en esto ponen toda la diligencia, que moralmente es posible en un negocio de

tanta entidad, de la misma manera que los que se dedican al estudio de las antigüedades, tienen cuidado de examinar la naturaleza y la época de las monedas y demas cosas antiguas, que son objeto de sus investigaciones. Quedando en nuestro caso, salva la sustancia del hecho, lo demas poco importa. La religion, para honrar á los santos, se sirve de aquellas insignias que son propias de ella misma. Los mundanos para honrar á sus personajes se valen de las armas, trofeos, mausoleos y otros objetos; y así tambien la religion se vale de las reliquias, velas, incienso, luces etc., y no hay peligro de escederse en tales demostraciones; porque el culto externo depende del interno; y esto es tan cierto, que aun á los muertos se les incienso. En la Biblia, por otra parte, se habla de la traslacion de los huesos de José; se refiere que por medio del cadáver de Eliseo, resucitó un muerto y que al contacto de las vestiduras de nuestro Divino Redentor y del cingulo de San Pablo, se obraban muchos milagros. En la primitiva Iglesia, esto es, en el primero y segundo siglo, las reliquias de los mártires se tenían en mayor estimacion que las piedras preciosas. Ved, pues, cómo el culto de las reliquias, está fundado en la Biblia y en el uso de la primitiva Iglesia.

## LECCION XV.

*Del amor que todos los fieles deben profesar á la Iglesia Romana.*

P. ¿De qué proviene que muchas personas tienen tan poco amor á la religion católica y andan vacilantes en su fé?

R. Proviene de que no aman á la Santa Sede Romana y á la Iglesia de Roma, que es la Madre y maestra de todas las Iglesias del mundo.

P. ¿Por qué razon están obligados los fieles á tener particular amor á la Iglesia Romana?

R. Precisamente, porque ella es la madre de todas las Iglesias del mundo; y por tanto todos los cristianos que se glorian del bien incomparable de la fé, despues de Dios, se lo deben á esta Iglesia madre. Ella fué fundada por San Pedro principe de los apóstoles, quien le dejó como por herencia, aquel primado sobre toda la Iglesia, que recibió de Nuestro Señor Jesucristo. Con este primado le dejó tambien toda la autoridad y todas las dotes y prerogativas que le son anexas. De modo que, así como todos los hijos bien educados, deben amar tiernamente á su madre, así tambien todos los cristianos deben tener un grande amor

hácia la Iglesia romana. El que no la ama es un ingrato.

P. ¿Esta es la única razon por la cual debe ser amada de todos la Iglesia Romana?

R. Esta es la principal, y como la fuente de que se derriban otras muchas.

P. Desearia conocerlas todas separadamente.

R. Satisfaré vuestro deseo, con tanto mas gusto quanto que no todos conocen aquellas razones, ó por lo menos, no se fijan en ellas. La primera, es porque nosotros, particularmente los que pertenecemos á la Iglesia occidental, hemos recibido la verdadera religion por medio de los Romanos pontifices sucesores de San Pedro, los cuales no han omitido diligencia alguna para enviar en todo tiempo y á todas partes, hombres apostólicos, con el fin de propagar la fé, y de fundar nuevas Iglesias. Toda la Europa y toda la Africa han reconocido á esta Santa Sede como el origen y principio de su fé; lo mismo las Américas, las Indias, la China, la Oceania y finalmente, todos los paises enocidos.

P. A la verdad, que no es este un pequeño beneficio, y por lo mismo, todos debemos vivir eternamente reconocidos á la Iglesia romana. Pero tal vez algunos podian creer que este celo de los Papas es únicamente por el deseo de extender su autoridad. ¿Cómo se puede contestar á esto?

R. De la manera siguiente: Los Papas no han hecho mas que continuar la obra de los apóstoles, segun se los habia ordenado Nuestro Señor Jesucristo; y nadie habrá que se atreva á reprobear el celo de los apóstoles. Esto supuesto, pregunto, ¿qué cosa es aquella autoridad que adquieren los Romanos Pontífices por medio de la propagacion de la fe? No ha sido siempre ni es ahora, mas que un motivo constante de solicitudes, de cuidados, de dificultades, de conflictos y de amarguras, que los ocupan completamente del dia á la noche, y del principio al fin del año. Los Papas gobiernan una Iglesia, sin cesar combatida, asaltada por todas partes y afligida de todas maneras: una Iglesia que tiene tantos enemigos, si puede decirse, cuántos son los herejes, los cismáticos, los incrédulos, los malvados y en suma, todos los sectarios de cualquiera clase que sean. Los Papas gobiernan el timon de una nave que atraviesa un mar tempestuoso, combatida por vientos horribles, que se precipitan sobre ella con increíble furor, para hundirla hasta el fondo si posible fuera. Hé aquí la autoridad, que solo puede ser motivo de envidia para quien no sabe lo que es. Ciertamente no vale la pena el procurarse con tantos disgustos y á costa de tantas amarguras, una autoridad, que no produce mas que aflicciones y congojas. La autoridad de los Romanos

Pontífices, es una autoridad intrinseca y necesaria á la institucion misma de la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo. De aquí resulta una de dos cosas: ó no propagar el reinado de Jesucristo sobre la tierra, por medio de la predicacion del Evangelio; ó si se propaga, extender tambien en el mismo hecho, la autoridad del Romano Pontífice, que es el jefe de ese reinado, ó lo que es lo mismo, la cabeza visible de la Iglesia.

P. Teneis razon, Pero no comprendo cómo puede haber personas que siendo realmente piadosas y devotas, parece que tienen una secreta aversion á la Santa Sede; le conceden lo menos que pueden, parece que experimentan algun celo por su poder y como que se alegrarian de que el Papa no fuera mas que un simple Obispo. ¿No es esto acaso una gran ofensa que se hace á la Suprema autoridad de los Papas?

R. Es exacto quanto habeis dicho. Hay en efecto personas que gozan reputacion de piadosas, que asisten á las Iglesias, que frecuentan los santos sacramentos y que en todo aparecen devotas; pero que apenas se les toca el punto de los Papas y parece que hasta mudan de naturaleza, se enfurecen y no tienen mas que palabras en gran manera amargas, con que deprimen la autoridad pontificia, con lo cual viene á desaparecer por completo toda su devocion. Imbuidas en las preo-

cupaciones que aprendieron desde su juventud en algunas escuelas universitarias hostiles á la Santa Sede, es muy difícil que prescindan de los principios erróneos en que fueron educadas. Estos hombres, á la verdad, no tienen aquel amor filial que le es debido á su verdadera madre. Son devotos, pero á su modo, y tienen juicios muy errados y preocupaciones muy estúpidas sobre lo que ellos llaman abusos de la autoridad pontificia. Dominados de un celo mesquino, siempre están llenos de temor de que venga á ser perjudicial, á los Príncipes y á los Estados, el libre ejercicio del poder espiritual del Romano Pontífice, cuando por el contrario les es muy benéfico bajo todos aspectos. Siempre que los gobiernos no invaden los derechos de la Iglesia, no tienen que temer la mas ligera molestia de parte del Pontificado Romano. Así lo han conocido los buenos Príncipes en todo tiempo por experiencia propia. Pero dejemos á estos extraños devotos, de quienes mueve á compasion el solo hablar de ellos.

P. Según veo, parece que V. no está muy al corriente de la política de estos hombres. Sus temores no carecen de fundamento. Dicen que los Papas en los primeros siglos de la Iglesia, predicaban la sujecion y la obediencia á los Príncipes, que despues en la edad media desautorizaban á los mismos príncipes y declaraban á sus súbditos li-

bres del juramento de obediencia que les habian prestado. Esta es la causa porque ahora temen que volvamos á los tiempos de la edad media.

R. Los Papas siempre han enseñado de la misma manera y siempre han predicado la obediencia y el respeto que se debe á los Príncipes. La diversa conducta que observaron con los Príncipes de los primeros siglos y con algunos otros de la edad media, tiene por origen la diversa condicion de los mismos Príncipes. Antes de abrazar el cristianismo, eran paganos, y por lo mismo, no estaban sujetos á la autoridad de los Papas, y á las censuras de la Iglesia; pero cuando fueron recibidos en ella, vinieron á ser súbditos de los Papas en lo espiritual y contrajeron diversas obligaciones para con la Iglesia. Mientras permanecieron dóciles á ella misma y fieles al cumplimiento de sus obligaciones, todo caminó en una maravillosa armonía y contaron siempre con las bendiciones de Dios; pero cuando algunos trasladaron su poder, hasta hacerse jefes y fautores de herejias y hasta conculcar la moral pública y usurpar los legítimos derechos de la Iglesia, entonces los Romanos Pontífices, despues de haber agotado todos los medios de persuacion, tuvieron que hacer uso de la autoridad, que recibieron de Nuestro Señor Jesucristo y los excomulgaron como públicos enemigos de la Iglesia. Si los Papas hu-

bieran obrado de otra manera no habrían cumplido con su propia conciencia, hubieran merecido la reprobación pública y se hubiera dicho que se mostraban fuertes con los débiles, y débiles con los fuertes. En cuanto á la libertad del juramento, ya en otra vez he dicho, que esto era en aquellos tiempos, una de las consecuencias y condiciones del derecho público comunmente recibido. De presente así se observa tambien entre los protestantes. Cuando el Rey ó la Reina se declaran católicos, pierden inmediatamente el derecho á la corona y al principado. ¿Quién dice nada contra la teoría y la práctica de los protestantes? Pues bien, esta era y no otra, la teoría y la práctica de los católicos en la edad media. Por aquí se ve claramente cuánta es la inconsecuencia y la injusticia de los hombres mundanos. Ahora que las cosas han cambiado enteramente, el temer un retroceso á la edad media, es lo mismo que temer un incendio en tiempo de diluvio universal. Las costumbres de la edad media, solo se encuentran entre los protestantes en todo lo que tienen que hacer en orden á los pobres católicos.

P. Quedo persuadido con todo lo que habeis dicho, y deduzco de aquí que el poder de los Papas en la edad media, era lo mismo que ahora, un poder tutelar y benéfico.

R. Ciertamente. Los Pontífices fueron siem-

pre padres de los pueblos y defensores de los soberanos, y segun lo exigian las circunstancias, defendieron á los pueblos de la ferocidad de algunos Príncipes, y defendieron á los mismos Príncipes contra la anarquía y la rebelion de algunos pueblos. En efecto: se acostumbraba entonces que los Reyes y los pueblos recurrian al Sumo Pontífice para encontrar remedio en sus males; los Papas interponian su autoridad segun lo que exigia el bien comun de los unos y los otros; y solamente los malvados se declaraban en aquella época, como se declaran ahora contra el Pontificado Romano. La Europa entera es deudora á los Papas, de su actual civilizacion, así como de la conservacion de las bellas artes, de las ciencias y de las letras y de tantos benéficos institutos de caridad pública y privada. Seria interminable si quisiera referir uno por uno los inmensos beneficios, que bajo todos aspectos, han proporcionado á la Europa y al mundo entero los Romanos Pontífices, beneficios por los cuales son acreedores á los testimonios de la mas sincera gratitud.

P. Todo esto es muy cierto, y para convenirse de ello basta consultar á la historia; pero no la historia falsificada por los escritores modernos protestantes é incrédulos, sino la historia genuina y verdadera: ¿Pero qué quereis? Hay hombres que por el ódio entrañable que profesan al papado,

cierran voluntariamente los ojos para no ver estos verdaderos bienes, constantes y universales y para fijarse, con el lente de la preocupacion, en algunos lunares verdaderos ó supuestos, que encuentran aquí y allí en los hechos de algunos Pontífices, con el objeto de comprenderlos todos bajo un solo punto de vista, sin tener en cuenta ni el tiempo ni el espacio, á fin de hacer odiosa la Santa Sede Romana. ¿No es esta una deslealtad imperdonable?

R. Sin duda alguna. Es una insigne mala fé. Mas todavía podría tolerarse que quienes se condenaran de esta manera, fueran solamente aquellos desgraciados, que, como acabais de decir, están dominados por un ódio profundo contra los Romanos Pontífices; pero lo que sí viene á ser intolerable es, que tambien lo hagan ciertas personas, que se dicen católicos sinceros, y cuando menos se espera, aparecen como unos perpetuos censores de los actos que emanan de la Santa Sede, y nada les gusta de todo cuanto hacen los Papas. Saltan de alegría cuando pueden dar ó saben que otros han dado una bofetada á su comun madre. ¿Qué os parece de tales católicos? ¿Amarán verdaderamente á su madre? Los católicos sinceros se alimentan con otra clase de sentimientos; consideran como injurias hechas á ellos mismos, las que ven que se infieren á la madre de todas las Iglesias y al vicario de Jesucristo; se contristan y se

aflijen por esto amargamente, al paso que se alegran y se llenan de regocijo cuando conocen que todo va bien en favor de la Iglesia. Este sí es verdadero amor. Pero, ¿qué diremos de tantos que no parece sino que están con el fusil en la mano, esperando el momento de cogerla en mentira si posible fuera; que no hablan mas que de invasiones del Poder Papal, como si los Papas estuvieran nada mas esperando ocasiones de invadir los derechos ajenos, cuando tienen tanto en que ocuparse para defender á los fieles, que son los verdaderamente invadidos y molestados segun el capricho de muchos soberanos temporales? La Iglesia Romana jamas ha tratado ni trata ahora de invadir los derechos ajenos; antes por el contrario, los favorece y los defiende.

P. Veo que sois muy apasionado por la Iglesia Romana y por la Santa Sede. Advertid que la pasion ciega y que no deja ver las cosas en su verdadero estado.

R. Os confieso ingenuamente, valiéndome de vuestras propias palabras, que en efecto soy muy apasionado por la Iglesia Romana, y siento que se me despedaza el corazon cuando veo á tantos enemigos, que mueven á la Santa Sede una guerra la mas cruel, y veo igualmente á tantos indignos hijos suyos, que le ocasionan pesares y amarguras, sin tener ni aun la mas leve aparien-

cia de razon; soy apasionado de la Iglesia, y estoy muy lejos de arrepentirme de ello; antes bien, quisiera que todos los católicos sinceros estuvieran animados de los mismos sentimientos. Yo veo que todos los santos fueron siempre muy amantes de la Silla Apostólica, y que todas las personas verdaderamente piadosas y religiosas, le han profesado un afecto tiernísimo y la mas alta veneracion y respeto. En la práctica, este amor á la Iglesia Romana, es la ensena que distingue á los verdaderos fieles de los que no lo son. Lo que en mí llamais *pasion*, lo es en realidad, pero no es *pasion* de aquellas que ciegan el entendimiento; sino por el contrario, es un acto del mismo entendimiento y de la voluntad, que tiene por fundamento la verdad misma y el deber en que está todo hijo de honrar á su propia madre y de recompensarle, en cuanto le es posible, su tierna solicitud y sus continuos afanes.

P. En qué consistió esa solicitud de la Iglesia?

R. Consiste principalmente en el empeño que toma en conservar intacto el sagrado depósito de la revelacion divina. ¿A quién debemos, sino á la Iglesia Romana, la conservacion de la Biblia en toda su integridad y pureza? ¿Quién, sino ella, nos ha trasmitido desde el principio, el *cánon* ó elenco de los libros sagrados, tal como estaba consignado en tiempo de los Apóstoles? ¿Qué hubie-

ra sido de la Biblia, de que se muestran tan celosos los protestantes, si se hubiera abandonado en manos de los herejes? Apenas hubieran llegado á nosotros algunas páginas ó fragmentos. ¿Cuántos destrozos no causan en ellos los protestantes modernos y los racionalistas, quienes por otra parte tienen la audacia de acusar á la Iglesia Romana como enemiga de la Biblia? ¿Y quién, sino ella sola, ha dado una fiel traduccion de los libros santos? ¿Quién, por último, sino la misma Iglesia Romana, pone todo su esmero y vigilancia para que las versiones que se hacen de la Biblia en lengua vulgar, no vayan falsificadas, ni mutiladas, como son todas las versiones de los protestantes?

P. Escuchad. He oido decir que la Iglesia esconde la Biblia á los fieles, para que no descubran las imposturas de los Padres, quienes se empeñan en hacer creer al pueblo cuanto les ocurre. He oido decir tambien que desde que fué conocida la traduccion de la Biblia que hizo Diodati, comenzaron á abrir sus ojos los fieles en Italia. ¿Como se combina todo esto con lo que acabais de exponer?

R. Digo que todo ello no es mas que un tejido de mentiras. 1.º, es mentira que la Iglesia esconda á los fieles la Biblia. En todas partes hay versiones de ella en el lenguaje de cada país aprobadas y autorizadas por la Iglesia. 2.º, es menti-

ra que los fieles hayan abierto los ojos desde que comenzó á conocerse la Biblia de Diodati. Los adictos al protestantismo, fueron los únicos que manifestaron su alegría por aquella Biblia, porque veían consignados en ella los errores que ya tenían en su entendimiento extraviado. Todos los verdaderos fieles italianos se mostraron llenos de indignación, por el ultraje que en aquella Biblia se hacia á la santa fe, por la cual están siempre dispuestos á dar hasta su propia vida. 3.º, es mentira, por último, que leyendo la Biblia se descubran los errores de la Iglesia católica; porque no tiene ningunos. Si esto fuera cierto, se seguiría de aquí que Haller, Hurter, Newman, Manning, Cohén y Groerer, amigo y discípulo de Strauss y profesor de Friburgo en Brisgovia, así como otros muchos protestantes que se han convertido al catolicismo, no leyeron la Biblia antes de abandonar el protestantismo, y sin embargo, es fuera de toda duda, que tenían una reputación muy merecida de hombres doctos entre los protestantes y anglicanos. Si hubiera tales errores, ¿cómo era posible que se escaparan á la inteligencia de estos hombres ilustrados y solamente los conociera la gente ignorante? A la verdad que es un fenómeno singular, que los ignorantes que leen la Biblia en lengua vulgar, descubran errores é imposturas, que no han descubierto tantos millones

de personas doctas, aun entre los mismos seglares, que leen la Biblia en latin. ¿Qué os parece de tales desatinos?

P. Queda uno asombrado de ver tanto atrevimiento. No es posible comprender cómo á fuerza de mentiras é imposturas, se toma tanto empeño para engañar á la gente sencilla. Mas volvamos á tratar de la Iglesia Romana.

R. Además de los beneficios de que ya he hablado, debo agregar, que solamente la Iglesia Romana ha conservado el simbolo de los Apóstoles, los Sacramentos y la enseñanza mas pura de la fe y de la moral. Ella siempre ha condenado, y de una manera inexorable, á cuantos han tenido la audacia de querer introducir en esto la mas leve alteración; siempre se ha interpuesto, como una muralla de diamante, entre la verdad y las doctrinas de los novadores, desde Simon mago, que fué el primero de los herejes, hasta los protestantes y los racionalistas modernos. Finalmente, todos los beneficios de que gozamos en orden á nuestras almas, los debemos, despues de Dios, á la Iglesia Romana.

P. Semejante firmeza y solícitud, no puede menos que haber costado á la Santa Sede una larga série de combates, persecuciones y contradicciones.

R. Puede decirse con toda verdad que siem-

pre vive en continua lucha, y lucha terrible y obstinada; pero, confiando en Dios, nada teme. No se arredra á la vista de las potencias formidables del siglo; no le intimidan las amenazas de los partidos por mas poderosos que sean; nõ la desalienta la pérdida de reinos enteros; no la alucinan ofertas lisonjeras; ni la acobardan las astucias y los fraudes de los novadores y de todos aquellos que les prestan favor ó proteccion. En medio de una guerra tan encarnizada, á cada paso tiene que lamentar la muerte, el destierro, la prision y la ausencia de un número respetable de Pontífices. Mas la victoria siempre viene á ser suya. Una providencia especial del Señor la sostiene en todo tiempo, y cuando parece que todo se ha perdido, algunos sucesos inesperados y maravillosos le aseguran el triunfo. Además de la promesa divina con que cuenta, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, tiene á su favor la costosa experiencia de mas de diez y ocho siglos de combates y de victorias. Por esto permanece tranquila á la vista de los nuevos torbellinos, que en todas partes del mundo, en la época presente, se han levantado contra ella, y si bien lamenta la ruina de tantos miserables que se dejan seducir, y llora su pérdida, no por eso cede un ápice de su constancia y de su firmeza invencible.

P. Comprendo perfectamente cuán admirable

es esta Silla de Pedro y cuán digna, no solamente de nuestro respeto, sino de nuestro mas tierno amor. Conozco tambien que mientras yo esté apoyado en ella, como lo espero, jamas padecerá mi fè a mas leve vacilacion. Pueden decir cuanto quieran, *La buena nueva* y toda la caterva de libros y folletos libertinos: que nada será bastante para debilitar mi amor á la Santa Sede. Me queda todavía una dificultad. Muchos se lamentan de que en Roma, ó como ellos dicen, en la corte romana, nada se hace sin graves inconvenientes y dificultades. Si se me propusiera esta objecion, ¿cómo debería contestarla?

R. Deberiais responder que en todos los negocios de este mundo siempre se encuentra algo del elemento humano. Este elemento, que podríamos llamar instrumental, no se debe confundir con la misma Santa Sede, esto es, con los actos públicos y solemnes de los Papas, ni tampoco se pone en juego con la autorizacion de ellos. Los Papas procuran siempre servirse de los mejores instrumentos; pero por mas que se procure que todos los hombres sean doctos y honrados, es inevitable que, entre la multitud, como sucede en todas las cosas humanas, no se escapen algunos que sean ineptos, y que, en medio de sus empleos, tengan puesta la mira en alguna otra cosa bien distinta del honor y de los intereses de la

Santa Sede. Todo el mundo sabe que de esta clase de personas, hay muchas menos en la corte de Roma que en cualesquiera otras. Pero solo se para la atención en lo tocante á Roma; mas no por celo del servicio divino, sino por odio á la religión.

P. Os doy las gracias por las instrucciones que me habeis dado, y porque me habeis quitado de la cabeza tantas preocupaciones. Para daros una prueba de mi aprovechamiento, voy á recapitular en pocas palabras lo que habeis dicho. Quedo, pues, entendido, de que no hay otra Iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo mas que la Iglesia católica, Apostólica, Romana; que solamente á esta Iglesia le corresponden las notas y prerogativas de la verdadera Iglesia, y que ninguna otra comunión religiosa puede gloriarse igualmente de tenerlas, porque son incommunicables; que esta Iglesia está dotada por nuestro Señor Jesucristo su fundador, del privilegio de la infalibilidad, en todo aquello que pertenece á la fe y á las costumbres, y de aquí resulta la obligación estrechísima que tienen todos los fieles de escucharla, so pena de incurrir inevitablemente en la condenación eterna; que esta Iglesia es santa; que es admirable su firmeza é inmutabilidad, bajo cualquier aspecto que se la considere, porque Dios mismo es el que la gobierna y le sirve de guía; y por último, que no

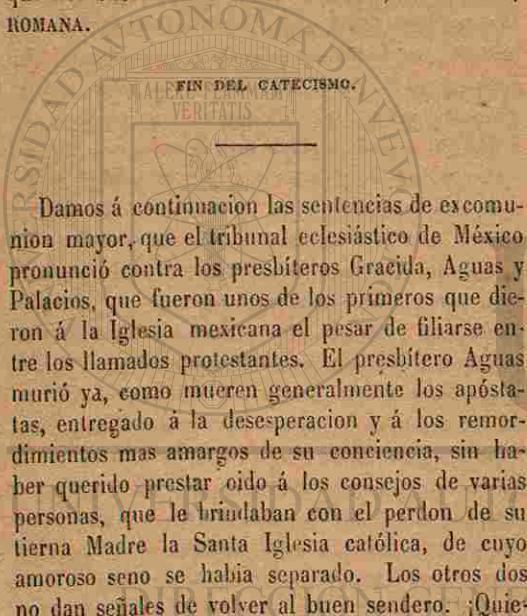
es menos admirable su constitucion, es decir, su organizacion y su forma, porque ella nos presenta el mas bello tipo ó modelo de gobierno que pudiera imaginarse. Descendiendo ahora de estas consideraciones generales á otros puntos particulares, me habeis dado la verdadera idea de lo que son los Papas, Cardenales y Obispos, contra quienes tanto se enfurecen muchos desgraciados, sin conocerlos; me habeis dicho qué cosa son los Padres y los Religiosos, á quienes tanto aborrece la gente mundana y no cesa de calumniarlos y perseguirlos. Despues de todo esto me habeis hablado de los supuestos abusos de la Iglesia católica, y habeis ilustrado mis ideas en orden á las indulgencias y al dinero que va á Roma. Se me ha quitado de la cabeza el espantajo de la Inquisición, por medio del cual, con refinada hipocresía, meten tanto ruido los protestantes y los incrédulos. Me habeis hecho concebir grande estima del Sacramento de la confesion, y me habeis descubierto todos los embustes y mentiras de un renegado hipócrita é ignorante, contra el mismo Sacramento. Me habeis dado tambien una idea muy elevada del sacrificio, que se ofrece á Dios en la Santa Misa, y me habeis instruido acerca del purgatorio, y del modo con que se pueden ofrecer sufragios por las almas que allí se encuentran detenidas. Quedo perfectamente instruido acerca del

culto y de la invocacion de los Santos, y de la veneracion que se debe tributar á sus imágenes y reliquias, de manera que rue encuentro capaz de poder cerrar la boca á los protestantes y á sus estúpidos admiradores, que arman tanta alharaca sobre un punto que ellos mismos justifican con su práctica sin advertirlo. Por último, quedo convencido hasta la evidencia del sincero amor que todos debemos tener á la Santa Iglesia Romana, tan calumniada por sus enemigos y maltratada por algunos de sus pérfidos hijos, con una ingratitud sin ejemplo. De hoy en adelante le seré muy adicto y me afirmaré siempre en ella, porque veo que es la única áncora de salvacion sobre la tierra, y que Dios no bendice al que le hace la guerra, y que cuantos así se han conducido, han tenido un fin desastroso. Os doy de nuevo las gracias por todo, y no me olvidaré de las preciosas lecciones que me habeis dado, y de las muchas preocupaciones de que me habeis libertado.

R. Bendito sea el Señor por las buenas disposiciones que manifestais tener; rogad á su Divina Majestad que siempre os conserve en ellas. No penseis que con lo que llevo dicho, os he dado una plena instruccion sobre todas las verdades de nuestra fé; para esto seria necesario un extenso tratado de doctrina cristiana; solo he tocado algunos puntos principales, respecto de los que se

dicen hoy tantos despropósitos y falsedades, y lo he hecho con el fin únicamente de suministraros un antidoto que os preserve del veneno, que por todas partes derraman los protestantes y sus adictos con tanto daño de las almas. Acordaos que el mundo, con todas sus pompas y vanidades, pronto acaba; y no os espongaís á poner en riesgo vuestra salvacion eterna por un placer que pasa en un momento. No os olvideis que la vida dura un instante, y que despues de ella os espera una eternidad, que necesariamente ha de ser feliz ó desgraciada. Acordaos siempre de aquella sentenzia del Evangelio, que bien meditada, será suficiente para vos, como lo ha sido para otros muchos, para procurar con toda eficacia vuestra salvacion eterna. *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* Salvada el alma, se ha salvado todo; perdida el alma, todo está perdido. Para salvar el alma es necesario cumplir con la ley de Dios; para cumplir con la ley de Dios, es necesario pedir á su Majestad las fuerzas de que tanto ha menester nuestra débil naturaleza y hacer de nuestra parte cuanto podamos para agradar á Dios. Para esto debemos tributarle obsequio y veneracion, no de cualquiera manera, no segun nuestro capricho y voluntad, sino del modo que nos lo enseña la religion, que se dignó revelarnos, como *única* que nos puede conducir á la salvacion eter-

na. Esta religion, ordenada por Dios y revelada por Dios (oidlo bien, y grabadlo profundamente en vuestra alma) no es otra, sino *unicamente* aquella que nos enseña LA IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA.



Damos á continuacion las sentencias de excomunion mayor, que el tribunal eclesiástico de México pronunció contra los presbíteros Gracida, Aguas y Palacios, que fueron unos de los primeros que dieron á la Iglesia mexicana el pesar de filiarse entre los llamados protestantes. El presbítero Aguas murió ya, como mueren generalmente los apóstatas, entregado á la desesperacion y á los remordimientos mas amargos de su conciencia, sin haber querido prestar oido á los consejos de varias personas, que le brindaban con el perdon de su tierna Madre la Santa Iglesia católica, de cuyo amoroso seno se habia separado. Los otros dos no dan señales de volver al buen sendero. ¡Quiera Dios que alguna vez, arrepentidos de sus extravíos, entren de nuevo á la comunión católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvacion!

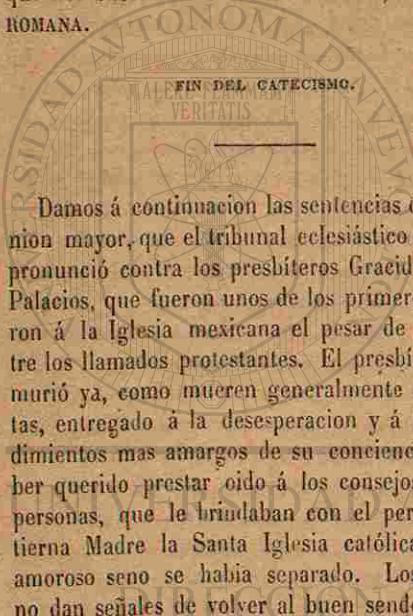
## APENDICE.

*Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiástico contra el Presbítero Lic. D. Francisco Gracida.*

México, Marzo 2 de 1868.

En vista de las diligencias practicadas y de las constancias que obran en esta sumaria instruida contra el Presbítero Lic. D. Francisco Gracida, primero: por el hecho escandaloso de haber extraído á la jóven D.<sup>a</sup> Agustina Flores de la casa de D. Crescencio Flores, padre de ésta, ocultándose con ella por espacio de varios dias; y despues por el hecho todavía mas escandaloso, de haberse presentado públicamente al juzgado 2.<sup>o</sup> del estado civil á contraer el llamado matrimonio civil con la referida D.<sup>a</sup> Agustina Flores; estando plenamente probados ambos crímenes, el primero por la informacion de testigos que se practicó, y el segundo con la certificacion expedida por el mencionado juzgado, de la que aparece haberse verificado tan monstruoso acto el dia 17 de Febrero próximo pasado,

na. Esta religion, ordenada por Dios y revelada por Dios (oidlo bien, y grabadlo profundamente en vuestra alma) no es otra, sino *unicamente* aquella que nos enseña LA IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA.



Damos á continuacion las sentencias de excomunion mayor, que el tribunal eclesiástico de México pronunció contra los presbíteros Gracida, Aguas y Palacios, que fueron unos de los primeros que dieron á la Iglesia mexicana el pesar de filiarse entre los llamados protestantes. El presbítero Aguas murió ya, como mueren generalmente los apóstatas, entregado á la desesperacion y á los remordimientos mas amargos de su conciencia, sin haber querido prestar oido á los consejos de varias personas, que le brindaban con el perdon de su tierna Madre la Santa Iglesia católica, de cuyo amoroso seno se habia separado. Los otros dos no dan señales de volver al buen sendero. ¡Quiera Dios que alguna vez, arrepentidos de sus extravíos, entren de nuevo á la comunión católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvacion!

## APENDICE.

*Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiástico contra el Presbítero Lic. D. Francisco Gracida.*

México, Marzo 2 de 1868.

En vista de las diligencias practicadas y de las constancias que obran en esta sumaria instruida contra el Presbítero Lic. D. Francisco Gracida, primero: por el hecho escandaloso de haber extraido á la jóven D.<sup>a</sup> Agustina Flores de la casa de D. Crescencio Flores, padre de ésta, ocultándose con ella por espacio de varios dias; y despues por el hecho todavía mas escandaloso, de haberse presentado públicamente al juzgado 2.<sup>o</sup> del estado civil á contraer el llamado matrimonio civil con la referida D.<sup>a</sup> Agustina Flores; estando plenamente probados ambos crímenes, el primero por la informacion de testigos que se practicó, y el segundo con la certificacion expedida por el mencionado juzgado, de la que aparece haberse verificado tan monstruoso acto el dia 17 de Febrero próximo pasado,

á las tres de la tarde, siendo testigos Francisco Aguilar y Jesus Carrillo; teniendo en consideracion que el Presbítero Graicida, que es el reo, pertenece á la Sagrada Mitra de Oaxaca, y que, aunque por haberse cometido en esta capital uno y otro crimen, este tribunal podría conocer del proceso, sin embargo, como ha observado fundadamente la voz fiscal, hay razones, aun de congruencia, para reconocer en él mas especialmente el fuero de domicilio, por los beneficios eclesiásticos que allí acaso disfrute el reo, y de los cuales deba ser privado al pronunciarse, concluida que sea la causa, el fallo definitivo; pero al mismo tiempo, atendiendo á que la autoridad suprema de la Iglesia tiene establecidas sanciones penales *latae sententiae*, en que por lo mismo *ipso facto* incurre el clérigo que tenga la osadía de ultrajar á Dios y á la disciplina eclesiástica, pretendiendo contraer matrimonio, como consta clara y expresamente de la Clementina única de *consanguinitate et affinitate*, que dice: «Eos qui (Divino timore postposito in suarum periculum animarum), scienter in gradibus consanguinitatis et affinitatis constitutione canonica interdictis; aut cum Monialibus contrahere matrimonialiter non verentur; necnon Religiosos et Moniales, ac clericos in sacris ordinibus constitutos matrimonia contrahentes, refranare metu poenae ab hujusmodi eorum temeritatis audacia

cupientes. Ipsos excommunicationis sententiae ipso facto, decernimus subjacere: praecipientes Ecclesiarum Praelatis, ut illos, quos eis constitit taliter contraxisse excommunicatos publice tandiu nuntient, seu á suis subditis faciant nuntiari, donec suam humiliter recognoscentes errorem separentur abinvicem, et absolutionis obtinere beneficium mereantur. Per praedieta quoque juribus, quae sic contrahentibus alias poenas imponunt, in nullo volumus derogari.» Como consta tambien del capítulo primero de *clericis conjugatis*... «Sed si in subdiaconatu et aliis superioribus ordinibus uxores accepisse noseantur: eos uxores dimittere, et poenitentiam agere per suspensionis, et excommunicationis sententiam compellere procuretis.» Como tambien establece el concilio de Trento en el canon 9.º de *Sacramento matrimonii*. «Si quis dixerit clericos in sacris ordinibus constitutos, vel regulares, castitatem solemniter professos, posse matrimonium contrahere, contractumque validum esse, non obstante lege ecclesiastica, vel voto, et oppositum nihil aliud esse, quam damnare matrimonium, posseque omnes contrahere matrimonium qui non sentiunt se castitatis, etiam si eam voverint, habere donum, anathema sit: cum Deus id recte petentibus non deneget, nec patiatur nos supra id, quod possumus, tentari.» Por todas estas decisiones tan expresas como jus-

tas, es indispensable declarar, como se declara, que el Presbítero D. Francisco Gracida, por el hecho de presentarse á contraer el pretendido matrimonio civil, ha incurrido, no solamente en irregularidad é inhabilidad perpetua para ejercer los sagrados órdenes mayores y menores, sino tambien en la gravísima censura de excomuion mayor, con la privacion de los sacramentos y con todos los demas efectos canónicos; y para que esta declaracion sea de todos conocida, se librá circular á todas las Iglesias de esta capital para que se fije en lugar visible de las respectivas sacristías; comunicándose, como corresponde, esta resolucion á los señores gobernadores de la Sagrada Mitra; tanto para su conocimiento, como para que por su conducto se haga saber la instauracion de esta sumaria y la declaracion que en ella se ha hecho, al señor Vicario Capitular de la diócesis de Oaxaca, para que si tiene á bien disponer en uso de su derecho, que se le remita la presente sumaria, para seguir conociendo de ella hasta la sentencia definitiva, sean obsequiados sus descos por este tribunal; y tambien para que los mismos señores gobernadores de esta Sagrada Mitra, segun ha indicado el promotor fiscal, puedan dar cuenta de este hecho escandaloso, por conducto del Ilustrísimo Señor Arzobispo, á la Santa Sede Apostólica, si así lo estimare conveniente. Lo decretó y firmó el

señor Provisor, de que doy fé.—*Joaquin María Díaz y Vargas*.—*José María Romero*, notario primero.

*Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiástico  
contra el religioso Fray Manuel Aguas.*

Provisorato de México.

México, 23 de Junio de 1871.

Vista la causa instruida en este tribunal contra el religioso de la Orden de santo Domingo, Presbítero Fray Manuel Aguas, por el crimen de plena apostasia, así del Sacerdocio y de los votos monásticos como de la Fé Católica; y por el gravísimo escándalo con que de palabra y por escrito ha propagado sus herejías, tanto por medio de la carta dirigida á su Provincial, M. R. P. Fray Nicolás Arias, que despues publicó y repartió, en que se declara absolutamente adicto á los errores del Protestantismo, como por medio de la enseñanza que por sí mismo emprendió de esos mismos errores en el templo que ha sido del Convento de S. José de Gracia de esta capital, con los caracteres y tendencias del cisma; vistas todas y cada una de las pue-

has que jurídicamente han comprobado estos hechos en la série del juicio; vista la tenaz contumacia con que el expresado religioso ha resistido, no solamente á las repetidas citaciones que por este tribunal se le han hecho, sino tambien á los varios llamamientos que su M. R. Prelado Regular, ya amistosa, ya oficialmente le dirigió para que reflexionando en su extravío volviese al cumplimiento de sus sagrados deberes; oída la voz fiscal y la del defensor que de oficio se nombró al reo; considerando, que los crímenes cometidos por el religioso Fr. Manuel Aguas, ofenden directamente á la Fé Católica, á la sana moral y á la autoridad suprema de la Santa Iglesia; son motivo y ocasion de ruina espiritual para las almas fieles, y destruyen en el que ha tenido la desgracia de cometerlos, todo el vínculo de fidelidad con la Santa Iglesia Católica, fuera de la cual no hay ni puede haber salvacion: teniendo presente que el mencionado Fr. Manuel Aguas, tanto por el carácter del Orden Sacerdotal, que nunca, aunque quiera, podrá borrar, como por el carácter del Bautismo, está sujeto, sean cuales fueren sus doctrinas heterodoxas, á la autoridad, á las leyes y á la jurisdiccion de la Santa Iglesia Católica, y tiene obligacion de reconocer, respetar y obedecer en el foro interno y externo las disposiciones que de ella emanan, lo mismo que de someterse á las penas que ella le imponga: exa-

minando detenida y concienzudamente las circunstancias que revisten de especial gravedad los crímenes comprobados hasta la evidencia en el proceso, como son la temeridad del religioso Fr. Manuel Aguas en querer demostrar la conveniencia y justicia de su apostasia; la deplorable decision con que desde luego comenzó á hacer pública manifestacion de sus errores y perniciosas doctrinas; la rebelde obstinacion en sostener la herejía y ganar prosélitos, sin que le detenga el respeto que debe á su propia dignidad, ni la consideracion que tan justamente merece la fé ortodoxa de la sociedad en que vive, ni el pensamiento de su propia desgracia que afecta desconocer, ni la gratitud á la Santa Iglesia Católica, de quien tantos bienes ha recibido, incluso el del tiempo que se le ha concedido despues de su apostasia para retractarse y arrepentirse; existiendo, pues, en todo este conjunto de motivos, fundamento y mérito mas que suficiente, para declarar que el reo está comprendido en las disposiciones eclesiásticas que severamente castigan tales crímenes, á saber: el Can. 32 de la Dist. 50., los Canon. 10 y 21, Caus. 1.ª Quest. 7.ª y el cap. 9 de *Haeret.*, en que se previene la privacion y destitucion de toda aptitud canónica para las funciones del sagrado ministerio; los cap. 2 y 15 de *Haeret.* in 6.º, en que se señala la pena de irregularidad; los cap. 9 y 13 de

*Haeret.* y el c. 49 de *Sent. excommunic.*, en que se fulmina la terrible censura de excomunion mayor *latae sententiae* y el anatema; con todas las sanciones canónicas vigentes contra los cismáticos, especialmente del Santo Concilio de Trento, Canon 13. Ses. 7.<sup>a</sup> de *Sacrament.*, y el Can. 12, Ses. 24 de *Sacrament. Matrin.*: visto lo demas que en el caso convino tener presente para ejercer estricta justicia, para reparar la profunda impresion causada en los fieles católicos y para satisfacer la vindicta pública altamente ofendida, el presente Juez Provisor y Vicario general de este Arzobispado, definitivamente juzgando, y en la forma que mas haya lugar en derecho, debia declarar y declara. Primero: que el religioso de la Orden de Santo Domingo, Presbítero Fr. Manuel Aguas, queda privado del ejercicio de todos los órdenes sagrados é inhábil para toda dignidad, beneficio ú oficio canónico. Segundo: que por su crimen es ya perpetuamente irregular para todos los actos del ministerio eclesiástico; y Tercero, que ha quedado incurso por el mismo hecho de su apostasia, en la censura de *excomunion mayor*, con todos los efectos que el derecho eclesiástico tiene establecidos y prescritos para los excomulgados vitandos: esperando que esta solemne declaracion, que la justicia pide, sea para el reo un motivo de reflexion y de arrepentimiento, que le haga volver al

camino de la verdad, al seno de la Santa Iglesia y á los brazos paternales de Dios, que le aguarda lleno de misericordia. Comuníquese en debida forma esta sentencia al Illmo. Sr. Arzobispo, y circúlese á todas las parroquias é iglesias de esta capital, con órden de que se fijen cópias autorizadas de ella en la sacristía y en la puerta principal de cada templo, por la parte interior, para conocimiento de todos. Hágase saber. Así lo decretó y firmó el Sr. Provisor y Vicario general. Doy fé—*Joaquín María Díaz y Vargas.*—*José María Romero*, notario primero.

Es copia que certifico. México, Julio 3 de 1871.

*Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiástico  
contra el Presbítero D. Agustín Palacios.*

Provisorato de México.

México, 9 de Agosto de 1871. ®

Vista la causa instruida en este tribunal contra el Presbítero D. Agustín Palacios, clérigo de este Arzobispado, por el crimen de apostasia y por haber contraido el llamado matrimonio civil; vistas, ademas de la notoriedad de estos hechos, las prue-

bas que se han rendido jurídicamente en el proceso, de las que consta que el citado Presbítero Palacios, concurre frecuentemente á las reuniones de protestantes en el templo que ha sido del convento de San José de Gracia de esta capital; vista la declaracion que el mismo reo hizo por escrito al tribunal eclesiástico, de su apostasía, y de no creerse ya obligado á comparecer, desde la primera citacion que se le dirigió, lo que sin embargo no fué motivo para que dejaran de hacerse, conforme á derecho, las siguientes citaciones en el curso de los trámites judiciales, obstinándose él en su contumacia; visto lo expuesto por el Promotor Fiscal y lo alegado por el defensor, que de oficio se nombró; considerando que los crímenes comprobados en esta causa, por el gravísimo escándalo que ocasionan, y por ser directamente contrarios al dogma y á la disciplina de la Santa Iglesia católica, han sido en todo tiempo castigados con toda la fuerza de la severidad canónica; atendiendo á que el Presbítero D. Agustín Palacios, si bien por su deplorable conducta se ha colocado voluntariamente *ipso facto*, fuera del goce y participacion de los derechos, gracias y privilegios de la Santa Iglesia católica, no por eso está libre de su autoridad suprema, de sus leyes y de su jurisdiccion, ni puede sustraerse de las penas que le imponga, supuesto que por el sagrado é indeleble

carácter del sacerdocio, está necesariamente obligado á someterse en el foro interno y externo, á las disposiciones que por ella se han dictado; teniendo presente, como circunstancia agravante en esta causa, la resuelta voluntad manifestada por el reo, de adherirse á la herejía y á los funestos errores del protestantismo, confirmando así los diversos indicios que desde antes existían; habiendo bastantes datos para reputar comprendido al Presbítero Palacios en las disposiciones eclesiásticas, que castigan la apostasía y el llamado matrimonio que ha atentado contraer; á saber: el Can. 32, Distint. 50; el c. 10 y 21, Caus. 1. Quest. 7; c. 9 y 13 de *Haereticis*; c. 2, 9, 13 y 15 de *Haereticis in 6.º c. 49 de Sent. excommunicat*; Clement. Unic. de *consang. et affinit.* y c. 9, sess. 24 de *Sacram. Matrim.* in Sanct. Conc. Trident.; visto lo demas que en el caso convino tener presente, para satisfacer la vindicta pública, y reparar en lo posible el escándalo causado; el presente Juez, Provisor y Vicario general de este Arzobispado, juzgando en definitiva y segun la forma jurídica que mas haya lugar, debia declarar y declarar: 1.º, que el Presbítero D. Agustín Palacios es inhábil por sus crímenes para toda dignidad, beneficio ú oficio canónico, y queda privado del ejercicio de todos los órdenes sagrados: 2.º, que *ipso facto* ha incurrido en irregularidad perpetua

para cualquiera acto del ministerio eclesiástico; y 3.º, que por su apostasia y escándalos está incurso en la censura de excomunion mayor *latae sententiae*; esperando que estas severas penas que hay necesidad de aplicar hoy, harán que el reo, volviendo sobre sí mismo, se acoja á la infinita misericordia de Dios, á quien ha ultrajado, y llorando su extravío, entre otra vez en el seno de la Iglesia católica. Comuníquese en debida forma esta sentencia al Illmo. Sr. Arzobispo, y fljese en las sacristías y en las puertas de las iglesias, por la parte interior, para conocimiento de todos. Hágase saber. Así lo decretó y firmó el Sr. Provisor y Vicario general de este Arzobispado.—Doy fé.—*Joaquín María Díaz y Vargas*.—Por mandato de S. S.—Presbítero *José María Romero*, notario oficial primero.

Es copia que certifico. México, Agosto 12 de 1871.—*José María Romero*, notario oficial primero.

## INDICE

	PAG.
INTRODUCCION.....	3
Leccion I.—Del origen y naturaleza de la Iglesia católica.....	5
Leccion II.—De las notas y prerogativas de la verdadera Iglesia de Jesucristo.....	10
Leccion III.—De la infalibilidad de la Iglesia.....	17
Leccion IV.—De la santidad de la Iglesia católica.....	26
Leccion V.—De la firmeza é inmutabilidad de la Iglesia católica.....	40
Leccion VI.—Del Supremo magisterio de la Iglesia católica y de la obligacion que tenemos de escucharla.....	49
Leccion VII.—De la constitucion de la Iglesia católica.....	56
Leccion VIII.—Del papa, de los cardenales y de los obispos.....	62
Leccion IX.—De los sacerdotes y religiosos...	79
Leccion X.—De los abusos de que se acusa á la Iglesia católica.....	88
Leccion XI.—De la inquisicion.....	95

para cualquiera acto del ministerio eclesiástico; y 3.º, que por su apostasia y escándalos está incurso en la censura de excomunion mayor *latae sententiae*; esperando que estas severas penas que hay necesidad de aplicar hoy, harán que el reo, volviendo sobre sí mismo, se acoja á la infinita misericordia de Dios, á quien ha ultrajado, y llorando su extravío, entre otra vez en el seno de la Iglesia católica. Comuníquese en debida forma esta sentencia al Illmo. Sr. Arzobispo, y fljese en las sacristías y en las puertas de las iglesias, por la parte interior, para conocimiento de todos. Hágase saber. Así lo decretó y firmó el Sr. Provisor y Vicario general de este Arzobispado.—Doy fé.—*Joaquín María Díaz y Vargas*.—Por mandato de S. S.—Presbítero *José María Romero*, notario oficial primero.

Es copia que certifico. México, Agosto 12 de 1871.—*José María Romero*, notario oficial primero.

## INDICE

	PAG.
INTRODUCCION.....	3
Leccion I.—Del origen y naturaleza de la Iglesia católica.....	5
Leccion II.—De las notas y prerogativas de la verdadera Iglesia de Jesucristo.....	10
Leccion III.—De la infalibilidad de la Iglesia.....	17
Leccion IV.—De la santidad de la Iglesia católica.....	26
Leccion V.—De la firmeza é inmutabilidad de la Iglesia católica.....	40
Leccion VI.—Del Supremo magisterio de la Iglesia católica y de la obligacion que tenemos de escucharla.....	49
Leccion VII.—De la constitucion de la Iglesia católica.....	56
Leccion VIII.—Del papa, de los cardenales y de los obispos.....	62
Leccion IX.—De los sacerdotes y religiosos...	79
Leccion X.—De los abusos de que se acusa á la Iglesia católica.....	88
Leccion XI.—De la inquisicion.....	95

Leccion XII.—De la confesion.....	107
Leccion XIII.—De la misa y del purgatorio..	141
Leccion XIV.—Del culto y de la invocacion de los santos.....	166
Leccion XV.—Del amor que todos los fieles deben profesar á la Iglesia Romana.....	192

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

---

APENDICE.

Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiás- tico contra el presbítero Lic. D. Francisco Gracida.....	213
Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiásti- co contra el religioso Fray Manuel Aguas...	217
Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiásti- co contra el presbítero D. Agustín Palacios.	221

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS